

# EN ANARQUÍA

(NOVELA)  
Camille Pert

## PRÓLOGO

La *Sociedad humana*, concepto repetido por todo el mundo y desde todos los puntos de vista para designar la reunión de los hombres, debiera suscitar en primer término y como complemento necesario y consiguiente la idea *socio*; juntas esas dos ideas, viene una tercera, impuesta por la lógica natural, no la de las escuelas, ni tampoco la que los hombres tienen por exclusiva y peculiar de su especie, sino aquella universal, recién descubierta por la ciencia, que, empezando en los más rudimentarios organismos, pasando por la inteligencia humana y abarcando límites inconcebibles a nuestra imaginación, se extiende a las más altas regiones de lo grande y de lo infinito; nos referimos a la idea de *reciprocidad entre derecho y deber*.

*Sociedad, socio, derecho y deberes recíprocos* son ideas tan elementales, que es indudable que el primer salvaje que renegó por impotencia del individualismo para dar el primer paso, representación del último que ha de dar la humanidad del progreso, es decir, para entraren el comunismo, las tuvo bien presentes en su virgen inteligencia y obró impulsado por ellas.

– Tengo hambre: aquí ya no hay frutos, la caza y la pesca son imposibles para mis esfuerzos aislados; asociándome con aquel hombre, que siente y necesita como yo, cogeremos ración doble y nos la partiremos.

Así sentiría y pensaría aquel primer ex-individualista, que hubiera debido ser el último, y lo hubiera sido si el individualismo no hubiera recurrido a la mentira y a la fuerza para seguir viviendo.

Aquel primer intento contiene el primer esbozo y a la vez el más perfecto, el último plan social, y así se hubiera reconocido desde un principio, siguiendo la humanidad una senda hermosa y florida, si el individualismo, inspirador de los malos, no se hubiera aprovechado de las ideas de *Dios y Autoridad* para fundar la Religión y el Estado y a su sombra crear el Privilegio.

Fuera de quicio la sociedad, se comprende que las ideas de ella derivadas se falsearan hasta el punto verdaderamente inverosímil de tener por buenas, por legales, por justas, por santas las ideas más absurdas e inicuas, y que pudieran andar juntos por el mundo el brahmán y el paria, el amo y el esclavo, el señor y el siervo, el capitalista y el jornalero; todos socios, todos iguales ante el más elemental sentido común, pero separados, no obstante, profundamente por una ficción mística y jurídica y por una rutina tradicional que ha atrofiado los cerebros de las generaciones, tanto de los que salen a flote como de los que se hunden en el abismo.

Y así lleva trazas de seguirse indefinidamente; en tal manera, que tomando la razón por una utopía y el disparate por lo único positivo, se ponen a contribución todos los prestigios, se echa mano de todos los recursos, los coercitivos inclusive, y se solidarizan todos los poderes para sacar adelante estos dos preceptos.

---

\* Traducción: Anselmo Lorenzo. Digitalización: KCL.

*No quiten a los pobres la ilusión de la felicidad eterna en una vida futura.*

*No quiten a los ricos la ilusión del goce perenne en un presente que será eterno.*

En tal situación, la rebeldía, que en todos los tiempos fue un llamamiento a la razón y una protesta contra el servilismo, en la época actual reaparece herética, iconoclasta, negativa contra todo dogma, contra todo símbolo y contra todo falso prestigio, y afirma la inmanencia del derecho humano.

Ante la invocación de ese absoluto de verdad, de belleza y de justicia, debiera interrumpirse por un momento la vida social, examinar su razón de ser, hacerse cargo de las quejas y reclamaciones de los rebeldes y obrar racionalmente en consecuencia, y, lejos de ello, habla el sofisma y ejecuta la fuerza, consiguiendo no más un triunfo efímero, una prolongación del grave y antiguo daño.

Y para que se vea hasta dónde llega la gravedad del mal, tomo, no ya de los personajes ficticios de la novela, sino de los de la realidad, unas palabras de un político español que todo el mundo puede leer en el *Diario de Sesiones de Cortes* del Parlamento español, correspondiente a la legislatura de 1902, y que dicen: «Ha de mantenerse el *statu quo*, porque hartos hacen el Estado y la Sociedad en pro de los trabajadores, dándoles instrucción gratuita, pan y cama en el hospital y un voto que vender, para que éstos tengan todavía el valor de quejarse».

Ese cínico insulto, existe, consciente o no consciente, en el fondo de todo privilegiado: con ese patrón se forman los pensamientos, lo mismo del burgués redomado que prepara un vil negocio, que de la cándida doncella que vive entre mimos y encajes como flor de invernáculo; del gobernante que formula planes patrióticos en perjuicio de la vida, de la libertad o de la riqueza de sus gobernantes, que de la hermosa matrona que dirige castamente su hogar apareciendo como modelo de virtudes, del sacerdote que predica la máxima cristiana, refugio de los usurpadores de la riqueza social, «este mundo es un valle de lágrimas donde la justicia y la felicidad son imposibles» y peca moralmente quien creyera lo contrario, como el tierno niño que, asistido de ayas y lacayos, se educa para la soberbia ante el servilismo de sus domésticos.

Ante ese crimen, al autor presenta el atentado de San Maclou, y en defensa del acusado hace decir al defensor: «Lavenir obró conscientemente el 14 de marzo, sin más consejo que el de sí propio. Mató... quiso matar, y no les pido circunstancias atenuantes de piedad mezquina... ¡Yo quiero su vida!... ¡yo quiera su aprobación para su acto... su amplia compasión, no ya para él, sino para la clase que representa... que sin tregua, pero siempre inútilmente, levanta los brazos, lanza plañidero grito de agonía que se pierde en la oscuridad de la noche, en la soledad del desierto!».

“Poco me importa la personalidad de Lavenir, hace poco no le conocía; el estudio de su vida me dio a conocer algunos detalles, me probó lo único que buscaba en él, su sinceridad, su inmenso, irresistible impulso hacia un objeto de fraternidad, único que hace de la bestia humana un hombre... Lo que veo en él, lo que quiero hacerles ver, es el hecho... es el brazo que agita la señal, que trata de detener el tren locamente lanzado sobre una vía obstruida por la multitud... tren que atropellará miles de vidas y se estrellará sobre ellas... ¡Deténganse, respeten esa bandera sangrienta que agita desesperadamente ante ustedes!... ¡Compriman los frenos, suelten el vapor... ahorren las víctimas!... ¡Por ellos, por el pueblo, por el hormiguero anónimo y también por ustedes mismos, porque si algunos miembros rotos ensangrientan la Bestia inconsciente sin oponerse a su marcha, el montón siempre creciente de cadáveres acabará por vencerla!... ¡Sí, bruscamente descarrilará un día y se precipitará en el abismo!...”

“Cuando en una sociedad se producen actos como el de Lavenir, es insensato continuar el camino sin considerar al que le ha ejecutado, sin estudiar sus móviles ni examinar las reivindicaciones ni los clamores que encarna”».

Claro está que el tribunal, órgano de esa sociedad que de la manera indicada siente y piensa, había de encomendar su respuesta al verdugo, del mismo modo que aquel gobernante que tratando de las reclamaciones obreras oponía al maüser manejado por el obrero convertido en soldado; pero como al extremo que han llegado las cosas esas soluciones son aplazamientos, bueno es tener presente la objeción opuesta al argumento del maüser por otro gobernante. «Cantemos las glorias del trabajo, no cantemos los progresos destructores de la fuerza, porque frente a esos maüsers que representan tanto perfeccionamiento mecánico, está aquella sustancia combinada en el laboratorio químico con la cual se hace estallar una fábrica, y es el mismo invento de Nobel descubierto con el fin de que fuera útil y para bien de la humanidad, el que se utiliza por los destructores del orden social. No hablemos, pues, del maüser, hablemos de la justicia y del derecho».

Sí, pero hablar de la justicia y del derecho es como entretenerse en hacer pompas de jabón; entre tanto, considérese el funcionamiento normal de la sociedad como un atentado permanente, sin atenuante noble de ninguna especie, realizado por todos los privilegiados, sin distinción de sexo ni edad, en perjuicio de todos los desheredados, en el que las víctimas caen sin cesar formando horrorosa hecatombe después de agonías desesperadas.

Para evidenciarlo escribió Camille Pert *En Anarchie*; para colaborar a su obra firmo su traducción *En Anarquía*.

Anselmo Lorenzo

## PRIMERA PARTE

### CAPÍTULO I

Los espejos y las molduras doradas de la pastelería Borie, muelle de la Bolsa, en Ruán, chispeaban bajo un alegre sol de invierno que se inclinaba hacia el horizonte, arrojando resplandecientes destellos en aquel cielo gris.

En el almacén, embaldosado de mármol y amueblado de cestería japonesa multicolor, se oía un murmullo de conversaciones procedentes de las mesitas rodeadas de mujeres elegantes que comían pasteles o bebían madera o té, con el velillo levantado y desguantada una mano.

Detrás de la larga mesa de mármol en que se ostentaban aquellas ricas golosinas, se hallaban varias señoritas de mostrador silenciosas y atentas a los deseos de los clientes.

La gran puerta de cristales con letras de oro se abrió de pronto, y un joven modestamente vestido se detuvo en el umbral, como molestado por el lujo de la tienda, dirigiendo una mirada furtiva en su derredor.

Era de mediana estatura, delgado, muy rubio, de apariencia aún más joven que sus veinticinco años; tenía ojos castaños y de expresión ardiente que sorprendía en su fisonomía delicada, de facciones escasamente acentuadas y que prolongaba algo una barba clara.

La vista del escaparate de la derecha, donde había panes recocidos colocados sobre barras de cobre, pareció asegurarle.

Entró resueltamente, dejando que la puerta se cerrara por sí misma.

Situada en el mostrador de la sección del pan, una señorita le miraba con dureza.

– Un pan de una libra, dijo.

Y, tomando el pan que se le presentaba como si fuera una limosna, echó apresuradamente tres sueldos sobre el mármol, como deseoso de irse.

– Son veinte céntimos, dijo la señorita.

– ¿Veinte céntimos? repitió sorprendido.

Turbado, indeciso, quedó examinando el pan, como tentado de devolverle.

En aquel instante sintió sobre sí una frotación extraña; vio cerca de su pantalón descolorido una falsa de satín negro y la punta de un zapato de charol.

– Permítame usted, ya pagaré yo, dijo una voz grave y armoniosa.

Levantó bruscamente la cabeza y vio una mujer alta, morena, de admirables ojos, que le miraba con un interés atrevido. Su mandíbula algo maciza, su barbilla enérgica y voluntariosa medio se ocultaba en la piel que forraba su cuello de terciopelo negro; sus cabellos estaban adornados con dos alas de azabache que armonizaban perfectamente con su extraña fisonomía, inquietante por la movilidad de su nariz y la crispación de sus delgados labios, de rojo muy vivo por sobresalir entre la palidez mate de su tez.

Un ardor violento enrojeció las mejillas del joven, quien echó mano precipitadamente a su bolsillo y arrojó tembloroso un duro sobre el mostrador.

– ¡No soy un mendigo, señora! exclamó a media voz; fijando su mirada en son de desafío sobre la mujer que acababa de ofenderle.

Esta sonrió, sin conmovirse lo más mínimo, y dijo:

– ¡Mejor! y se le acercó rozándole con expresión cariñosa.

Pero el cogió su moneda, la guardó y, sin saludar, salió con la cabeza levantada y el rostro ardiente, sin observar que aquella mujer salió siguiéndole.

Ya en la calle, abandonó la acera, ocupada por los elegantes ociosos que la obstruían, y siguió el curso del muelle, groseramente empedrado, cruzado por trenes de mercancías que marchaban lentamente o esperaban entre las filas de toneles, montones de sacos y cajas, preservados por telas embreadas.

Llegado al borde del Sena, a lo largo de los navíos amarrados, acortó el pasó, aspiración el aire vivo corría sobrecargado de exhalaciones de brea y de sal marina. En un movimiento uniforme,

con ruido monótono, las grúas deslizaban sus cadenas por aquellos brazos prolongados; luego soltaban chorros de vapor dando estridentes silbidos, y con un esfuerzo semejante a un resoplido giraban sobre su eje, depositando en tierra sacos, balas o toneles, que eran recogidos por racimos de hombres, que de ellos se apoderaban para conducirlos a las casillas aun libres de aquella especie de tablero de damas que formaba la superficie del muelle.

El joven caminaba sin ver nada, absorto en su pensamiento, poseído del deseo loco de insultar a alguien, de romper algo: necesidad tanto más violenta y ciega, cuanto que el que la siente juzga impotente y débil.

¡Se le había arrojado una limosna!... ¡Se le había tomado por un mendigo!

Y el hecho de que fuera una mujer quien le insultara con su piedad redoblaba la injuria; y a todo esto mezclaba un sentimiento de amor propio de macho humillado por la debilidad.

Bruscamente volvió a la vida exterior. Aquella mujer, marchando rápidamente sobre el suelo ennegrecido y lleno de charcos, recogía con su mano aún desguantada sus faldas de satén, cuyo valor era superior a lo que hubiera importado algunos meses el sustento de una familia pobre.

– Usted dispense, dijo con voz dulce.

El joven se detuvo estremecido por la caricia de aquella inflexión femenina.

De pie, cerca de él, le dominaba un poco con su alta estatura; los hombros se ensanchaban por los pliegues espesos de su cuello de terciopelo, y era bella, con una madurez apenas iniciada.

– Usted dispense, repitió; me hubiera complacido serle útil.

Cierta vanidad cosquilleaba poco a poco el corazón del joven, y su odio por la dama se transformaba en vago desdén de gratitud hacia la mujer que le perseguía, movida evidentemente por alguna sensualidad.

Entonces osó mirarla, notando su belleza y detalles de su vestido y tocado.

– ¿Me conoce usted? preguntó.

Había fijado repentinamente los ojos, sus miradas se habían mezclado y ahora una complicidad los ligaba; pero él se defendía con toda la fuerza de su voluntad.

– Acabo de ver a usted por primera vez, dijo lentamente, pero me agradecería volver a verle. ¿Cómo se llama usted?

El joven sintió un estremecimiento de orgullo herido. ¿Le preguntaría como a un criado, con su aplomo tranquilo de burguesa y su aire de superioridad desdeñosa?... Sin embargo; respondió maquinalmente:

– Emilio Lavenir.

Después, muy encendido, lanzó como una bravata:

– ¿Y usted?

Pero ella respondió simplemente.

– Ruth Etcheveeren.

Entonces se calmó, la contempló por su respuesta amistosa, esforzándose en no ver sino la mujer, su igual, su inferior si se quiere, en aquella criatura que juzgaba a pesar suyo tan diferente de aquellas a que hasta entonces se había acercado.

Ella le interrogó aún.

– ¿Dónde vive usted?

El joven vaciló, después mintió:

– Calle Armand-Carrel, 23.

De repente se avergonzó del sentimiento que le impulsó a dar la dirección de Gerald Lagoutte, un compañero, casi un burgués, relativamente bien domiciliado, en vez de indicar francamente la calle de la Verrerie, donde la viuda Lavenir, su madre, tabernera, le reservaba un cuarto estrecho y oscuro.

No obstante, se excusó a sí mismo. Si verdaderamente esta mujer quisiera visitarle, en casa de Gerald estarían más tranquilos que en la suya, donde Luisa, su querida, podía expulsarlos a cada momento.

Ruth le examinaba curiosamente.

– ¿En qué se ocupa usted?

– Soy cortador en los talleres de Weill.

Buscó ella un instante en su memoria. ¿Weill, el gran fabricante de trajes hechos para hombres?... Sí; un oficio decente... He aquí por qué son tan finas sus manos de obrero.

Después examinaba sus ojos de soñador y de exaltado.

– ¿Lee usted mucho?

– Tanto como puedo.

– ¡Socialista?... ¡Anarquista!

Se irguió con energía y no respondió, molesto e irritado por la sonrisa indulgente de aquella mujer.

No insistió.

– Calle Armand-Carrel, 23, repitió. Bueno, visitaré a usted.

Después, sin decir palabra, ni expresar signo alguno le plantó la joven, volviendo con paso indiferente a la ancha acera donde la multitud pasaba y repasaba ante las ricas tiendas.

Por medio de la calle transitaban los tranvías con rapidez, lanzando agudos silbidos, y sus rieles separaban el muelle en dos zonas bien distintas: a un lado la industria, el hormiguero obrero, el trabajo rudo y sin tregua; al otro, las tiendas rebosando ruidosas inutilidades, la masa perezosa de sus burgueses y de sus mujeres paseando su ociosidad y su lujo.

Emilio continuó su camino, irritado contra sí mismo, furioso de los sentimientos que en su intimidad se entrechocaban.

¿Era una debilidad, que él, proletario, aceptara el capricho de una burguesa?... o al contrario, ¿no sería como una bofetada a los ricos, tomarle una de sus hermanas?...

Porque, en esto no se equivocaba, era una audaz, una cínica, pero no una horizontal... ¡Era realmente una hija de burgués, una mujer de esas clases que desde hace siglos aniquilan a los trabajadores, que él consideraba como hermanos!... ¡Oh! ¡tomarla!... hacer el amor con ella como lo haría con la más encanallada prostituta; ¡eso resultaría excelente!

Sin embargo, sentía cierto malestar, porque la mismo tiempo que se complacía en humillar aquella mujer, experimentaba una gratitud inmensa hacia ella, cierta vanidad de que se dignara descender hasta él...

Entonces se indignaba su orgullo. ¡No, no aceptaría el amor de una extranjera, de una enemiga; sería una cobardía faltar por su parte a un compromiso de honor!... ¡Entre ricos y pobres no debe haber ningún lazo hasta el día en que el gran trastorno social haya hecho nuevamente hermanos a todos los hombres!...

Y como en su interior, a ese sentimiento de orgullo se unía una gran timidez, el miedo de parecer torpe y grosero a aquella mujer, bella y delicada, juró rechazar todas las indicaciones que pudiera hacerle en lo sucesivo.

– ¡No, era cosa hecha; aquella mujer no le gozaría!... verdaderamente sus carnes no estaban hechas para mezclarse... Ella era semejante a las aristócratas cuyas cabezas pálidas y sangrientas se pasearon en otro tiempo en la punta de las picas; nada tenía de aquellas que acompañan la borrosa legión de los convencidos... de los entusiastas que un día derrumbarán, barrerán la antigua civilización podrida, y plantarán triunfantes la bandera virgen de una sociedad nueva sobre una tierra libre y despejada.

## CAPÍTULO II

Aquel día, hacia las cuatro, salió Emilio del taller Weill, irritado contra la tarea diaria, necesitando de movimiento, de charla, de discusión acerca de todo lo que sabía encontrar de entusiasta, de pueril, de pedestre y de elevado en la redacción del *Réveil*, el diario de Celestino Bergés.

Hubiera podido salir sin llamar la atención, pero al contrario, por desafío, pasó lentamente, taconeando, delante del jefe del taller. Tuvo un desengaño, porque el otro le sonrió, le saludó amistosamente y le dejó pasar sin la menor observación. Emilio tenía una posición excepcional en la casa, gracias a su instructor superior y a su notable destreza. Se le toleraban ciertas irregularidades causadas por su carácter fantástico, con la idea de que eran luego recompensadas por la rapidez y la calidad de su trabajo cuando se hallaba de buenas.

En el exterior, el viento se engolfaba en la gran calle industrial, de corte amplio y recto; el cielo estaba negro; el invierno, momentáneamente reaparecido, azotaba los rostros con su aliento duro.

Emilio se enredó pronto en el laberinto de callejuelas sombrías y estrechas que serpenteaban hacia el puerto, y llegó a la entrada de un portal bajo, con un arroyuelo inmundo por delante,

donde se oían esos cantos lentos, de lánguida melancolía, de los borrachos del Norte, que salían de una taberna cuya puerta de vidrios opacos estaba decorada con pingajos de banderas noruegas y dinamarquesas.

En el patio había un taller de tonelería, tenebroso y húmedo, donde resonaba sordamente un golpeteo continuo; en tanto que, en frente, detrás de las ventanas abiertas, trabajaban unas planchadoras encorvadas, con el cuello escotado y las mangas remangadas, que con su charla y sus cantos rimaban el choque metálico del hierro sobre los hornillos.

Emilio pasó delante de ellas sin dirigirlas una mirada y subió una escalera estrecha, de escalones nunca barridos, que se hundían hacia el medio, como los de los campanarios viejos.

En el primer piso, pegado a una puerta, había un cartel cuidadosamente caligrafiado en que se leía: «*Le Réveil, periódico socialista independiente*»; además, debajo se leía esta divisa: «*Hermanos, unámonos en la sangre y las lágrimas*».

El joven abrió el picaporte, como habituado, y lanzó una rápida mirada a la pieza donde penetraba directamente.

Se sentía un aire helado; a lo largo de las paredes rojizas, de pintura desconchada, se veían unas tablas soportando montones de papeles polvorientos. Cerca de la única ventana, un hombre y una mujer escribían inclinados sobre una mesa de madera. En el fondo, entre la semioscuridad, se veía un cura sentado, de rasgos vagos, barba espesa, tez amarillenta, inmóvil, con la sotana un poco levantada por sus óseas rodillas.

– ¿Está Gerald Lagoutte? preguntó Emilio, indicando con la mirada una segunda pieza cuya puerta estaba entreabierta.

La mujer levantó la cabeza mostrando un largo rostro de facciones mal esbozada. Sus cuarenta años ya no tenían edad; únicamente sus ojos azules pálido, admirables de claridad y de bondad, se destacaban en aquel conjunto fatigoso, con sus pómulos acentuados, sus mandíbulas salientes y sin gracia bajo una piel térrea.

– Aun no, respondió.

Y sorprendía su voz, armoniosa y fresca, muy joven, muy femenina.

En frente de ella, el hombre había levantado la cabeza. Emilio le tendió la mano.

– ¿Qué tal, Sabourin?

El otro movió la cabeza.

– ¡Psch!... ¡Pasando!...

Nada sobresalía en aquella fisonomía borrosa, como su vida entera de escribiente copista: cara redonda, frente achatada, cráneo calvo, ojos mortecinos, mejillas lacias y afeitadas, conjunto falto de expresión y vida.

Hacía treinta años que vegetaba en las redacciones de periódicos pequeños, ocupándose únicamente de contabilidad, de detalles materiales, absolutamente extraño a toda cuestión política y social. Sin otro horizonte que su esquina de mesa ni otro objeto moral que defenderla de los montones de papel de su compañera de escritura, tan desordenada cuanto él era automáticamente meticoloso.

– ¿Ha vuelto Bergés de su excursión de propaganda? preguntó Emilio.

– Esta madrugada, a las tres, respondió la mujer. Ha hablado en Evreux, en Lillebonne, en Bolbec...

– ¿Y el éxito?

– El éxito... siempre se tiene éxito. Adherentes a la *Universal*, pocos... No comprenden...

Emilio escuchaba con sorpresa el murmullo de voces que se oía en la pieza inmediata.

– ¿Quién está con Bergés? preguntó emocionado.

La mujer le miró fijamente sin responder.

– ¿Es él? preguntó Emilio en voz muy baja.

Ella hizo un signo afirmativo.

Emilio sintió un estremecimiento. ¡Souvaire en Francia! ¡en Ruán! – ¡Entonces pronto habría un atentado!... ¡resonante u oscuro... neciamente mortal para su autor o lanzando por un instante un relámpago terrorífico sobre el mundo!...

Pero las voces se extinguieron; resonó un ruido de pasos y el crugido de una puerta; sin duda el compañero salió por la puerta de escape. Emilio suspiró con una sensación de alivio; ¡le hubiera sido penoso ver otra vez la silueta bien conocida de aquel hombre, de fisonomía vulgar, resuelta, con su frente baja y cuadrada, sus piernas cortas y arqueadas bajo el busto enorme, con su fisonomía impenetrable, inquietante, de fanático, de matador de hombres y de zapador de sociedades!...

El joven movió la cabeza. ¡No, en verdad, no será por la fuerza, por la sangre derramada, sino por la gran ley de la persuasión y de la dulzura como se conquistará el mundo!... ¿Carecen acaso los hombres de sentido, no tienen ya reflexión?... ¿No podrá atraérseles a la verdad por el razonamiento?... ¡Oh, si se llevara la luz a la inteligencia de cada uno, quién sería tan ofuscado que se negara a reconocerla? La mayor parte de los ricos son crueles por ignorancia y estupidez.

La puerta situada detrás de Sabourin se abrió de repente y apareció Celestino Bergés. Cuarenta y siete años, estatura mediana, ancho de hombros, vientre enorme, el pantalón formando pliegues sobre sus carnosos muslos; de fisonomía abierta, de mejillas coloreadas y mal afeitadas; ojillos vivos, labio móvil, sin bigote y estremeciéndose como los de los oradores profesionales; cabellos largos, castaños, grasientos, echados atrás; su conjunto tenía el aspecto de cura que colgó los hábitos o de cómico de la legua. Algo había de ello, porque era un antiguo tenor tolosano a quien la pérdida de la voz y la necesidad de vivir lanzaron al periodismo y la política.

– ¡Hola muchacho! exclamó tendiendo la mano a Emilio, con voz extraña, velada, ronca, aunque con cierto timbre metálico. ¿Qué haces de Luisa?... ¿Quieres llevarla el jueves a Evreux? Doy una conferencia... Marta hubiera hablado también, pero se ve obligado a permanecer en Londres; queda, pues, un hueco en el programa... una sesión de hipnotismo dará realce a la velada. ¿Te vienes?... te pago el viaje y un duro para tu mujer.

Emilio movió la cabeza.

– No, estuvo demasiado enferma la última vez.

Bergés soltó una carcajada.

– ¡Ca, hombre; si el magnetismo hace amorosas a las mujeres!

Entre tanto, el cura, olvidado en un rincón, se levantó aproximándose. Bergés se fijó en él de pronto y recobró su tono serio.

– ¿Qué desea usted?

Sus ojos penetrantes analizaron la fisonomía del cura con desconfianza.

– Soy el clérigo Faure.

– ¿El de los folletos?... ¿El autor de *La Comuna Cristiana*?...

El cura se inclinó.

– Si.

Se promovió un movimiento de interés entre los asistentes. Todos examinaron al hombre casi célebre por sus choques con la Iglesia.

– Siéntese usted, dijo sencillamente Bergés, acercando una silla al cura y montando a caballo en otra, con el respaldo por delante, cerca de la mesa en que la mujer, atenta, había cesado de escribir.

El cura se sentó, recogió su sotana con un gesto maquinal y luego comenzó con voz lenta, predicadora:

– Nos proponemos un mismo fin, por vías diferentes...

– Usted dispense, interrumpió Bergés sonriendo. Un objeto diferente por las mismas vías sería más exacto... Usted y nosotros estamos de acuerdo sobre la necesidad de derrumbar la sociedad actual... Pero cuando esté en el suelo no nos entenderemos para reconstituirla.

– Queremos la emancipación de todos, replicó el cura sin desconcertarse; la comunidad de los intereses; la igualdad de los seres humanos.

– Usted quiere la igualdad en el abandono y el sufrimiento... Nosotros la igualdad en el goce.

El cura se encogió de hombros.

– La felicidad no es de este mundo.

Bergés sacó tabaco del bolsillo; con un gesto pidió papel a Emilio e hizo un cigarrillo con indiferencia.

– Ya verá usted; no discuto. Empleo por término medio catorce horas diarias en hacer discursos, y estoy harto...

– ¡Bueno! Escúcheme usted, dijo el cura cortésmente. Usted y su partido forman una potencia; también somos muchos en el clero los que amamos al pueblo... ¿Por qué no unirnos?...

Estúdienos; dense cuenta de la fuerza inmensa que poseemos por la propagación de las doctrinas; déjenos convencerlos que nos entendemos sobre todos los puntos, excepto uno solo, sobre el cual andan descarriados. Usted y su partido sacuden el yugo del rico con razón, pero comenten a falta de sacudir también el de Dios. Si el goce se conoce completamente por su voluntad, en la desgracia y en la pena, ¿a quién ha de recurrirse si no es a la Eterna Potencia y a los que en la tierra son sus mandatarios?...

La mujer, hasta entonces silenciosa ante la mesa, se levantó semejante a un gran espectro, descarnado, con sus sombríos vestidos pegados a su cuerpo flaco.

– Escuche usted, señor cura, exclamó con una vehemencia súbita que hizo estremecer a los asistentes. ¡No se hable ante mí de Dios y de los curas que asisten a los desgraciados!... ¡Siniestra mentira!... Si alguien ha llamado a esa puerta he sido yo... y ¿qué he encontrado? ¡Indiferencia, malevolencia o cínica crueldad! Tenía diez años cuando murió mi padre, empleado de corto sueldo de ministerio, demasiado joven para dejar viudedad. Mi madre se extenuó durante siete años para hacerme vivir, mendigando a derecha e izquierda, tratando de enseñarme un oficio, ¡grave error!... porque no hay uno que baste para dar de comer a una mujer... si quiere vivir ha de añadir al trabajo la prostitución. Lo saben todos los patronos, ¡pero como siempre encuentran desgraciadas que aceptan sus condiciones!... Yo estaba condenada a morir... era fea y los hombres no me querían. Murió mi madre, y, ante su cadáver, sin un céntimo en el bolsillo, me dije: ¿Qué hacer? ¿Dónde ir? ¿A quién dirigirme? Era creyente; se me había persuadido que hay que recurrir a Dios en los momentos supremos... y lo intenté... Fui de convento en convento, no pidiendo sino un rincón para vegetar, un sitio humilde donde morir. ¡En todos me rechazaron! ¡Oh, no son tiernos para el pobre en sus casas de Dios... a pesar de los prospectos mentirosos con que se enuncian para dragar el oro de las almas caritativas! ¡Cuando esperaba una mano en que apoyarme, una palabra de paz, una expresión de afecto, sólo encontré frías miradas, gestos de sospecha, respuestas melifluas, desdén por los males que sufren otros, aversión inmensa hacia el miserable que no sirve para la explotación, del que no puede sacarse la sangre de sus venas ni el jugo de su carne! Era débil, pobre, desesperada, ¿para qué serviría? ¿Honraría a la casa? ¿Reportaría utilidad mi trabajo? ¡En aquel estado, imposible! ¡Pues a la calle! Llamé a la puerta de los conventos aristocráticos, donde, examinando mi facha ruinosa, se me preguntaba sonriendo la cantidad de mi dote... Corrí a aquellos donde las más humildes son admitidas. Aquellas mujeres con frente de líneas inmaculadas, en cuyo pecho ostentan la imagen de Cristo, me miraban tristemente, ponían en mi mano una batista y una aguja. Y ante el trabajo inhábil de mis dedos sacudían la cabeza diciendo: ¡no hay plaza! En cierto sitio se me reprochó ser virgen, ¡allí no se admitían más que las arrepentidas! ¡Oh, qué carreras aquellas inútiles en las que, agotada, hambrienta, descorazonada, chocaba eternamente con corazones secos, con epidermis insensibilizadas! ¡Ni una palabra simpática bajo aquellas fórmulas piadosas con que me despedían!... En aquellos ojos que se apartaban de mi miseria, fingiendo dirigirse al cielo, no vi jamás una ráfaga de piedad. ¡Hipocresía, dengues, egoísmo, mercantilismo! Cuando caí una noche a la puerta del cuarto que ya no podía pagar, con el vientre vacío y el frío de la muerte en las venas... ¿me socorrió la religión? No, fue un humilde, un miserable como yo... partió su pan conmigo, y como yo tenía el estertor de la fiebre, y él no tenía ni fuego ni cama que ofrecerme, me llevó al hospital... Pero no me abandonó en aquel infierno de los pobres... Volvía, tomando sus minutos sobre su pan, porque para el obrero, un instante de trabajo menos representa renunciar a un bocado... Volvió, no obstante, a verme, y sus dulces palabras introducían nuevamente el gusto a la vida en mi corazón... ¡No me habló nunca de Dios, sino de las criaturas... No me prometió una felicidad futura, sino el amor... el amor de los desheredados, de los rechazados, de todos aquellos a quienes se oprime, a quienes se aplasta!... ¡Me hizo adorar el sufrimiento, no mostrándome la recompensa egoísta de un mentido paraíso... sino levantando ante mí el espléndido y sangriento estandarte de la piedad! ¡Oh, qué grande, qué hermoso era aquel hombre! ¡Era más hermoso y más grande que su Dios y sus curas!... ¡porque su divinidad es de mármol y sus ministros viven hartos y gordos burlándose de los males de la humanidad! Su

Dios murió para resucitar en seguida... él, el Dios mío, que no era más que un hombre, que vivió para todos, ha muerto... muerto para siempre... para el mundo... para la universidad de los seres que sufren... sus hermanos!...

– ¡Qué lástima de taquígrafo! exclamó Bergés.

La mujer, conmovida, con su flaco pecho palpitante, se sentó; había hablado menos para el auditorio que para alivio propio, y se inclinó sobre el papel sin prestar ya atención a lo que se decía.

– ¿Quién es esta señora? preguntó el cura a Emilio.

– Constanza Parandier, contestó aquél brevemente.

El otro hizo un gesto.

– ¡Ah! la conferenciante célebre, la antigua querida de aquel apóstol de los andrajosos, que murió guillotinado...

– Hay malos curas, convenido. Los conventos han de regenerarse: el espíritu de lucro y de hipocresía se introduce por todas partes... Hay mucho que derribar en la Iglesia como en la sociedad... pero Dios permanece inmutable, inmenso, única estrella guía del hombre. ¡Desgraciados aquellos que se separan de su guía!...

Emilio se sulfuró de repente:

– ¡Dios!... ¿dónde está? ¿en el cielo? ¡Y qué nos importa el cielo? Estamos en la tierra, y no hay más que la tierra que nos interese... No son goces espirituales lo que queremos para el porvenir... ¡Queremos llenar nuestro estómago, que nuestro corazón ande caliente, que nuestros miembros no sean mortificados por tareas excesivas, ni nuestra salud arruinada por trabajos malsanos!... ¡Queremos gozar de nuestra razón, de nuestros conocimientos... Queremos ser uno, como cada uno de tantos otros que sólo porque han nacido burgueses tienen una plaza al sol! ¿Dios? ¡No le necesitamos! ¡Qué nos importa un después, siempre que el cuerpo y la inteligencia hayan gozado de todo lo que se puede gozar en la vida!

Un engaño, su existencia del más allá es una píldora dorada para los necios, exclamó la voz rara de Bergés. Es muy cómodo permitir que el pobre vaya descalzo por el lodo con el estómago vacío, el cráneo golpeado por el sufrimiento, los ojos fijos sobre la nada, allá abajo... siempre muy lejos, ¡allá! ¡allá!... ¿Y después qué?... Siempre se puede prometer; ¡afortunadamente para los embusteros, los muertos de hambre no vuelven a decir que aquello es una mentira!...

El cura hizo gesto de espanto.

– Supongamos que todo es un error y una mentira... Si se ha creído con fe, si la luz de la esperanza ha iluminado toda una vida de sufrimientos, convengan en que es precioso. ¡La felicidad sobre la tierra; desgraciados!... ¿dónde se encuentra? No, no suprimirán la enfermedad, ni la pena, ni el dolor... pero se sumergirán en la gehenna, bajo el ojo fijo de Dios por toda la eternidad, y adorarán su mal, a semejanza de los mártires de otro tiempo, que ensanchaban sus heridas y veían correr su sangre con alegría.

La apertura de la puerta hizo volver las cabezas. Un hombre, joven aún, de fisonomía inteligente, vestido como un contra maestro, acababa de entrar.

Bergés saludó con la mano sin moverse, su pesado abdomen le privaba de libertad en sus movimientos.

– ¿Qué hay de nuevo?

– ¡Qué me han partido! exclamó el hombre con voz amarga, lanzando una mirada febril. La sociedad de Deville está en disposición, hay trasiego de personal y la nueva dirección me ha echado a la calle.

Todos le escuchaban con interés. Constancia Parandier había levantado la cabeza y apoyaba su frente sobre una de sus manos, mostrando en su rostro una expresión de dulce piedad.

– Pero los compromisos de tus patronos... expuso Emilio.

¿Qué compromisos? dijo el otro. ¡Ninguno ha cumplido! ¡Me han estropeado! porque ¿no saben que siempre tienen el medio de probar que han cometido una falta? Ya era una caridad lo que se me hacía dejándome en mi plaza de mayordomo. En cuanto a los nuevos directores no quieren saber nada.

Hasta aquel instante el cura no notó que el hombre no tenía manos; dos muñones, informes, sin dedos y con cicatrices azuladas, ocupaban su lugar.

Bergés se levantó de un salto, con expresión radiante.

¡A propósito! te llevo conmigo mañana a mi gira de propaganda. ¡Verás qué broma!... Ganaremos la huelga y meteremos de un golpe lo menos tres mil afiliados en la Universal!... ¡Una víctima de la burguesía; aquí tenemos una en carne y hueso!... ¡Vean y toquen!...

– Sobre todo en hueso, replicó el hombre, esbozando una sonrisa. ¿Pero dónde quieres que vaya?... No tengo tiempo, necesito despabilarme para encontrar trabajo... Dentro de tres días tendremos el hambre en casa.

Constancia se había aproximado, y con un gesto que a pesar de su escasa gracia física, se notaba algún encanto femenino, tomó las destrozadas manos del obrero y las estrechó suavemente entre las suyas.

– ¡Trabajo, infeliz, quien te lo dará? Bergés tiene razón; ven con nosotros... gustará verte; tu presencia inspirará indignación en el corazón de los compañeros... Además haremos una colecta que enviaremos a tu mujer.

Sintió un estremecimiento de desesperación.

– ¡La limosna!

– No; no da vergüenza recibir el dinero de los pobres... ¡Lo dan de tan buen corazón!...

Bergés se movía impaciente a la puerta de su gabinete.

– Ven, Jorge, necesito tomar notas.

La puerta se cerró detrás de ellos. Constancia dio entonces algunas explicaciones al cura, quien le interrogaba con la mirada.

Es un buen chico, uno de los mejores trabajadores de la fundición de Deville... Hace dos años tuvo la desgracia de ser cogido en un engranaje... eso le dejó las manos como usted acaba de ver. Sus patronos probaron que el accidente sobrevino por su culpa y que no le debían nada.

– ¿Y era eso cierto?

Constancia se encogió de hombros.

– ¡Poco cuesta soltar la palabra imprudencia! ¿Acaso se niega una pensión a aquel a quien inutiliza una bala?... ¡se le dice jamás «ha sido imprudente»? El obrero que vive en el peligro a merced de un instante de olvido, ¿no está como sobre un campo de batalla?

– Sin embargo, se han hecho leyes.

– ¿Y no sabe usted que todas pueden falsearse?... El patrón de Jorge, humano, pero previsor, no asumió ninguna obligación respecto de aquel a quien había roto los miembros, pero le concedió la existencia. Ahora se va, queda en paz.

– ¡Es casado ese hombre?

– Tiene una mujer en cuyo tercer parto quedó extenuada, y gana muy poco... El mayor de los hijos tiene cinco años.

Sucedió en silencio. Se oía confusamente la voz de Bergés detrás de la puerta. Constancia hizo un gesto.

– ¡En fin, esperemos que serán felices en el cielo! concluyó irónicamente.

Se sentó otra vez a la mesa y quedó absorta en su escritura. Sabourin con expresión insensible, no escuchaba, no miraba a nadie; se hallaba muy ocupado en copiar fajas.

Se abrió de nuevo la puerta y entró un personaje de cuerpo largo y desgarbado, que bajó la cabeza para entrar, con aquel movimiento instintivo de los hombres altos que atraviesan un umbral inmediatamente elevado.

Los ojos de Emilio lanzaron un relámpago de satisfacción.

– ¡Al fin, Gerald!

Y esperó ansioso; porque, a pesar suyo, el recuerdo de la mujer encontrada ocho días antes le dominaba... ¿Si vendría a hablarle de ella?

Pero el hombre alto estrechó la mano de Emilio sin mirarle, y echó un paquete de cuartillas manuscritas delante de Constancia.

– He aquí mi artículo.

Ella le hojeó ligeramente.

– Demasiado largo, dijo lacónicamente.

El otro se manifestó firme.

¡Pues no suprimiré ni una línea!

Era aquel hombre de una palidez enfermiza; hombros altos, pecho cóncavo; de cabellos negros, melenudos, bigote castaño. Sus ojos, asaz bellos, estaban velados, parecían como fijos en una visión desconocida que no les permitiera ver los objetos exteriores. Alumno de Farmacia, histórico, morfinomano, eteromano, era poeta y periodista a ratos perdidos.

– Bueno, dijo Constanca tranquilamente, podaré yo misma... Además, ni un céntimo; la caja del periódico está en seco.

– No importa, respondió con indiferencia.

Después, dirigiéndose a Emilio, le tomó la mano con efusión.

– ¡La cosa marcha, querido!... Es cosa de ocho días.

Hablaba de una representación en el Teatro del Trabajo que acababa de organizar, donde era a la vez director principal actor y apuntador.

El cura se levantó.

– ¿Quedamos, señora, en que usted cree imposible un acuerdo entre nosotros?

Constancia levantó su ardiente mirada y dijo al cura:

– Estoy convencida de que es irrealizable.

Y como aquél se disponía aún a discutir, le detuvo.

– La religión es la aliada natural del rico. Quien dice Iglesia dirá siempre capitales inmovilizados en el culto, sustento de cualquier clase de bonzos... sanguijuelas que viven a expensas de los trabajadores.

El cura levantó los brazos.

– ¿Acaso soy más rico que ustedes?... ¿Mi ropa vale más que la suya?...

Y como la mujer bajo la cabeza, no queriendo oír nada, lanzó una imprecación.

– ¡Malditos los que no quieren oír la voz divina!... ¡El los aplastará!... ¡Van, ciegos a la conquista de aquello mismo que reprochan a los ricos... la posesión del oro!... ¡Quieren la plaza de aquellos a quienes odian, y cuando la hayan obtenido, serán peores!... ¡Desean hartarse de goces...no escuchan más que su vientre y sus apetitos! ¡Malditos sean, porque Aquél que murió en la cruz los renegará, los desechará mortificados y sangrientos!... ¡Matarán, pero morirán también!... ¡Ensangrentaran el mundo, pero la sangre de su carne correrá!... ¡Aplastaran el universo, pero quedaran sumergidos en sus ruinas y no los levantarán purificados, triunfantes, dispuestos para una nueva civilización, como en otro tiempo el hombre después del diluvio regenerador!...

Y la puerta dio un golpe rabioso tras su sotana dotante.

– ¡Amén!... dijo Sabourin, único que prestó atención a aquella letanía. Estos curas son peores que víboras.

Emilio esperaba nervioso. Por último se decidió a preguntar a su amigo:

– ¿Ha venido a tu casa una mujer a preguntar por mí?

Gerald reflexionó:

– No. ¿Por qué?

Emilio se manifestó contrariado. Furioso contra sí mismo por no haber olvidado la aventura ni la belleza extraña de aquella burguesa.

Al cabo de algunos instantes se agitó.

– ¡Aquí se asfixia uno!... ¿Te vienes?

El poeta se interrogó.

– ¿Qué he de hacer aquí ahora?... Nada.

Y los dos salieron sin despedirse de los que quedaban inclinados sobre su mesa.

### CAPÍTULO III

Una vez en la calle, la fina brisa del Norte sorprendió agradablemente a los dos jóvenes, quienes, quienes a pesar de su relativo bienestar, no llegaban a los sobretodos ni a los chalecos uatados que preservan del frío a los ricos. Sin embargo, bajaron hasta el muelle y se mezclaron ala vaivén incesante de los transeúntes.

Los camiones, vacíos o cargados, se arrastraban lentamente por el barco: la silueta de los barcos amarrados se perfilaban sombrías sobre el gris triste del cielo. Allá abajo se elevaban los grandes docks de ladrillos ennegrecidos por el humo de los vapores; sobre el muelle pululaba todo un ejército de haraposos macilentos, rodando penosamente grandes toneles de vino, mientras que el agua negra de los charcos les salpicaba de barro hasta los hombros. Otros descargadores se apresuraban, encorvados bajo el peso de sacos de pasas de Asia. Las paseras estrechas se cimbreaban bajo aquel paso rítmico de trote de bestia excitada por el látigo. Aquellos hombres, con sus miembros temblorosos, su cara embadurnada por el polvo y el sudor, sus facciones ostentando, como marcados por el buril, los rasgos del sufrimiento resultantes de aquella fatiga continua, no eran más lúgubres caricaturas de la especie humana.

Sus rotos vestidos dejaban ver la piel ulcerada; los dedos de los pies asomaban por las roturas de su calzado. Eran sucios, pero aquella suciedad era la que invade al miserable, que carece de agua, de jabón, de ropa y de vestido para mudarse. Su casa es un tugurio; todo le mancha, y mancha cuanto toca. Habitado a la grasa y al hedor salvaje que de sí se desprende, lo sufre sin pensar en ello.

Y los que aquel día trabajaban eran dichosos: a lo menos ganaban el pan de la noche y el alcohol, ese veneno que da la ilusión de la fuerza. Muchos otros permanecían inactivos, inmóviles, sentados sobre los bancos del negro jardín de la Bolsa, poblado de aquellos fantasmas de la miseria, o arrimados a las paredes del edificio... Aquellas paredes estaban gastadas y sucias hasta la altura de un hombre, restos inmundos de las miserias que incesantemente por allí se rozaban.

Entre aquellos desgraciados, desperdicios del trabajo, desechados de todas partes, heces de cárcel y de las más inmundas sentinas de las grandes ciudades; con sus fisonomías abyectas, con sus cicatrices reveladoras de infames padecimientos, había cabezas inteligentes; vestidos pobres, pero no desordenados. Aquellos hombres eran obreros accidentalmente sin trabajo, que acudían allí en busca del bocado de pan que alimentara la familia, esperando ansiosamente.

Cuando Gerald y Emilio pasaron delante de uno de esos últimos grupos, decentes y silenciosos, se destacó un hombre que se les acercó y les dijo:

– Buenos días.

Emilio fijó en él la mirada.

– ¡Ola, Charrier!... ¿No trabajas?

– No, respondió lacónicamente el otro, con las manos en los bolsillos de su pantalón azul y sus angustiados ojos fijos en el suelo.

Tendría unos cincuenta años; sus rasgos eran regulares, aunque mezclados de arrugas profundas; su piel era gris y su barba descolorida. En sus muñecas, sobre los huesos salientes, se destacaba el cruce de sus venas. Bajo sus pobres vestidos se adivinaba el cuerpo enflaquecido del que ha trabajado excesivamente, del que no dejó de sufrir, del que nunca se vio hartado.

Emilio quedó sorprendido, porque Charrier era un buen trabajador, el último a quien un patrón hubiera debido despedir.

– ¿Sobra gente en tu taller?

El hombre se encogió de hombros.

– No; es asunto mío... He tenido palabras con Soudras. Ya le conoces, el inspector.

Emilio frunció las cejas.

– ¡Aquel bruto!... ¡sí, le conozco!... Luisa perteneció a su sección.

Charrier levantó bruscamente la cabeza; un relámpago de ira cruzó su mirada.

– ¡Precisamente a causa de mi hija Ernestina!... Era preciso que se sometiera también... ¡Una niña de catorce años!... Trataba de forzarla, y ella se oponía... entonces vinieron las multas, las bestialidades, las extorsiones de todo género... ¡Como él es el amo! Me encaré con él y le dije que aquello había de acabar o que le desollaría. ¡Y heme aquí!... Los dos a la calle.

– ¡Cochinas! exclamó Emilio. ¿Por qué no has hablado al patrón?

El obrero hizo un gesto de desaliento.

– En primer lugar; el patrón no se ocupa de nosotros... Soudras le interesa más que yo... Y después, no para en la fábrica... viene de París dos veces a la semana, y cuando está en su despacho no tiene tiempo de hablar con nosotros... ¡El que llega allí no tarda en salir arrojado por su hombre de presa!

Caminaron largo rato en silencio; no fijaron sus miradas en los brillantes espejos de las tiendas; los vestidos de Smith, las armas de lujo de Santoux, los mil frascos dorados y las artísticas cajitas de Royer, el gran perfumista... ¡cuán indiferentes les eran esas inutilidades que inmovilizan capitales enormes!... ¡Ellos, cuyas horas se pasaban venciendo el duro problema de vivir, planteado, renovado cada mañana de su existencia!...

– ¿Has ido a casa de Versaint y de Dornés? preguntó Emilio.

Charrier respondió con fatiga.

– He ido a todas partes... y nada... en todos los talleres se despide gente.

Y se renovó el triste silencio. Ya no sentían ni el frío ni el viento, no veían a nadie, sumergidos en sus reflexiones; Charrier, trabajado por sus propias inquietudes, los otros apenados por su impotencia ante aquella caída de uno de los suyos en la extrema desgracia.

Charrier levantó la cabeza siguiendo un pensamiento.

– Yo soy como los otros... Si la pequeña hubiera consentido... lo hubiera pasado por alto. ¡Qué caiga con Soudras o con otro, un poco más tarde ¿qué? ¡la cosa llegará siempre!... ¡No pueden permanecer honradas esas muchachas!... ¡Pero una niña que llora, que se desespera, que viene a mí gritando: «¡Padre, defiéndeme!»». Ya sé que hay quienes hubieran tenido el valor de decirle: «Hazte el cargo, hija mía». Pero yo no he podido... Sin embargo, bien veía la consecuencia... y hela ahí. ¡Es sensible, por su madre y sus hermanitos! ¡Qué hemos de hacer!...

En aquel momento resonó un silbido agudo seguido de un rumor sordo; el obrero se conmovió:

– ¡Un vapor!... voy a ver si se me emplea.

Y corrió hacia la orilla.

Pero el llamamiento había sido oído por muchos, y de todas partes acudió una multitud que se apiñaba en el sitio libre del muelle donde el barco se amarraba. Todos, ansiosos de ganar el bocado de pan que la suerte les deparaba, se empujaban, trataban de ponerse delante, con las miradas iracundas, las brutalidades en los labios, pareciendo más bien fieras que hombres, dispuestos a desgarrarse para obtener la parte del vecino.

En medio del Sena se veía un gran vapor, negruzco, con bandas rojas y con el pabellón inglés izado a la popa que se deslizaba suavemente moviendo su hélice a intermitencias. Unos hombres de cabellera rubia miraban el tumulto del muelle con indiferencia, tranquilamente apoyados sobre las borlas. El capitán y el piloto permanecían inmóviles sobre el puente, transmitiendo órdenes a la máquina por medio de palabras breves lanzadas en el portavoz.

De todos los pechos se exhaló un suspiro de desconsuelo. Por las escotillas abiertas se veía el cargamento: sacos de maíz. El barco emplearía apenas una docena de hombres para medir y cargar el grano en las barcazas que esperaban a lo largo del muelle.

¡Do e hombres salvados por un día de la angustia... mientras que doscientos se agitaban allí exaltados, locos, dispuestos a todo para comer!

Gerald y Emilio presenciaban la escena, mudos, con el corazón oprimido, y los burgueses, las mujeres elegantes pasaban indiferentes, ignorando aquellas miserias... como si vivieran en otro

mundo, sencillamente molestados de tener que codearse con aquellos repugnantes indigentes que deslucían el más bello paseo de la ciudad.

– Voy a casa de Charrier, dijo Emilio. ¡Allá se debe morir de hambre y aún me queda un duro que adelantarles!...

Caminaba por una calle transversal, y Gerald se vio obligado a forzar el paso para seguirle.

– ¡Espérame! Quiero que vengas conmigo al teatro... hay ensayo.

Emilio se impacientó.

– ¡Tu teatro; eso es tarea estéril!... ¡Contra los burgueses habría que dirigir nuestra actividad!... ¡A esa gente habría que atraer a nuestras ideas!... Representas delante de nosotros, y ¿qué nos enseñas?... ¡Nuestros sufrimientos harto los conocemos!... ¡Basta abrir los ojos y palparnos!... ¡Lo que yo quisiera!... ¡Oh! ¡pero ardientemente!... ¡sería obligar a los dichosos a conocer la vida de la masa!... No quieren saber, pero si eso les irritara la vista, si a cada paso que dieran se encontraran frente a frente con el sufrimiento del pobre, ¡acabarían por conmoverse!... Ya lo sabes; tú has visto de cerca los hijos de las otras clases; son malos algunas veces, pero sobre todo vanidosos y tontos ¡muy tontos! ¡Se creen de otra pasta, de otra piel, de otra armadura!... ¡pero si se obstruyera su paso con esas desgracias, si se arrojara a sus ojos puñados de verdades, ¿no llegarían a penetrar en su cráneo creencias opuestas a sus estúpidas preocupaciones?... ¿no podría conmoverse al fin su egoísmo? ¡Sí, lo creo, quiero creerlo! ¡El pueblo no ha hecho jamás lo suficiente para acercarse al burgués, para ganarle, para adherírsele!... Estamos en dos campos hostiles, perpetuamente armados uno contra otro, y los odios se acumulan sobre equívocos causados por nuestro alejamiento, que a veces podrían disiparse con algunas francas palabras.

Gerald movió la cabeza:

– Una sola cosa podría disipar las divisiones y fundir todas las castas que la civilización ha creado: una fe nueva, una teogonía que elevara las almas. Mira detrás de nosotros en la historia; sólo una idea espiritual ha impreso a la marcha de los hombres un impulso irresistible.

– ¡No, interrumpió Emilio; no me harás creer que el siglo veinte se apoyará en visiones y en lo sobrenatural!... Somos hijos del positivismo, de la ciencia. Te lo he dicho otras veces, Gerald; personalmente te aprecio, pero no participo en nada de tus ideas... Para mí, te embarrancas; peor aún, retrocedes, te enjaulas en viejas fórmulas... Crees renovar, regenerar, y lo único que renuevas son las antiguallas... Eres poeta, y no sabes que el reino de los versos ha concluido... Eres poeta, y no sabes que el reino de los versos ha concluido... Tus espíritus, tus magias, tus cábalas, son de la época de la oscuridad medioeval, ¡tonterías! Nosotros, el porvenir, rechazamos todo eso como inútil... amamos el hombre, su realidad, su imperfección, y poco nos importa esa alma invisible e impalpable que ustedes buscan... ¡Basta ya de más allá! ¡Basta ya de ilusión!... ¡La realidad! La vida humana es por sí bastante bella; podría ser bastante buena para apasionar.

Se detuvo, miró un instante en derredor y su entusiasmo se disipó súbitamente.

– ¡Dichosos serán nuestros descendientes; lo espero, lo creo! murmuró. ¡He aquí la idea espiritual que debe impulsarnos... a nosotros, que vivimos en el infierno, sólo con la esperanza para las generaciones futuras!...

Llegaron a un sitio en que, detrás de las bellas fachadas, de las calles anchas y regularmente cortadas, se entrecruzaban las callejuelas estrechas, sombrías y fétidas del viejo Ruán. Era

aquello un amontonamiento de casuchas de madera y de argamasa, de paredes agrietadas que rezumban humedad: nidos de infección y de epidemias; cuartos sin aire, sin luz, sin espacio, sin nada de lo que el cuerpo humano reclama para vivir; tugurios donde no se hubieran metido animales; viviendas de pobres, para decirlo de una vez.

Los jóvenes penetraron en un patio gangoso en que dominaba el hedor pestífero de las letrinas, y subieron una escalera que cimbreaba bajo su peso y cuyos escalones estaban embetunados por el lodo y el tiempo. Por ella descendía un frío de caverna y un olor de moho. Se oía el ruido monótono de una máquina de coser lanzada a toda velocidad y el quejumbroso vagido de un niño... Esclavitud del trabajo, enfermedad o hambre, ¿puede haber otra cosa en semejantes moradas?...

En el primer piso Emilio empujó una puerta y los dos amigos se encontraron en el único cuarto de los Charrier.

Era una pieza regular, baja de techo, el pavimento destrozado y la única ventana en un rincón; las paredes de yeso desconchadas dejaban a la vista su armadura de madera, formando un dibujo lúgubre que recordaba las cruces de los cementerios. En el techo se dejaba ver la armadura del cielo raso, y por algunos agujeros el viento movía las telarañas.

Dos camas de hierro con colchas remendadas; una cuna de mimbre, un aparador viejo, una mesa, una estufa de hierro fundido, algunas sillas, unos vestidos colgados de clavos en la pared, tres o cuatro cuadros de fotografías... Hé ahí todo el menaje de un obrero económico, trabajador, que hasta entonces declaraba con una admirable resignación no haber conocido jamás el malestar.

La mujer Charrier, situada cerca de la ventana e inclinada sobre su máquina de coser, limpia y brillante, levantó la cabeza y detuvo un instante el movimiento de sus pies.

Era bajita, delgada, sin edad, casi calva, de faz térrea y ojos inquietos. Al reconocer a Emilio iluminó su rostro una sonrisa y mostró dos soberbias hileras de dientes blancos y bien colocados.

– ¿Usted por aquí?

Suspendiendo el ruido de la máquina, la queja continua del niño en la cuna subía lúgubre, desconsoladora.

– ¿Está enfermo? preguntó Emilio.

La mujer movió la cabeza.

– No; pero se fastidia... lisiado como está, no puede correr con los otros, y le tengo echado, porque no moviéndose sentiría demasiado frío...

En efecto, la estufa estaba apagada; el viento penetraba libremente por las rendijas de la ventana, de la puerta y de las goteras.

Entonces recordó Emilio que el niño, de unos ocho años, tenía una debilidad en las piernas que le impedía andar; defecto de constitución procedente de la anemia de los padres, del excesivo trabajo de la madre, había dicho Paul Hem, el médico de los pobres, la providencia desgraciadamente impotente de esos desheredados a quienes asistía con todas las fuerzas de su corazón piadoso.

– ¿Están en la escuela los otros? dijo Emilio.

La mujer hizo un signo afirmativo. Había emprendido nuevamente la costura, pero con más lentitud por escuchar a Emilio. Este, por su parte, no queriendo estorbarla, declaró inmediatamente el objeto de su visita.

– He visto a Charrier... me ha dicho lo que pasa. Tengo un duro a su disposición si lo necesitan.

La mujer vaciló; las lágrimas arrasaron sus ojos.

– Se tiene necesidad, seguramente, en este momento, dijo, haciendo un esfuerzo; pero eso representa una deuda... ¡y ya tenemos tantas!

Emilio hizo un gesto de indiferencia.

– No importa, quedará para cuando puedan... yo no carezco de nada.

La mujer levantó los ojos y le miró fijamente.

– No, dijo con energía; gracias. Ya pasaremos... Ernestina ha encontrado trabajo y podemos contar con su jornal el sábado.

Emilio miró la estufa fría y una caja que contenía algunos trozos de carbón.

– ¿Es eso todo lo que tienen?

– Es lo suficiente, respondió la mujer tranquilamente. He hecho sopa para cuatro días... la comemos fría, está buena y así no necesito encender la estufa hasta el viernes.

Emilio quedó inmóvil; no se atrevía a salir, no sabía como hacer aceptar sus servicios.

De repente la mujer detuvo su trabajo y mostrando en su rostro y en su voz gran angustia, preguntó:

– ¿Ha visto usted a mi marido? ¿No tenía nada aún?

– Estaba en el muelle, dijo simplemente el joven.

La mujer ocultó su rostro entre sus manos con desesperación.

– ¿Ha dicho a usted que ha sido por causa de Ernestina?... ¡Pobre hija mía! ¡Bien sentía la necesidad de contarnos su desgracia!... ¡Teníamos tanta dificultad para ir pasando!... ¡Pero contar eso a su padre!... Si me lo hubiera dicho a mí... hubiera ido a hablar a ese perro Soudras... al fin, una mujer se explica siempre mejor con un hombre sin echarlo todo a rodar... quizá hubiera llegado a hacerle entender una razón y no hubiéramos llegado a este punto.

Emilio movió la cabeza.

– Soudras es una bestia, exclamó. Es un exoficial perdido de ajenjo y de vicio. Luisa tenía once años cuando la poseyó a la fuerza, y era tan poco mujer que la reventó... Satisfecho su placer... allá al extremo de un corredor de la fábrica donde la había atracado, dejó a la niña manchada en su sangre, sin sentido, y arrojándole una peseta, dijo: «¡Querida, ve a la comadrona a que te recosa!»

Las lágrimas corrían silenciosamente entre los dedos de la Charrier. Por fin, separó sus manos, las sacudió y pasó su manga sobre sus ojos.

– ¡Qué malo es el mundo y que dura es la vida! dejó escapar con desconsuelo infinito.

El niño que estaba en la cuna, verdadero fantasma de flacura, se movió, destacándose sus grandes ojos y algunos bucles rubios, pálidos y lacios que encuadraban una frente demasiado ancha.

– ¡Mamá, tengo hambre!...

La mujer sintió cólera.

– ¿Quieres callar?

El niño, asustado, se hundió en su cuna reproduciendo su queja sorda.

– Vamos, tome esa moneda, dijo Emilio con el corazón desgarrado.

Ella, obstinada, rechinando los dientes, lanzó la máquina a escape, con rabia.

– ¡No, no; no tenemos necesidad; lo aseguré!... Este niño es fastidioso... no piensa más que en comer... ¡en algo ha de pasar el tiempo!...

## CAPÍTULO IV

– Entonces, decía Bonthoux, con su voz lenta, ruda y de inflexiones vulgares, dije a la pobre mujer: «¿No te has dirigido al patrón de tu difunto?»

«Sí, dijo, pero me respondió que si hubiera de socorrer a todos los que lo necesitaban, pronto quedaría sin un céntimo».

En la reducida trastienda de la taberna Lavenir, iluminada por una mala lámpara de petróleo, Emilio, Gerald, Bonthoux y Augusto, hablaban acodados a la tabla negra y grasienta que llenaba casi por completo la pieza.

Por la puerta entreabierta se veía la sala de los consumidores casi vacía, a causa de lo avanzado de la hora, ancha, baja de techo, con vigas mal labradas que le sostenían. Algunas lámparas arrojaban una luz indecisa entre la espesa niebla de las numerosas pipas fumadas durante la velada. Un acre hedor de tabaco, de licores, de humanidad, envenenaba el aire. En el fondo, detrás del mostrador de zinc, lleno de botellas y copas, la viuda Lavenir hacía media; era gorda, su cuello rodeado por un pañolón de lana, apenas permitía ver un perfil vago y una cabellera espesa y gris, anudaba sobre su cabeza.

– Y he aquí, continuó la voz monótona del carpintero, como un pobre diablo trabajará años y años ganando escasamente lo preciso para cubrir su piel y llenar su vientre y el de sus pequeñuelos... Llega luego el día en que liquida... La mujer, después de haberse sacrificado cuidándole... no puede impedir que las criaturas liquiden también...

Se detuvo, bebió de un trago lo que quedaba en el fondo de su vaso y se echó hacia atrás de brazos cruzados apoyándose en la pared. Era un hombre de cuarenta años, anchos hombros,

frente elevada, tenía barba negra y espesa que cubría casi todo el rostro, dejando poco espacio a unos admirables ojos, amables y soñadores.

– ¡Y a los que vengan ahora a decirme que el obrero es imprevisor, que debe ahorrar, repuso elevando la voz, los estrangulo!... ¡Economía!... ¿Privádonos de qué?... ¡si ya estamos privados de todo!...

En otro extremo de la mesa, Augusto dio un puñetazo.

– ¡Economías! dijo mezclando el nombre de Dios en una vulgar interjección. ¡De ellas están llenas las arcas de los burgueses; no hay que hacer la liquidación y encontraremos las economías a punto!

Era aquél flaco, algo encorvado, embutido en su larga blusa de pintor; joven, de fisonomía fina e imberbe, y llevaba larga cabellera peinada con coquetería.

Emilio hizo un gesto brusco.

– ¡Eso son palabras no más!... Sabido es; el bienestar, que debería ser para todos, está injustamente repartido... a los unos, el montón; a los otros, tabla rasa... Pero ¿qué? ¡el medio de restablecer la justicia es lo que ha de encontrarse!...

– ¡Todo para todos! exclamó Augusto. ¡Que se acogote de una vez para siempre a todos los que poseen! ¿Tú tienes un buen sillón? pues me siento en él. ¿Tu señorita tiene un vestido de seda? ¡precisamente! ¡a mi mujer le viene bien! ¿Tu pequeño come una golosina? ¡se la quito para mi niña, que no lo ha probado jamás!

Emilio interrumpió con indignación:

– ¡Eso es la batalla, el desorden, el robo, el odio indefinido!... ¡La injusticia, el reino de la bestia más fuerte! ¿No ves que eso sería sacudir la tiranía del espíritu para echarnos en la del puño?

Bonthoux elevó la voz.

– Todo para todos, si... pero el haber común conducido, regulado por cierto número de hombres de prestigio; sin eso, iríamos lejos con los pícaros que se encuentran por todas partes. Todos tienen derecho a todo, pero cada uno tiene su cargo, cada uno tiene sus deberes hacia la sociedad... y es preciso que todos conozcan estos deberes antes de lanzarse al tun tun.

Augusto se encogió de hombros.

– ¡Ya salió el tío Regla!... Ten por seguro que los que han de hacer la cosa han de ser los que no miran al mañana... ¡La cuestión es quitarla del medio!... ¡Después ya se arreglará!... ¿Qué importa?... Peor que estamos no hemos de estar... ¿El que se escapa de la cárcel piensa en saber si dormirá al raso?... Pone tierra entre él y su calabozo... en lo demás ya pensará cuando esté fuera.

– Sí, no combina nada, respondió Emilio prontamente; por lo mismo no reflexiona que los gendarmes van detrás de él... y a los pocos kilómetros le echan mano otra vez y le meten en un calabozo diez veces peor que el primero. Esa es la imagen de todos los movimientos, de todas las revoluciones: se ve, sin idea definida, confiando en la casualidad. Se tiene nervio para derribar, viene luego la detención, y por último, ya no se sabe cómo hacer frente a las mil dificultades que se presentan. ¡Es ese el momento en que los charlatanes y los intrigantes se precipitan, se imponen, enredándolo todo para sustituir a los antiguos explotadores y explotar a

su vez!... ¡Final de revoluciones, final de huelgas, siempre el pobre, siempre el trabajador paga las consecuencias! Y, acabada la comedia, se encuentra como antes, apaleado y con el vientre vacío.

Es fatal, observó Gerald; luchan contra una sociedad organizada, fuerte, defendida, no sólo por el soldado, sino mucho más aún por la rutina, el hábito del respeto de todos... Y luego, dígame lo que se quiera, los burgueses son superiores a ustedes; al fin son los únicos depositarios de la ciencia.

– ¡Sí, son fuertes! exclamó Bonthoux; ¡así es seguro que nos quedaremos con la nueva organización en el papel y en nuestras cabezas!...

Augusto se echó hacia atrás silbando, y lió un cigarrillo.

– ¡Acuerdo mutuo!... ¡Una tontería!... ¡Se está siempre de acuerdo para demoler... pero trátense de reconstruir... cada uno tirará para sí!

– ¡Cállate, animal! exclamó Bonthoux indignado. Hablando de ese modo se desanima a los hombres serios que desean ir adelante... ¿Somos ciegos o locos? ¿Somos criaturas? ¿No sabremos nunca más que gritar, quejarnos, andar a tontas y a locas y no sabremos edificar la sociedad que anhelamos? No, te lo aseguro; ¡somos hombres, y lo probaremos cuando llegue la hora! ¡Si no nosotros, nuestros hijos conocerán el mañana asegurado, el trabajo moderado y bienhechor... Sus mujeres sonreirán en la casa y ya no se oirá a los pequeñuelos llorar de frío y de hambre!...

Emilio dejó caer la voz dulce y lenta; la frente apoyada sobre una mano, los ojos fijos en una visión lejana, y con un dedo trazaba distraídamente dibujos sobre la mesa con el líquido derramada.

– Sí, todos... todos los humanos, todo lo que vive, piensa y siente, salvado de una existencia de sufrimientos y de angustias. ¡Basta ya de esas luchas enervantes para conservar una vida que se maldice, de cual se desembarazaría uno si no hubiera otras vidas que les retuvieran!... ¡Basta ya de estas visiones desgarradoras en que se nos presenta el porvenir... viejo, imposibilita lo de ganar su pan... siendo una carga para hijos a quienes se roe el miserable mendrugo! ¡Oh, poder estar enfermo... detener un día ese trabajo de esclavo sin la caída inmediata en la fosa; poder amar, pensar, estudiar... no verse reducido a la condición de bestia, de máquina de producción!...

– ¡El trabajo es lo que ennoblece al hombre, lo que le coloca sobre los animales! continuó Bonthoux. ¡Y el burgués, rechazándole injustamente sobre nosotros solos, ha hecho de él un terror, un sufrimiento, un castigo!... ¡El trabajo, que debería ser el equilibrio del pensamiento del hombre, ha sido convertido por una casta en un suplicio, en un presidio atestado de esclavos... y allí, con el látigo en la mano, peor aún, con el hambre a sus órdenes, los sujeta e imposibilita eternamente para la libertad!...

Gerald se había levantado y traía del mostrador botellas de licores diversos que escanció en las copas. Bebió y, con los ojos velados por la embriaguez del veneno, dijo:

– ¡A qué trabajar! Se necesita tan poco para satisfacer la vida animal... los goces positivos están en la existencia espiritual. ¡Oh, ir a países templados, donde amplias y leves vestiduras cubrirían las desnudeces... frutos procedentes de un suelo sin cultivo, ramas entrelazadas, he ahí el alimento y la habitación!... ¡Qué festines, qué palacios son preferibles a los goces soñados!...

Únicamente Augusto escuchaba al farmacéutico, quien soltó una carcajada.

– Ya ha remontado el vuelo este Gerald.

Bonthoux repuso:

– ¡Es preciso repetir incesantemente a todos los que sufren, a todos los que ansían una vida diferente: organicémonos; marchemos en silencio, para presentarnos un día, fuertes y decididos, imbuidos de nuestro programa y dispuestos a ejecutarle a la letra. Minemos las bases de la sociedad actual, pero he aquí los cimientos de la sociedad nueva que brotan de la tierra como por encantamiento!...

– ¡Vaya un albañil! exclamó Augusto riendo. ¡Si los cimientos han de salir espontáneamente del suelo, desconfía de ellos!... ¿No ves que dejarán un agujero por debajo y con un puñetazo se hundirán de nuevo?...

– No más asalariado, continuaba el hombre absorto en su idea. Basta de de numerario y de propiedad individual... Todo lo que sirve para producir el bienestar, en común... la Sociedad propietaria de la riqueza, de la felicidad, del trabajo agradable, distribuyéndole equitativamente entre sus hijos...

Emilio movió la cabeza.

– ¡En resumen, todos funcionarios de Estado! ¡Sí, es un sueño hermoso de orden ese colectivismo; pero, en realidad, no pasa de una esclavitud peor que la que sufrimos en la actualidad!...

– ¡Esclavitud! exclamó Bonthoux. ¿Es una esclavitud la ley de alegría y de amor que se sigue libremente? La disciplina y la obediencia se han hecho odiosas al hombre porque a ellas se le ha sometido injustamente... Aplastan al jornalero sometido a su amo... ¿Pero dónde se encontrará la sombra de esa sumisión en los grupos libres y afectuosos que nosotros queremos?... Cada uno concurrirá a la obra común del mismo modo que un músico en una orquesta aporta su parte a la armonía... y cada uno se sentirá orgulloso y feliz de su nota, inútil si fuera aislada, y que, junto a la de los otros forma la espléndida sinfonía.

– ¡No, exclamó Emilio! jamás pensaré como tú... La felicidad para mí está en la libertad de mi ser... Estoy cansado de ser engranaje y no individuo... No quiero ser regimentado eternamente... El colectivismo es el cuartel, el convento; el niño y el anciano son la sociedad, la mujer es de todo el mundo... En él no se es individuo, sino una partícula del inmenso todo... No se siente existir, se va como arrastrado por una inmensa corriente. La piel, los nervios, los pensamientos, se perderán y no quedará más que una parte infinitamente pequeña de un cuerpo infinitamente grande, de un gigantesco cerebro que englobará la humanidad entera... ¡No! ¡yo quiero sentirme vivir!... ¡quiero amar, quiero gozar por mí mismo!... ¡Quiero hacer lo que me agrada, sin impedir al vecino que haga lo que le dé la gana, sin que recíprocamente tengamos que ver el uno con el otro. ¿Iría yo a destruir la sociedad presente porque quiere reducirme al estado de fuerza brutal, para confundir mi personalidad, tan costosamente reconquistada, en otra sociedad igualmente tiránica?... ¿Qué me importa esa vida tan fácil y tranquila que me ofrecen si mi felicidad ni está en la regularidad y la paz?... ¡Quieres imponerme un traje elegante, un dormitorio confortable, un calor uniforme, una sopa succulenta... pero ¡sí a mí me gusta más dormir al raso, y me encantan mis harapos y el pan duro!...

– ¡No tienes derecho a ser feliz a tu manera!... ¡Tu felicidad egoísta puede perjudicar a tus hermanos!

– ¡Basta ya!... ¡Cada uno para sí!... profirió Augusto. ¡Tu colectiva, Bonthoux, no pasa de un casinejo!...

Los tiernos ojos del carpintero brillaron con un relámpago de cólera; pero se calmaron pronto.

– ¡Qué burro eres! se limitó a decir con desprecio.

Entretanto Augusto se dirigió a la tabernera, allá en la sala vacía.

– ¡Señora Arsenia! ¡Eh!... venga usted, ya no hay nadie; venga usted a referirnos algo de la Sangrienta.

Emilio se levantó.

– No, madre, no haga usted caso, murmuró con voz angustiada.

La viuda Lavenir se aproximaba sonriente. Entre ella y su hijo no había rasgo fisonómico común. Debió haber sido muy hermosa, y sus graciosos cuarenta años conservaban cierto encanto extraño y bestial: era blanca, más bien pálida; su boca, con labios gruesos y rojos, se destacaba de un modo especial en su rostro, lo mismo que sus grandes ojos negros, de expresión salvaje en determinados momentos. Cuando esta fisonomía marcaba el reposo, se notaban los rasgos de la vejez, tales como los pliegues de la comisura de los ojos, las arrugas de la frente, deprimida por una cabellera ruda, negra, estriada con hilos blancos, la piel reblandecida, la mandíbula pesada y la nariz un tanto chata; pero cuando se animaba, movida por un pensamiento de odio o de venganza, se convertía en una belleza terrible, sanguinaria, sublime, como la figura de la multitud delirante.

– ¡La Comuna! exclamó Bonthoux con pesar. ¡A qué evocar esos recuerdos de lucha ensangrentada e inútil!...

Los ojos de Arsenia brillaron, su sonrisa se cambió en una crispación nerviosa.

– ¿Para qué? dijo con rabia. ¡Porque ese recuerdo pondrá corazón en el vientre de los hijos de los padres asesinados!...

– Lo que les pondrá es un cuchillo en la mano y un odio ciego y estúpido en el corazón, respondió vivamente el obrero.

La mujer, arrimada al quicio de la puerta, recibía la luz de la lámpara en pleno rostro, y parecía la única figura luminosa en la semioscuridad del cuadro. Con un movimiento rápido levantó los cabellos que pesaban sobre su frente con frecuencia calenturienta.

– ¡Un cuchillo, un fusil, cualquier cosa que escupa la muerte! Todo es bueno siempre que mate, que desmenuce, que aniquile al explotador!

– ¡Madre! dijo Emilio desolado.

Augusto se manifestaba encantado, altamente satisfecho, como un espectador ante la escena preferida.

– ¡Vamos, cuéntenos usted cómo mataron a su marido!

La excitación de Arsenia duró poco. Miró a su hijo entre enfadada y cariñosa; porque desaprobaba las tendencias humanitarias de aquel rubio tierno, al que, no obstante, no impulsaba a la venganza si no cuando se sentía irritada por ardientes recuerdos.

– Ya lo he referido cien veces, dijo con cierto tono de disgusto. No sé que decir más... ya han pasado veinticinco años...

Se estableció un silencio que nadie se atrevía a interrumpir. El pensamiento se fijaba en los acontecimientos ya lejanos de la insurrección popular de 1871... hechos ya borrados de la memoria del burgués y que permanecen claros en el espíritu del proletario, que da la historia no conoce sino fragmentos de trastornos sociales: 1793, 1848, 1871, tres fechas escritas en caracteres luminosos ante los ojos de aquellos hombres indiferentes al resto del curso histórico en que su existencia no es tenida para nada en cuenta.

Por último la mujer dijo con voz baja, como si se hallara bajo el imperio de una obsesión:

– Aquel día mi marido estaba en la barricada de la calle Saint Séverin, con su hermano, otros compañeros y yo, que no le abandoné... Mi niño estaba en un cesto entre las piedras... Eras tú, Emilio, que hubieras podido atrapar una bala; pero, ¿quién pensaba en esto?... ¡La piel andaba entonces barata, como se arriesgaba con tanta frecuencia! Los soldados tiraban desde el extremo de la calle y no se atrevían a dar un paso, y nosotros tirábamos resguardados sin descubrirnos... a veces, un quejido sofocado anunciaba que se había tenido tino. De repente se oyen gritos, ¡una carrera!... Miramos por los agujeros... Era un pobre diablo que salía no sé de dónde y corría en medio de la calle entre dos fuegos. Mi marido gritó: «¡No tiren, le reconozco, es Hurard!». No se tiró, naturalmente. Para unírse nos trepó como un gato sobre la barricada que nos protegía; pero ¡oh desgracia! en el momento de llegar a lo alto cae rodando... una bala de allá bajo le había alcanzado en un pie. Quedó boca arriba, con los ojos extremadamente abiertos por el sufrimiento y el terror... movía sus labios como si dijera cosas que no pudieran entenderse, pero que se adivinaban: «¡Me dejaran morir aquí!» Un momento después levanta la mano para hacernos signos de que no está muerto, ¡pero cae en seguida, rota, corriendo de su muñera un chorro de sangre! Todavía otra bala enviada de allá bajo. ¡Se ve que se divertían! Esta vez se oyó distintamente suspirar: «¡Por favor, mátenme de una vez!» Mi hombre tuvo un arranque: Dejar así triturar a un amigo era duro; le pareció infame. En un instante subió a la cima de la barricada; levanta al herido; el pobre, aunque flaco, era pesado. Subí yo también y cogí una pierna, la buena... ¡Un instante no más, y estábamos en salvo! pero ¡maldición! una descarga, bien dirigida por cierto, nos hizo rodar hasta el suelo; yo quedé tendida gritando, tenía dos balas en un muslo, el amigo recibió el pasaporte, pero tiendo la vista y ¡jamás olvidaré aquel instante! y vi a tu padre, Emilio, que se levantó, pálido como la cera... con unos ojos que no veían ya: «¡Mi mujer!...» y cayó como masa inerte entre el cadáver de Hurard y yo. Tenía una bala en el corazón y moría pensando en mi herida.

– ¡Oh! profirió la mujer con rabia; ¡y tú eres mi hijo! ¡Sin duda no has sentido correr en tu cuna la sangre caliente de tu padre y de tu madre cuando te complaces en hablar de concordia y de fraternidad con los burgueses!... ¡con nuestros guillotinatotes, nuestros fusiladotes, nuestros asesinos!...

Emilio, muy pálido, se inclinó hacia atrás como desprendiéndose con horror de aquella fanática; rechazando con todo su ser el odio ciego, los recuerdos sangrientos, las represalias feroces.

– ¡Recristo que mujer! murmuró Augusto en el colmo de su admiración, con los ojos chispeantes y los labios temblorosos.

Entonces, en pie, el hijo, delgado, fino, rubio, se puso frente a su madre. Sus ojos chispeaban de entusiasmo, del mismo modo que los de la mujer flameaban con resplandores de crimen. Si su voz temblaba, era por exceso de emoción, no por cobarde temor.

– ¡Veinticinco años, sí, veinticinco años han transcurrido desde aquellos días de duelo! Precisamente por eso es necesario olvidar, borrar aquel pasado ya lejano, volver obstinadamente nuestros ojos hacia el porvenir, conservar nuestra piedad hacia los mártires, olvidando que hubo quien manchó sus manos en nuestra sangre. ¡Perdón! ¡olvido! En todas las épocas hubo hombres que se desgarraron como fieras. ¡Y hemos de conservar eternamente esos odios! ¡No, no; borremos el pasado!... ¡Que las manos se tiendan, que los pechos se toquen fraternalmente! ¡Proletarios y burgueses todos son hombres... la materia que les forma es idéntica, la muerte los iguala a todos! En verdad, el tiempo de la fraternidad y de la concordia se acerca... Pero así como es preciso que el burgués se despoje de su soberbia y del oro que detenta inicuamente, es preciso también que nosotros rechacemos nuestros rencores y los recuerdos sangrientos que nuestros padres nos legaron ¡Es preciso ir a los ricos como a hermanos, para que como hermanos nos acojan! Sólo a costa de ese sacrificio es posible la paz social.

Se calló, como agotado por la vehemencia con que sazonó el fin de su discurso.

Arsenia protestó con un brusco movimiento negativo que hizo caer su espesa cabellera.

– ¡Renegar la sangre!... ¡Renegar los sufrimientos de nuestros mártires!...

– ¡Muchacho! dijo la voz clara y burlona de Augusto, ¡ya puedes mirar al burgués como a un hermano... que él no verá en ti sino un bastardo! ¡La República que nosotros queremos es a su idea una pérdida a quien hay que encerrar en San Lázaro!...

Emilio se dirigió entonces a Bonthoux y dijo angustiosamente.

– ¿Crees tú que jamás sus ojos se abrirán a la luz y que no se ablandará su corazón... que sus manos no se tenderán francamente hacia las nuestras?...

El interrogado vaciló.

– Espero que sí, dijo en voz baja. De otro modo habría mucha que hacer... nada menos que llegar hasta el exterminio.

## CAPÍTULO V

El primer acto de *Manon* se hallaba ya bastante adelantado en el Gran Teatro de las Artes. Ruth Etcheveeren, la pintora de genio original que en pocos años se había conquistado un nombre en el mundo artístico de París y de Bruselas, escuchaba inmóvil en su palco, sola como de costumbre.

En un instante en que la música la dejó indiferente, levantó los ojos por casualidad hacia la galería del tercer piso... Sus párpados batieron ligeramente y sus ojos quedaron fijos: había reconocido a Emilio Lavenir, apoyado en la delantera, que la devoraba con sus miradas.

Ella entonces, irguiéndose un poco, levantó su brazo, desnudo como una garganta, bajo el tenue encaje que le cubría; se quitó un guante, y con un gracioso ademán de su abanico, que pasó levemente por sus labios, envió una caricia al joven.

El favorecido comprendió; sintió fuego en su rostro... miró con desconfianza a sus vecinos por el temor absurdo de que hubieran percibido aquel beso de mujer que atravesaba el espacio.

Ella dejó de mirarle; se reconcentró en la escena que se desarrollaba a su vista.

También él escuchaba conmovido de manera extraña por la armonía envolvente de la ópera, por la atmósfera especial de la sala tibia, luminosa, impregnada del olor de todas aquellas mujeres semidesnudas, inmóviles en palcos sombríos como alcobas.

Las notas de los instrumentos y de las voces subían, amorosas, impregnadas de irritante sensualidad. En la claridad de la escena se veía una pareja encantadora. Ambos personajes, en sus elegantes trajes del siglo anterior, se enlazaban en su ardor juvenil, en su emoción de artistas y de humanos. La sala estaba muda, encantada, y Emilio se dejaba llevar acariciando por aquella visión.

Una vida en que, bello, rico, elegante, sería amado por una mujer exquisita, con fragilidades propias de objeto precioso, con piel satinada, con perfume de flor... y esto en un cuadro de esplendor y lujo...

Pero el acto acababa, la pareja adorable desaparecía, el telón descendía rápidamente, estallaban los aplausos y la orquesta lanzaba ruidosamente sus últimos acordes.

Los espectadores de las galerías altas habían salido y se estrujaban en los pasillos; los de las regiones elegantes habían abandonado sus asientos poco a poco, y ya en silencio, en la semioscuridad y el abandono la gran sala colmada hacia un momento, Emilio volvió a la realidad.

¿A qué había venido?... ¿Cómo había cedido a la vaga esperanza de ver otra vez aquella mujer?... ¿Cómo se había dejado seducir por la ilusión absurda de que el amor podría unirle un día a una criatura de quien todo le separaba?

Sintiendo hondo malestar, comprendía que sólo un capricho de persona hastiada podría romper el muro que separa el proletario de la hija de los ricos... ¿Sería tan vil que aceptara ser tomado como capricho de una hora de fastidio, con la certidumbre de ser inmediatamente rechazado por una mano hastiada y despreciativa?

No obstante, permaneció apoyado en el terciopelo de la desierta galería, con la frente entre sus manos, sumido en una especie de sopor. En el fondo se avergonzaba de su americana raída, de su camisa grosera, de su condición de obrero que ele ataba allí, rabiando de celos y envidia en tanto que otros hombres elegantes, correctos y finos desfilaban por el palco de la señora Etcheveeren.

Sentada e inclinada hacia atrás, hablaba alegremente, moviendo lentamente sus hermosos brazos y su graciosa cabeza, mostrando alternativamente la esbeltez de su busto y la redondez de su cuello.

Por último, hizo un signo de despedida, como deseosa de hallarse sola. Estrechó las manos de sus visitantes con movimiento breve y masculino, y, mientras que salían, volvió a colocarse en la delantera del palco.

Entonces Emilio, que no perdía de vista, vio que sus ojos se elevaban lentamente, que su boca se iluminaba con una sonrisa, y que, en aquella sala casi desierta, a la tenue claridad de la lámpara central, le enviaba otro beso...

Una ola de orgullo y de amor inundó al joven. ¡Era para él, por él había despedido aquellos hombres... por él quedaba inmóvil, ofreciéndole su hermosa y blanca carne apenas velada... para él despedían besos aquellos labios...

Transcurrieron minutos de extraña sensación para ambos por el cambio de aquellas miradas...

Gustaron el segundo acto con la conmoción de todos sus sentidos. La armonía exquisita, el brillo de las luces, aquellos personajes ficticios evolucionando en torno del eterno problema del amor; todo concurría a mantenerles en aquella exaltación moral y sensual.

La convicción de que el amor era posible y hasta fatal entre Ruth y él, llenó poco a poco el espíritu del joven obrero, inflamando su corazón entusiasta.

¡Quién sabe; de ellos nacería la concordia tan ardientemente deseada!... Él, el rudo proletario; ella, representante de la sociedad rica, aristocrática... los dos reunidos por la misteriosa ley del amor, probarían al mundo que las categorías son convención humana y no producto natural... Caminarían en la vida estrechamente unidos, predicando la nueva fe de la humanidad... Ella hablará a los ricos... él se dirigirá a los pobres... los dos concurrirán a la regeneración del mundo... realizando el ideal sublime de la Revolución sin una gota de sangre ni una lágrima... en el entusiasmo y en la fe. ¡Nueva noche del 4 de agosto, cien mil veces ampliada... grandiosa como toda la tierra y sus millones de habitantes que la fraternidad uniría para siempre!...

Cuando se vació nuevamente la sala para el último entreacto, Ruth se levantó, habló algunas palabras a un joven, salió del palco, haciendo a Emilio imperceptible signo de que viniera a unírsele.

Quedó un momento indeciso, luego obedeció.

En los corredores se oía ruido de conversaciones, de risas y de pasos, ahogándose la gente en aquella escalera única y estrecha.

– Si hubiera un incendio, esto sería una ratonera, dijo una voz.

En efecto, los amplios corredores y las salidas suplementarias, no pasaban del primer piso, favorecían solamente a la minoría, única que vale en la sociedad actual.

Cuando Emilio se presentó a la entrada del vestíbulo de los primeros palcos, una acomodadora le detuvo por el brazo y mirándole de hito en hito:

– ¡Los del tercer piso no entran en el salón de descanso! dijo con tono despreciativo y lacayuno.

El joven retrocedió murmurando una maldición. ¡Recibirá siempre el pobre esos insultos!... ¡Tropezará siempre con esas barreras que sistemáticamente aíslan al rico!..

Subió otra vez la escalera y se asomó a uno de los balconillos redondos que desde lo alto dominan el salón. Pronto, entre la multitud que se movía lentamente con oscilaciones de reptil de múltiples colores, distinguió a Ruth.

Caminaba apoyada del brazo de un joven que le hablaba sin que ella le escuchara, fija, al parecer, en la idea de buscar a alguien entre los grupos. Dos veces pasó por debajo de Emilio

sin verle, hasta que al fin sus ojos se enlazaron; ella sonrió con expresión alegre y maligna que iluminó su rostro grave con un rasgo de extrema juventud; se detuvo, vaciló, por último a su acompañante hacia una puerta de salida.

Emilio abandonó su observatorio, pálido, tembloroso...

Poco después Ruth apareció grande, soberbia, con un manto de satín negro liso, con el pecho y los brazos visibles bajo los encajes transparentes.

Se detuvo algunos pasos y continuó hablando con su acompañante. Sin duda éste intentaba arriesgar algunas palabras galantes, animado por el singular capricho de la artista, de confundirse entre la multitud del salón y extraviarse por la soledad de los corredores, pero quedó con la palabra en la boca, porque Ruth le dejó y se adelantó tranquilamente hacia el obrero.

– Le necesito, le dijo con voz cariñosa. Mañana a mi taller, 5, boulevard de la Magdalena. ¿Puede usted venir a las cuatro?

Emilio hizo un signo afirmativo por incapacidad de pronunciar una palabra.

Estrechó suavemente su mano y se alejó envolviendo al joven en una mirada de sus ojos sombríos.

– ¡Hasta mañana!

Como su acompañante, sorprendido, le preguntara, dejó caer con indiferencia:

– ¡Un modelo!...

De vuelta en su casa, loco, corriendo su sangre por aflujos bruscos en sus venas, Emilio tardó mucho en dormirse, recordando febrilmente los múltiples sentimientos que había experimentado aquella noche.

Serían las cuatro de la mañana cuando fue despertado de repente por una voz inquieta y un contacto.

– ¿Qué es eso? balbuceo.

Una joven se inclinaba sobre él con una lamparilla en la mano, llamándole con voz angustiada.

– ¡Emilio! ¡Emilio, despierta!... Ven en seguida. ¡Qué desgracia!...

¡Luisa, su querida!... ¿Qué querría? Después de sus ilusiones de la velada, llenos aún los ojos con la opulenta imagen de Ruth, sentía irresistible repugnancia hacia aquella miserable criatura, tan flaca, tan descolorida, casi insexuada con su pecho liso, su cuerpo menudo bajo su pobre vestido de obrera, sus ojos pálidos bajo pestañas más pálidas aún.

No obstante, hizo un esfuerzo y contrajo su pensamiento a lo que la joven con acento espantoso repetía. Su hermana Marta, la planchadora, que estaba embarazada, sentía dolores a causa de que en aquella misma noche sufrió una caída en la escalera llevando un pesado cesto de ropa mojada. Parecía hallarse tranquila, y como aun estaba lejos el término del embarazo, se creyó que no sería nada; pero hacía una hora que sentía crisis terribles... el mal aumentaba, y Luisa no sabía qué hacer, porque el marido estaba ausente por formar parte de la tanda de noche de su fábrica.

– ¡Ven! ¡ven pronto! suplicó.

Emilio se vistió apresuradamente reconquistando por detalles penosos su vida habitual, dejando a Ruth y los radiantes sueños de la noche allí en una vaga lontananza.

– ¿Quién asiste a Marta? preguntó, en tanto que él y su compañera caminaban apresuradamente por las calles sombrías y desiertas.

– Nuestra vecina la señora Brunet y Magdalena, que se ha despertado.

– ¿Has llamado a la comadrona?

– Sí, pero estaba borracha... No he podido despertarla. He ido en seguida a la calle Beauvoisine, en casa de otra, y no estaba... He llamado a la puerta del convento de las siervas de Maria, pero a esas horas no se responde...

Quedaron en silencio; sus pasos resonaban en la estrechez de la callejuela. La joven lanzó una exclamación angustiosa.

– ¡Dios mío, si habrá muerto!

Apresuraron más su marcha y hablaron ya hasta llegar a la habitación; alta, en un montón de casuchas cuya silueta apenas se adivinaba en la oscuridad de la noche.

El último piso, Luisa empujó rápidamente una puerta.

– ¿Cómo está? preguntó anhelante.

La habitación era larga y estrecha y se hallaba mal iluminada por una lamparilla. Delante de la estufa había una mujer arrodillada que encendía fuego, cuya operación llegaba de humo la mísera estancia, y levantándose respondió una voz baja:

– Parece que ésta mejor. Los dolores han cesado y se ha dormido.

Luisa exhaló un suspiro de consuelo y se dirigió al lecho para ver a la paciente. Una niña estaba a la cabecera, en pie, descalza, envuelta en un mal capotón, con sus cabellos negros sueltos por la espalda, teniendo fijos en su madre sus grandes ojos con la expresión de la piedad y el mayor espanto. Todo su ético cuerpecillo temblaba de frío. Emilio se acercó y vio a la mujer rígida, como muerta, con la cabeza inclinada sobre la dura almohada, los párpados cerrados sobre la órbita hundida, la piel lívida y pegada a los huesos salientes de los pómulos y de la mandíbula. Su pecho descarnado se descubría por la abertura de la camisa, y la colcha grosera que cubría la acama acusaba la deformación del vientre.

– ¡Vive! interrogó Luisa con espanto.

– Sí, si; respondió con voz imperceptible la pequeña Magdalena.

Y su manecita acarició suavemente la ósea muñeca y la mano deformada de la planchadora.

– Ves; está caliente... y además aquí se sienten latidos.

Permanecieron todos algunos minutos inmóviles, oprimidos, indecisos.

Por fin el fuego ardía decididamente, pero un fuerte tufo llenaba aquella estancia desmantelada y lúgubre, y el viento se introducía silbando por las mal ajustadas ventanas.

La vecina dio un paso hacia la puerta.

– Me parece, murmuró, que no hay nada que hacer ahora... Me vuelvo a la cama, porque ya sabe usted que a las siete en punto he de estar en el taller. Si ocurre alguna novedad no hay más que tocar a la pared.

Luisa dijo haciendo un signo afirmativo:

– ¡Gracias, Clemencia!

La mujer salió procurando no hacer ruido. Era buena y compasiva, pero la vida era penosa en su casa, y la fatiga que se imponía en servicio de sus amigos podía tener malas consecuencias en su familia.

Magdalena se acercó a la estufa y, ya previsora a sus ocho años, como que ejercía de ama de casa, retiró algunas brasas del hogar, considerando que la vecina había sido demasiado pródiga. Luego permaneció allí acurrucada, gozando de aquel fuego que reavivaba un poco su cuerpo aterido, sensible a una grata impresión de bienestar de los que tan escasamente disfrutaba.

En un rincón de la estancia Luisa extendía sobre unas cuerdas la ropa que ocasionó el accidente de su hermana. También la pobre estaba tan hecha a la necesidad del sufrimiento y del trabajo sin tregua, que ni siquiera cruzó su mente un pensamiento de rebeldía delante de aquella ropa que era como el cuerpo del delito que probablemente costaría la vida a Marta.

En la casa de los pobres no puede cuidarse una mujer embarazada; porque, cualquiera que sea su estado, es preciso comer, y, hasta el último día de su preñez, agotada, rendida, ha de continuar su oficio, por duro que sea, sin que nadie le compadezca a su alrededor, sin que ella misma se permita un gemido.

¡Y sin embargo, los dichosos, los favorecidos de la vida, se admiran y se indignan cuando esas resignaciones, esas privaciones, esos dolores de los miserables, se exasperan a veces y lanzan rayos de desesperación, y de esos cuerpos martirizados se desprenden chispas de loca iracundia, imposibilitados de contener un momento más el comprimido torrente de sus lágrimas y de sus quejas!...

De repente la enferma se incorporó en su lecho, lanzando un grito desgarrador. Todos se acercaron temblando.

– ¡Mamá! exclamó la niña lívida.

La desgraciada mujer se torcía en horribles convulsiones, lanzando gritos inarticulados, y un sudor frío cubría su térreo rostro.

– ¡Marta! ¡Marta! repetía Luisa rodeándola con sus brazos.

La enferma la reconoció.

– ¡Luisa mía, me muero! dijo con voz extinguida y una modulación infantil.

Emilio corrió a la escalera.

– Voy en busca del doctor Hem.

El sufrimiento se cuele por todas partes; la muerte clava sus uñas en todos los rostros; pero hay desgraciados a quienes la frecuencia de esos dolores los vuelve casi insensibles. En cambio, cuando el dolor oprime al rico, los cuidados y el bienestar lo atenúan. En la casa del pobre la enfermedad establece su dominio como soberana absoluta y trae consigo un infierno.

Pronto volvió Emilio seguido de Paul Hem, con una chaqueta ordinaria, sin corbata, con una gorra vieja de pana que embellecía su rostro expresivo, de rasgos finos, óvalo prolongado y barba negra cortada en punta.

La enferma se había tranquilizado; pero no dormía, y sus ojos se iluminaron con una mirada de alegría al ver ante sí al doctor.

– ¡Gracias, señor Hem!

Conocía al médico como todo el pueblo de Ruan. ¡Cuántas veces había llevado sus hijos a la consulta gratuita y diaria del doctor!

– ¿Cómo vamos? dijo alegremente. ¡Qué mujeres estas!... ¡Nunca saben parir solas!

Una débil sonrisa entreabrió los labios de Marta.

– ¡Qué bueno es usted, y cómo le agradezco su visita!

– ¡Oh! dijo el doctor sacando una bujía de su bolsillo, encendiéndola y examinando a la enferma con mirada inteligente. ¡Agradézcaselo a Emilio!... Ya sabe usted que no visito... No puedo; son tanto numerosos los que me necesitan...

Una luz más viva iluminó la pobreza de la habitación. Hem percibió dos niños de cuatro a cinco años que se habían levantado despertados por los gritos de su madre...

– ¡Qué hacen ahí esos chiquillos! ¡Acuéstense, granujas!...

Luisa cogió a los pequeños y los colocó nuevamente en su lecho.

– ¡No se muevan de aquí! dijo en tono de amenaza.

Y puso delante de ellos la cama en que dormía con Magdalena.

– ¿Y tú, hija mía? dijo el doctor con tono de lástima dirigiéndose a la niña. Más valdría que te acostaras también.

Pero Magdalena, juntando las manos en ademán de súplica, dijo:

– ¡Déjeme usted ayudar al cuidado de mamá!

El doctor no respondió, acostumbrado como estaba a aquellos sacrificios infantiles.

– ¿Tiene un poco de ropa? preguntó a Luisa.

Esta tomó dos sábanas, algunas camisas y unos cuantos trapos: era todo lo que poseía su familia.

Hem se acercó a Maria. Su examen fue corto: la desgraciada estaba casi seguramente perdida; el feto había muerto; sin duda se habían producido graves lesiones y nada podía esperarse de aquel pobre cuerpo agotado. En fin, haría lo que pudiera.

Al cabo de una hora, libre ya la mujer de la tremenda crisis, reposaba inerte, con los ojos mortecinos y el pensamiento embotado. Todo lo horrible que acompaña a una operación quirúrgica, saltaba allí a la vista, en aquella cámara estrecha y sucia, desprovista de todo recurso. Hem se limpiaba sus brazos remangados con un trapo manchado de sangre. Bajó las mangas de su camisa, se puso la chaqueta, enjugó su frente cubierta de sudor y preguntó:

– ¿Dónde está el marido?

– Vendrá de un momento a otro, respondió Luisa, quien, agotada por las emociones y las fatigas de la noche, cayó sobre una silla y apoyada su cabeza sobre el lecho donde agonizaba su hermana.

Emilio explicó que de cada dos semanas, una, el maquinista hacía el servicio de noche en la fábrica desde las seis de la tarde hasta las seis de la mañana.

Hem examinó a la enferma y dijo en voz baja:

– Convendría ir a buscarle... en todo caso prevenirle...

Emilio se inclinó como saludando a la muerte que se hacía cada vez más visible en el rostro de Marta.

– Voy en seguida, dijo:

Luisa se levantó y con la mirada fija, sin lágrimas, preguntó:

– ¿Se muere?

El doctor hizo un gesto indefinido.

– ¿Es madre de usted? preguntó con expresión lastimosa.

La joven movió la cabeza, respondiendo con voz lenta, entrecortada, cuyas débiles inflexiones llenaban el silencio de la estancia, en que ella y el doctor eran los únicos seres pensantes, porque Magdalena, dominada por un sueño de plomo, reposaba cerca del fuego.

– Marta es mi hermana... Ha sufrido tanta miseria, que parece de más edad, aunque sólo tiene treinta y dos años... Apenas tenía diez y ocho cuando nuestro padre cayó paralítico a consecuencia de un frío que cogió trabajando de su oficio en un pozo... Nuestra madre había muerto tres años antes, y menores que yo había aún dos hermanitos... Puede decirse que Marta ha trabajado en todos los oficios para que nosotros viviéramos: durante varios años estuvo empleada en un almacén de harinas de la calle Eau-de-Robec, donde hacía el trabajo de un hombre y acarreaba sacos de 200 kilos; a los once años iba yo a la fábrica... los niños estaban en un asilo, y luego a la fábrica... en tanto el anciano padre quedaba solo... Se comía como se podía, puesto que nadie quedaba en casa para hacer la sopa. A todo esto, Marta lavaba la ropa para toda la familia cuando volvía a casa después de sus catorce horas de trabajo... y aún lavaba para fuera de casa, lo que producía un corto beneficio. Muchas veces, a las dos de la mañana, no se había acostado aún, jabonando la ropa a la luz del reverbero... así todo era beneficio. Cuando murió el padre y los niños comenzaron a ganar, tuvo algún alivio; pero entonces encontró a Lenoelle, se agradaron y se casaron. Mi cuñado es un buen hombre,

excelente obrero y no es vicioso... pero hace nueve años que están casados y tendrían ocho hijos si no hubieran muerto cinco, incluso éste...

Se detuvo, pero continuó al cabo de un instante, con voz lenta, monótona y profundamente desolada que resonaba en el silencio:

– ¡Cuánta miseria en la vida de las mujeres de nuestra condición! ¡Y aún importaría poco tanto trabajar si se comiera suficientemente y se disfrutara de buena salud; pero se priva una para dar a los pequeños, que ni aún así quedan contentos y se pasa el tiempo en estar preñadas y parir, o se es una perdida como yo, y eso no es menos penoso, porque a veces...

Hem la miró con más atención:

– ¿No ha venido usted a consultarme hace algunos años?

– Sí, señor.

El doctor recordaba que aquella joven había ido a consultarle por efecto de una grave afección interior, común a las obreras de fábrica, a quienes su oficio obliga a permanecer constantemente en pie.

– ¿Por qué no ha vuelto usted a verme? dijo con afectuoso interés. Quizá hubiera podido aliviarla.

La joven movió la cabeza.

– Prefiero no curar... eso me hace sentir menos el mal... y estoy bien persuadida de que no me veré libre de él... para ello necesitaría sentarme en ratos, y con mi trabajo es imposible... sin contar que necesitaría también aire, sol, buena alimentación...

Hem separó de ella sus miradas y no dijo una palabra, entristecido, indignado. ¡Qué podría hacer! ¡Oh, y no era ella sola, la que sufría así en silencio!...

Se inclinó sobre Marta y tomó su mano. El pulso latía débilmente; la pobre mujer se extinguía... afortunadamente sin sufrimiento.

Sonaron pasos pesados y precipitados en la escalera, Luisa tembló.

– ¡Félix!...

Al entrar, el obrero vestido de azul, manchado de carbón, sucio el rostro, interrogó al doctor:

– ¿Ha pasado ya?

Parecía no atreverse a mirar la cama.

Hem le tomó las dos manos.

– ¡Se va!... dijo con fraternal piedad.

El hombre se desprendió lentamente y se acercó de puntillas a la enferma. Magdalena, despertada en sobresalto, se acercó también a su madre. El padre y la hija se inclinaron contemplando con avidez el rostro demacrado de la moribunda.

Lenoelle se levantó y temblando se apoyó en la cabecera del lecho dirigiendo su ansiosa mirada en derredor de la habitación. ¿Qué iba a ser de aquel hogar, privado de la madre enérgica que sostenía todo sobre sus hombros? ¿Qué suerte sería la de aquella débil niña y de aquellas dos criaturas, apretados el uno contra el otro en aquel rincón donde el sueño había acabado por apoderarse de ellos en medio del espanto? ¡Quedaba Luisa, es verdad, tan buena y tan cariñosa, pero tan débil de salud y un espíritu tan raro!...

La cabeza del hombre se inclinó y se agitó su pecho sacudido por profundos sollozos.

– ¡Mi mujer!... ¡Mi pobre mujer! gimió.

¡Cuán miserable se sentía!... ¡incapaz de soportar las tristezas de la existencia, faltándole el espíritu firme y alegre de Marta! ¡Ah! ¡por qué no se hundían todos bajo la tierra!... ¡A qué luchar como insensatos para vivir, cuando la existencia no es más que una continuación ininterrumpida de males y de dolores!...

La manecita de Magdalena estrechó convulsivamente la dura y callosa de su padre.

– ¡Está muerta! dijo la niña irguiéndose, pálida y derecha como una aparición.

Y el hombre cayó a tierra, sollozando.

La niña le hizo callar.

– ¡Chist!... que no despierten los pequeños.

## CAPÍTULO VI

Emilio, con un elegante traje gris, y su flamante sombrero negro, se detuvo indeciso, en medio del boulevard de la Magdalena, examinando las casas entre las cuales debía hallarse la de Ruth Etcheveeren.

Allí, entre cuatro filas de plátanos deshojados, había una serie de almacenes alternando con habitaciones elegantes, rodeadas de jardines, con aspecto de quintas más que de casas de ciudad. Al extremo de la avenida se adivinaba el Sena por un bosque de mástiles de los barcos, y al otro extremo se veía el contorno redondeado y verdoso de una abrupta colina sembrada de rocas grises que subía por encima de los edificios en un horizonte muy cercano.

El número 5 era un hotel particular, bastante grande, que daba directamente al boulevard. Cerraba la entrada una puerta de encina labrada; los pisos superiores estaban ocupados por grandes ventanales, detrás de los cuales se dibujaban confusamente colgaduras y follajes exóticos.

El joven avanzaba lentamente, pero faltándole el ánimo, pasaba de largo. Se sentía niño, tan tímido como cuando el maestro le llamaba para concederle una recompensa, y hubiera preferido ocultar en la oscuridad la emoción extrema que le dominaba durante aquellos minutos de angustia y de gozo.

Sin embargo, se decidió, volvió sobre sus pasos y tocó el botón eléctrico. Temía tener que parlamentar cuando apenas se acordaba del nombre de la artista; pero la joven morena y

correcta que vino a abrir, se contentó con las frases torpemente balbuceadas y se ocultó para dejarle entrar sin la menor observación.

Se cerró la puerta y Emilio quedó en la oscuridad completa; dio algunos pasos y tropezó con unos escalones alfombrados. Pronto se habituó su vista a la escasa luz que descendía de los pintados ventanales, mirando curiosamente a su derredor mientras seguía a su introductora.

Llegaron a unos grandes cortinajes amarillos de seda de China, plegados sobre el sombrío fondo de tapicería; inmensos abanicos de plumas, colgados o apoyados en las paredes, circuidos de anchas franjas de perlas, despedían relámpagos luminosos cuando las hería un furtivo rayo de sol.

En el primer piso la camarista tocó a una puerta y se retiró en seguida después de haber introducido a Emilio. Éste quedó inmóvil, deslumbrado, como ante una apoteosis teatral.

La luz se esparcía brillante desde la cúpula de cristales sostenida por una armadura de hierro azul de Persia, de donde pendían multitud de colgaduras de tamaños diversos y telas diferentes que se entrecruzaban graciosamente. Se cimbreaban palmeras africanas y gigantescas del Brasil, plantadas en artísticos jarrones japoneses de bronce, con monstruos cincelados que mostraban sus dientes de marfil y miraban airados con sus ojos de jade. Un ancho y bajo diván se extendía a lo largo de la pared de la derecha, sobre la cual subía un respaldo de madera oriental maravillosamente tallado. En el fondo, sobre un estrado cubierto de ricos tapices, se hallaba tendida una mujer desnuda en medio de ricos y brillantes paños en que dominaban el violado y el oro.

De la cara de aquella mujer sólo se veía un perfil perdido; su rubia cabellera se extendía sobre las telas; un brazo de exquisita delicadeza pendía con artístico abandono; una de sus rodillas estaba en flexión; la otra pierna, prolongada, dibujaba la más graciosa línea de carne pálida y aterciopelada.

Ruth, en pie, vestida de blanco, delante de una ancha tela, la única que había en todo el taller, pintaba. Se volvió hacia la entrada y con diferencia glacial dijo:

– Pase usted, Lavenir.

La mujer desnuda no se movía. Emilio se aproximó lentamente, con el sombrero en la mano, juzgándose mezquino y ridículo en aquel cuadro de opulencia inaudita que se ofrecía a sus ojos inexpertos.

Transcurrieron algunos minutos; la atención de Ruth parecía absolutamente fija en su trabajo. En fin, retrocedió, dirigió una mirada larga a su pintura, y, depositando su paleta, tocó un aparato que corrió instantáneamente una cortina ante la tela.

Entonces se dirigió al modelo.

– ¡Basta, Berta!

La mujer se levantó con gracioso movimiento, y, ya en pie, estiró sus brazos presentando su esbelta estatua de carne, examinando curiosamente al recién venido. Emilio levantó los ojos, quedó estupefacto, y sus miradas se fijaron en aquella carne que se mostraba así, sin vergüenza, sin repugnancia. Por otra parte, bajo su amplia vestidura, las formas de Ruth se adivinaban libremente; al menor movimiento, su ropa se entreabría y mostraba unas caderas firmemente modeladas, un seno vigoroso y una piel dorada, aterciopelada con un vello imperceptible.

Le invadió una especie de terror. ¿Quiénes eran aquellas mujeres y qué extraño impudor era el suyo?...

Ruth pareció adivinar su malestar, y juntando los pliegues de su vestidura, tomó la mano del joven y le hizo sentar en el diván cerca de sí.

La otra mujer había desaparecido; estaban solos en el silencio, en aquella atmósfera tibia y perfumada de plantas tibias. Con los codos apoyados sobre almohadones, Ruth, grave, y con dura mirada, contemplaba la turbación del joven como desilusionada, casi colérica... su deseo se desvanecía ante la debilidad de aquel ser ya vencido, cuando ella había esperado una lucha, una rebeldía, una negativa de proletario, un odio... un enemigo a quien poseer.

– ¿Le inspiró miedo? preguntó con voz breve y dulce.

– No. ¿Por qué?

– ¿No me odia por ser rica?

El joven se rehizo.

– Yo no odio a los ricos.

Algo como la sombra de un afecto pareció interesar a la mujer hastiada y fantástica.

Probablemente aquel joven no le serviría para nada en concepto sensual, pero quizás la divertía interrogarle.

– ¿Quién ha educado a usted?

– Un hombre, un gran hombre...

– ¿Su padre?

Emilio movió la cabeza negativamente, algo animado por la familiarización de Ruth.

– No, mi padre murió cuando yo estaba aún en la cuna... Hasta los diez años he vivido como todos los niños de mi condición... Quizá algo más mimado, porque mi madre no estaba en la miseria... En esa edad, encontré un hombre que había sido amigo y compañero de mi tío... allá bajo... en los lejanos países a donde fueron deportados los combatientes de la Comuna... Aquel hombre volvía enfermo, gastado de cuerpo, pero con su alma pura e intacta... Se adhirió a mí... durante diez años, hasta su muerte, me enseñó todo lo que sabía... me sugirió sus creencias, sus esperanzas, sus ideales... ¡toda su alma!...

– ¿Cómo se llamaba? preguntó Ruth.

Emilio hizo un gesto evasivo.

– No era célebre. No era un energúmeno ni un charlatán... Por eso, sin duda, sufrió más duro castigo que los otros... Pero si no hubieran arruinado su cuerpo, antes vigoroso; si hubiera podido vivir, su palabra hubiera sido conocida en todo el mundo.

– ¡Un nueva Mesías! dijo Ruth con sonrisa irónica.

– Sí, señora, afirmó Emilio sin énfasis, pero sin timidez.

– Y sin duda ha legado a usted su misión.

Emilio vaciló.

– Frecuentemente me decía: «He venido demasiado pronto... he hablado a una humanidad demasiado nueva, demasiado modelada al yugo... Después tú harás oír mi voz, desarrollarás nuestras doctrinas y acaso te escuchen».

– Luego usted es el apóstol en la actualidad.

Emilio, mirándola con timidez, dijo:

– No se burle usted, señora...

Ruth se inclinó, tomó de una mesita un cigarrillo y le encendió.

– No me burlo, dijo con seriedad.

El obrero se animó.

– No puedo ser un apóstol, como usted dice, señora; soy un joven y demasiado ignorante... Trato simplemente de pensar, de ver, de juzgar... y quien sabe si un día, si creyera que mi voz pudiera ser útil a mis semejantes... si se presentara una ocasión para hacerla oír...

La artista miraba con atención la fisonomía característica de aquel dulce iluminado, de aquel Cristo moderno, de aquel joven proletario.

– En resumen; ¿qué pide? ¿qué sueña, ustedes, el pueblo?

El joven levantó los brazos.

– ¡Tantas cosas!

– ¿Cuáles?

– ¡Hay tantos deseos como temperamentos y penas!...

– ¿Pero usted?...

Osó mirar cara a cara a su interlocutora, olvidando su torpeza anterior.

– ¡Oh! yo quisiera una transformación completa de la organización social... Más aún; sobre todo una orientación nueva de la idea... Querría... ¡oh! querría que todas las clases y todos los pueblos de la tierra aprendieran a conocerse y comprenderse... Querría que las fronteras que los separan se hundieran, que los equívocos que han engendrado los odios se desvanecieran... querría que un torrente de amor universal inundara todo, sumergiendo a los egoísmos, las crueldades, las iniquidades... ¡lavando la sangre derramada!...

Ruth le interrumpió.

– ¿Y entonces?

– El día en que los hombres sean hermanos; las leyes justas, equitativas y fácilmente ejecutables... brotarán espontáneamente los genios del bien y del saber... ¡será inútil formular leyes! existirán en el fondo de todos los corazones y nadie pensará en violarlas.

Ruth sacudió la ceniza de su cigarrillo.

– ¿Un mundo sin ejército, sin magistrados y sin gendarmes?...

– ¡Sin fuerza armada como esa que existe hoy, arbitraria, cruel y salvaje, seguramente!... ¡Sin leyes imbéciles como las que pretenden regirnos, sí!... ¡Sin magistrados, no hay duda!... Cuando la sociedad esté organizada de modo que todo hombre pueda ganar su vida fácilmente, el perezoso, el criminal, será un loco... Médicos y enfermos serán quienes le detengan para librar de él a la mayoría sana de la nación.

Una leve sonrisa se manifestó en los labios de Ruth.

– Hoy encerramos a los que se niegan a trabajar y cometen crímenes, llamándoles malhechores... y usted hará lo mismo llamándolos locos... eso es un simple cambio de etiqueta.

Emilio protestó.

– ¡No! en una sociedad bien construida, el recalcitrante será indudablemente un loco... Si el trabajo no fuera un infierno, ¿quién se negaría a trabajar? En la actualidad, tal como está organizado... es cuestión de preguntarse ¡por qué se empeña en vivir esa multitud de esclavos torturados!... ¿por qué no se arroja a la muerte en lugar de esperarla lenta, acompañada de mil sufrimientos?...

– En conciencia, ¿no cree usted exagerar?... ¿No está repitiendo frases hechas y sonoras de las que agradan a las multitudes?... ¿Usted, por ejemplo, es desgraciado?

Emilio hizo un gesto de impaciencia.

– ¡Yo soy un obrero excepcional!... Mi madre tiene un comercio que bastaría para permitirnos una vida regular; yo tengo un oficio fácil y bien pagado, en el que, gracias a mi independencia y a un saber superior al de mis compañeros, me he creado, una buena plaza... Cuando el obrero se eleva sobre el término medio, gana fácilmente más que el pequeño burgués, ¿pero cuántos se hallan en este caso?... una minoría insignificante. El obrero es aquel que ha sufrido, de pequeño, en una familia numerosa, a quien se embrutece desde la edad de diez años en la minucia de un trabajo mecánico muy penoso;... es un hombre a cuyo derredor todo conspira para suprimir la reflexión;... se le encierra, se le empareda en la angustia del pan diario, para él y para los seres que su instinto ha creado;... ¡es un hombre convertido en bruto! Y, sin embargo, entre esas inteligencias atrofiadas voluntariamente, entre esos parias, has rasgos sublimes, impulsos grandiosos, grandes amores y odios magníficos y terribles!...

Ruth sumergió sus ojos en los de Emilio.

– ¡Entonces los que arrojan bombas, los que asesinan son grandes corazones?

Cruzó como una sombra sobre la fisonomía del joven.

– Esos son exasperados que llegan a ser desesperados. El espíritu no se conserva recto cuando se le persigue por la desgracia y la injusticia. El rico sería probablemente peor que el pobre si se le sometiera a las mismas pruebas...

– Veamos, con toda sinceridad, ¿cree usted que el obrero honrado, trabajador, sea tan desgraciado como entre ustedes se pretende?

Emilio sintió intensa sacudida, pero se contuvo por un poderoso esfuerzo.

– Sí, señora, respondió sencillamente. Y para convencer a usted bastaría que viera cuantos me rodean... Sí, todos, sin excepción... El obrero sufre desde el primer día de su nacimiento en una estancia sin fuego... sufre en el seno de su madre, que no tiene leche que darle... sufre hambre después ante un cacho de pan duro escogido con frecuencia para que dure más tiempo. A la edad en que todo debería ser descuido y alegría para él, el hijo del pueblo se une a un trabajo pesado; sus miembros se agotan, se deforman; adquiere el germen de la enfermedad especial a su oficio que le perseguirá como una maldición el tiempo que ha de vivir. ¡Señora, no ha fijado usted jamás sus miradas en los hijos de los obreros?... ¡No ha visto esos miembros débiles, esos colores insanos, esos ojos brillantes de fiebre habituados a reflejar el miedo y el dolor?... ¡Ay, son seres raquíticos, de constitución ruinosa, y esos niños son los hombres y las mujeres del pueblo!... ¡Con esos brazos tan débiles han de luchar sin tregua por su existencia!... ¡Y marchan los miserables, encorvados bajo todas las cruces, con su carne molida, espoleada... hasta que caen... cien veces cadáveres antes de ser muertos!...

El joven hablaba algo inclinado hacia atrás, apoyado sobre los almohadones, con los ojos perdidos en una indefinida lontananza, como olvidado de cuento le rodeaba y con su rostro transformado por la exaltación de su pensamiento.

Ruth arrojó su cigarrillo y se inclinó sobre el joven con ademán lento y voluptuoso:

– ¡Qué hermoso eres!

Emilio se estremeció, clavó en ella su mirada mientras su sangre corría tumultuosa por sus venas.

En el mismo instante sintió los labios de Ruth sobre los suyos y sus brazos oprimirle enérgicamente.

Momento de confusión suprema fue aquel en que, falseado lo natural a la vez que lo convencional, se diría que ella tomó mejor que él poseyó, toda vez que en la turbación extrema en que se vio envuelto no sintió alegría en aquel exabrupto sensual.

Pasada la emoción, Emilio sintió una especie de satisfacción íntima al encontrarse cerca de aquella hermosa mujer que le permitía apoyar la cabeza sobre su hombro.

– Dígame usted algo de su vida, dijo Emilio en tono de súplica.

La joven sonrió, y sin reparos, en aquel mismo abandono en que se hallaba, encendió otro cigarrillo, y dueña de sí, terminada la emoción física de un momento, como la calma sucede a la tempestad, dijo:

– No ha oído usted hablar de mí.

El joven hizo un gesto negativo.

– ¡Vivo tan lejos de usted!...

Hubo un corto silencio. Anochecía rápidamente; los colores de las plantas y de las colgaduras, antes tan ricos, se convertían en un tinte gris uniforme; los rincones de sombra ennegrecían

gradualmente; únicamente los cristales de la cúpula blanqueaban aún permitiendo el paso de los últimos fulgores del crepúsculo.

– Mi padre era francés, de origen belga; mi madre, inglesa... Nací en Constantinopla, y a los doce años había ya vivido en París, en Londres y en Nueva York... ¡He ahí mi nacionalidad! Mis padres murieron jóvenes; he sido educada por mi tío, cuyo nombre llevo... un nombre de pintor que, aunque no ha llegado hasta usted, es célebre en cierta esfera... Soy discípula de mi tío, y pronto se me reconoció talento... A los veinte años me casé con un diplomático, y durante cuatro he visitado el resto de las capitales de Europa... Después me he divorciado. En la actualidad soy libre, trabajo cuando me place y en lo que me inspira... Soy envidiada, juzgada desigualmente como pintora, muy censurada como mujer... a pesar de que nadie sepa lo que soy... ¡Lo que, después de todo, me importa poquísimamente!

– ¿Ha tenido usted amantes? preguntó Emilio después de una vacilación.

La joven respondió con serenidad.

– No tantos como cree.

Levantándose, erguida, dio algunos pasos destacando su blanca silueta en la oscuridad.

Por lo demás, ¿qué es un amante? dijo con acento duro y despreciativo. ¿Te crees tú mi amante?

La sangre subió a las mejillas de Emilio como si hubiera recibido una bofetada. Se levantó bruscamente.

– ¡Salud! dijo con voz alterada, dispuesto a alejarse.

La joven le salió al paso.

– ¡Qué? ¿Supones que te desprecio porque no eres un señor?... Te equivocas. Si fueras un príncipe hubieras oído esas mismas palabras.

La humillación de Emilio se trocó en un extraño sentimiento de espanto. Se acercó a Ruth y le tomó tímidamente una mano.

– ¡Oh! ¿Por qué ha venido usted a mí? dijo con angustia.

– Porque me agradas, respondió con indiferencia.

Y, como él retrocedía con repugnancia, la joven le abrazó, le atrajo hacia sí, embriagándole con las caricias de su boca que paseaba lentamente sobre su rostro.

– Escucha: me agradas aún... Volverás... Después iré a tu casa, a casa de tus amigos... Deseo conocerlos...

El joven la estrechó apasionadamente contra su pecho.

– ¡Oh, sí!... ¡ya esperaba yo esto! balbuceó encantado.

Se sentía dispuesto a confiarle sus ilusiones más íntimas, la participación que de ella esperaba para la gran obra social; pero la joven se desprendió de sus brazos y tocó un botón en la pared. La luz inundó la amplia sala: rayos eléctricos resplandecieron en lámparas y bombitas

artísticamente combinadas con flores de bronce y de cristal; las plantas y los arbustos se engrandecieron, las pesadas palmeras tomaron proporciones asombrosas; los bambúes se destacaban ligeros como recortes japoneses, y por todas partes brillaban el oro y la sedería. Una solemnidad de templo se aplanaba sobre aquel lugar poblado de dioses desconocidos, que, severos o sarcásticos, parecían juzgar la pequeñez humana con sus ojos de esmalte y sus labios dorados e incrustados de piedras preciosas.

– Hasta más ver, dijo Ruth tendiendo vulgarmente la mano al joven. Retírese usted, porque espero gente para comer. Puede usted venir cuando quiera... siempre me encontrará aquí de cuatro a siete...

Emilio salió, profundamente turbado, luchando contra el sentimiento de humillación que a su pesar comenzaba a dominarle.

En resumen; había poseído aquella mujer... Ella, la artista y gran señora, le había escuchado con interés, le había sugerido el deseo de conocer los sufrimientos y las reivindicaciones populares. ¿Qué más podía desear?...

Un viento húmedo y frío barría la sombría y desierta avenida, como picada por pálidos reverberos a largos trechos. Emilio dio algunos pasos aturdido, casi ebrio, con la cabeza pesada; después, apoyándose en el tronco de un plátano, sollozó nerviosamente, apoyando su frente entre sus manos. ¡En realidad se había prostituido! Aquella mujer era el símbolo de la Riqueza, como él lo era del Pueblo, y en su cuerpo, la masa innúmera de sus hermanos, había sufrido el insulto de someterse a su fría curiosidad, a su desprecio de gran dama, a la sensualidad de ninfómana habituada a que todo ceda a su capricho.

## CAPÍTULO VII

En la Casa del Pueblo, callejón de Bolbeau, había agitación extraordinaria: carteles manuscritos fijados en los cafés y restaurantes frecuentados por obreros, anunciaban novedades verdaderamente atractivas para la velada de aquel domingo; habría dos conferencias sociales por Celestino Bergés y Constancia Paradier, recitado de versos socialistas, comedias populares, canciones por Gerald Lagoutte y la compañía de aficionados del Teatro del Trabajo; la entrada sería gratis y las bebidas económicas.

A las ocho, grupos numerosos invadieron el saloncillo de descanso y ambigú, todo en una pieza, que precedía a la sala; era ésta un patio espacioso, embaldosado y cubierto con una armadura de madera y una tela embreada.

Los hombres estaban en mayoría; sin embargo, abundaban las mujeres, algunas con sus criaturas de pecho, y jóvenes solteras que se deslizaban entre los hombres con su charla, sus risas y aquella desenvoltura propia de las muchachas de fábrica.

El escenario ostentaba artístico telón con pinturas simbólicas de la declamación y de la música. Sillas de paja, ya puestas en desorden por los concurrentes puntuales, y bancos de madera arrimados a las paredes, guarnecían la sala, recién blanqueada, decorada en gran parte con periódicos ilustrados y por iluminación no escasa. Sobre un soporte convenientemente situado en la pared dominando la asistencia se hallaba el busto en yeso que representa la República con su gorro frigio y su banda roja, y en la parte de la sala inmediata al ambigú había mesitas de café rodeadas de sillas ya ocupadas.

A cada lado del escenario había unos compartimentos formados de tablas, unidos por un pasillo detrás del foro: el de la derecha servía de guardarropa y cuarto para las artistas; en el de la izquierda se vestían los hombres.

Delante de un espejo colgado sobre una mesa llena de objetos de perfumería, estaba Forgeot, el zapatero a quien su oficio sedentario había dado obesidad, coloreando su rostro con innoble máscara para representar el burgués satisfecho de la comedia.

Se volvió hacia el grupo de cinco o seis hombres donde peroraba Gerald, vestido de negro con la doble emoción de autor y organizador de la fiesta.

– ¿Qué tal? ¿Estoy bien así?...

En verdad que aquel hombre gordo, con los brazos remangados, la panza cubierta con un chaleco de franela, el pantalón desabrochado, la faz rubicunda y los ojos chispeantes, era el tipo perfecto del burgués retirado que goza de sus rentas en su casa de campo, haciendo la manola a las criadas, mezclando su conversación grosera sembrada con sus apetitos lujuriosos e insultos a las reivindicaciones del inmundo populacho.

Se puso una americana de hilo, se calzó sus alpargatas, se echó un sombrero de paja sobre su abultada cabeza y dijo buscando sus accesorios:

– A ver, mi caña de pescar, el cesto, la sombrilla. ¿Está todo listo?...

Separado un poco, Besson, el litógrafo, un joven alto y delgado, de ojos hundidos, con bigote negro y lacio y tez descolorida, se caracterizaba de haraposo. Su roto calzado mostraba los dedos de los pies; llevaba un pantalón muy ancho, sujeto a la cintura por un cordel; un sombrero informe cubría su cabeza, y la espalda sin camisa se veía entre los agujeros de su americana.

Sólo dos lunares negros y un poco blanco sobre sus huecas mejillas, bastó para dar a su rostro la expresión del hambriento.

– ¿No les parece que con eso hay bastante? dijo con cierta sonrisa, bajo la cual se percibía la inquietud del tísico.

Los otros celebraron la gracia con indiferencia. Inclinado sobre una mesa Celestino Bergés, con su levita desabrochada, sudando, corregía sus notas para la conferencia.

En un extremo, sentados, hablaban Emilio Lavenir y Constancia Parandier. La mujer, con el busto erguido, apoyaba sus manos sobre su negra falda; el joven, con las piernas cruzadas y el codo apoyado sobre el respaldo de su asiento, miraba fijamente los ojos luminosos de su interlocutora, escuchando con vivo interés su voz armoniosa. Misterioso prestigio rodeaba aquella elegida cuyo valor no se debilitaba jamás, que avanzaba siempre, introduciendo su palabra en todas las clases de la sociedad, quebrantando egoísmos, disipando cobardías, reanimando valores y llenando los corazones de una esperanza y de una fe en el porvenir. Frecuentemente tratada de loca, de energúmena, por los dichosos de este mundo, que quieren obstinadamente cerrar los ojos a los cuadros de dolor que por todas partes se ofrecen a su vista. Constancia era, sin embargo, leída, escuchada, discutida por todas partes; sea que hablara en las reuniones electorales, en medio de los tumultos huelguistas, junto a las minas en día de catástrofe; sea que defendiera en periódicos ávidamente leídos la eterna causa popular en los infinitos casos en que fracasa la justicia del privilegio. Los mismos que se encogían de hombros ante su sueño de organización social, admiraban su esfuerzo, conmovidos por ciertas

frases reveladas por aquella indignación generosa que forzaba el pensamiento a fijarse en las miserias de la masa.

Entre tanto el ruido aumentaba en la sala. Gerald se dirigió al telón y miró por el agujero.

– ¡Está llenísimo; ya es hora; comencemos! dijo, palpitante de emoción.

Bergés gesticuló.

– Por mi parte, no estoy listo todavía... Principien por cualquier cosa...

Gerald respondió indignado:

– ¡Eso no puede ser!... el programa canta... Primero la conferencia...

– ¡Y a mi qué! respondió el otro tranquilamente.

Ante esa expresión se asustó el joven; porque sabía por experiencia que cuando Bergés no escandalizaba era signo de terquedad y se hacía imposible convencerle. Por eso, volviéndose hacia Constantina, dijo:

– ¡Hágale usted comprender que es necesario empezar a toda costa!... ¡Escuche usted al público!

La impaciencia era grande: se oían voces, carcajadas, silbidos y taconeos que conmovían la frágil armadura que sostenía el techo.

Constancia sonrió:

– ¡Recite usted sus versos!

– ¡Imposible! exclamó el poeta. Su lugar está entre la pieza y la conferencia de usted... Hay aquí una gradación indispensable para el éxito de la velada.

– Si a usted le parece, insinuó Chevrier, el cantante de canciones populares, que era un guapo joven rubio, carpintero; diré algo para que esperen con más calma...

– ¡Quítese usted de delante! gritó Gerald.

Después dijo como poseído de súbita inspiración.

– ¡Voy a hacer un anuncio!... ¡Arriba el telón! mandó al maquinista, quien en mangas de camisa y con su faja roja, parecía satisfecho y orgulloso de sus funciones teatrales.

Cuando apareció en la escena la silueta negra y correcta del farmacéutico, ya dispuesta la escena para la conferencia, se estableció un gran silencio.

– Ciudadanas y ciudadanos, dijo Gerald inclinándose con elegancia, dispensen un breve e involuntario retraso; el ciudadano Bergés acaba de llegar de Evreux, donde ha llevado su palabra popular: no tardará en presentarse en su presencia.

Grandes aplausos acogieron esta declaración. Pero una voz lanzó esta exclamación aludiendo a la profesión del farmacéutico.

– ¡Dinos tus versos, espátula!

El prestigio de Lagoutte rodó por los suelos.

– ¿Dónde vas tan elegante?

– ¡Qué guapo! se parece a mi tío el ministro.

– Le sobran la mitad de las orejas.

Viendo que la cosa iba mal, Gerald saludó con dignidad, y haciendo un signo, cayó el telón, mientras en la sala resonaba una tempestad de risas.

Bergés se levantó entonces recogiendo sus papeles.

– ¡Vamos; todo está corriente! dijo con tono alegre.

Gerald, desolado, se dirigió al tramoyista:

– ¿Qué hace usted? ¿dónde está la mesa, la silla y el vaso de agua, so torpe?

El aludido hizo un gesto desesperado, y precipitándose instaló en un santiamén el mobiliario del conferenciante.

Bergés colocó la mesa un poco más a derecha, dejó en ella sus papeles, dio un puñetazo a la silla para asegurarse de su solidez, examinó si la botella contenía el agua engomada y ligeramente absintada que le era indispensable, y se retiró entre bastidores.

– ¡Arriba el telón!...

A la vista de la mesa y de la silla, estallaron los bravos y los silbidos. Se silbaba por pasatiempo y también porque muchos tienen idea de que en una sala de espectáculo deben alternar los aplausos y los silbidos; pero la estrada de Bergés con su pasito breve y ligero, su sombrero inclinado sobre la cara risueña y abrochándose la levita, produjo general entusiasmo. Llegó al medio de la escena, extendió los brazos como un director de orquesta que modera la sonoridad de los instrumentos y se produjo súbito silencio.

Una sola voz le interrumpió con esta exclamación:

– ¡Bravo, Bergés; eres muy templado!

– Si me he hecho esperar, peor para mí, dijo el conferenciante con aquel tono familiar y sonriente tan del agrado de sus oyentes. Ustedes estaban aquí cómodamente, entre amigos... mientras yo estaba entre porquería... ¡Sí; como lo oyen! ¡aun no hace media hora rodaba sobre un vagón encajonado entre dos capitalistas!...

Una alegre tempestad acogió la salida; aquel débil techo tembló una vez más por la manifestación de las pasiones que cobijaba.

¡Qué lleno tan hermoso! murmuró Gerald en el colmo de su satisfacción, apoyado en un bastidor.

Restableció el silencio, con el auditorio absolutamente dominado, con el auditorio absolutamente dominado, Berges abordó la primera parte de su discurso.

«Ciudadanos: no juzgo necesario detallarles los sufrimientos que nos impone la sociedad actual... Cada uno de ustedes harto directamente tocan con el dedo la fragilidad de ese edificio de muerte y de expoliación... bien ven sus ojos fulgurar por todas partes los signos precursores de su derrumbamiento. ¿Qué es la sociedad que nos rodea? ¡un mar de sangre velado por una bruma hipócrita! El antagonismo de las situaciones y de los intereses se siente en todo y por todos... Los pueblos, locos de furor, quieren triturar a otros pueblos, en vez de unirse todos para triturar el autocratismo... ¡Los proletarios, descarriados y engañados, pelean unos contra otros cuando debieran estrecharse solidariamente y precipitarse sobre el odioso monopolio! ¡Por todas partes la antítesis trágica! Los unos hacen su aparición en la existencia entre el brillo de los millones arrancados por su padre capitalista a los trabajadores a quienes tortura con el hambre... Otros que nacen en el abandono de la calle... el lodo es su cuna... la sociedad su alimento... la esclavitud su porvenir».

Se detuvo, echó agua en la copa, la bebió y continuó con voz algo ronca, pero con dicción siempre clara de actor, en medio del atento silencio de la subyugada asamblea.

«Todos los males reconocen por causa el monopolio de los medios del trabajo y las fronteras que dividen los pueblos... Esas dos monstruosidades deben desaparecer. Es una operación indispensable que ha de practicarse en el cuerpo social...»

Se calló por un momento, se sentó, con sus gruesas piernas separadas; bebió un segundo trago y se arregló la garganta. En seguida se levantó, y yendo y viniendo, con el tono más tranquilo, empezó a edificar después de la rabiosa destrucción a que antes se había dedicado.

«¡El colectivismo es el único remedio al mal social; reposa sobre estas bases admirables; tierras, casas, minas, fábricas, ferrocarriles, etc., serán propiedad nacional, común para todos!... El trabajo será obligatorio y moderado... Cada uno será deudor de cierto número de horas de trabajo diarias para la sociedad... Se trabajará en talleres nacionales perfectamente acondicionados... ¡A cada trabajador la misma parte social! En la actualidad, los patronos se arruinan luchando unos contra otros y se vengán esquilando al obrero... ¡La sociedad convertida en único patrón no luchará contra sí misma! ¡Los obreros, en el día, combatiendo entre sí se disputan los salarios... si se asocian todos no tendrán intereses opuestos!... Suprimida la miseria se suprime el crimen... ¡No existirá el odio, puesto que el objeto del odio, la Riqueza indebidamente acaparada por algunos, se repartirá entre todos!...»

Estallaron los aplausos, pero no los aplausos indiferentes o rutinarios de antes; el problema social, con todos sus tristes accesorios, se cernía sobre todas las inteligencias...

Celestino bebió un gran vaso de agua absintada, se puso en la boca una píldora que sacó del bolsillo de su chaleco y se plantó en medio de la escena en una actitud análoga a la de un viajante de comercio que seduce al cliente escamado.

«Esperando que un trastorno social dé completa satisfacción a nuestras legítimas aspiraciones, hay ciertas medidas, ya en el día accesibles a todos, que alivian la miseria y que poco a poco preparan el gran acontecimiento cuyo desarrollo tendrá cumplida satisfacción en el porvenir».

«Tal es la sociedad colectiva la *Universal*, cuyos miembros son innumerables en el Norte y que no tardará en ser apreciada en todas estas comarcas cuando se conozca su utilidad. La *Universal* da el poder necesario durante las huelgas. Es el embrión de la sociedad colectiva futura... Por su objeto material, la *Universal*, compañía cooperativa para todos los artículos necesarios a la vida, cuando todos los trabajadores sin excepción se le hayan adherido, como es su deber, agotará los ingresos de la clase comerciante... ¡La *Universal* entrega todo artículo a precio de coste, suprime el intermediario entre el productor y el consumidor... ese roedor inútil, que expolia injustamente a la masa con su ilícita ganancia! ¡Mujeres, piensen en el

inmenso beneficio que reportará su casa con su participación en esa gran obra práctica!... ¡Hombres, reflexionen sobre el fin de esa unión de los brazos obreros contra el capital!»

El orador hizo un grandioso ademán, levantando sus dos brazos en arco sobre su cabeza.

«¡Vengan, vengan todos!... únanse a la ola de trabajadores que avanza firme, resuelta, extendiéndose por todo el mundo, barriendo todo lo que se opone a su temible paso, estremeciendo con sus temores al viejo universo de los ladrones y de los capitalistas!»

Hizo una fuerte aspiración y lanzó un último grito:

«¡Adelante todos! ¡Aporten sus adhesiones a la *Universal*!»

Se calló quedando como agotado, afónico, congestionado el rostro, en tanto que una lluvia de prospectos de la *Universal*, diestramente lanzado por el tramoyista, se abatió sobre un público entusiasta que aplaudía y taconeaba con furia.

Entre bastidores Emilio y Constanca hablaban sin cuidarse de aquel estruendo. Con la mirada perdida en el vacío, la mujer refería detalles de su infancia, únicas horas dichosas de su agitada vida.

– Mi padre vivía entonces... Habitábamos en último piso de una casa vieja, situada en la calle Galante... y en el terrado mi madre había formado un jardincito. ¡Qué bien se estaba allí en el verano!... Por la noche se veían lucir las estrellas en el cielo y una brisa fresca pasaba a través de un jazmín que trepaba a lo largo de una pared. Todas las noches a la misma hora llegaba un gato de no se dónde que venía a acariciarme... Le esperaba y nadie hubiera podido obligarme a ir al lecho antes de haberle visto... No se le veía llegar... surgía repentina y misteriosamente entre las ramas del jazmín, saltaba sobre mi falda y frotaba su hocico sobre mis mejillas produciendo un monótono arrullo. Algunos recuerdos persisten singularmente en la memoria... he olvidado cosas más recientes, y me parece revivir en aquellas noches sombrías y tibias en que la espera de aquel amigo desconocido ponía ansiedad en mi corazón...

La conferencia había terminado. El telón cayó en un delirio de aplausos; tres veces fue llamado a la escena Celestino Bergés.

Gerald corrió al cuarto de las actrices.

– ¿Están ustedes dispuestas?

Luisa y Leonía Saget, una madre gruesa, vestida de burguesa ridícula, hablaban sentadas. Leonía dijo riendo:

– ¡Lo menos hace una hora!

Gerald se indignó.

– ¿Cómo? ¡No aprovechan ustedes el tiempo para dar un repaso a los papeles! Mire usted, Leonía, que luego tartamudea a la séptima réplica, que siempre le sale mal. Y usted, Luisa, mucho cuidado con la relación final... No emocionarse demasiado o somos perdidos.

– Sí, sí, dijo la voz distraída. ¿Vamos a comenzar?

Y en el tono de su voz se adivinaba el miedo que la invadía. Hacía pocos días que había muerto su hermana, y su nerviosidad habitual se había aumentado después de aquella desgracia soportada con el aparente estoicismo de los pobres.

Gerald empujó a las dos mujeres.

– Pasen ustedes al otro lado y no falten a las entradas.

Desde el centro de la escena dio tres fuertes palmadas y se ocultó en los bastidores de la izquierda, mientras que el telón subía pausadamente.

La tela del fondo representaba un vago paisaje. La entrada del burgués, provisto de sus arraigos de pesca, obtuvo un gran éxito de risas; y el diálogo grotesco que siguió entre él y su esposa, zalamera y celosa, fue muy del gusto de la concurrencia: los aplausos y las risas interrumpían a los actores a cada instante; pero la escena siguiente, de un realismo atrevido, entre el burgués y la criada, una tierna niña entregada a la picardía egoísta y cruel del amo, suscitó un interés ardiente, en que la alegría se mezclaba a bruscas manifestaciones de rebeldía. En el momento en que por la brutalidad y las amenazas iba a cometerse la violación, apareció el desarraigado que con su relación indignada, soberbiamente lanzada por el joven litógrafo, con su palabra clara y un tono algo enfático, produjo en la concurrencia frenético delirio. Cautivado, por la aparente realidad de la escena que Luisa, el zapatero y su compañero representaban con sus corazones, sus almas y sus nervios, los espectadores lanzaban exclamaciones, observaciones directamente dirigidas a los personajes, convertidos en caracteres verdaderos en su febril imaginación. El fracaso del burgués, su rabia impotente cuando el pueblo, por la boca del hijo de la miseria le arrojó al rostro sus vicios, sus siniestros ridículos, su impúdica suciedad, fueron acogidos con amenazador entusiasmo... Cada uno se sentía aliviado al oír su pensamiento de odio tan bien traducido.

La aparición de la dama, sus reproches al infiel esposo y sus cómicos ataques de nervios, dieron expansión al ánimo.

Era bueno reír después de las emociones que acababan de experimentarse.

El silencio se impuso de nuevo, completo, profundo, en aquella sala atestada de gente, cuando la joven arrojada de casa de sus amos, sin pan, sin techo, dando la mano a su protector, tan desgraciado como ella, comenzó el apóstrofe para el cual el autor temía la excesiva emoción de la actriz.

«¿Me despide usted? exclamaba la joven dirigiendo al burgués sus ojos claros y chispeantes y resonando su voz cristalina en el fondo de la sala. ¡Me despide usted! ¿Es acaso por haberle servido mal? No, he puesto toda mi voluntad, todas mis fuerzas en cumplir sus órdenes; me he plegado muda, obediente, a los menores caprichos de la señora; he sufrido cuanto he podido sus ultrajes; a mí, pobre mujer, se me ha acumulado el trabajo; a mí, virgen, se me ha insultado con palabras y gestos indecentes. He inclinado la cabeza, he aceptado todo... he ocultado mis lágrimas y mi vergüenza. ¿No había de ganar mi pan? ¡Hoy, sin remordimiento, sin piedad, me despide usted!... ¿Dónde quiere usted que vaya? ¿A quién voy a suplicar? ¿No son todos ustedes iguales? ¿Puede reclamarse de ninguno compasión y respeto? ¡Oh, malditos sean explotadores de la pobreza, tiranos de la debilidad, asesinos de hombres, violadores de mujeres!... ¡Cobardes! ¡que no contentos con acuchillar nuestras carnes y nuestros gemidos!»

Se detuvo lanzando en derredor miradas extraviadas, después avanzó rápidamente con los brazos extendidos, los ojos desmesuradamente abiertos, espantosa como el Dolor y la Demencia personificados, y, cambiando inconscientemente la última frase del texto, dominada por su trágico delirio, dijo:

«¡Malditos sean los ricos!... ¡Odio mortal a nuestros verdugos!... ¡Venganza, venganza!...»

Después, llevando sus manos a la cabeza, se pudo rígida y hubiera caído de espaldas a no haber sido recogida a tiempo por sus compañeros de la escena, que se la llevaron, mientras que caía el telón.

Hubo un instante de angustioso estupor antes que estallaran los aplausos. Se había olvidado que se estaba en el teatro.

Se llamo a los actores; pero los hombres se presentaron solos. Leonía cuidaba a Luisa, que se retorció en su cuarto en terrible crisis de nervios.

Profunda emoción produjo en el auditorio aquella escena, en la que cada espectador veía, además de una manifestación de la realidad, una especie de revelación simbólica de su propia manera de vivir, de sus temores, de la amenaza que pesaba sobre sus cabezas, de la clase de relaciones que existe en esta sociedad cristiana, civilizada y aun democrática entre los privilegiados usurpadores de la riqueza social y los desheredados desposeídos de todo y sumergidos en el abismo de la explotación y de la miseria.

Tranquilizada al fin, la multitud se apiñaba y empujaba sintiendo necesidad de mover las piernas y beber después de tantas emociones. El matrimonio empresario de ambigú, ayudado por un mozo, era insuficiente para servir los pedidos de los consumidores. Todas las mesas estaban ocupadas, y el choque de vasos y botellas daba la nota aguda en aquel ruido.

Se levantó el telón y Gerald se presentó a recitar poemas simbólicos: *En la Calle, La Estrella de los Trabajadores, La Campana*; pero las ideas y venidas continuaron, no cesaron las conversaciones y apenas diez espectadores se acercaron a escuchar. El autor recitaba sin cansarse, con los ojos velados y la voz cantante entusiasmado por su propia rima. Cuando acabó, algunos débiles aplausos se oyeron entre las desocupadas filas de asientos.

El poeta se retiró desdeñoso.

Era lo mejor que podía hacer, porque el ruido aumentaba: en aquel momento se recogía la vajilla, se colocaban bien los bancos y las sillas, y todo ello en medio de un continuo alboroto de golpes, risas y conversaciones, mientras la gente se colocaba de nuevo en el deseo de oír a Constanza Parandier, cuyo lenguaje, algunas veces violento, y otras lleno de amarga ternura, pero siempre comprensible para todos, agradaba en extremo.

La silla, la mesa y el vaso de agua reaparecieron, pero Constanza se cuidaba poco de esos accesorios de la elocuencia. Se adelantó, alta, desgarbada, con sus largos brazos colgando sobre su falda negra y estrecha, con sus abundantes cabellos grises, recogidos a la diablo, mirando al auditorio y buscando caras conocidas a quienes saludaba.

Restablecido el silencio, comenzó con su voz dulce y con aquella palabra tan fácil, tan obediente, que jamás le faltaba, aunque nunca escribiera ni preparara de antemano el asunto que abordaba.

«Amigos míos, hay una palabra que el burgués pronuncia en público con indignación, desprecio y repugnancia... una palabra que entre compadres se suelta con malicia: la prostitución. Y nosotros, el pueblo, la pronunciamos tristes, avergonzados, con el corazón ulcerado... Porque esa palabra representa el mal que a nosotros particularmente ataca y roe... ¡Cuántos de entre ustedes han visto en una noche de delirio a su hermana, su mujer, su hija... su madre... correr a la calle... para traer pan! ¡Ah, no hablo de la horizontal, de aquella que se cubre de encajes para el burgués, y que nos salpica imprudentemente cuando pasa en la carroza que ha

comprado con su cuerpo! ¡Vergüenza sobre ella!... ¡Ha huido al campo enemigo y renegamos de ella y de su oro mal ganado! ¡No; con lágrimas en los ojos y el pecho oprimido de piedad, me refiero a aquellas criaturas miserables... macilentas, que dirigen palabras desconfiadas en derredor... excitadas por el miedo y la vergüenza... que durante la noche se entregan a la brutalidad del desconocido transeúnte!... ¡Oh, porque hay niños que lloran de hambre en la casa... porque hay ancianos amados que carecen de todo... porque el hombre tiembla de fiebre tendido en su jergón! ¡La calle, arroyo de vergüenza y de miserias; qué odiosa eres!... ¡Cuánto me asustas! ¡Al alba gris, triste y dura, vean la corriente precipitada de los trabajadores mal vestidos, transidos por las brisas glaciales, con el vientre vacío, que se apresuran por llegar a la esclavitud diaria, eterna!... ¡Entre las casas cerradas, en la fango, tropezando con los montones de basura, van los hombres, las mujeres y los niños, pálidos, flacos, manchados por el polvo de los talleres... corren... fantasmas del hambre y del agotamiento... presidiarios de la sociedad!... los que sin embargo no cometieron otro crimen que nacer. Corren hacia aquellas puertas grandes de las cárceles del trabajo que se cierran inexorables tras de ellos. Después amanece, se limpia la calle, se hermosea, abre sus amaneceres, hace brillar sus escaparates... porque a la luz alegre del sol del medio día, los burgueses vendrán a holgazanear perezosamente sobre las limpias aceras. Pero cuando las tinieblas recaigan sobre la silenciosa, hostil, glacial... los pobres volverán a posesionarse de ella... Aquí se oculta el miserable sin vivienda... acechando algún rincón que le resguarde de la lluvia o de la nieve... Allá se ven siluetas tímidas de mujeres esperando, rastreando la vergüenza... ofreciendo repugnantes complacencias al burgués trabajado por el vicio, que, cínicamente viene a hacer su elección a la calle. ¡Ah ricos, escupirán siempre sobre nosotros?... ¡Repetirán eternamente que el pueblo es vicioso y que nuestras mujeres están corrompidas?... ¡Velen su faz mentirosa, porque he de arrojarlos al rostro la verdad!... ¡Esas prostitutas son mártires!... ¡Lo oyen, hombres que vienen a hurtadillas a mancillar esos seres que la desesperación les entrega! ¡Y ustedes, mujeres de los ricos, escúchenme también... ustedes que hacen por vicio lo que nuestras hijas aceptan por hambre... nuestras prostitutas son santas en comparación de ustedes!»

La conferenciante se recogió un momento con los ojos fijos sobre una visión de su fantasía, y su voz resonó de nuevo en el silencio angustioso de la multitud.

«¡Pobres muchachas! ¡pobres mujeres!... ¿Qué, otra cosa que la demencia de los seres a punto de caer en la desesperación, y no el vicio, es lo que las ha arrastrado a ese golfo de miseria?... a esa locura que vuelve a sus víctimas como bestias, despojándolas del pudor, del orgullo y de todos los sentimientos humanos».

Se detuvo; después, irguiéndose, con los ojos chispeantes y la voz llena y agresiva:

«¡Bestias! ¡Eso somos en la sociedad que nos oprime en el día!... ¿Ven la jauría que nos persigue, nos hostiga y nos desgarran en dentelladas? ¡es la jauría de los ricos, de los satisfechos, de los diez veces hartos excitándose entre sí por las calumnias y las injurias de que nos colman! ¡El pueblo es perezoso! gritan ante nuestro trabajo no interrumpido. ¡El pueblo se queja sin cesar, es grosero e inmoral! vociferan ante nuestra resignación, nuestros dolores, nuestros sacrificios. ¿Son ciegos, son estúpidos? ¡No, tienen mala fe! No ignoran... su conciencia protesta contra la mentira que nos cargan, pero la alejan cínicamente».

«Las hijas del pueblo son prostitutas y los hombres borrachos, gritan. ¡Sea!... ¡pero cuidado no les ahoguen un día los brazos de nuestras mujeres!... ¡Temán que el vino de que la pobreza se embriaga, tome un día el color de la sangre!»

Cerca de una hora, la mujer, sombríamente inspirada, habló en el silencio absoluto y trágico de la sala. Al fin, tembló, pareció arrancarse a su sueño, darse cuenta del sitio en que se hallaba y de la necesidad de detener esa evocación de pesadilla de la vida del pobre y de sus esperanzas sangrientas.

«¡Basta! concluyó bruscamente. ¡La hora se acerca, deba abandonarlos... pero en sus jergones, o en los talleres, dormidos o despiertos, piensen en mis palabras; sueñen en el día próximo de la reivindicación y de la justicia!... ¡Cállense, doblen la cabeza ante los que les oprimen... pero para levantarla pronto con más fuerza y gritar todos, con una voz universal! ¡Mueran los ricos! ¡mueran los explotadores!»

Un rugido frenético y salvaje brotó al mismo tiempo de todos los pechos, aclamando a Constanza, que salió de la escena pálida, temblorosa, transportada a un mundo imaginario.

No se oyó ni un aplauso, pero se veían lágrimas en las mejillas y brillos amenazadores que chispeaban en los ojos. La palabra sin arte y desordenada de aquella mujer, penetraba en el fondo de todas las almas populares, transformándolas como la tempestad agita masas enormes del océano.

En seguida colocaron un piano en la escena, y el rubio Chevrier apareció saludando, en tanto que Gerald Lagoutte se sentaba delante del instrumento y atacaba el *ritornello* de una romanza popular.

El cantor era ordinario, la canción vulgar; la emoción que transfiguraba al público poco antes desapareció instantáneamente. Se formaron grupos alegres, charlatanes; circularon nuevamente vasos y botellas, chocaron los bancos y las conversaciones dominaban la voz del cantante, que inútilmente luchaba contra aquel barullo.

– ¡Oye, Chevrier! ¿Tienes una grillera en el vientre para aturdirnos de ese modo? dijo Augusto en alta voz.

Y a continuación lanzó una serie de gritos que semejaban una confusión zoológica, que excitó la ilaridad de la concurrencia.

El carpintero, rojo, temblando de rabia, acabó como pudo su canción, y se disponía a cantar otra cuando se elevaron varias voces gritando:

– ¡Fuera Chevrier!

– ¡Augusto! ¡Qué cante Augusto!

El joven pintor, sin más ruegos, saltó al escenario, y con aire burlón, cogiendo su blusa blanca como si fuera una falda, simuló una reverencia, mientras Chevrier, profundamente mortificado, desaparecía entre bastidores.

– ¡La danza del vientre! dijo una voz vinosa.

Augusto bosquejó un ligero movimiento de caderas que provocó una explosión de carcajadas. Después, bruscamente, entonó con voz fresca y vibrante la canción del *Anarquista*.

Mientras que se aclamaba al cantante y el ruido iba en aumento en la Casa del Trabajo, Constanza Parandier y Emilio salieron a la calle. Sobre la puerta vieron la efigie de la República formada de luces de gas que iluminaba cierto espacio; dos municipales se paseaban delante de la casa.

A su vista sonrió Emilio bajo la mirada insistente de los *sergots*.

– ¡Vamos, ya nos conocerán un día si es necesario!

Constancia, indiferente, no respondió: todas las cárceles y todos los guindillas le eran familiares.

## CAPÍTULO VIII

En la calle Grand-Pont, primer piso residencia de Paul Hem, Emilio y Ruth Etcheveeren penetraron sin ceremonia.

– Hem, vengo a pedir a usted un servicio, dijo Emilio con resolución, aunque con visible embarazo.

El médico, que se hallaba escribiendo, levantó la cabeza y percibió la silueta sombría de Ruth.

– La señora, continuó Emilio, señalándola, es rica y no está aún adquirida para nuestra causa. Desea instruirse, no obstante, y tengo la convicción de que será un poderoso instrumento, un portavoz cerca de aquellos a quienes nuestra voz no alcanza...

Se detuvo, esperando una palabra que le animara a seguir; pero Hem no replicó nada, examinando a la visitante, cuyas miradas se fijaban sobre las suyas con tranquila seguridad.

Emilio se vio forzado a continuar.

– ¿Nos permite usted asistir a su consulta?

Hem se dirigió a la joven con acento algo sarcástico:

– ¿Tiene usted curiosidad por ver de cerca el sufrimiento, señora?

Ruth respondió con calma, haciendo resonar armoniosamente su voz grave en el silencio del gabinete:

– Ya he estudiado el dolor, pero únicamente para reproducir su aspecto material. Ahora, en efecto, deseo volver a verle desde el punto de vista moral.

– La señora se llama Ruth Echeveeren, es pintora, expuso Emilio.

La fisonomía de Hem cambió de expresión. Más al corriente del movimiento artístico que el joven obrero, aquel nombre conocido suscitó en su recuerdo un cuadro admirable expuesto el año anterior. Una casa hundida, una aglomeración de escombros, una nube de humo y en aquel montón bombas de incendio; había además entrecruzamiento de tubos, un grupo de muertos y heridos, carnes chamuscadas, caras rígidas y ojos angustiosos... aglomeración lamentable que venían a aumentar cuatro o cinco bomberos que aportaban nuevos cadáveres.

El ingenio que había podido evocar aquella página terrorífica y sublime, no cedería seguramente a un caprichoso sentimiento de curiosidad.

– Siéntese usted a esta mesa, señora, dijo el médico. Únicamente ruego a usted que finja tomar notas... Es penoso para los enfermos exponer sus sufrimientos ante personas extrañas al oficio...

Ruth se sentó en silencio, y mientras que Hem abría la puerta que daba a la pieza en que los enfermos esperaban la hora de consulta, examinó el gabinete del doctor.

Era una sala de regulares dimensiones, con dos ventanas con cortinillas. En la chimenea ardía un fuego de carbón y en su parte superior se hallaba una *etagere* llena de libros. Otras tablas formando biblioteca cubrían una parte de las paredes, revestidas de papel oscuro. Una gran mesa, una *chaise longue*, un sillón y algunas sillas completaban el mobiliario. Sobre un tapiz ante el fuego, un perro dormía profundamente.

La primera persona introducida era un hombre. Se fijó en los asistentes con aire tímido y aceptó con cortedad el asiento que el doctor le asignó, respondiendo a éste con voz insegura volteando su viejo sombrero entre sus manos callosas. Bretón, peón de albañil, de 45 años de edad, hacía cerca de un año que padecía a consecuencia de un golpe que por descuido le dio un compañero con una piqueta en le bajo vientre. Esperaba que aquello se pasaría, pero, por el contrario, el mal empeoraba, hasta que se decidió asistir a la consulta porque un amigo le hizo saber que el doctor daba gratuitamente su ciencia.

– Desabróchese usted, dijo sencillamente Hem.

Y como el hombre mirara a Ruth, vacilante, Paul Hem añadió:

– La señora es médica, no tenga usted cuidado.

Con esta seguridad el obrero se desabrochó los pantalones.

A pesar de hallarse habituado a los sufrimientos humanos, el doctor se estremeció sintiendo en sus sienes un sudor frío al ver el estado espantoso de aquel desgraciado, que ni siquiera protegía su lesión con un sencillo vendaje.

– ¡Debe usted sufrir mucho! dijo con amabilidad.

– ¡Sí! confirmó el paciente con resignación.

– ¿Y trabaja usted a pesar de todo?

– ¡Qué he de hacer? cuando se tienen cuatro hijos no tiene uno tiempo de estar enfermo.

– ¿Y no se hizo usted cuidar en el momento del accidente?

– Sí, pero duro poco... no pude seguir el tratamiento... El hombre dudó.

– Ya verá usted, dijo al fin. En casa no somos ricos. Si yo hubiera holgado y gastado en medicinas, los otros hubieran ayunado.

– ¿Trabajan la mujer y los hijos?

– Mi mujer cose sacos para el comercio... Mi hijo mayor tiene diecisiete años y es tonto... una boca inútil. Tengo dos hijas en la tintorería Lhuillier que ganan cincuenta céntimos diarios... y aun quedan en la casa mi pequeño de seis años y mi suegra que no puede ya trabajar... Todo eso es pesado...

Con mil precauciones puso Hem un vendaje interino: un temblor involuntario del hombre revelaba el inmenso dolor que desgarraba sus fibras.

El doctor se levantó removido hasta lo más profundo de su ser. ¡Qué valor tan extraordinario! ¡qué fuerza de voluntad poseía aquel hombre que, desollado vivo, sangriento, roído por un mal agudo, trabajaba, andaba, levantaba pesadas paletadas de tierra, conducía carretillas cargadas sin hacer caso de su carne atormentada!...

El doctor escribió algunas palabras y entregó el papel al obrero.

– Vaya usted al hospital y entregue esto al practicante de servicio.

El hombre protestó enérgicamente.

– ¡Al hospital?... ¡No puedo!... ¡Necesito volver al trabajo!... Hem le tomó la mano.

– Si trabaja usted un momento más, si permanece en pie en el estado en que se halla actualmente... se perderá en muy pocos días. Necesita usted cuidarse en bien de su familia.

El hombre bajó los ojos conmovido.

– ¿Y qué harán en casa?...

Hem escribió el nombre y la dirección del infeliz: Juan Lesneven, 14, barriada Rodin.

– Visitaré a su familia, y prometo a usted ayudarles en cuanto pueda. Sufrirán alguna escasez, pero piense usted que dentro de seis semanas volverá curado.

Un rayo de esperanza iluminó los ojos del pobre hombre.

– ¡Curado! exclamó con expresión de duda, aunque seducido por aquella increíble ilusión.

¡Curado!, no más dolores horribles... acabado aquel martirio de cada minuto, que le perseguía, no sólo en su trabajo, sino durante la noche, quitándole horas de reposo...

¡Curado!... ¡Buscaba en su memoria la impresión olvidada de no sufrir, del cuerpo sano!

– Visitará usted a uno de mis amigos en el hospital, y el practicante velará por que sea usted perfectamente cuidado.

¡No hay duda, estaría bien!... En buena cama, vendado... ¡oh, poder reposar, olvidarse un poco de los demás, no pensar sino en su mal!... ¡dormir con la carne aliviada, en la frescura de sábanas limpias!...

Pero inmediatamente la imagen del tugurio se le presentaba como una obsesión. Se le representaba el desconsuelo de su mujer, cuando le dijera que el doctor no podía curarle de repente; en seguida carecería de valor para declarar la necesidad de ir al hospital, y sentía vergüenza, como si se tratara de un recreo, dejando la ruina y el hambre detrás de sí.

– ¿Y está usted seguro, señor doctor, de que es necesario?

– Absolutamente seguro, replicó Hem con energía.

Y en el apretón de manos que dio al hombre puso toda su ardiente piedad. ¡Ay! ¡es hermoso vivir en medio de esos dramas de miseria y de dolor sin que el corazón se endurezca!... Su sensibilidad irritada, nerviosa, rebelde, destilaba sangre a cada nueva prueba.

El pobre peón se resignó consolado.

– Está bien, iré al hospital. Pero hágame usted el favor de ponérmelo por escrito. Me da vergüenza de decir de palabra a mi mujer que he de ir al hospital... ¡Oh, no es que ella no sea capaz de cuidarme!... pero qué pensará de que yo deje el trabajo cuando tanta necesidad de él hay en la casa...

Hem escribió sin decir palabra el papel pedido.

– Iré a ver usted, dijo acompañando al hombre hasta la puerta.

Ni una mirada tuvo para Ruth y Emilio, mudos y olvidados en su rincón y con la frente arrugada por un pensamiento, una desesperación de su impotencia para luchar contra la innumerable teoría de los dolores humanos, abrió la puerta y llamó al paciente número dos.

Entró una joven, casi una niña. El pecho deprimido, las formas débiles, la cara exangüe; su conjunto anunciaba una criada de comerciantes o pequeños burgueses. Su mirada se fijó en Ruth.

– ¿La señora es médica?

Hem inclinó la cabeza molesto por aquella mentira repetida.

La joven juntó las manos en actitud suplicante.

– ¡Señora! Preferiría hablar a usted sola.

Ruth movió la cabeza.

– No puedo, hija mía, no soy más que una alumna.

La joven bajó los ojos y se sometió dócilmente; sin embargo, desde el sitio en que Hem la hizo sentar, sus ojos buscaban los de la otra mujer, y siguiendo la costumbre de los humildes, exponía la historia de su vida para explicar su enfermedad.

Expósita, criada en el hospicio, ganaba difícilmente su vida en trabajos de costura y de planchado. Conoció a un estudiante a quien amó, y de quien fue su querida. Durante cuatro años vivieron como marido y mujer, pero terminados los estudios, el joven la abandonó, tanto más precipitadamente cuanto que sabía que estaba en cinta. Entonces, desesperada, se retiró en casa de una mujer que la hizo abortar, lo que le permitió colocarse como criada en casa de un comerciante; pero desde aquel momento no tuvo salud y todo su cuerpo era un puro sufrimiento.

Se expresaba en voz baja, participando de la vergüenza de revelar sus miserias y del consuelo de hablar a gentes simpáticas. Durante el examen que el doctor debió hacer de su cuerpo, Emilio pasó a la pieza inmediata, pero la paciente suplicó a Ruth que no la abandonara. La joven permaneció, y su mano, de que se apoderó la enferma, parecía consolarla durante aquella prueba dolorosa, moral y físicamente.

Aunque la enfermedad fuera penosa y amenazaba ser larga, no presentaba aun carácter de gravedad suficiente para admitir a la joven en un hospital, por lo que el doctor se limitó a indicarle un tratamiento.

– Ha hecho usted bien en dirigirse a mí, que soy discreto, pero usted debe saber que los abortos se castigan con severidad.

La joven se levantó manifestando en su débil cuerpo un sentimiento de rebeldía.

– ¡Bien lo sé!... ¿Pero es justo? Comprendo que se castigue a las madres que tiranizan a sus hijos... pero una joven que somete como yo, ¿qué culpa tiene? Arriesga su vida, arruina su salud, ¿pero qué es lo que se mata?... Una idea de hijo... Mírenme ustedes, ¿tengo el aspecto de un asesino?... Adoro a los niños... pero ¿cómo hubiera podido criar al mío? Si aun antes de ponerle en el mundo hubiera muerto de hambre... No soy bastante fuerte para la costura... en la casa en que estoy gano 15 francos al mes ¿quién se hubiera encargado de mi hijo por ese precio?... Hubiera sido necesario ponerle en el hospicio, ¡pero eso no, hartó sé lo que es!... y le prefiero bajo la tierra que en esas condiciones... El verdadero culpable es el que me ha abandonado. ¿Por qué no se casó conmigo?... ¿Que yo no soy de su clase? Pues ¿por qué vivió conmigo cuatro años pareciendo dichoso y fingiendo que me amaba con todo su corazón? No soy instruida, es cierto, desconozco los usos de la buena sociedad, pero no por eso le desagradaba... ¡Oh, cuando dos se unen debería ser para toda la vida! y cuando se aman como nosotros nos amábamos, no hay razón para hablar de clases o de educación. ¡El dinero! esa es la causa. Yo no lo tenía, y sin duda encontrará en su país una mujer que le aporte un dote. ¡Eso es lo que ha causado nuestra muerte, la de mi hijo y la mía, porque yo no me hago ilusiones, yo no duraré mucho con el mal que tengo y el pesar que me abrumba!...

Se calló bruscamente; una expresión de timidez se manifestó en su rostro pálido, como espantada de haberse aliviado de aquella carga de su pobre corazón, expresándose con una vehemencia que no le era habitual.

– Dispénsenme ustedes por haberles molestado tanto, dijo con humildad.

Hem le estrechó la mano con lástima fraternal.

– Vuelva usted a verme.

– Gracias, señor doctor, dijo saliendo.

Ruth volvió a su asiento; Emilio entró y tuvo una viva sorpresa viendo a Luisa acompañada de la pequeña Magdalena, que Paul Hem introducía.

– ¡Luisa!...

La joven, preocupada, apenas le miró.

– Señor Hem, haga usted el favor de examinar esta niña... Se queja de la cabeza y del vientre y no puede andar... me he visto obligada a subirla en brazos la escalera.

Extendida sobre la silla larga, la niña, pálida como un cadáver, con los ojos velados, parecía no ver ni oír.

El doctor examinó la boca, tentó el vientre dolorido; después desabrochando el vestido, descubrió el ético pecho y colocó un termómetro bajo la axila.

Al cabo de un instante vistió la niña.

– Tiene una fiebre mucosa. Es preciso transportarla inmediatamente a la Maternidad... Emilio, corra usted a pedir el coche de la ambulancia.

Mientras el joven salía Luisa lanzó un grito desesperado.

– ¡Dios mío! ¿qué haremos sin ella?

– ¿Desde cuando está enferma?

Luisa se interrogó vacilante.

– No sé... Hasta que el mal domina, no se le hace caso, ¡y esta niña es tan valerosa! Dime ¿querida mía, desde cuando te sientes mal?...

La niña levantó penosamente sus párpados de color de cera.

– No me acuerdo, respondió con voz que parecía venir de lejos.

Luisa explicó:

– Desde que murió su madre aumentó su trabajo; porque yo estoy todo el tiempo en la fábrica y ella hace de ama de casa... Ayer pasó todo el día lavando. Después, al anochecer, fue al muelle a rebuscar carbón, lloviendo a más y mejor; quizá eso la ha empeorado...

Hem acariciaba dulcemente las frágiles manos de aquella niña inerte, con la cabeza inclinada hacia atrás y casi sin conciencia del sitio donde estaba. ¡Pobrecita! Mojada, fatigada, con los miembros destrozados, arrastró su enfermedad hasta que se hundió su voluntad enérgica... Moriría seguramente... ¡Feliz ella, su tiempo de pruebas sobrehumanas acababa, volviendo a la nada pacífica después de una corta estancia sobre un mundo de sufrimientos!...

– Pasen ustedes a mi cuarto mientras llega el coche, dijo como sacudiendo sus pensamientos. Otros esperan.

Sin embargo, antes de llamar nuevas miserias, se detuvo. ¡En verdad que ya había bastante para aquel día!... ¡Había de pasar su vida, desarmado e impotente, pasando revista a las injusticias y crueldades de la existencia?

La mirada inquisitiva de Ruth, fija en él, hizo a sus nervios el efecto de un latigazo. Se levantó, y con mirada sombría y ademán resuelto abrió la puerta de par en par.

Los nuevos personajes de esta lúgubre linterna mágica, entraron tres juntos. Primero un viejo achacoso, encorvado, apoyado sobre un bastón, con mirada viva y astuta, una barba gris que le invadía toda la cara y la cabeza levantada sobre un cuerpo inclinado, como si hubiera sido fijada por un clavo a la espalda. A continuación venían dos muchachas, evidentemente hermanas, pálidas, de facciones hermosas, con ojos extraños, y sus pupilas turbadas, blanquecinas. Sus vestidos eran decentes y sus manos blancas y finas.

El viejo se aproximó multiplicando los saludos y las reverencias con su deforme cuerpo.

– Me han dicho, señor doctor, que tenía usted la bondad de cuidar gratis a los pobres, tartamudeó con su boca desdentada.

– ¿Es usted el enfermo, o sus hijas? preguntó Hem, que tenía horror hacia los pobres obsequiosos.

– Si tiene usted la bondad, son mis nietas... Yo tengo mis achaques, pero no puedo quejarme en atención a mis noventa y cuatro años, a pesar de lo cual tengo buen apetito y buen sueño. Yo, como usted ve, no soy un Adonis, pero me voy defendiendo.

– ¿Quiere usted decirme lo que le trae aquí, señorita? preguntó Hem a la mayor de las muchachas, cuyos ojos singulares examinaba.

La interrogada respondió sencillamente en un tono en que la desesperación suprema sólo era perceptible para los que están familiarizados con la angustia humana.

– No hay más sino el temor de quedarnos ciegas, mi hermana y yo... que necesitamos mucho conservar la vista. Somos encajeras de Alenzón...

Hem dejó escapar un gesto de desaliento. ¡Cuántas pobres muchachas, llegadas al último extremo, amenazadas de la más terrible causa de inutilidad que puede afligirnos, habían recurrido a él inútilmente! ¿Qué decirles? ¡Dejar en seguida y para siempre el oficio; esa es la primera exigencia del tratamiento, que era lo mismo que prescribirlas el hambre y la muerte!

Examinó a las dos hermanas: padecían el mismo mal, un poco más adelantado en la mayor, y que si no le ponía a raya con precauciones, indudablemente imposibles de adoptar, no tardarían en aumentar a la suprema desgracia.

– ¡Oh! recete usted sin reparo, exclamó la voz gangosa del viejo. Recete usted, que tenemos con qué pagar... las chicas se ganan bien la vida...

La hija mayor se dirigió al doctor.

– Sí, no somos desgraciados por el momento, pero es necesario continuar el oficio; de otro modo pronto nos veríamos reducidos a la mendicidad.

Hem escribió una receta.

– ¿Conocen ustedes alguien en el campo?

– No, señor, respondió el viejo. Yo era colchonero. Nací en el arrabal de San Severo, donde me casé y allí he vivido siempre, lo mismo que mis hijos... Tengo amigos, buenos amigos, pero ninguno campesino.

– ¿Tendrían ustedes inconveniente en vivir en un pueblo? continuó el doctor, dirigiéndose a la joven.

– Comprendo, señor doctor, respondió con acento de gratitud. Conozco la bondad de usted... María Letray me ha aconsejado que viniera aquí. Usted le ha asistido por el mismo padecimiento que sufrimos nosotras, y la colocó en una hacienda en Raily... pero, ya lo ve usted, no ha podido permanecer allí y ha vuelto a su antiguo oficio, lo que le ha costado la pérdida de la vista...

Hem hizo un movimiento de impaciencia.

– ¡Pues si ustedes no se conforman a vivir en el campo!...

– ¡No es por falta de conformidad! replicó dulcemente la joven; al contrario, mi amiga se sentía dichosa y no pensaba en retirarse... Pero a cada uno su labor, ¿no es cierto?... Su patrona se hubiera visto bien apurada si la hubieran obligado a manejar la aguja como María... pero en

cambio estaba descontenta del trabajo de mi amiga... Sin embargo, aseguro a usted que la pobre hacía todo lo que podía... pero el aire libre, el trabajo pesado, a ella, acostumbrada al aire de nuestros patios y a estar siempre sentada, no le sentaban bien... y a pesar de todos sus esfuerzos no pudo continuar. De todos modos, conste que no se fue ella, sino que la despidió la patrona, porque no la veía apta para el trabajo... Estuvo después en otras casas, y en todas sucedió lo mismo... Al fin no tuvo más remedio que volver al oficio.

– ¡Es claro! dijo el abuelo con tono enfadado. ¡A quién se le ocurre hacer una vaquera de una encajera! ¡Nuestro oficio es muy bonito: limpio, elegante, y si dijera a usted a que precio se venden esos trapillos que salen de los dedos de mis chicas, no querría usted creerlo!... Hablo del precio a que se venden en las grandes tiendas, no al que nos lo pagan, por supuesto; porque no se crea que las personas que nos hacen trabajar paguen en proporción de lo que ganan con nuestro trabajo... pero no importa; el salario es regular, y ya se sabe que el obrero ha de conformarse... Con tal que le falte su botella de vino a las comidas, su cajetilla de tabaco y una pesetilla para obsequiar a un amigo... ¡no se ha de ser exigente!

Hem se levantó desanimado, y tomando las manos de la joven, dijo:

– ¿No quieren ustedes probar a ganarse la vida en una casa de campo?

La infeliz miró tristemente al doctor.

– ¿No hay remedio para nosotras?... En nuestra familia no ha habido encajeras; nosotras somos las primeras... La madre y la abuela de María Lefray cegaron a causa de los encajes; para ella es casi un mal heredado.

Hem vacilo.

– Ustedes pueden curar, indudablemente... pero no conservando el oficio.

El viejo lanzó una exclamación de rabia.

– ¡Lo ves Anita! Tú has querido que te curaran de balde, y has despreciado al oculista que cobra veinte francos por visita... ¡Aquel te hubiera curado sin hablar de arruinarnos!...

La dulce expresión de la joven detuvo la respuesta de Paul Hem.

– ¡Oh, señor! ¡Yo creo en usted, y le estoy agradecida!...

Y mientras su hermana, hasta entonces silenciosa, estallada en sollozos desgarradores, fijó su mirada en el suelo, con muestras de indecisión:

– ¡No sé que responder a usted! ¡lo pensaremos; trataremos de hacer lo mejor!...

Precisamente en aquel momento volvía Emilio anunciando que el coche del hospital se hallaba a la puerta.

Hem se levantó cuando Luisa atravesaba el gabinete llevando a Magdalena en los brazos.

Ruth se levantó también y le dijo a Luisa:

– ¿Me permite usted que le acompañe?

Luisa, sorprendida, fijo en ella una mirada de desconfianza que se desvaneció rápidamente.

– Si usted tiene gusto en ello... sí, señora.

Y entre los dos se llevaron la niña insensible.

Hem y Emilio se miraron en silencio, no sabiendo a que atribuir el impulso de la artista: ¿era compasión o curiosidad? El doctor se encogió de hombros y fue a abrir al último consultante que esperaba pacientemente en la sala de espera.

Era un joven de baja estatura, fornido, de cabellos negros, moreno, con ojos rasgados y las cejas espesas de meridional; vestía un traje azul nuevo, camisa de franela, corbata roja y sombrero hongo. Llevaba la mano izquierda vendada.

Paseó una mirada inquisitiva sobre Emilio y el doctor, en seguida deshizo rápidamente su vendaje, y mostró en la palma de la mano una herida extraña que Hem examinó rápidamente: era profunda, los tejidos adyacentes estaban brutalmente desgarrados, aunque la carne permaneciera sana.

– ¿Hace mucho tiempo que ha ocurrido a usted el accidente?

– Anteanoche, y a causa de un descuido, respondió el joven con el acento italiano, que ya anunciaba su aspecto.

Mientras preparaba un baño antiséptico, Hem observaba impasible al joven, seguro de no haberle visto nunca.

– ¿Quién ha enviado a usted a mi casa? preguntó mientras examinaba la herida.

– Bartolomé Andrea, respondió.

El médico hizo signo de comprender, diciendo:

– ¡Ah, ya!

Y preguntó de nuevo.

– ¿No es usted español?

– No; soy piamontés... Me llamo Alejandro Cetti.

– ¡Cetti? dijo Emilio acercándose. Yo he oído hablar de usted.

Cetti le miró con desconfianza, que se desvaneció cuando Emilio se apresuró a añadir.

– Sí; Souvaire me ha referido como se conocieron ustedes.

Cetti sonrió maliciosamente.

– Precisamente con él estaba yo anteanoche.

Hem se admiró.

– ¿Está, pues, aquí?

El joven completamente tranquilo, respondió sonriendo:

– No... Es que anteanoche me hallaba en Besanzón. Preparábamos un experimento, cuando me ocurrió el accidente... Entonces Souvaire, que por el momento no me necesitaba, me dio el nombre y la dirección de usted. «Búscales, me dijo: es un amigo, y te curará».

– ¿No han sido ustedes molestados en el momento del accidente? preguntó Hem con visible interés.

– ¡Cá!, respondió Cetti mostrando su hermosa dentadura en su franca sonrisa. Ocurrió en el campo... en un desierto... ¡afortunadamente, porque hizo ruido de veras!...

En seguida, como impulsado por una necesidad de confianza, añadió:

– Habíamos preparado tres... ya estaban terminadas y en disposición de prestar servicio... ocultas hacía cinco días en una pared ruinosa fuera de la ciudad, en una propiedad abandonada adonde se llega por un camino por el cual no pasan de seguro diez personas al año... Llegamos para llevarlas... Souvaire tomó dos y se fue tranquilamente... yo tomé una sola, mas me ocurrió la idea de acortar el camino, saltando la pared en vez de rodear de rodear la casa... pero cuando llegué a lo alto, tropecé y se me escapó... ¡Gracias que cayó al lado opuesto, que si no!... En la mano se me enganchó un pedazo de herradura, que tan firme se enganchó en la piel, que me fue preciso arrancarlo con los dientes...

Mientras que Emilio escuchaba al anarquista, sombrío y trastornado; éste y el médico se miraban con visible emoción.

Hem terminó el vendaje en silencio.

– No enseñe usted la herida, recomendó al fin.

El herido hizo un gesto de indiferencia.

– Una vez cicatrizada, pasará por una quemadura... Soy panadero; ya me arreglaré.

En seguida añadió:

– El compañero me ha dicho que podía alojarme en casa de la viuda Lavenir... ¿Reside en la ciudad?

Emilio se estremeció.

– Es mi madre, dijo precipitadamente.

Entonces Cetti estrechó su mano con efusión.

– ¡Soy afortunado! ¿Quieres conducirme en seguida a tu casa? Mi mujer me espera en la puerta y está cansada del viaje.

Emilio tomó su sombrero.

– ¿Vendrá usted a la reunión de casa de Bonthoux? preguntó al doctor.

Este consultó su cuaderno.

– Veremos... he de hacer tres visitas... lo procuraré. Me conviene distraerme un poco.

Ya en la calle, Cetti se detuvo examinando las aceras a derecha e izquierda.

- No está Gina, murmuró con alguna inquietud.
- Quizá haya ido a casa de mi madre, observó Emilio.
- No sabía la dirección.

Y las miradas del italiano se fijaron en un agente de policía que se paseaba lentamente, con las manos atrás y la cara grave y serena; pero pronto se tranquilizó; Gina doblaba la esquina y se aproximaba a pasos precipitados. Pequeña, redondilla, morena como Cetti, a quien se parecía mucho, tenía los mismos ojos rasgados y la misma sonrisa sobre su blanca dentadura. Llevaba una falda azul muy limpia y un fichú de seda amarilla enlazado al cuello. Sus manos eran morenas y finas y sus deditos cortos y graciosos ostentaban gruesos anillos de plata.

Deslizó una sonrisa sobre Emilio, y dijo a Cetti:

- ¡Ya tengo ocupación!

Y mientras seguían las calles estrechas del centro de la ciudad, explicó a los jóvenes que, fastidiada de esperar en el mismo sitio, se aventuró por las calles inmediatas; vio un almacén de flores naturales, y entró a ofrecerse. Primeramente se la miró como un animal raro, y se la iba a poner a la puerta, cuando acertó a entrar el patrón, quien, interesándole su gracia, le permitió mostrar su aptitud sobre una brazada de flores marchitas. La joven, naturalmente soltó una risita... La obrera en Niza durante tres años, la florista del muelle de San Juan Bautista, la que había decorado el carro de la locura en Carnaval el año anterior, miró aquello como una niñera. Tomó audazmente rosas, lilas, lirios del Japón, y en diez minutos sus ágiles dedos edificaron tal maravilla que, con sorpresa de las señoritas presentes, el patrón quedó encantado, colocó la obra maestra en el escaparate y la obrera quedó admitida en el momento.

Para terminar, dijo con alegría:

- Mañana haré la corona que la Universidad dedica al entierro de un profesor. Pensamientos de terciopelo violeta; iris claros aquí y allá; dos o tres rosas thé... y luego cintas, rosas y lilas, pálidas... muy pálidas.

Y mientras llevaba la mano herida de su amigo sobre su brazo, con la mano libre gesticulaba, sembrando el aire con el dulce y sutil perfume de las rosas, de las lilas y del musgo húmedo poco antes removido.

## CAPÍTULO IX

Bonthoux vivía en la calle Armand-Carrel, en la misma casa que Gerald Lagoutte. Era aquella un inmenso cuartel de ladrillos, con estrechas ventanas sin persianas, regularmente distribuidas, alta de cinco pisos, que ocultaba una parte considerable de la nueva calle, bordeada casi por completo por construcciones obreras semejantes. Todos los pisos estaban divididos en minúsculos departamentos de dos o tres piezas que se comunicaban por corredores de convento. En todas partes la economía calculada, razonada, estricta; el hierro y el ladrillo, rígidos y fríos, la pintura oscura, las paredes lisas; el aire, la luz y el espacio considerados como lujo y concedidos con parsimonia.

Sin embargo, el aspecto general, aunque triste, era decente, y los habitantes de aquellas habitaciones aun se sentían orgullosos y hablaban con horror de los tugurios de los barrios viejos, de aquellas casas ruinosas de paredes agrietadas que exhalaban fetideces nauseabundas.

Al llegar al tercer piso, escalera F, lado norte, Emilio tocó familiarmente el botón de una puerta pintada de color plumizo, sin molduras, señalada con el número 167 pintado en blanco, y que ostentaba el nombre de Eugenio Bonthoux cuidadosamente manuscrito en un cartón clavado en el centro.

El joven se detuvo en el umbral, sin atreverse a pasar adelante. En aquella salita, adornada con papel ordinario de rayas granate y blanco, amueblada con una aparador, una mesa y seis sillas de nogal, se hallaba sentada una mujer joven llorando amargamente. Cerca de ella estaba una niña con una soberbia cabellera castaño-dorada, con los ojos bajos, las mejillas de una palidez anémica que movía distraídamente una maleta de madera negra. Y mientras Bonthoux, echado hacia atrás sobre una silla tocaba con sus dedos nerviosos el hule que cubría la mesa, Clara, su mujer en pie cerca de la ventana, enjugaba furtivamente sus ojos con un pañuelo.

Bonthoux hizo un gesto de satisfacción al ver al joven.

– ¡Entra, entra!... no eres importuno.

Emilio reconoció a Laura Sylvestre, la hermana de Bonthoux, casada con una maquinista de la compañía del Oeste, un buen muchacho, muy inteligente, pero desgraciadamente afecto de tuberculosis pulmonar.

– No, repuso Bonthoux con decisión, continuando la discusión interrumpida por la llegada del joven Lavenir. No hay nada... No han querido escucharme, rechazan el arreglo que hice en su beneficio... libres son... pero no me pidan nada.

– Vamos, exclamó la mujer con una explosión de sollozos, ¿puedo tener dureza de corazón para volver a Julio a este infierno?

– ¡Infierno? dijo Bonthoux irritado. Eso se llaman exasperaciones. ¡Yo tengo tanto corazón como tú, Laura; pero yo sé razonar!...

Se volvió hacia Emilio y le tomó como testigo.

– Cuando Julio se vio obligado a dejar el servicio, el año pasado, me presente a su jefe; ya se habían ocupado de él, porque era un muchacho de conciencia y capaz; pero en los hospitales no podía admitírsele por ser incurable. A fuerza de instancias, obtuve una cama en el hospital de los tuberculosos de Caen... pagué el transporte... pagué el de mi hermana, que aun por sentimiento, se creyó obligada a acompañar a su marido, ¡cómo si una separación necesaria fuera más dura algunas horas más pronto o más tarde? Por último, al cabo de seis meses, vuelve Julio a su casa, por no poder sufrir más la vida en aquel establecimiento donde estaba cuidado como un burgués, con beatas y médicos a sus órdenes.

– ¡Donde, interrumpió Laura sollozando, se volvía loco de sufrir lejos de nosotros, aislado, sin un corazón a quien dirigirse... Teniendo sin cesar ante su vista el sufrimiento y la muerte de vecinos afectados de su mismo mal!...

Bonthoux se encogió de hombros.

– Cuando se es tan delicado, se procura antes no necesitar de nadie... Tienes sentimientos de millonario...

– ¡Oh! exclamó la mujer con desesperación; ¡te aseguro que hago todo lo que puedo por bastarme a mi misma!... pero, además de Julio, que tanto necesita, tengo Miguel... la madre que no gana. Después, ésta, añadió designando la niña inválida cuya pálida fisonomía se cubrió de un ligero rubor de humillación y de pena.

Bonthoux manifestó nueva impaciencia.

– ¿Vas a reprocharme que no haga lo suficiente con nuestra madre? ¡Que entre en las incurables! Si tu casa es un hospital, se debe a tu testarudez... Por mi parte bien me he movido por todos ustedes... ¡Gracias a mi diligencia he obtenido asilo para todos!... para la pequeña como para los otros... Si tú me hubieras escuchado, permanecerías sola con tu hijo y no te sucedería nada malo... ¿No quieres seguir mis consejos?... ¡Pues no te quejes!

La madre abrazó a la niña con un ademán salvaje.

– ¡Separarme de ella, nunca! ¿No comprendes que no podría dormir ni comer si los dejara abandonados en aquellos cuarteles del mal? ¡Hazte cargo que no hay peor dolor que el de sufrir y llorar solo!... ¡sin un alma que participe de nuestro sufrimiento y de nuestras lágrimas!...

Bonthoux se levantó y paseó por la sala.

– ¡Está bien! dijo, pero ¡no te quejes!...

Después, deteniéndose delante de Laura declaró por última vez:

– Mi vida está arreglada como un libro de comercio, y ni tú ni nadie me hará variarla; porque esto para mí es un principio, una religión. La vida del ciudadano debe ser prevista y arreglada por él, sin apartarse jamás ni una línea de su programa... ¡De otro modo andaría el mundo si todos hicieran lo mismo! Te amo mucho, más que lo que tú te imaginas, pero mi amor no me llevará a cometer tonterías que me hundirían en la desgracia sin sacarte de ella... Confía en mí, haz lo que te digo y se salvarán todos... sino, vete; no tengo el derecho de mandarte, pero tengo el deber de negarte lo que me pides, que no juzgo justo ni razonable.

Laura se enjugó los ojos y se levantó con un gesto brusco, rodeó con su brazo el talle de la niña, y se levantó también para salir ajustando apresuradamente su muleta bajo su brazo derecho.

– Ven, Gabriela, balbuceó la pobre madre, vacilante y cegada por sus lágrimas. Estamos de más aquí.

Una frase de su hermano la detuvo sobre el umbral.

– ¿Por qué no vino tu hijo ayer al taller?

Su hermana le miró con angustia.

– ¡No te incomodes con él!... Le mandé yo quedarse en casa... ¡Tenía una tos tan fuerte!... ¡Se parece tanto a su padre!...

– Si se ha de volver tísico, más vale que se vaya y no estorbe más tiempo en el mundo...

Su madre bajó la cabeza, herida en el corazón, y se fue sin contestar, seguida de la niña, cuya muleta daba golpes sonoros y precipitados sobre el pavimento del corredor.

Clara Bonthoux se había retirado a la pieza inmediata, y, silenciosa, cosía activamente, inclinada sobre su costura.

Bonthoux tomó una botella de cerveza y vasos; después, con la frente sombría, miró a su amigo.

– Sí, ya lo sé; muchos me juzgarán sin corazón. Sin embargo, tú me conoces, y sabes que estoy muy lejos de ser duro... te aseguro que cojo una enfermedad cada vez que discuto con Laura.

– Tienes tus ideas, dijo dulcemente Emilio, que hacía un cigarrillo con mano algo temblorosa.

Bonthoux encendió su pipa apagada. En seguida, apoyado sobre la mesa, se explicó, manifestando deseos de justificarse.

– En nuestra condición no puede uno sostenerse sino con una vida trazada estrictamente... con un programa pensado y rigurosamente seguido... Si se descarrilla en doce años, tenía treinta; había leído, pensado; mis ideas eran fijas. Soy carpintero y trabajaba en el mismo taller que hoy, donde decidí imponerme por mi trabajo consciente y regular... Había ahorrado cien francos para mi boda y cuatrocientos para montar mi casa de una vez. Tenía además cien francos adelantados para el caso en que mi mujer tuviera un hijo al año siguiente... Todo sucedió como lo había previsto; no se gastó ni un céntimo más ni menos. Luego me dije: yo gano 5'50 por día laborable y mi mujer 3'50 como costurera, ¿cómo podemos vivir con esto? Y en el momento arreglé del mejor modo nuestra existencia... Pago un alquiler un poco caro, 300 francos anuales, pero estamos bien; al mes corresponden 25 francos; añádase por término medio cuatro francos de carbón y alumbrado, unos 20 sueldos de lavado, porque mi mujer no da fuera más que las sábanas, y tendremos 30 francos. Para la comida, no se hace en casa, cuesta demasiado y se pierde tiempo... me he entendido con un fondista, y mañana y tarde trae mi mujer dos sopas a 25 céntimos, dos raciones de 40 céntimos y un pan de tres libras... Además tres litros de vino a 50 céntimos por semana, una libra de café y un kilo de azúcar por mes, y negocio concluido. Mi mujer y yo comemos por menos de 100 francos al mes... no es gran cosa, pero se vive.

Inspirado sin duda por la necesidad de justificarse siguió explicando con fastidiosa minuciosidad los detalles de aquel presupuesto de la vida: habló de los vestidos, de su reparación y renovación; de las cargas de familia; de los hijos; de cómo era más cómodo y más barato darlos a criar a nodrizas forasteras, lo que permite a la madre seguir trabajando; de su suegra y su cuñada, ésta que se emancipó en seguida, y aquella, paralítica, que fue necesario recluir en un asilo; de cómo puso a su hija Susana en un colegio, preparándole un dote de quinientos francos; de las protestas de su mujer, que se sometía dolorosamente a la frialdad de aquel cálculo que bajo el pretexto de que «es necesario hacerse una razón», tortura el sentimiento, mata toda inspiración poética y, encerrándose en su egoísmo estúpido, ni egoísta es, porque destruye la parte más noble del ser, anula todo ideal posterior y sanciona a costa de positivas privaciones la miserable condición a que reduce al pobre la actual sociedad, terminando con estas palabras.

– Así economizo con qué asegurar la vejez de mi mujer y la mía en el hospicio Regnier... No pedimos nada a nadie, vivimos honradamente y somos dichosos.

Emilio escuchaba sin decir palabra, fumando lentamente un cigarrillo.

– Tenemos todo lo que necesitamos.

El joven asintió con un signo.

En efecto; ¡pero cuántas cosas hubieran faltado a una naturaleza distinta en esa vida calculada, metódica, fría, que suprime todos los arranques, todas las alegrías, todas las locuras del corazón! Esa es la existencia del trabajador, preconizada por el burgués... el tipo perfecto, soñado por el economista, del obrero prudente, honrado, sólido, práctico y previsor, que no se permite ningún exceso, ni placer, ni afecto... resistente a la ilusión... firme contra toda debilidad.

Miró a la mujer, pálida y cuidadosa, curvada sobre su labor... sometida sí, pero ¿dichosa?... Y a pesar suyo su pensamiento corría a la casa de los otros, de esos sentimentales, culpables de imprevisión que, en la enfermedad y el sufrimiento se estrechan desesperadamente unos contra otros, pecho contra pecho, angustia contra angustia... enfermos, ancianos, inválidos, tocados por todas las miserias humanas... prefiriendo la negra pobreza soportada junto a la muerte solitaria en la fría morada concedida por la caridad pública.

La puerta se abrió, apareciendo el rostro sombrío de Charrier. Emilio no le había visto desde el día en que le encontró en el muelle sin trabajo. Bonthoux le saludó.

– Siéntate, amigo mío. ¿Qué tal?

Charrier movió la cabeza, diciendo:

– Así, así... Desde mañana empezaré a trabajar.

Nombró a su nuevo patrón, y los otros cambiaron una mirada de desagrado. Era uno de esos fabricantes desgraciados, vencidos por la competencia y amenazados siempre por la ruina.

– Sí, contento si dura y si me pagan, concluyó el hombre en el silencio significativo de sus amigos.

– A propósito, dijo Bonthoux a Emilio, continuemos nuestro tema: las cargas de la familia, eso es lo que ha reventado aquí al compañero... En su casa había ocho hijos. Hasta su matrimonio, entregó todo lo que ganaba a sus padres para ayudar a criar a sus hermanos menores... Se caso sin un céntimo... Después un duro por aquí, otro por allá, a los padres, al hermano enfermo, a la hermana de parto... Otro tanto con la familia de su mujer... Además de eso, las criaturas que se ha dado... las enfermedades, los entierros...

– Sí, sí... interrumpió Charrier sombrío, ¿pero era posible obrar de otro modo?... Cuando veo sufrir a los míos no puedo permanecer con la mano cerrada... No me considero mejor que otro... es que la cosa es más fuerte que yo.

Después, un arranque súbito, dio un golpe violento sobre la mesa:

– ¡Si es verdad que puede cambiarse de vida cambiándose todo, que se cuente conmigo!... ¡Se padece demasiado, hay harta miseria; eso no puede durar!...

Lenoelle apareció a la puerta, con aspecto fatigado, los ojos enrojecidos, vistiendo con descuido su traje de mecánico manchado de carbón.

– Vengo del hospital, dijo; he visto a mi pobre Magdalena... creo que esté perdida... no me ha reconocido... murmuraba palabras, repitiendo que no había trabajado... que necesitaba levantarse... que faltaba el dinero...

Y dejándose caer sobre la silla que le presentaba Emilio, dijo en voz baja y tono desesperado:

– ¡Ay amigo Bonthoux!... Vengo a verte porque hay mucha miseria en casa. Magdalena fuera, todo esto abandonado... Luisa está como loca... los chiquillos se matan...

Bonthoux le presentó un vaso de cerveza.

– ¡Qué hemos de hacer! ¡es preciso conformarse!

En aquel momento entró Paul Hem rápidamente; y, sacando un periódico del bolsillo de su paletot, le extendió sobre la mesa y leyó la línea-reclamo en gruesos caracteres: *Una bomba anarquista. – Explosión en el Palacio de Justicia de Besanzón. – Ocho heridos.*

Todos se inclinaron con una exclamación. Hem cambió una mirada con Emilio. – ¡Besanzón!... De allí venía el joven curado por la mañana.

– ¿Hay algún detenido?, preguntó Emilio con vivacidad.

– Nadie, respondió el doctor.

Entonces, recostándose sobre su silla, con los párpados semicerrados, se representó a Emilio la fisonomía joven y sonriente de Alejandro Cetti y de su compañera... la silueta de Souvaire, aquel compañero de figura siniestra y exaltada cuya voz había oído en el gabinete de Celestino Bergés el mes anterior.

Bonthoux se apoderó del periódico y leyó en voz alta los detalles del atentado, resonando su voz lenta y monótona en la atención general. En la habitación inmediata, Clara permanecía indiferente a aquel drama social que apasionaba a los hombres, dedicada por completo a su drama íntimo, con su pensamiento fijo en la hijita caso desconocido, aislado allá lejos... y también en la anciana madre, perdida en la multitud del hospicio...

La explosión tuvo lugar en la sala de Pasos Perdidos del Palacio de Justicia de Besanzón, en el momento en que el jurado y los abogados se preparaban a entrar en la sala de audiencia para proceder al juicio de los anarquistas Sion y Charbeau, que se hallaban en prisión preventiva hacia ya cinco meses. La bomba había sido puesta por una mano, aun desconocida, bajo una mesa cubierta con un tapete de paño. En el momento preciso de la explosión, cuya detonación fue terrible y seguida de un humo blanco, el hujier Brocher, padre de cuatro hijos, depositaba papeles sobre la mesa. Alcanzado en una pierna y en el vientre por algunos trozos de hierro y de madera procedentes de la mesa hecha astillas, el estado del infeliz era desesperado. Había otras siete personas gravemente heridas, particularmente en las piernas; tres abogados recibieron contusiones sin importancia. «Fragmentos del aparato encontrados indican que se trata de una de esas marmitas de hoja de lata llamadas cantinas, ya empleados en diversos atentados anarquistas. La carga era de clavos y de fragmentos de hierro viejo. La baldosa sobre la cual se verificó la explosión quedó absolutamente triturada. Se han verificado varias detenciones sin resultado. No se comprobó la presencia de ningún anarquista conocido en días anteriores, a pesar de la activa vigilancia de la policía».

Bonthoux soltó el diario con gravedad, expresando una indecisión en su mirada.

– ¿Es eso útil a la causa del pueblo? dijo.

Muy pálido, Emilio declaró:

– La violencia aislada, sin consecuencia... en realidad sin objeto, atrae la reacción.

– ¡Sin embargo, la venganza es agradable!

Lenoelle movió la cabeza:

– ¡Oh, la miseria es demasiado grande! exclamó despidiendo sus ojos relámpagos de crimen.

Emilio se indignó:

– ¡Cómo! ¿no encuentran imbécil semejante atentado... que no llega más que a inutilizar a un infeliz como nosotros?...

Paul Hem, en pie, dominando a los otros por su elevada estatura y su elegancia, lanzó un grito entusiasta.

– ¡No se preocupen!... ¡Esos asesinatos absurdos, esas matanzas ciegas, libertan a la masa!...

Y como observara que le se miraba sin comprenderle, repuso con vehemencia, fijando sus grandes ojos azules en el vacío.

– ¡Métanse bien en la cabeza que el que posee, el dichoso, no dará oídos jamás a los llamamientos de los que sufren si no se les obliga!... Cuando se está sentado al fuego en una casa cómoda, no se piensa en los que tiemblan de frío en el exterior... Cuando una industria produce oro y goce de toda especie, no se piensa en aquellos que en un esfuerzo perpetuo padecen y mueren de miseria... Se come copiosamente, ¡quién piensa en los que no tienen pan!... Para excusar su indiferencia y su egoísmo se dice dogmáticamente que el trabajo excesivo, la necesidad y el hambre son el lote inevitable del mayor número... ¡Se levanta un edificio de mentiras y de sofismas para certificar como justas las más flagrantes iniquidades!... ¡Oh, estén seguros de ello!... ¡El rico no cederá ni por humanidad ni por razonamiento!... ¡cederá por la necesidad y por el miedo!

– Sí, dijo Bonthoux, fijándose en la observación de Emilio; ¡pero casi siempre sucede que los que caen son pobres diablos... Así el hujier!...

Pero Hem hizo un gesto de indiferencia.

– ¡Qué importa!... No se apunta a algunos hombres... habría muchos que destruir... Se advierte al mundo entero; se le obliga a medir la fuerza latente que gruñe sorda... La bomba es el relámpago que advierte que se aproximan el huracán y la tempestad.

Charrier levantó la cabeza con mirada feroz:

– ¡Si se nos oyera!... ¿No está todo en nuestras manos?... ¿Que haya huelga general de todos los trabajadores, y veremos cómo queda esa sociedad!... las minas, las fábricas, los talleres, los campos, los ferrocarriles... ¿quién si no nosotros sostiene todo?...

– Sí, repuso Hem; sólo que están en el caso de caballo domado por el hombre que le monta... Cien veces más fuertes que sus amos, se dejan intimidar por su voluntad, por su facundia, por todo lo que hacen brillar ante ustedes y que los deslumbra.

– Que el pueblo se instruya, exclamó Bonthoux; ¡su debilidad es causada por su ignorancia!

Charrier replicó indignado:

– ¡La instrucción!... ¿A mí qué me importa la instrucción? ¿Acaso el que no ha ido a la escuela no tiene ojos para ver, cuerpo para sentir y cabeza para reflexionar? Si uno se mete en la cabeza todo lo que enseñan los libros; ¿verá por ello más exactamente las cosas? ¡Cá! Lo que hará será enredar más fácilmente al vecino; aprenderá a engañarle sin comprometerse; pero si se trata sencillamente de obrar con rectitud, un hombre vale tanto como otro.

– ¡Permíteme!, interrumpió Bonthoux; el niño viene al mundo peor que una bestia; se le enseña a ver, a andar a hablar... el hombre no sabe más que lo que aprende, y ha de aprender siempre... En la ciencia está la felicidad...

– ¿Crees tú siendo más sabio serías más feliz? contestó Charrier encogiéndose de hombros. ¿Te daría tu ciencia más fuerza para trabajar, ni te libraría de reventar de enfermedad o de vejez?...

Bonthoux se lanzó a su sueño dorado:

– En la nueva sociedad el trabajo será un recreo... ¿Las enfermedades? dices tú... ¿Quién piensa en eso? Con el bienestar serán evitadas, suprimidas... La misma muerte no se presentará hasta que la vida humana haya dado de sí prudente y equitativamente...

Lenoelle, que escuchaba en silencio, interrumpió bruscamente.

– ¿Pero no han visto lo que ha sucedido a mi mujer?... ¡La miseria la ha matado!... Cuando las burguesas hacen criaturas se les cuida y miman, y andan al retortero más de cincuenta personas... ¡Pero las nuestras!... que cada una se arregle como pueda... Verdad es que en cuento a la delicadeza del cuerpo, no hay diferencia de clases; pero ¿qué importa si a nosotros se nos lleva pateta?...

Hem se levantó con impulso febril y dijo mientras paseaba por la estancia:

– ¡Maldita sociedad! ¡Estoy harto de ella! Yo vivo en medio del mal de todos esos cuerpos humanos... en el secreto de sus angustias... y ¿saben lo que la condena irrevocablemente? pues es que desde el punto de vista físico y moral, al burgués le toca tan mala parte como al trabajador. Los males que colman su situación son ciertamente terribles, ¡pero si supieran lo que roe la carne y el alma de los ricos!... ¡Cuán ilusoria es para muchos de ellos la felicidad material que les ha tocado en suerte!...

– ¡Mejor!... dijo Charrier con marcado tono de rabia y de odio, que revienten de indigestión y de vicio los muy cerdos.

Hem hizo un movimiento de impaciencia.

– Lo que ustedes llaman vicio no es más que el exceso de civilización, de refinamiento; es la anemia que devora a los que gozan demasiado como a los que sufren mucho. El pobre se extingue por exceso de esfuerzo; el rico, por exceso de molicie... En el fondo cada cual reconoce que todo va mal; todos saben que vivimos en una sociedad defectuosa y estúpida, pero que va pasando a pesar de todo... se sigue la senda tortuosa trazada por las generaciones precedentes... La infancia está mal dirigida; la unión de los sexos se rige por leyes grotescas violadas a cada instante; la vejez es una carga mal atendida; las relaciones de los hombres entre sí son falsas, criminales e indignas... – ¡Oh! admira ver la humanidad actual... ricos, pobres, carceleros o presidiarios, viviendo confundidos y sumisos, sin rebeldía, en el cenagal donde se arrastran, y surge la duda de que en las entrañas de los unos o de los otros haya aún el vigor necesario para fundar una era nueva, para sustraerse a todo lo que en forma de leyes ineptas, de preocupaciones rancias y de rutinas estúpidas les subyuga e inmoviliza... Se

pregunta uno si no es preferible abandonar toda ilusión y toda esperanza... adorar la nada... desear la extinción completa del hombre, de ese parásito que cubre la tierra con sus luchas estériles, tontas y criminales... Sí, la muerte... la muerte definitiva... sin supervivencia, sin nada que en los siglos futuros recuerde que hemos vivido... ¿No les parece eso lo mejor? Una tierra en que la arena, la piedra y el vegetal sin reflexión quedaran solos, inmóviles, indiferentes a la nieve, al sol, a las tempestades, a los años indefinidos que se sucederían en eterno silencio...

Todos le escuchaban manifestando malestar, helados. No obstante, la voz de Emilio se elevó temblorosa, turbada por la duda:

– No debe condenarse la totalidad de los seres... los hay justos, buenos, puros, fuertes... desátense los lazos que los retienen y su esfuerzo se manifestará... Aparte que ¿quién puede hablar de las generaciones venideras?... ¿Quién conoce los gérmenes que llevamos en nosotros mismos? Nuestras faltas, nuestros crímenes, nuestras aspiraciones, nuestras luchas, nuestra importancia, nuestro dolor, nuestra misma muerte son un ejemplo para los que vendrán después... nuestro martirio será una lección terrible. ¡Oh! los hijos de los hijos de los nietos caerán tal vez antes que se vea el paso libre... ¡pero qué importa si se tiene conciencia de que el progreso avanza!...

Lenoelle interrumpió cándidamente:

– ¡Qué lejano es eso!... ¡Si al menos supiera uno que los hijos serían dichosos! pero alejarlo hasta descendientes donde la imaginación no llega... en verdad que eso cansa hasta los más resignados y los impulsa a la violencia para que la cosa vaya más deprisa...

– Falta saber si la violencia adelanta o retarda el progreso, observó Emilio.

– ¡Oh! exclamó Charrier con rabia reconcentrada. ¡Sirve de consuelo! Tú me has conocido joven, Bonthoux; era yo alegre y bueno... hasta estos últimos tiempos, puedo decir que tomaba mis sufrimientos con paciencia; pero hemos llegado a un punto insoportable. Que nuestro destino sea sufrir y trabajar, ¡pase!... pero ¿quién me ha metido en una sociedad en que un hombre robusto, excelente trabajador, contento con su suerte ofrezca sus servicios y no haya quien los acepte? Si las fábricas no venden sus productos, ¿por qué no se cierran la mitad? ¿Por qué se abren otras muchas cada día? ¡Porque hay exceso de patronos, demasiados explotadores, muchos que esperan redondear su negocio a expensas del obrero! ¡Que vayan a cavar al campo y no atraigan trabajadores prometiéndoles el miserable cebo del jornal para dejarlos morir de hambre después! ¡Oh, sí! hay exceso de patronos, de comerciantes y de todos aquellos que no producen y se aprovechan de lo que produce el labrador y el obrero... ¡Basta de intermediarios!... Cuando el campesino quiera un azadón, cargue con un saco de trigo y se entienda con el obrero que lo fabrique; ya se entenderán y no habrá necesidad de que entre ambos se mezcle un charlatán que robe al uno y al otro.

– Tu teoría carece de sentido común, amigo mío, interrumpió Bonthoux con aire de superioridad. Si el obrero que fabrica el azadón vive a diez leguas de distancia, considera la pérdida que eso origina al campesino... No hay que pensar en ello; el intermediario es indispensable.

Charrier replicó:

– ¡Entonces legitimamos el robo!... ¡el tendero que compra barato para revender caro y engordar a costa nuestra!...

Bonthoux repuso vivamente:

– ¡De ningún modo! el intermediario es la misma sociedad. Júntense todos los productos de la agricultura y de la industria en los almacenes generales, que la administración social se encargue del cambio y queda suprimida la parte injusta del comerciante...

Paul Hem intervino indignado:

– ¿No ve usted que así reemplaza al comerciante, que al fin es un trabajador, por el funcionario?... ¿No salta a la vista que el sueldo del empleado equivaldrá a la ganancia del tendero? Al fin franceses, hijos del código de Napoleón; burócratas y reglamentistas. Se creen revolucionarios y no sueñan más que en el empleado. Pero si meten la nariz en los negocios del Estado se les quitarán las ganas de poner allí dentro los intereses de todos. Que el Estado se ocupe de algo equivale a haber de conformarse con la lentitud, la rutina, la obstrucción y la mala voluntad... Todo lo que hace el Estado es más costoso y más lentamente ejecutado que lo que hacen los particulares... En el Estado reina siempre la jerarquía estúpida, el expediente idiota, las rémoras irritantes... Todo el mundo teme, con razón, que el Estado se mezcle en sus asuntos y se halla dispuesto a cualquier sacrificio antes de recurrir a él. ¡Y hay quien pretenda cambiar la esencia de la cosa, sólo porque cambie de individuos y de etiquetas! ¡Imposible! No son los individuos los males, sino la máquina... El progreso consiste en la evolución rápida, se trate de numerario, de ideas o de propiedad... cuanto más pase todo de mano en mano, de cerebro en cerebro, de esfuerzo en esfuerzo, más producto, mejor producción. ¡No inmovilicen las inteligencias ni el trabajo en los engranajes de ese inmenso e innumerable reloj llamado Estado!... El positivo porvenir está en la fuerza cooperativa puesta a disposición de cada individuo, sin encadenarla ni dificultar en lo más mínimo su fuerza personal. ¡Es cierto que el hombre necesita la ayuda del poder procedente de la reunión de sus semejantes; pero hay que evitar a todo trance que la sociedad se convierta en una prisión!...

El doctor se detuvo de repente haciendo un signo de indiferencia. ¿A qué perorar así?... Únicamente Emilio podía comprenderle.

De pronto manifestaron todos cierta inquietud al oír ruido de pasos precipitados que resonaron en el corredor y las miradas se dirigieron a la puerta, donde apareció Gerald Lagoutte, cerrando tras de sí.

– ¡Souvaire está preso! dijo el recién llegado en voz baja.

Hem y Emilio se estremecieron.

– ¿Por qué?

– ¿Quién es Souvaire? preguntó Lenoelle.

Gerald respondió:

– ¡Por el atentado de Besanzón!... Le han echado mano cuando salía de la ciudad... Acaba de llegar un telegrama, enviado por un compañero, al *Reveil*... Se trata de un petardo.

– Souvaire, preguntó Charrier, ¿no es aquel que habló el año pasado en la Casa del Trabajo?

Emilio hizo un signo afirmativo; Gerald continuó:

– Celestino Bergés saldrá esta noche para Londres en el tren de las once.

Bonthoux dijo extrañándose:

– ¡No creía yo que participara de esas ideas!...

Gerald replicó:

– No es esta cuestión de ideas: Bergés conocía íntimamente a Souvaire; habían dado conferencias juntos y estaban en correspondencia respecto de la *Universidad*, y todo eso es bastante para que Bergés aparezca gravemente comprometido si echan mano a los papeles de Souvaire.

Lenoelle tenía el diario extendido entre sus manos enterándose de la revelación del atentado.

– ¿Y ha sido él?

Gerald se encogió de hombros.

– ¡Falta probarlo!

– ¿Cómo se ha descubierto? preguntó Paul Hem.

Gerald manifestó con un gesto que lo ignoraba, diciendo:

– No hay detalles. Quizá sepamos algo esta noche.

– ¿Irás Constancia con Bergés? preguntó Emilio.

– No; queda en Ruán burlándose de los gendarmes. Por lo demás, no se cuidan de enjaularla, considerando acaso que eso aumenta su popularidad. Ahora me voy; tengo que hacer en el periódico... Sólo he venido para comunicarles la noticia.

Hem consultó su reloj.

– ¿Viene usted, Lavenir?

Emilio se levantó comprendiendo a su amigo. Convenía avisar a Alejandro Cetti, que probablemente ignoraría la prisión de Souvaire.

Se separaron todos en silencio, profundamente turbados, como si alguna partícula de sí mismos hubiera participado en el testimonio de rebeldía lanzado en Besanzón por un compañero desconocido.

## CAPÍTULO X

Un domingo, quince días después de la prisión de Souvaire, Emilio entró en el taller de Ruth una hora antes de la reservada a sus visitas. Su tristeza y su decaimiento eran tales, que le hicieron afrontar el posible descontento de la joven. Sus relaciones con ella eran raras; venía casi todos los días al taller al salir del trabajo; se sentaba silenciosamente en un rincón, siguiendo con sus miradas a la artista, sea que pintara, que leyera o que divagara tendida en el diván, fumando cigarrillos en una especie de inconsciencia. A veces ni le hablaba siquiera, no pareciendo dar a su presencia más importancia que la concedida a un mueble cualquiera; en otras ocasiones le acogía con caricias, informándose de su estado, manifestándosele habladora, alegre, cariñosa y singularmente fraternal y voluptuosa.

Desde su asistencia a la clínica de Hem y al hospital donde ayudó al conducir a Magdalena, la cuestión obrera y la desgracia de los humildes no parecía interesarla ya, y cuando Emilio llevaba la conversación a aquel asunto, la artista la rechazaba con una facilidad mundana que desesperaba al joven obrero. De día en día se desvanecían las ilusiones de éste... perdiendo la esperanza de inclinar a Ruth hacia la gran misión popular que para ella había forjado. Continuaba, no obstante, supeditado a aquella mujer, abandonándose sin fuerza para resistir al amor que por ella sentía. Fantástica, apasionada, dura, insensible, cariñosa, refinada, tan múltiple, tan compleja, Emilio no la comprendía, le temía un poco y no podía definir lo que por ella sentía. Entre tanto ella se había infiltrado en él, le poseía por completo.

Aquel día, temblando por su audacia al contravenir las órdenes de Ruth, se detuvo en el umbral de la gran sala cuyo lujo le era familiar y agradable a la sazón.

Se oían las voces de varias personas agrupadas alrededor de la joven, y ella misma, en pie, respondía jovialmente, delante de su caballete, vestida, según costumbre, con una amplia túnica de seda pálida, flotante y de pliegues armoniosos.

La artista vio a Emilio, y con aire complaciente le invitó a aproximarse.

– ¿Tan pronto? dijo, diéntese usted.

Pero los asombrados ojos del joven iban de la tela que acababa Ruth al modelo que estaba en pie sobre el estrado, que era Luida.

Sí, Luisa, destacándose derecha como débil imagen de la miseria, con mirada de profunda tristeza, sobre un fondo confuso de telas grises...

La modelo se estremeció ante la mirada de Emilio; pero a pesar de ello permaneció inmóvil, conservando valerosamente la postura.

Dominado por sentimientos tumultuosos, el joven consideró el cuadro, y pensó: he aquí lo que se ocultaba bajo el velo que Ruth había negado a levantar cuando él manifestó deseo de verlo; aquello explicaba por qué Ruth se interesó por la joven en casa de Paul Hem. ¡Todo se reducía a la adquisición de un modelo curioso y raro!...

Sin embargo, a pesar de su ignorancia artística, Emilio quedó admirado ante aquella tela... Pálida, angustiada, la joven se erguía, en carne viviente, ante la orilla desierta de un muelle, como perdida entre la bruma...

– En verdad, Ruth, que este trozo de la más bella producción de usted, dijo una voz cerca de Emilio, quien dirigió temblando una mirada rápida al que acababa de aproximarse.

Era éste de corta estatura, algo jorobado, de rostro que gesticulaba con facilidad, inteligente y vicioso; Debruyere, magistrado de la Audiencia, uno de los íntimos de Ruth, y quizá su más ferviente admirador.

– ¿Cómo titulará usted ese cuadro en la exposición?, preguntó desde su asiento en el diván el general Viault, que, con Queynel, el cervecero archimillonario, y el doctor Peloux, formaban con el magistrado la escolta fiel de la hermosa Ruth, reunidos casi cada domingo en el taller de la artista.

Ruth respondió negligentemente:

– *Suicidio.*

Emilio bajó la cabeza como punzado por súbito dolor; en tanto que resonaban aprobaciones entusiastas.

El doctor Peloux, joven aún, con la barba cuidada, además obsequioso y la mirada falsa, afectaba examinar la pintura como inteligente, diciendo:

- En esta obra puede decirse que afirma usted definitivamente su genio.
- Preciso es reconocer que tiene usted un excelente modelo, dijo Debruyere.

Queynel, un mocetón de menos de cuarenta años, de tez fresca y barba y cabellos rojos, miraba a la joven obrera con el descaro autoritario del patrón acostumbrado a mandar esclavos.

- ¿Dónde ha pescado usted esa muerta de hambre?... Y sin embargo es bonita...

Ruth observó el movimiento de rabia que impresionó a Emilio.

Con ademán rápido dejó su paleta.

- Por hoy he concluido, dijo dirigiéndose a Luisa.

Esta se inclinó y bajó del estrado.

- Venga usted mañana temprano, le dijo, quisiera dejarlo terminado.
- Sí, señora, respondió la joven tímidamente.

Y antes de decidirse a salir dirigió una profunda mirada suplicante a Emilio. Este hizo además de acompañarla para salir de aquel sitio y huir de aquellas gentes; pero Ruth Etcheveeren le detuvo imperiosamente.

- ¡Quédese usted!

Emilio bajo la cabeza y crispó sus labios, pero quiso seguir. Entonces ella, en un alarde de audaz impudor, le tuteó en voz alta:

- ¡Quédate te digo!...

Y Emilio quedó como clavado en el sitio, tan mortificado por la sonrisa burlona del grupo de hombres, como por la asustada y dolorosa mirada que Luisa le dirigió antes de salir de escapada.

Hacía ya tiempo que el estado enfermizo de la joven había interrumpido toda relación amorosa entre ellos, pero continuaba uniéndolos un tierno y afectuoso compañerismo. Era la única querida que había tenido, y era también su hermana; la triste y dulce compañera de su estado de proletario; la única mujer que le comprendía, que le admiraba y que le amaba con absoluta sinceridad. Su conocimiento databa desde su más tierna infancia: habían jugado juntos en el patio de la casa de vecindad. De edad algo más avanzada que el joven, Luisa se había mostrado maternal para el que llamaba su «pequeñuelo»; después le tocó a él el turno de mostrarse su protector al salir de la escuela y, después, del taller. Miserable es su casa, bien acogida en casa de la viuda Lavenir, la niña tomó la costumbre de refugiarse en la cocina de la taberna después de su trabajo, calentando sus miembros temblorosos ante el buen fuego, consolando su afligido corazón con el afecto de su amigo.

Cuando la muchacha fue violada por un capataz brutal, la larga enfermedad sufrida a consecuencia del atentado, la pasó en el cuarto y en la cama de Emilio, mientras que éste, acostado en un jergón de paja y cuidando a su buena compañerita, pasaba las noches sin que su cariñoso afecto disminuyera lo más mínimo.

En tal situación fatalmente habían de llegar a ser amantes: ella se dio por completo y apasionadamente; él la tomó afectuoso en medio de sus visitantes, tuvo un consuelo al observar que nadie se ocupaba de él.

– Vamos, Queynel, preguntó Debruyere, ¿cuándo va usted a seguir el ejemplo de su colega Adriano Vernier concediendo una parte en los beneficios de la empresa a sus trabajadores?

– ¡Vernier es un pillo!... Con ese engaño disminuye sus gastos un diez por ciento.

El doctor intervino:

– ¿De veras?

– Naturalmente... Gracias a ese cebo, ha podido reducir los jornales una tercera parte, y lo que distribuye anualmente a los obreros como participación de interesados no llega siquiera al importe de las gratificaciones que antes repartía.

– Sin embargo, observó Debruyere, sus obreros pueden comprobar...

Queynel interrumpió:

– ¿Comprobar qué?... ¿Imagina usted que Vernier permite que nadie meta la nariz en sus negocios? ¡Ya, ya! En cierta ocasión hizo una convocatoria de personal con gran pompa, música, desfile con la bandera de la fábrica a la cabeza, luego la del hospicio, oriflamas de todos los colores, discursos del patrón, del delegado del diputado, del delegado de la prefectura y de algunos personajes de no sé qué sociedades humanitarias de título altisonante; se leyó una memoria de la que nadie entendió jota, y para fin de fiesta se pasó a la caja... Y, ni que me crean ni que no, diré a ustedes que de cada cien hombres apenas hay uno que reflexione, compare y sepa sacar la cuenta de lo que ganaba antes y de lo que gana hoy. De una vez percibe una cantidad que le parece enorme, y eso satisface su vanidad... ¡Ya me comprenden ustedes!... ¡Se trata de pescar un socio!... ¡Negocio redondo!...

Los oyentes acogieron esas palabras con una sonrisa maliciosa, y Emilio dijo con voz clara y segura:

– ¿Uno de cada ciento, dice usted, se dio cuenta de la farsa? Pues eso supone cinco o seis individuos a quienes el patrón no engaña... Y ¿sabe usted lo que hizo aquella ínfima minoría? Se reunió, se concertó, llamó a los compañeros engañados y les expuso claramente la verdad... En este momento pocos habrá en la fábrica Vernier que no comprendan la superchería de que son víctimas, y las deserciones son cada día más numerosas.

– ¡De veras! exclamó Queynel con curiosidad.

Después, sobreponiéndose el espíritu de clase a la envidia del colega concurrente, añadió afectando indiferencia:

– ¡Bah! ¡Por cada diez obreros perdidos, ciento que se ganan!... Vernier tendrá siempre brazos de sobra.

– Más engañados que los que necesite, evidentemente; dijo Emilio con amargura.

Queynel se volvió, desdeñando discutir. El magistrado sonrió, paseando sus miradas agudas desde la fisonomía entusiasta y febril del joven hasta las indiferentes e indefinidas facciones de la hermosa Ruth, y dijo:

– Señor mío, es una verdad archí-demostrada para nosotros, pero que no podemos hacer que el proletario la comprenda y acepte. Ustedes envidian el enorme beneficio, si, enorme, lo reconozco, del patrón, sin querer comprender que esa desproporción del beneficio de una industria que explotan juntos, obreros y patronos, le corresponde por tres razones: porque pone el capital inicial, sin el cual ninguna empresa podría fundarse; porque posee el saber científico y administrativo que, si bien, les dejaría impotentes, semejante a brazos que pertenecieran a un cuerpo sin cabeza; porque, en fin, ese capital incesantemente acrecentado por su parte preponderante, le sirve para hacer frente a las exigencias de la industria actual, que es puro agiotaje más que otra cosa.

Emilio escuchaba atentamente las palabras del magistrado.

– No hay necesidad de que el capital se halle centralizado en un solo individuo, repuso Emilio rápidamente. Ahí están las sociedades por acciones para probarlo. ¿Irían peor las cosas si en cada empresa, en lugar del patrón único hubiera trescientos, quinientos, mil accionistas? A continuación añade usted, y todo el mundo lo repite, que el trabajo del hombre instruido, su esfuerzo intelectual debe ser más remunerado que el esfuerzo material del obrero; ¿en qué se apoya esa opinión tan profundamente anclada, tanto entre la burguesía como entre los mismos trabajadores que contra ella se rebelan, aunque acaben por someterse?...

Queynel interrumpió con frase despreciativa:

– ¡Muy sencillo!... Esa idea se funda sobre este hecho innegable: para un hombre instruido y capaz, hay diez mil que respecto a esfuerzo intelectual sólo son buenos para arrastrar una carretilla... ¡Es la ley de la oferta y la demanda!... Es muy natural que se pague bien un trabajo superior que sólo puede verificar un corto número, mientras que se paga a jornal en su justo valor un trabajo grosero que una multitud es capaz de ejecutar... Si necesito un ingeniero, tengo la elección entre veinticinco personas; pero si quiero un obrero, se presentarán veinticinco mil que todos se equivalen entre sí.

Debruyere completó:

– Y aun dice usted, querido amigo, que su ingeniero, por su saber adquirido, representa un capital infinitamente más elevado que el del obrero... Porque, en realidad, esa es la base equitativa del salariado... Cuanto más cuesta sostener a un hombre instruido hasta que llegue a ponerse en situación de ganar, tanto más debe ser remunerado en relación con lo gastado en su instrucción... El obrero ha costado mucho menos, pues en la edad adulta *vale* menos, y será, con justicia, menos pagado...

El general Viault soltó una carcajada que enrojeció un poco más su cara amoratada, seca, cortada por arrugas profundas y atravesada por un bigote de pelo cerdoso de un blanco amarillento:

– ¡Tenga usted cuidado, dijo; porque el joven va a responder que esas teorías se acreditarán de falsas el día en que la instrucción superior sea gratuita como lo es actualmente la primaria!... ¡El día en que todo el mundo sea sabio, hasta mi asistente sabrá más que yo!... ¡Oh, conozco bien las ideas de esos perros!...

Emilio se inclinó:

– ¿Qué diría usted, en efecto, si un día la masa llegara a poseer, no una instrucción sobrecargada de inutilidades literarias, filosóficas y hasta científicas, tal como la que se da en la actualidad en los colegios e institutos de enseñanza superior, sino un saber sólido, práctico, profundo sin ser hueco, extenso sin hallarse desparramado? ¿Qué diría usted si una mañana veinticinco mil ingenieros se presentaran a su llamamiento y solamente cincuenta obreros?

El general se encogió de hombros:

– En primer lugar eso es un disparate; eso es imposible...

Queynel gritó con violencia:

– ¡Aquel día sería el último de la sociedad!... ¡Bastante hemos descendido ya con esa casi-instrucción que, metiéndose por todas partes, convierte en semi-señoritos y vanidosos a unos animales que se creen siempre superiores a su situación!... ¡a envidiosos, parlanchines y fomentadores de huelgas absurdas!...

El doctor Peloux, que escuchaba acariciando su bien cuidada barba, se dirigió a Emilio con la condescendencia debida al favorito de Ruth, mezclada con la curiosidad que inspira al sabio el estudio de algún antropoide:

– ¿Qué solución daría usted mismo a la situación económica que acaba de suponer?

– Si, precisó aun más Debruyere; porque al fin la multitud es ya harto considerable para ocupar las situaciones preferentes, la batalla es encarnizada... ¿qué haría usted cuando todo el mundo, admitamos por un instante que eso sea posible, sea apto para llenar funciones cuyo número no pueda ser aumentado?... ¿Cómo emplearía usted esos veinticinco mil ingenieros?... toda vez que no habrá jamás necesidad sino de un número restringido de hombres instruidos... ¿Por quién y por qué reemplazará usted el trabajo obrero abandonado y sin embargo necesario a la existencia de la sociedad?...

– ¡Por máquinas! se anticipó a responder irónicamente Queynel. Esos imbéciles no comprenden que cualquiera que sea el progreso realizado en la industria, habrá siempre cerca de la máquina una labor penosa y desagradable.

Emilio fijó sus ojos en el patrón.

– ¡Permítame usted!, hay cierta cantidad de mejoras que podrían adoptarse desde ahora, pero que se rechazan con indiferencia porque aumentarían los gastos sin más objeto que dulcificar el trabajo del obrero. En cuanto se llegue a hacer la ocupación manual menos duradera todos los puntos de vista; en que los jornales aumenten y los sueldos de los otros empleados disminuyan, se producirá una unificación moral y material. Entonces, el trabajo manual, aceptable para el hombre, dejará de ser considerado como una vergüenza y como una pesadilla horrible... se le escogerá de preferencia al trabajo intelectual según las aptitudes personales y no según las leyes de la casta en que se haya nacido...

Queynel se levantó encogiéndose de hombros:

– ¡Es decir que veremos como nuestros hijos prefieren el oficio de basurero al de diplomático!

Emilio respondió con dulzura:

– El ejemplo de usted es excelente para demostrar una parte de mi afirmación, si se considera que esa profesión de que habla en último término, como otras análogas, está a punto de desaparecer, inutilizada por las innovaciones de los trabajos sanitarios...

Debruyere, cómodamente instalado en el diván, pidió a Queynel un cigarro igual al que el industrial encendía.

– Usted no olvida más que una cosa, joven; una cosa desgraciadamente capital. La situación es ya harto dura para el industrial, para el comerciante, para el patrón en general... quien, contra la concurrencia desenfrenada que reina, sólo puede sostenerse por la más estricta economía en la fabricación. Si no especulara; si aumentara sus gastos para mejorar la suerte de sus obreros; si les concediera mayor jornal, menos horas de trabajo, etc.; si, en una palabra, se trata de satisfacer las condiciones de su ideal, quebraría en un santiamén.

– ¡Mejor! repuso Emilio interrumpiendo. Tres industriales, o por mejor decir tres establecimientos harán sus negocios fácilmente y con lealtad en una región donde quince se combaten y no subsisten sino arrancándose mutuamente los pedazos de la boca...

Queynel se plantó delante del joven, con el cigarro entre sus gruesos y rojos labios, cruzado de brazos.

– Y diga usted, si no hay concurrencia entre los fabricantes, ¿quién se resentirá de ello, sino los consumidores, entre ellos ustedes los obreros en primer término?... La concurrencia sostiene el precio bajo de los artículos... Si yo fuera el único fabricante de cerveza en la región, aseguro a usted que aumentaría mis precios de venta en un ciento por ciento; y a menos que mis clientes se conformaran con beber agua, pasarían por mi voluntad...

Emilio le miró fijamente, y le dijo:

– Habría leyes...

Queynel le interrumpió con una carcajada sarcástica.

– Si, se fijaría un precio legal, ¿no es eso?

– ¿Por qué no? repuso Emilio. ¡Bien existe una tarifa mínima para el pan! ¿Por qué no reglamentar otros artículos de necesidad? ¿Qué tahonero se rebela hoy contra la ley actual?... ¿Quién piensa en que sea extraordinaria?... ¿Quién pretende que la ley se interponga arbitrariamente entre la avaricia de unos y la necesidad de los otros?... ¡Ya que la humanidad y el buen sentido están ausentes de ciertos cerebros, a la masa corresponde imponer el respeto de los intereses de la generalidad!

Queynel se dejó caer sobre el diván, y dijo dirigiéndose a Ruth, que permanecía silenciosa y fumando sin hacer caso de la conversación:

– ¡Estos socialistas son estupendos!... El monarca más despótico sería incapaz de imponer a sus vasallos la sombra de su ideal de libertad.

Debruyere continuó la conversación con Emilio.

– Usted desea la desaparición de las tres cuartas partes de los establecimientos industriales; pero ¿piensa usted en la masa obrera privada entonces de todo medio de existencia? Actualmente hay muchos millones de hombres que viven sufriendo privaciones, convenido; pero al día siguiente de la revolución económica que usted desea producir...

Emilio bajó sombrío la cabeza...

– ¡Qué mueran!... ¡qué importa!... ¡Se sacrificará una o dos generaciones para el bienestar de las otras!...

El magistrado sonrió:

– ¡Caramba, qué deprisa camina usted!...

Y respondió además con un signo de divertida indulgencia al encogimiento de hombros que hizo Queynel, que se entretenía en hojear un album de acuarelas.

Emilio continuó:

– La muerte no asusta a los pobres; porque nuestra vida no es más que una agonía más o menos triste.

Y aguijoneado por la irónica sonrisa que el magistrado jorobado no trataba de disimular, añadió:

– A usted le parece absurdo que nosotros admitamos la desaparición de muchos de nosotros para asegurar la paz a los sobrevivientes y a su descendencia, y, sin embargo, usted y cuantos como usted piensan encuentran naturalísimo el sacrificio diario de tantas víctimas del trabajo; muerte obscura, silenciosa, pero horriblemente multiplicada, de hombres, mujeres y niños a quienes arrebató la muerte por el sufrimiento, el hambre o la enfermedad propia del oficio a que se les sujeta... de todos aquellos que perecen sobre la tierra y bajo la tierra, porque ¿quién piensa en economizar la vida del pobre diablo? ¿No se encuentran admirables y gloriosas esas hecatombes guerreras de muchachos escogidos entre los más sanos y fuertes?... ¡matanzas estúpidas y criminales fomentadas única y exclusivamente para sostener los intereses de unos pocos individuos!...

– ¡Alto aquí! interrumpió el general Viault. ¡No toque usted asuntos que es incapaz de comprender, joven!

Emilio se estremeció y se volvió:

– Ruego a usted que no vea ninguna ofensa personal en mis palabras, dijo cortésmente y con firmeza. Sin embargo, hágase cargo de que nosotros tenemos motivos para odiar el militarismo y el espíritu de lucha establecido entre las naciones, que es causa principal de nuestra servidumbre. Es indudable que la clase privilegiada tiene necesidad de esclavos para encadenarlos en sus presidios del trabajo, pero sobre todo necesita carne de cañón. «Multiplíquense en la miseria y en la angustia, nos mandan nuestros amos, para que podamos disponer de muchos soldados, de muchas vidas, que sacrificar tranquilamente a nuestras ambiciones y a nuestras vanidades...»

En pie, y con un ademán imperioso de su largo y flaco brazo, el general impuso de nuevo el silencio:

– ¡Calle usted! Sin la guerra, la última chispa que queda de nuestro antiguo carácter caballeresco, generoso y bravo, se extinguiría. ¡En los días de peligro, de deber y de terror, el alma del hombre se engrandece, se desprende de mezquindades, sacude los egoísmos, los mercantilismos y las villanías de la existencia habitual!... ¡Los que no han visto llover la metralla y correr la sangre a torrentes; los que no han visto jamás un campo de batalla a la hora de comenzar el combate, en su momento culminante y el en que la rabia se apacigua; los que no han oído silbar la primera bala y no han visto amontonar los cadáveres; los que no han sentido

el silencio que sigue al tumulto; la hora aquella en que empiezan a oírse los ayes de los heridos y los estertores de los moribundos.. esos no saben, no sabrán jamás, lo que puede brotar de admirable, de divino en el hombre, quien quiera que sea; porque la guerra tiene eso de sublime, que crea en el primero que se presenta, plebeyo o noble, valiente o poltrón, corazón seco o afeminado, el héroe, el mártir, el santo!... ¡Dichosas las naciones que han conocido la guerra, porque llevan inoculados los sentimientos grandiosos!... ¡Si, la guerra es como una vacuna magnífica contra los contagios que se ceban en los países pacíficos... vacuna que sana por algunos años, pero que es preciso renovar de vez en cuando para arrojar los virus que disimuladamente vuelven a infectar la organización.

Los ojos de Emilio chispeaban.

– ¡Jamás he visto guerra ni campo de batalla alguno, y sin embargo, he encontrado mil veces el heroísmo, la adhesión sin límites, la bondad! Al héroe guerrero, que se lanza contra su semejante, embriagado, loco de monomanía mortífera, prefiero el obrero resuelto que estoicamente desciende a la mima hundida, arriesgando cien veces su vida por salvar la problemática de compañeros enterrados... Al sacrificio del que recoge y cuida heridos, por sentir sus nervios de humano fácilmente conmovidos por ele espectáculo de las carnes desgarradas, de la sangre que fluye de la herida, opongo el sencillo ademán de la madre o de la hermana mayor que da a cada niño el diario pedazo de pan que reclama su estómago vacío... ¡Oh! ¡si usted cree que las angustias y los sacrificios solamente se desarrollan en las batallas, es que no ha visitado las cabañas, ni las buhardillas! ¡no ha estudiado jamás los rostros pálidos, las llagas morales y materiales con las cuales el pobre marcha por la senda de la vida a través de todos los obstáculos, atenaceado por todos los dolores, por todas las privaciones, por todos los terrores!

El doctor Pelloux interrumpió protestando:

– ¡No exageremos!... La miseria existe, indudablemente; pero a su lado está la caridad... Una caridad inmensa, infatigable y que alivia muchas desgracias. ¡No hay que olvidarlo!

Emilio movió negativamente la cabeza. Conocía de sobra las numerosas sociedades filantrópicas a que el doctor había dado su nombre, persiguiendo su objeto con una perseverancia seguida de éxito; primeramente caballero de la Legión de honor, después oficial, más tarde médico director del hospital, estando además hacía dos años al frente del servicio de la Asistencia pública del departamento; diputado provincial, aspiraba, seguro de conseguir su propósito, a la plaza del senador Theurier, cuya edad avanzada le obligaría pronto a retirarse.

– ¡Nosotros rechazamos la caridad! respondió enérgicamente el joven. La limosna es degradante y esclavizante... ¿Con qué derecho distribuyen con parsimonia y torpeza recursos que son tan nuestros como suyos?... ¡Sus caridades vanidosas van a los mendigos, a los holgazanes y a los aduladores! ¡Lo que necesitamos es la ayuda obligatoria de la sociedad; la posibilidad de que el obrero se gane la vida, de que la mujer sea madre, de que el niño se críe y se eduque bien, de que el anciano acabe sus días en paz... pero eso lo queremos como un derecho igual para todos y no como una condescendencia insultante del capricho de los ricos!...

– Mientras eso llega, dijo el doctor sonriendo, se contentan tendiendo la mano para pedir...

Emilio iba a replicar indignado, pero se le anticipó Queynel con vehemencia.

– En definitiva, ¿qué significa todo eso en lenguaje castizo? Quieren ocupar nuestro puesto, ¿no es verdad? Les comprendo y les justifico, y si yo fuera obrero haría más que ustedes... Pero lo malo es que la plaza está ocupada, que tenemos empeño en conservarla y que no la cederemos.

Emilio protestó:

– Queremos igualar las situaciones, destruir los privilegios y no reservármolos.

Queynel hizo un gesto enérgico.

– ¡Eso no es verdad, y además es imposible!... El mundo está fundado sobre la necesidad del fuerte y del débil, del explotador y del explotado... ¡No pueden suprimir ni la miseria ni el sufrimiento, porque es el aguijón de trabajo, el manantial de energía de un país!... ¡En cuanto el bienestar general aparece en una comarca, su producción y su vitalidad disminuyen! ¡Hacen falta pobres y ricos!... Y, usted debe saberlo, como lo saben todos esos que, disfrazando su deseo con palabras nobles y desinteresadas, no aspiran en el fondo más que a reemplazarnos, para explotar a su vez a los que no hayan sido bastante listos para apoderarse de nuestros despojos. ¡Les inspira la envidia y el odio! ¡Desean el poder, no para derramar felicidad en derredor suyo, como fingen en sus programas, sino para monopolizarlo! Admitamos que nos vencieran, suposición que me deja bien tranquilo por su inadmisibilidad; las iniquidades, las injusticias de que se quejan ahora a gritos continuarían más frecuentes, más duras y sin interrupción, sino que en vez de Juan sería Pedro quien oprimiría la multitud de los haraposos... ¡Siempre habrá una minoría que atraiga los goces, que engañe y domine al conjunto de los tontos, por ser más astuta, porque sabrá dirigirse mejor a sus preocupaciones y a su credulidad!... Ustedes, los alborotadores, son un grupo ruidoso, sí, pero insignificante. ¿Creen asustarnos?... ¡Si no nos importan un comino! ¡Si les dejamos chillar, es por indiferencia, y tengan por seguro que en cuanto llegaran a inspirarnos algún cuidado, nuestra mano no tardaría en levantarse para aplastarlos!...

Emilio se puso muy pálido. Sus ojos buscaron los de Ruth, y dijo suplicante:

– ¡Defiéndanos usted, que ve el error y el equívoco que existe!... ¡Defiéndanos, usted que sabe cuánto sufrimos y cuáles son nuestras verdaderas aspiraciones... Usted, que creo de los nuestros!...

Pero Ruth levantó sus ojos con mirada voluptuosa y cansada.

– No se engañen, dijo fríamente, burgueses y gentes del pueblo, me son igualmente indiferentes... A los unos y a los otros les mueven pasiones pueriles y bajas, defectos, imperfecciones idénticas... idéntica ineptitud para obtener un progreso real para el bien de la humanidad. ¿Cómo quieren que tome partido por una solución cualquiera, cuando estoy persuadida de que ninguna es la buena... Toda sociedad, toda reunión de hombres, todo contacto del ser con el ser conduce al sufrimiento, al odio, al crimen... ¿Qué me importa que una clase absorba a otra? Cuando dos fieras luchan, o se huye o se contempla la lucha por curiosidad, según los casos el temperamento...

Emilio se acercó ansioso a la joven, poseído de gran emoción, pareciéndole que el suelo se hundía bajo sus pies.

– ¿Piensa usted realmente lo que acaba de decir? balbuceó.

Ruth hizo oír su risa armoniosa; le tomó por la muñeca con fuerza hasta el punto de hacerle sentir dolorosamente la presión de sus dedos, y murmuró de un modo sólo perceptible para él:

– No pidas nunca su opinión a una mujer; conténtate con tomar sus labios mientras quiera abandonártelos...

Se desprendió de aquella opresión y retrocedió, yendo a caer, mudo, absorto a un rincón del diván, desentendiéndose de la conversación, que continuó entre la artista y sus visitantes, aunque siguiendo un curso muy distinto.

La llegada de un nuevo visitante y el anuncio de la comida sacaron al joven de su estado, y levantándose torpemente, murmuró algunas palabras de despedida, pero Ruth le retuvo con amabilidad, diciéndole:

– No se vaya usted... Quédese a comer con nosotros.

El corazón del obrero se conmovió profundamente ante aquella invitación, que le hizo la artista como si se tratara de un individuo de su clase, quedándose poseído de inmensa gratitud.

Sin embargo, en la mesa, sin comer apenas y sin hablar, estudiaba primero con inquietud y luego perdidamente celoso, el carácter del convidado que llegó últimamente. José Escardés, ese era su nombre, era un pintor de Tolosa, que afectaba el tipo español; de carácter enigmático; de bellas facciones; de ojos negros, mimosos y fugaces; de tez ambarina y epidermis de mujer meridional; de fino talle y gestos felinos. Sentado cerca de la dueña de la casa, se aislaba con ella del resto de la mesa, hablando sin tregua y mostrando con su risa frecuente unos dientecillos nacarados entre sus labios de púrpura que sombreaba un bigote sedoso y oscuro con reflejos dorados.

A una observación de uno de los comensales respondió el joven pintor con estas palabras que se grabaron en Emilio como si fueran trazadas en su carne con un hierro candente:

– ¡Oh, sí! ¡Ya hace tiempo que nos conocemos Ruth y yo!...

Y el tono con que fueron pronunciadas, la mirada que dirigió a la joven, la unión prolongada de sus ojos, la especie de atracción de sus carnes que les hacía acercarse más, frotarse con ademanes flexibles y voluptuosos, los declaraba como antiguos amantes que la casualidad o su voluntad acababa de reunir...

Entonces se reveló a Emilio la futilidad y la fragilidad de sus amores con Ruth Etcheveeren; comprendió que para ella nada valía, y que, aunque loco de amor por ella, la desconocía por completo, ignorando sus sentimientos, su historia, todo... ¡profunda oscuridad!... ¡Se habían enlazado sus brazos, unidos sus labios... nada!

Apenas terminada la comida se acercó a saludar a Ruth.

– ¿Se va usted ya? dijo la joven con indiferencia.

Emilio se inclinó, volvió rápidamente la cabeza, soltó la mano que le había tendido y huyó precipitadamente.

Ya en la calle desierta, sombría y silenciosa, después de cerrarse tras de sí la puerta, se arrimó a la pared y lloró desconsoladamente.

Hasta las dos de la madrugada no entró furtivamente en su casa, calle de la Verrerie, después de haber vagado largas horas de la noche a la orilla del Sena, recorrió los muelles solitarios y parte de la carretera que atraviesa la triste llanura de Bapaume. Solo, abandonado bajo un cielo lleno de tinieblas, había vanamente gemido y exhalado quejas que nadie podía atender...

Al día siguiente, destrozado, vencido, el desgraciado volvía cobardemente a llamar a la puerta cerrada, de donde era arrojado por la respuesta que durante ocho días le hacía invariablemente Laurencia, la criada: «La señora trabaja; no recibe hoy».

El domingo siguiente llegó, con las facciones desencajadas, las piernas temblorosas y la cabeza ardiendo, resuelto a cometer una locura. Sin esperar la respuesta de la fórmula a su pregunta habitual, rechazó a la muchacha y penetró en la casa.

– ¡Quiero verla! profirió con voz estrangulada, dirigiéndose directamente al taller.

Laurencia le siguió.

– Es inútil, la señora está fuera...

Se detuvo.

– ¡Fuera de Ruan!

– Sí, señor.

– Miente usted.

La muchacha se encogió de hombros.

– ¿No?... ¡registre usted la casa, si quiere!

Emilio avanzó, examinó el taller vacío con una mirada; después subió la escalera y entró en la alcoba, donde había sido recibido dos veces. Aunque lujosa, aquella habitación tenía ya el aire frío de los lugares deshabitados: los bibelots estaban guardados; grandes telas cubrían la cama y los muebles principales, y las persianas cerradas apenas permitían el paso de una luz tenue como para hacer visible la tristeza. El joven retrocedió aún más enloquecido por el conocido perfume de ámbar y sándalo que despedía aquella pieza íntima, el tocador y el gabinete inmediato.

Abajo apenas dirigió una mirada a las otras habitaciones. Se sentó en una banqueta de la antecámara, mostrando una frente surcada de arrugas que envejecían repentinamente aquel rostro de joven.

– ¿Dónde está? preguntó haciendo un esfuerzo a Laurencia, que le había acompañado en silencio, movida de secreta compasión.

– No debo decirlo, respondió con tono vacilante.

Las manos de Emilio se juntaron convulsivamente en ademán de súplica, sin pronunciar una palabra; pero la súplica era tan ardiente, que la reserva de la sirvienta se desplomó.

– No creo hacer ningún mal... La señora está en París en este momento, donde estará unos quince días; después irá a Italia.

Emilio interrogó con voz entrecortada:

– ¿Cuándo volverá?

– ¡Quién sabe! ¡Tal vez al terminar el invierno próximo!

– ¿No ha dicho nada para mí? ¿No ha dejado alguna carta?...

La criada movió negativamente la cabeza.

– ¡Pobre joven! dijo con dulzura familiar; ¡qué mal haría usted en obstinarse con ella!... ¡Sus arranques son así; cuando se acaba, queda todo bien acabado!...

El joven se estremeció.

– ¡Acabado! repitió sordamente.

Después tuvo un brusco recuerdo:

– El domingo pasado dijo que asistiría a una ceremonia... un matrimonio.

Laurencia se inclinó en señal de asentimiento.

– En efecto, la señora volverá pronto para asistir al matrimonio del señor Queynel con la hija del general Viault... pero estará poco tiempo; llegará la víspera por la noche y partirá inmediatamente después de la ceremonia.

Emilio se levantó, sus ojos interrogaron profundamente a la sirvienta.

– Dígame usted, dijo con voz grave y profundamente desconsolada; ¿ha ido con aquel hombre?...

La muchacha vaciló; después, pensando que la mentira sería inútil, respondió:

– Sí.

Por un momento quedó inmóvil, sin el menor movimiento de sus músculos ni expresión alguna de su rostro. Por último se dirigió hacia la puerta.

– ¡Gracias! murmuró.

Y se fue lentamente, sin volver la cabeza, con la fisonomía impenetrable... con gran parte de su vida, de su ser paralizado, muertos para siempre.

## SEGUNDA PARTE

### CAPÍTULO I

Las voces de Emilio y de Paul Hem subían en la soledad de la noche excepcionalmente suave y pura de aquel fin de invierno, que tocaba ya al nacimiento de la primavera.

Los dos amigos debían separarse al día siguiente, tal vez para siempre, y no podían arrancarse a su conversación que, por primera vez entre ellos, dejaba aparte los asuntos generales y se hacía íntima.

Habían salido de la ciudad, seguido el camino que conduce a la altura de Bon-Secours, y se habían sentado en unas rocas cubiertas de musgo corto y espeso como una alfombra. Desde allí dominaban por completo la ciudad dormida; el terreno descendía rápidamente ante ellos y después se cortaba perpendicularmente en la roca calcárea que encauzaba el Sena que corría al pie de la colina a unos sesenta metros más abajo.

El cielo estaba sombrío; pesadas nubes velaban las estrellas; el más absoluto silencio dominaba en Ruán, extendida allá abajo con la silueta de sus casas y de sus monumentos y el dibujo de llama de su alumbrado que recorría sus muelles, sus boulevards y sus calles. Un gran cuadro de sombra, perfilado regularmente por lucecillas, revelaba la plaza del Hotel de Ville; los muelles y las grandes avenidas se alineaban simétricamente, pero fuera de allí la confusión de luces denotaban el laberinto de calles y callejuelas antiguas. De las ventanas de muchas casas se desprendía también tenues resplandores, como almas mudas de aquellos hogares discordes, amontonados unos al lado de los otros; pero tan extranjeros y diferentes entre sí en la vida, como cada una de aquellas luces con las tinieblas que las rodeaban.

– ¡Oh! ¡yo la amaba, la amaba de veras! repetía la voz temblorosa de Emilio, que desde hacía una hora no se hartaba de hablar de Ruth. ¿Por qué, si no me amaba, ha venido a buscarme?

– Esa mujer sentía curiosidad de usted y de su clase, dijo Paul Hem, soltando la frase con lentitud. Tenía el capricho de experimentar las nuevas sensaciones que suponía le aportaría usted...

– Sí, lo comprendo, lo sé; pero eso hace que su abandono me desgare el corazón y sea como el derrumbamiento de la fe y de la esperanza que me hacía aceptar la vida. Cerca de ella, por ella, he aprendido a conocer las ideas, los verdaderos sentimientos de esta clase a la que tenía yo la locura de creer accesible a nuestras quejas... ¡Por ella sé hoy que es perder el tiempo... que no hay nada que intentar cerca de ellos... nada que esperar de ellos... ni piedad, ni justicia!...

Después de una breve pausa, añadió con vehemencia y con dolor crecientes:

– ¡Sí queremos sacudir nuestra esclavitud, se ha de luchar, se ha de presentar batalla y se ha de vencer!... La victoria será del mejor orientado, del más consciente, del más apasionado, del más perfectamente saturado del positivo ideal humano. Y, sin embargo, esos que nos desprecian y que nos rechazan, nos desconocen; ¡yo no los odio!... ¡siempre me ha horrorizado la guerra!... ¡me asusta la sangre!...

– ¡Sangre!... ¡sangre!... ¡que correrá mañana... por mi voluntad... por mis manos!...

Paul Hem apoyó su mano en el brazo del joven.

– Emilio, le dijo; aun es tiempo de renunciar a ese proyecto.

Este, como tocado en su fibra más sensible, se levantó estremeciéndose.

– ¡No! dijo sordamente; no crea usted que vacilo... cumpliré lo convenido... lo que me he propuesto... Moriré de desesperación por mí acto, si por casualidad escapo a la mano del verdugo; pero soy fiel a mi tarea... ¡Puesto que mi palabra es inútil, mi brazo contribuirá a la liberación de mis hermanos que sufren!

Su voz se extinguió, su cabeza se inclinó sobre su pecho; siguió un profundo silencio. Abajo, en la llanura, la ciudad dormida; las luces permanecían fijas, inmóviles en su aislamiento. Arriba, en el firmamento, la movilidad de las nubes permitía ver las estrellas.

Paul Hem turbó al fin aquella paz angustiosa con su voz triste, reveladora de una desesperación suprema.

– Hace ya mucho tiempo, dijo, que he perdido la esperanza de que una sociedad tan sólidamente establecida sobre el egoísmo y la injusticia, como lo está esta en que vivimos, se transformara sin sacudirse, sin espantosas convulsiones... No espero que el hombre dichoso tienda fraternal y sinceramente la mano al desgraciado...

Emilio le irrumpió:

– ¡Sin embargo usted!... ¡Usted ha nacido en la clase privilegiada; ha sido educado entre burgueses, por ellos mismos, y, a pesar de ello, con el alma conmovida, ha venido usted a nosotros!...

Paul Hem movió la cabeza.

– Más bien he sido arrojado por ellos... el odio que me inspiraban me ha conducido a su lado antes que la piedad, que después me ha hecho permanecer en él.

Y de sus labios, casi involuntariamente, salió la narración de su vida. En el gran silencio del lugar y de la oscuridad de la noche estallaron sus sufrimientos y brillaron sus rencores.

– Tenía veinte años cuando perdí a mi padre; médico rural, corazón sublime, inteligencia de primer orden; me educó solo, poniendo en mí la suma de las esperanzas que no había podido realizar por sí mismo... Feo, pobre, tímido, desgraciado en la vida pública y en la privada, había hecho el sacrificio de su existencia, trabajando, reuniendo tesoros de ciencia para mí, guardando cuidadosamente ocultos descubrimientos de que únicamente yo debía aprovecharme un día... ¡Yo que era hermoso, a quien quería verme atrevido y a quien exceptuaba por su labor incesante de los cuidados diarios!... Era una de esas almas admirables que, sin debilidad, se inclinan sonrientes, resignadas, bajo todas las contrariedades, excusando al destino y prefiriendo acusarse a sí mismas. Mi madre le abandonó poco después de mi nacimiento, y murió deshonrándole según la opinión vulgar... No obstante, él hablaba con indulgencia de la falta de su mujer, diciendo que no era extraño que su fealdad, su torpeza en asuntos de galantería como hombre de ciencia hubieran desagradado a la mujer joven y bonita, y hasta le hubieran irritado contra él... Le agradaba la pobreza en que vivía, y eran como sagrados para él los sacrificios materiales y morales que por mí se imponían... Su bondad, su espíritu de sacrificio para todos los que a él se dirigían eran inagotables, y se reía de buena gana cuando aquellos a quienes había librado de la muerte le gratificaban con una ingratitud o con alguna traición... «¿Qué importa eso mientras tenga la seguridad de haber obrado bien!» repetía satisfecho. A través de su alma, en sus ojos, en su palabra, he creído en una humanidad magnífica... a lo menos en la existencia de una selección colectiva elevada sobre las concupiscencias, las bajezas y las sandeces del gran número...

Cuando me lo arrebató una larga enfermedad del corazón, ya era yo un hombre por la amplitud de los pensamientos que en mí había desarrollado, por la ciencia que casi sin darme cuenta de ello había inculcado en mi cerebro... pero también era un niño por mi inexperiencia, terriblemente niño, porque creía en la bondad, en la honradez y en la sinceridad de muchos si no de todos. Llegué a París, menos impaciente de alcanzar el título de doctor que había de coronar las admirables lecciones de mi padre, que para cumplir un voto entusiasta; hacer que resplandeciera el nombre de aquel sabio que quiso permanecer oscuro para adornarme con sus

gloriosos descubrimientos. Traía el considerable bagaje de las notas de mi padre, el resumen de su vida de estudio y de sabiduría, aquella obra que, entregada al público, debía de consagrar para siempre su memoria, erigiéndole una estatua como a Bichat, Dupuytren o Pasteur, y esa obra fui a presentarla a uno de mis maestros, cirujano célebre a la sazón, que por la naturaleza de sus trabajos me pareció que se interesaría particularmente por la obra de mi padre. Le pedí consejos, la ayuda de su capacidad, de su nombre, cándidamente seguro de su apoyo. Me recibió cordialmente, pareció apasionarse, como lo esperaba, por el inmenso esfuerzo científico que acababa de depositar en sus manos... Me colmó de manifestaciones de adhesión, me engañó con promesas, me abrumó con consejos contradictorios, hizo pasar tiempo... Pasaron meses de inacción y de silencio que me impacientaron sin quebrantar aún mi confianza en aquel hombre, hasta que, en plena seguridad, me hirió la luz de un relámpago... ¡Me convencí de que mi protector era un traidor, un ladrón!... ¡Se apropiaba los manuscritos que le había confiado!... ¡Entraba a saco en el alma, el genio y los descubrimientos de mi padre... le usurpaba su gloria!...

Corrí a su casa, no fui recibido; le escribí, quede sin respuesta, traté de hablarle fuera, me alejé; le insulté, me trató de impostor, de loco y me envolvió en un proceso; traté de penetrar en las revistas y en casa de los editores en que el crimen se perpetraba, donde poco a poco se desgranaba la labor de mi padre, bajo el nombre de otro, sirviendo para glorificar a un miserable... Se me encogieron de hombros, se burlaron de un muchacho que acusaba a un príncipe de la ciencia en nombre del genio de un desconocido; se acabó por arrojármese a la puerta y amenazarme. Traté entonces de apoyarme en la justicia; se me trató como sospechoso, se me explotó miserablemente y me desanimaron con lentitudes y diligencias inútiles. Llegado a tal punto, con los papeles que me quedaban, con mis recuerdos y con mis propios estudios traté de reconstruir la obra de mi padre, oponiendo aquel conjunto compacto y magnífico a los fragmentos prudentemente diseminados entregados al público por el ladrón... A punto de terminar el trabajo, merced a una labor insensata, le llevé a las casas y a las publicaciones que habían recibido con admiración las comunicaciones del falsario; en todas partes fui rechazado, sin que mi manuscrito fuera hojeado. Harto de esa lucha, privándome de lo necesario, edité los volúmenes a mis expensas, y los lance al viento que se los llevó sin provecho. Los años habían pasado entre los disgustos, las fiebres y los descaecimientos, y recordé que entre tanto había seguido mi camino; era doctor, era hombre y amaba. En París fui acogido cordialmente en la familia de un primo lejano de mi padre; allí encontré un refugio para mis penas, se me escuchaba con interés... Me enamoré de una de las hijas de la casa... creí ser correspondido, y aquel amor me preservaba de la desesperación en la lucha que había emprendido contra la sociedad de los hombres. Aquello terminó con un desengaño cruel: mi novia encontró la posibilidad de hacer un rico matrimonio, y me abandonó, coincidiendo aquella infamia con el instante en que se desvanecían por completo las esperanzas de reconstituir la gloria de mi padre... en que un desprecio de la opinión pública de los hombres capaces de cumplir y de acatar el crimen de que me lamentaba produjo en mí la indignación y la rebeldía. Aquella decepción suprema... aquella tremenda herida de mi corazón, fue el hierro enrojecido que cicatrizó mis heridas, dejando una marca indeleble... Me instalé en un barrio pobre, ajeno ya a las luchas de la vanidad y de la venalidad, esperando encontrar un poco de felicidad en el socorro de las miserias que apenas había podido entrever, pero tuve que retroceder espantado ante la tarea imposible que había emprendido... ¡Qué puede un sacrificio ante el número infinito de los sufrimientos!...

Se calló durante algunos instantes, después continuó con voz más grave, como eco de dolores lejanos:

– Vivir constantemente ante el espectáculo de la pena, del tormento de miles de seres... presenciar el desfile de infinitos espectros de la miseria; renovarse sin cesar los soldados de ese ejército de la desolación; sentirse inútil, rueda ínfima, mil veces impotente... ¡Hé ahí la vida que había escogido!... ¡Entonces se arraigaron en mí la cólera y la rebeldía, no ya hacia

algunos y por una causa personal y mezquina, sino hacia la masa de los que oprimen... hacia la multitud de los crímenes sociales que se perpetran durante el día, durante la noche, a cada instante, sin tregua ni reposo!... Mi horror y mi odio alcanzaron el máximo... después se borraron, pero a la manera que se habían borrado mis penas anteriores y mi amor burlado, dejando mi ser modificado y transformado... Quedaron subsistentes en mí la resolución, la necesidad de apresurar con todas las fuerzas que estaban en mi poder el momento de la justicia; el amor y la compasión reinarían sobre la tierra... ¡Y esto por la violencia, la brutalidad y los crímenes, a fin de que esta violencia, esta brutalidad y estos crímenes conturben, asusten y aterricen a los amos, y los hagan retroceder espantados, fijando al fin su atención en aquellos a quienes por tanto tiempo han despreciado!... ¡Oh!, me inspira horror la sangre... pero he visto gotear demasiado los cuerpos de los martirizados para que me impresionen ya las olas que han de correr como sangría saludable para la curación del cuerpo social.

Se levantó bruscamente; su elevada estatura se dibujó en negro opaco sobre aquella oscuridad sin fondo, y, dirigiéndose directamente a Emilio, tuteándole por primera vez, le dijo con voz a que la fiebre prestaba extraña entonación:

– ¿Me comprendes ahora?

Emilio tembló e inclinó su cabeza con un gemido; el otro continuó con aspereza crujiente:

– ¿Comprendes mi misión en la sublime y siniestra tragedia que actualmente se desarrolla en el mundo? Sin buscarlos, como si los atrajera un imán, vienen a mí los desesperados. ¡A mi lado se amontonan sus resentimientos, crece su odio, se precisa su deseo y por último su mano se levanta!...

Y tirándose al suelo cerca de Emilio, asombrado, palpitante, profirió con voz apagada:

– ¡De París, de mi gabinete oscuro e ignorado han salido Souvaire y tantas otras manos mortíferas... tantos cerebros febriles que iban a comunicar su mal a otros desesperados... a aumentar la masa de los seres dispuestos a morir, indiferentes por la vida, que habían dedicado sus días al acto de apariencia imbécil, verdaderamente criminal, pero regenerador! Considerado como sospechoso, inquieto, fui a Londres, donde a mi contacto nacieron nuevos delirios. Vine luego a Lille y después aquí, mañana parto para Lyon; quien sabe dónde iré más tarde, hasta que mi personalidad ignorada y formidable aparezca iluminada por alguna casualidad y caiga a su vez mi cabeza...

De repente, en el silencio que cubrió las últimas palabras de Paul Hem, resonó hacia la ciudad el timbre argentino de una campana que esparcía en el espacio las irónicas notas de un antiguo aire de Lulli...

En las tinieblas se evocaron siluetas olvidadas de un pasado egoísta, ligero, indolente... Al compás de aquella música de minué se creía ver figurillas vestidas de satín y lentejuelas, que danzaban amaneradas, inclinando con gravedad cómica sus cabezas empolvadas y empenachadas... Luego la música se hacía más lenta y menos sonora, se desvanecía insensiblemente arrastrando consigo la visión encantadora... el fantasma de los pasados siglos. Entonces la voz grave y monótona del reloj dio doce golpes lentos y vibrantes, marcando la era trágica de los tiempos nuevos.

Apenas restablecida la calma, todos los demás relojes de la ciudad repitieron la hora de media noche en un tumulto creciente... Durante algunos minutos se estremeció el aire bajo la resonancia del bronce desencadenado, semejando la cólera popular.

Poco después se levantó Paul Hem dirigiendo su brazo tendido hacia un punto del horizonte.

– ¡Mira!...

Emilio se levantó precipitadamente, mirando con ansiedad hacia el punto que le designaba su compañero, lo que habían venido a esperar sobre aquella colina que dominaba la ciudad.

Allá abajo habían desaparecido las lucecillas de las casas, y el conjunto de las calles se destacaba con mayor precisión en corto número de reverberos que no aclaraban las tinieblas.

– ¡Oh! ¡ya veo! murmuró con la voz sofocada por la emoción.

Se distinguía aún poca cosa... una simple columna de humo que subía silenciosa sobre la masa oscura de los docks centrales... de esos inmensos almacenes situados en la orilla izquierda del Sena, donde se amontonaban grandes riquezas.

El humo desaparecía a veces en la noche, después se distinguía de nuevo cuando una ráfaga le conducía ante la claridad de una fila de reverberos, luego crecía como aprovechándose del sueño y de la paz de la ciudad.

Paul, con los ojos ávidamente fijos en aquel sitio lejano, extendió nuevamente el brazo, y con la otra mano cogió la de Emilio estrechándola entre sus dedos crispados:

– ¡Mira, mira!

Un rayo de luz blanquecina parecía brotar del suelo, para extinguirse en seguida.

Pero antes de que Emilio pudiera responder, una espantosa detonación retumbó en el espacio, y un abanico de flamas irisadas de mil colores brotó de un techo hundido...

– ¡El alcohol! murmuró Paul anhelante con los dientes apretados.

En las calles negras se percibía vagamente una multitud de cuerpos humanos que corría hacia el siniestro hasta aquel observatorio llegaba un rumor confuso...

El incendio, que permanecía latente por espacio de una hora, estalló al fin, tomando instantáneamente proporciones gigantescas. A la columnita de humo, a las tímidas claridades, sucedieron negros torbellinos y explosiones de sol abrasador. De aquella hoguera se desprendía como un polvo rojo que iluminaba las inmediaciones, centelleaba en las vidrieras de las casas, extinguía la insignificante claridad de los reverberos, disipaba las negruras del Sena, iluminaba fantásticamente los barcos inmóviles en el puerto e inundaba el espacio con sus destellos amenazadores... Entre tanto, se destacaban a un lado y otro algunos edificios sombríos como siluetas cuadradas sobre la llanura deslumbradora, que no se mostraba ya en forma de lenguas intermitentes, sino como espantoso cortinaje de oro resplandeciente...

Mientras que los dos amigos rígidos, pasmados, contemplaban aquel espectáculo de horror, un ligero rumor cercano les hizo estremecer... Suave aroma de flores y una voz alegre y musical hirieron sus sentidos exacerbados. Gina y Alejandro Cetti, cariñosamente enlazados, se les unieron.

– ¡Qué bien arde! ¡da gusto verlo! dijo el hombre.

Paul Hem se aproximó con viveza.

– ¿Los ha visto alguien?

Alejandro dijo riendo:

– ¡No hay cuidado!... cuando pasamos delante del guardián, dormía tranquilamente el pobre hombre. Gina ocultaba el bote de petróleo bajo una brazada de flores. Saltamos la pared por medio de una escala que había yo ocultado no lejos de allí... Como la puerta del patio estaba sólidamente cerrada, la entrada de los almacenes ni siquiera estaba cerrada con llave... Untamos bien los toneles, pusimos la mecha y escapamos. Hace poco, cuando ha dado el estallido, estábamos aquí cerca, amorosamente entretenidos, sin acordarnos de semejante cosa.

Paul Hem se dirigió a Emilio:

– ¿Qué hacemos?

Un largo estremecimiento conmovió el cuerpo del joven obrero; levantó la cabeza, mostrando la palidez de su rostro a la claridad del incendio, y con una firmeza que hizo latir en su pecho el corazón del instigador, dijo:

– ¡Salud!

Y se alejó precipitadamente, dirigiéndose a su vez hacia el crimen.

## CAPÍTULO II

Había gran concurrencia aquella mañana en las inmediaciones de San Maclou, donde se celebraría el matrimonio de Julián Queynel, el rico cervecero ruanés, con la hija del general Viault.

En primer término se hallaban gran parte de los obreros de la fábrica Queynel, que festejando el día, si no por simpatía, a lo menos por curiosidad, acudían a presenciar la boda del patrón; después, mezclándose con ellos y dominando por el número llegaba el contingente que atrae siempre la curiosidad, el odio y la envidia al paso de los poderosos; la hez, la mala semilla, lo que flota y holgazanes, lo que yace en las últimas capas... lo que mendiga adulador y humilde cuando el burgués tiene la fuerza, lo que grita en los motines, saquea y asesina cuando los entusiastas que han desencadenado la tempestad se apartan espantados de las consecuencias de sus actos.

El día estaba triste: parecía que al dominar el terrible incendio de la noche anterior se hubieran extinguido todas las claridades.

Con motivo del acontecimiento de la víspera, obra de la malevolencia, nadie dudaba de ello, y de la efervescencia manifiesta existente en los medios obreros sobreexcitados por aquel acto, se creyó indispensable tomar militarmente la plaza, considerando que podía ser necesario proteger la entrada de Queynel y de ciertos invitados que formaban parte de la aristocracia industrial de Ruán, todos millonarios, todos odiados.

La escalinata que conduce a las tres de encina, maravillosamente trabajadas, de la vieja iglesia, estaba enteramente despejada, lo mismo que gran espacio anterior suficiente para los carruajes. Un cordón de soldados se oponía a la invasión de la multitud, que aumentaba constantemente, replegada a lo largo de las casas, obstruyendo las callejuelas inmediatas.

Como la marea baja no permitía la entrada de buques en el puerto, los *soles*, como se llamaba en la jerga popular a los lancheros que se dedican al embarque y desembarque, vinieron a aumentar el número de mendigos, desocupados, comadres, holgazanes e indiferentes; llegaban como lobos, por grupos de diez a quince años, sucios, con barbas y cabellos enmarañados, carnes grises de grasa, miembros flacos y contrahechos que se mostraban bajo los harapos que vestían, bocas desdentadas y con muecas ridículas, ojos ribeteados de rojo, tumefactos y vidriosos, y ademanes alcohólicos; algunos que habían ganado su jornal el día anterior, apestando a aguardiente, se regalaban con arenques y pan; otros, menos afortunados, roían mendrugos o lo que habían recogido en los basureros. La mayor parte se tambaleaban de hambre, de cansancio y de borrachera perpetua.

Su turbulencia no tardó en chocar contra el espacio libre: un grupo de municipales los rechazó brutalmente, y la acción fue seguida de gritos, injurias, blasfemias y amenazas, salidas de aquel confuso tropel al que se negaba toda consideración humana.

– ¡Eso está amenazador! dijo sonriendo un joven oficial de infantería que mandaba el piquete.

El comisario de policía, a quien se dirigía, movió la cabeza, y paseando su mirada en derredor, murmuró:

– Las medidas adoptadas son insuficientes.

El joven militar dijo mirándole con sorpresa:

– ¿Cree usted realmente que haya peligro?

El otro contestó con gesto evasivo:

– ¡Nunca está uno seguro con esos estúpidos!...

El policía dejó a su interlocutor, para dirigirse rápidamente hacia un punto donde se había formado un corrillo.

– ¡Les digo que quiero entrar! gritaba desesperadamente una mujer pobremente vestida.

– ¡Qué es eso? preguntó severamente el comisario.

– ¡Una señora convidada a la boda! dijo un bromista.

– ¡Déjenme pasar! repetía la mujer, procurando desprenderse de las manos de los agentes que la sujetaban. ¡Necesito entrar! ¡Tengo un hijo monaguillo y le traigo unos zapatos nuevos!

Una carcajada general acogió aquellas palabras, produciéndose a continuación un chubasco de bromas de todo género.

El comisario se encogió de hombros, y volviéndose dijo:

– ¡Déjenla pasar!

La soltaron entonces, y al verse libre avanzó algunos pasos para colmar a los agentes de injurias pueriles.

– ¡Cobardes!... ¡guindillas!... ¿Por qué me detienen? ¿No saben que la iglesia es de todos? ¿No han de entrar en ella más que las que visten satín o terciopelo?...

Un agente hizo ademán de echarle mano, diciendo:

– ¡Soy bruja! ¡Si la atrapo otra vez!...

La mujer desapareció rápidamente por una de las puertas de la iglesia.

Aquel incidente animó a la concurrencia, que empezó a cantar y a empujarse suavemente, cuidando de no traspasar los límites señalados por la tropa. Entre tanto los convidados se iban presentando: se nombraba a los hombres; se contemplaba los trajes deslumbradores de las mujeres; se celebraba la hermosura y se dirigían burlas acerbas a las feas. Las señoritas empenachadas, cubiertas de seda, de encajes, de lentejuelas y de pieles, verdaderas muñecas de lujo, provocaban admiración, ironía o indignación.

– ¡Monos sabios! dijo una voz colérica, ¡que llevan a rastra con qué alimentar durante un mes la familia de un honrado trabajador!...

El continuado ruido de los carruajes dominó el de la concurrencia. Los municipales se reunieron y abrieron paso en dirección de la calle por donde la comitiva aparecía. La multitud, rudamente rechazada, protestó, gritó; se cambiaron pisotones, trompazos e insultos; se oyeron gritos agudos de mujeres, cubiertos en seguida por carcajadas, relinchos de caballos y ruido de coches sobre el desigual empedrado de la calle estrecha y de la plazuela de la iglesia.

En el umbral de la puerta central, abierta de par en par, se hallaba el párroco, revestido de sus vestiduras sacerdotales y rodeado de su clero, esperando (silueta dorada y arcaica destacada sobre el fondo oscuro de la nave), mientras que la prometida, velada de blanco, del brazo de su padre, con uniforme de general de gala, subían la escalinata con estudiada lentitud. Seguía el cortejo, organizado apresuradamente entre la doble fila de soldados que defendían con mucho trabajo las gradas de la escalinata contra aquella multitud cada vez más indiscreta y vehemente.

En el interior del templo, los blandones del altar daban una luz amarillenta y oscilante en la semioscuridad del coro, mientras que detrás y todo alrededor, en un hemiciclo luminoso brillaba la admirable cristalería de los ventanales que hace de San Maclou una especie de extraña y preciosa linterna. Sobre el altar, a derecha e izquierda de las gradas y cubriendo toda la balaustrada del contorno, se hallaba una profusión de flores: rosas, claveles y lilas mezcladas con follaje. Sujeto con cordones que descendían de la bóveda, se extendía un velum de terciopelo rojo con cenefa y fleco de oro sobre unos majestuosos sillones destinados a los novios. El aire era pesado, sobrecargado del perfume de las flores y del olor del incienso de las anteriores ceremonias, que los soplos ardientes del calorífico extendían por el ambiente e impulsos irregulares.

– ¡Aquí se ahoga uno! murmuró Emilio a Gina arrodillada cerca de él sobre un reclinatorio.

Los dos estaban solos en un extremo lateral, no lejos del coro, cerca de una ligera barrera provisional destinada a separar del resto de los asistentes las familias de los desposados y su cortejo, para quienes se reservaban diez filas de sillas.

Gina, con ayuda de varios mozos jardineros, había decorado la iglesia; en ella trabajaba desde primera hora de la mañana, y con ella entró Emilio sin que nadie se ocupara de él para nada.

De repente el órgano estalló en una marcha sonora, de notas algo retumbantes para la limitada extensión de aquella nave, mientras las mujeres elegantes que llenaban el templo, en pie, vueltas hacia la puerta, miraban ávidamente el cortejo que comenzaba a penetrar en la iglesia.

Entre la penumbra que envolvía a los asistentes, una claridad fuerte dirigida precisamente al centro de la nave permitía ver detalladamente aquel desfile de ropas de colores pálidos, el brillo de las alhajas, las caras de las mujeres con su seria mascarilla de encargo para aquella clase de ceremonias.

Terminó por fin el tumulto discreto y confuso de la llegada; los novios ocuparon su lugar bajo el velum; el cortejo se instaló en los sitios reservados, inmovilizándose cada invitado en su asiento, y sobre las cabezas, apareció el altar medio cubierto de flores, con el resplandor amarillo de los cirios y el brillo multicolor de la cristalería, pareciendo reflejar el sol alrededor de la iglesia sin dejar casi penetrar la luz.

El cura había comenzado el baluceo y los gestos litúrgicos; el órgano, callado durante un instante, dejaba oír un motivo lento y vago sobre el cual una admirable voz de hombre formulaba un canto lanzando sonoras sílabas latinas.

Por todas partes, en medio de las sombras animadas de las pinturas, del terciopelo y de los damascos brillaba el oro, formando un cuadro de opulencia en que radiaban los espléndidos tocados de las mujeres y los uniformes brillantes de muchos oficiales.

Gina se levantó pausadamente.

– ¡Salud! murmuró en voz infantil, con aspecto serio en aquel momento.

Emilio se estremeció; toda la sangre de sus venas pareció detenerse ante la orden misteriosa que le imponía la joven.

– ¡Salud! respondió, inclinándose su frente en que perlaba un sudor frío.

Quedó inmóvil mientras la otra se alejaba, discreta y menuda, saliendo hacia lo desconocido por una puerta lateral sin fijar la atención de nadie.

Transcurrieron instantes prolongados de aquellos en que se pierde la conciencia de su duración y aun del sitio en que se está... los ojos del joven eran atraídos invenciblemente hacia el sitio en que bajo las flores, a la izquierda de la Santa Mesa, se hallaba oculto el proyectil... una caja de lata vulgar, que un sencillo movimiento bastaría para convertirla en terrible instrumento de muerte...

Los acentos melancólicos y voluptuosos de una voz de mujer y de un violoncello, unidos al sonoro resuello del órgano, le despertaron... Escuchó extrañamente conmovido y transportado... La melodía, uno de los más bellos temas de Chopin, nacía, se desarrollaba y se extinguía, para reaparecer y extenderse, causando un inexplicable estremecimiento bajo la epidermis.

Emilio se levantó con los ojos chispeantes fijos en una visión... los acentos del instrumento y de la mujer, invisibles los dos, caían de la bóveda de piedra mostrándole una sucesión de imágenes... su Fe, su Amor, su Esperanza marchaban a pasos lentos, enlazados... fantasmas turbados y esplendorosos... arrojando ante sí el rebaño lamentable de las pobrezas, de las miserias, de los duelos... dejando a su paso el oro y la alegría... los soles indefinidos... ¡Oh el suelo dorado de ternura, de compasión, de afecto!... ¡La humanidad abriendo su corazón a la fraternidad! ¿era acaso verdaderamente falso y engañoso?

Se volvió, abarcó de una mirada la asistencia atenta bajo el canto de la música... ¡Qué montón de ricos y poderosos! Su corazón tuvo para ellos ardiente ráfaga de amor... y luego de

desesperación tremenda... ¡Dónde hallaría la palabra, el grito que llegara hasta ellos, que penetrara en su corazón, que les persuadiera, que les convenciera!...

El cántico se extinguía, moría suavemente... Vibraron los últimos acordes del órgano, enervantes, como suscitando el sollozo; después se borraron por completo y las ondas turbadas del aire recobraron su equilibrio. El silencio sorprendió al joven y heló su fiebre.

Un murmullo de vida frívola y vulgar se produjo en el auditorio en cuanto se sintió libre del encanto del arte; hubo murmullos y agitación; la ceremonia empezaba a ser fastidiosa.

Emilio continuaba en pie, aislado, apoyado en la débil barrera de madera que el más débil empuje podía derribar. De pronto palideció... sus manos se crisparon... en medio de la multitud desconocida, indiferente, vio a Ruth Etcheveeren.

Retrocedió un paso temblando, una sorda queja se estranguló en su garganta... La mirada de Ruth estaba fija sobre él... mirada indefinida, compleja, a la vez imperiosa, fría, atenta, irónica... En pie ella también, alta, magnífica en un traje digno de una reina, miraba al joven, como se examina al juguete que se rompe sin compasión para estudiar su curioso mecanismo...

El odio, la cólera, la rebeldía fueron rápidas en él como la chispa eléctrica en las nubes. De un salto se lanzó hacia el montón de flores y de follaje, cogió un objeto y le arrojó con todas sus fuerzas... quedando crispado, demente, medio encogido por la violencia de la acción de su brazo como si se hubiera despojado de toda su energía, de su voluntad y de su raciocinio.

Pero el proyectil encontró en su camino una de las cuerdas del velum, en tanto que los desposados se volvían sorprendidos ante la aparición de aquel hombre, de aquel loco, y en lugar de caer en medio de la concurrencia, retrocedió y vino a caer sobre la cuarta grada del altar.

La detonación fue espantosa entre las paredes sonoras del templo. El sacerdote, que precisamente en aquel momento se inclinaba en una genuflexión ritual, cayó de bruces sin proferir una queja, no herido, sino de un síncope; uno de los monaguillos, el que agitaba el incensario, cayó lanzando un grito agudo... Durante un instante, el vapor del incienso se confundió con el humo blanco que siguió a la explosión.

Un silencio trágico oprimió a la multitud; después se elevó un rumor confuso, se propagó, se multiplicó hasta convertirse en estruendo terrorífico, en un caos de ruido, de lamentos y sollozos de mujeres atacadas de nervios. Se corría, se apretaba, se aplastaba; unos corrían hacia las puertas, otros se dirigían al lugar del siniestro, y todos se movían y obraban impulsados por una imbecilidad febril.

La desposada retrocedió, quedando bajo su velo lívida, muda, rígida, con los ojos desmesuradamente abiertos; Queynel se lanzó a levantar en brazos al niño muerto, cuya sangre brotaba de una enorme herida que le alcanzaba la sien y una parte de la mejilla.

Un grito desgarrador que hizo vibrar la bóveda dominó el tumulto. Era una mujer que derribaba con furia salvaje cuanto se hallaba a su paso, gritando:

– ¡Andrés mío! ¡Suéltale, asesino! y se arrojó como una fiera contra Queynel, cuyas manos y vestido destilaban sangre.

Este abandonó el cuerpo, que cayó pesadamente en el suelo.

– ¡Qué brutalidad! gritó indignado, llevando a su cara, marcada por las uñas de la mujer furiosa, sus dedos que le imprimieron huellas siniestras.

Entre tanto Emilio se había levantado; su mirada se había cruzado con la de Ruth Etcheveeren, que continuaba en pie, como desafiándole, con un gesto cruel fijo en su hermoso rostro.

El joven vaciló bajo el golpe que le asestó el general Viault saltando sobre él.

– ¡Es él, el canalla! vociferó con voz sofocada.

Entonces el joven, con los ojos chispeantes, salto hacia atrás, pasando sobre sillas, rechazando hombres y mujeres y abriéndose paso entre aquella multitud a quien el terror hacía estúpida.

– ¡Es él! ¡es él! gritaban a lo lejos voces rabiosas.

Llegaron a tocarle algunas manos, pero se libertó de ellas pegando con rabia delirante a los que le obstruían su camino.

Cerca de la puerta principal tuvo que detenerse; el obstáculo era insuperable; allí se asfixiaban; mujeres estrujadas y pisoteadas pedían misericordia. Retrocedió, se precipitó a través de la iglesia, saltando sobre las sillas derribadas, ágil y dúctil como el animal que huye ante los perros que le acosan. ¡Detrás del altar conocía una salida!...

En el corredor casi solitario, un anciano que llevaba un sombrero de copa le tiró una silla entre las piernas.

– ¡Al asesino! ¡al asesino! gritaba el anciano furioso de odio y terror.

Emilio se levantó, alcanzó la puerta que estaba libre. Ya fuera respiró, latiendo con fuerza su corazón en su pecho, mientras sus piernas le flaqueaban. Entonces sacó de un bolsillo interior un revólver, y viendo tres agentes que le seguían conducidos por el señor del sombrero, en vez de huir, marchó resueltamente a su encuentro, disparó contra el más próximo, que cayó renegando; después aprovechando el descuido momentáneo de los otros, tiró a la izquierda y corrió hacia un pasaje sombrío. Llegado allí disparó aun dos tiros, pero sin tocar a ninguno de los hombres que le seguían. En seguida corrió con toda la velocidad posible por el laberinto de callejuelas con la esperanza de llegar a las ruinas y casuchas de la barriada Rodin, donde acaso podría ocultarse.

Cincuenta personas que habían visto caer al agente, corrieron tras el fugitivo lanzando gritos feroces, hasta que al llegar a una calle estrecha, tres hombres, que venían en sentido contrario, extendieron los brazos, como para detener un caballo escapado... Disminuyó su carrera, apuntó su revólver, tiró... un hombre cayó a tierra y los otros huyeron.

Al entrar en la calle de Combes, cuando ya se creía salvado, le salieron al encuentro cinco agentes que se precipitaron sobre él; un puñetazo tremendo, lo derribo; se levantó, no obstante, y mordió cruelmente el brazo de un agente. La escena que se desarrolló después entre el furioso acosado y los representantes de la autoridad al pormenor, seguidos del vulgo, que se sentía cobardemente animado por la impunidad, fue repugnante.

Cuando Emilio volvió en sí, se encontró en pie, sostenido por los agentes, agarrotado de pies a cabeza; manando sangre de su cara sobre su camisa desgarrada, rodeado de una multitud compacta que gesticulaba y vociferaba irritada y hostil.

– ¡Viva la Anarquía! gritó con el furor de los sufrimientos, que hacían temblar su cuerpo magullado y sangriento.

Se aproximó un coche y en él arrojaron al preso como si fuera un bulto insensible. Dos agentes se sentaron en la banqueta, aplastando al infeliz con sus botas. El coche se alejó seguido de una muchedumbre que corría lanzando gritos salvajes; caras bestiales se asomaban a las ventanillas; los embriagados por los vapores de la sangre derramada insultaban al que daba su vida por la libertad humana...

### CAPÍTULO III

El comisario de policía Rochard contó sus hombres, que se colocaron silenciosamente a su alrededor.

– Veron, Berthe, Dumesnil. ¿Estamos? En marcha.

En la calle desierta resonó acompasadamente el paso de los cuatro hombres. Una niebla blanquecina llenaba la noche; los pálidos reverberos lucían sin alumbrar. Indiferentes al objeto de su expedición, los agentes hablaban entre sí: Dumesnil explicaba a Berthe la confección de su manjar predilecto:

– Mando traer unos sesos de carnero, y los dejé a un lado; corto en rebanadas y pongo en la sartén dos cebollas, un puerro y una cabeza de ajos; echo una copa de vino blanco y lo dejo cocer cinco minutos; echo después los sesos, que dejo cocer a fuego lento media hora... ¡Con eso, y una botella de vino, se chupa uno los dedos de gusto!...

– ¡Basta de charla! dijo el jefe, con una severidad atenuada por el interés con que había escuchado la receta.

Llegaron a la taberna Lavenir, en la sombría calle de la Verrerie, cuyas casas se inclinaban, pareciendo dispuestas a derrumbarse hacía lo menos cien años. Los agentes penetraron en un pasillo; allí se detuvo el comisario y preguntó:

– ¿Dónde habita la vieja?

Dumesnil se adelantó:

– En el piso bajo... El cuarto de Emilio Lavenir se halla con otros en el primer piso.

– ¡Vamos!

El hombre tocó el picaporte de una puerta vidriera que daba a la cocina; estaba cerrada. De un codazo rompió un cristal; después introdujo la mano y tomó la llave que se hallaba en la cerradura.

Entretanto Rochard encendió una linterna de bolsillo; entraron todos en la sala y siguieron a Dumesnil, que dirigía la maniobra como conocedor del terreno.

En la pieza baja, algo más hundida en el suelo y groseramente embaldosada, regularmente amueblada y limpia, Rochard fue directamente a la cama y tocó en el hombro a la mujer acostada, que, silenciosa y sin manifestar extrañeza, le miraba fijamente.

– ¡En nombre de la ley queda usted presa!...

Arsenia se levantó, su mirada fulguró un momento.

– ¿Ha sido él? preguntó con voz angustiada en la que no dejaba de transparentarse cierto orgullo.

El comisario respondió con un signo afirmativo:

– ¡Sí, sí! ¡su hijo de usted es el que ha dado el golpe! ¡Vamos, vístase usted de prisa!...

La mujer separó las cubiertas y sábanas de la cama; estaba vestida; no hizo más que calzarse.

Los agentes rieron.

– ¡Hola! parece que esperaba usted nuestra visita, dijo Dumesnil.

La mirada de Arsenia se fijó en la cara ancha con bigote rubio del hombre y expresó un ademán de profundo desprecio:

– ¿Usted... un polizonte?...

El aludido se encolerizó al sentir atravesada su espesa epidermis por aquel acento insultante.

– ¡Sí, so bruja! ¿verdad que he visto cosas buenas en esta casa? ¡Ahora saldrán todas a relucir!...

Arsenia le volvió la espalda, y dirigiéndose al jefe preguntó:

– ¿Veré a mi hijo?

Rochard respondió encogiéndose de hombros:

– En la Audiencia, el día del juicio. Vamos, Dumesnil, puesto que usted es conocido de la señora, hágase cargo de ella... Nos uniremos a la calle del Gran Puente.

Arsenia tomó dos paquetes, el más voluminoso destinado a Emilio, y salió sin proferir la menor protesta.

Entonces los agentes comenzaron la visita de la casa. En dos habitaciones había; en la primera, una anciana colchonera, sorda y estúpida; en la segunda, un mancebo barbero, conocido de Berthe, que certificó como extraño a todo sentimiento anárquico. Las piezas siguientes estaban desocupadas. En una hallaron papeles y menudos objetos lanzados en desorden que anunciaban una partida reciente. Rochard halló un trozo del periódico *La Revolte*; Veron encontró un pañuelo amarillo de seda piqueteado de quemaduras de ácido. Berthe examinaba la chimenea, donde cerca de un vaso lleno de flores aún, había un trozo de alambra de latón y horquillas para el cabello.

– Esta habitación era de mujer, declaró este último.

Rochard aproximó a la luz un sobre de carta timbrada de Barcelona, en que el nombre y la dirección habían sido cuidadosamente borrados. Sacó los cajones de la cómoda y exploró el interior; en seguida, pasando a la cama, desguarnecida de sábanas, sacudió los colchones y cayó un objeto produciendo un ruido seco que Berthe recogió.

– ¡Un cuchillo!...

Rochard se apoderó de él con precipitación, y examinándole dijo:

– Es de un italiano...

Y dando una patada en el suelo añadió:

– ¡Un anarquista italiano ha estado aquí!... ¡y este animal de Dumesnil no lo ha olido!...

Como no había más que descubrir en aquel cuarto, pasaron al siguiente.

El comisario tuvo bastante con una mirada.

– ¡Ahora toca el turno a Lavenir!

Una cama de hierro y una mesa de madera blanca llenaban casi toda la estrecha pieza. Libros y folletos se apilaban sobre tablitas colocadas en la pared; delante de la chimenea, llena de papel quemado, el suelo estaba cubierto de ceniza: un soldador, unas pinzas y recortes de hoja de lata estaban por allí tirados. Rochard abrió los cajones del mueble y los vació, examinando rápidamente todos los manuscritos, que eran disertaciones socialistas, notas referentes a lecturas, artículos, hasta un proyecto de constitución.

Veron agitó triunfalmente una carta que acababa de caer de un libro que hojeaba.

– ¡Un autógrafo de Paul Hem!...

El jefe se precipitó sobre el papel; sus ojos resplandecían sobre su cara flaca, de color aceitunado y de duro bigote negro.

Era un billete insignificante; sin embargo, en una postdata el doctor hablaba en términos oscuros de dinero que le habían confiado personas de quienes no daba más que las iniciales. El policía metió la carta en su cartera.

– ¡Vámonos ahora!

En una portería de la calle del Gran Puente les costo algún trabajo despertar a la portera.

– ¿El doctor Hem? dijo, respondiendo a la pregunta que le dirigieron, frotándose los ojos y cubriendo con su camiseta sus apergaminados encantos, salió ayer por la mañana.

Los agentes se miraron.

– ¿Salió? repitió Rochard con desconfianza.

La portera le presentó una llave.

– Pueden ustedes verlo... pensaba él que ustedes vendrían y me ha dado orden de dejar entrar si venían unos señores a preguntar por él... Sólo que es una hora algo inconveniente... y no sé si debo...

El policía hizo un gesto de impaciencia.

– ¡Déjeme usted en paz!... soy el comisario central.

La tranquilidad más perfecta reinaba en la habitación del doctor. Los agentes rebuscaron en vano: los cajones de los muebles, las carteras, todo había sido cuidadosamente vaciado; ni un libro, ni un papel quedaba.

Sin embargo, a fuerza de buscar, Dumesnil, que se había reunido a sus colegas, acabó por descubrir en la ranura de un cajón un fragmento de recibo de correos de una cantidad de treinta francos a nombre de Souvaire.

– ¡Ah canalla! exclamó Rochard.

Con tan escaso bagaje hubieron de contenerse y salir; ya eran las cuatro, y había necesidad de apresurarse si habían de encontrar todos los pájaros que buscaban en su nido.

En la calle se levantaba la niebla; había una claridad gris, y algunos transeúntes comenzaron a manifestarse, mirando con hostilidad aquel grupo de aspecto policiaco fácil de reconocer. De los muelles no venía aún ningún ruido, todo dormía tranquilamente; en las callejuelas la noche reinaba todavía por completo.

En el pasaje de los Carmelitas se detuvo Rochard.

– ¿Dónde está la casa? preguntó.

Dumesnil se puso silenciosamente a la cabeza y todos subieron en casa de Lenoelle, a quien acriminaban las relaciones de Emilio con Luisa Berthier, su cuñada.

Ninguna puerta estaba cerrada con llave; sin embargo, la del cuarto en que se creía hallar a Luisa, resistió: un objeto pesado oponía resistencia. El agente dio un empujón y la puerta cedió. Entrando en la habitación, hubo terrorífica sorpresa: el obstáculo era un ahorcado; ¡el cuerpo de un hombre pendía de un clavo precisamente en el dintel de la puerta!... Rochard subió a una silla y cortó la cuerda, y el cadáver cayó al suelo, que retumbó sobre sí mismo de un modo siniestro.

Veron le tentó:

– Está frío, dijo; lo menos hace cinco o seis horas que ha muerto.

Dumesnil, examinando el rostro desfigurado del difunto, declaró:

– Es Lenoelle...

Berthe se aproximó a las camas.

– La Berthier se ha largado, no hay nadie... ¡Ah! sí.

Y su mano descubrió dos niños que dormían juntos tranquilamente.

Rochard leía algunas líneas trazadas con escritura vacilante en un papel puesto bien a la vista en medio de la mesa.

«Mi mujer y mi pequeña Magdalena murieron penando, Luisa está en el hospital, yo no puedo soportar la vida. Tengan piedad de mis pobres hijos. – Félix Lenoelle».

Ya Veron se había introducido en las habitaciones inmediatas para obtener noticias, y cinco minutos después toda la casa se había despertado, y mientras que los hombres no se atrevían

a salir, recelosos y desconfiados, las mujeres, mal vestidas, se agrupaban alrededor del muerto, soltando un torrente de palabras.

El comisario interrogó a la mujer Brunet, que le pareció la mejor informada entre todas.

– ¡Es una lástima, señor, respondió! Hace algunos meses que la muerte o la enfermedad no han abandonado esta habitación... Después de la madre, la pequeña Magdalena; Luisa ha acabado por caer... Por último Lenoelle se hirió en la pierna en su trabajo... la cosa parecía sin importancia, no se cuidaba, pero el mal le roía a pesar de todo... ¡La fatiga, la pena; todo iba contra él!... En verdad que era un hombre que no tenía la cabeza bastante fuerte para ser obrero...

Luego se indignó la mujer cuando supo que había orden de prender a aquel infeliz, acusado de propaganda anarquista.

– ¡Cómo!... ¡Él... un hombre tan dulce y tan tranquilo!...

Precisamente en aquel momento se presentó Veron con un paquete de pólvora y un frasco de aspecto sospechoso, que encontró en un escondrijo envuelto en trapos. Rochard examinó los objetos con cuidado.

– ¡Hola! dijo con tono triunfal. ¡He aquí el mejor hallazgo de la noche!...

Y depositando con precaución el paquete y el frasco sobre la mesa, añadió:

– ¡Mezclando esos dos artículos, habría bastante para hacer saltar todo el barrio!

Las mujeres, poseídas de espanto, retrocedieron instintivamente.

Un papel doblado y arrollado al frasco contenía en algunas líneas la receta de la pólvora explosiva conocida bajo el nombre de «pólvora verde» entre los anarquistas. Rochard examinó esta escritura con atención dominado por una idea. Después, sacando de su cartera la carta de Paul Hem que acababa de adquirir en casa de Emilio Lavenir, comparó... ¡Era indudablemente de la misma mano!...

– ¡La cosa marcha! murmuró satisfecho. Vámonos, Dumesnil y Berthe. Veron se ocupará del muerto... En cuanto a la Berthier, no hay prisa; ya sabemos donde encontrarla.

En casa de Charrier fueron recibidos con estupor. La familia dormía; Ernestina se levantó para responder a los golpes sonoros dados en la puerta por el comisario de policía, permaneciendo todos asombrados ante la invasión de su domicilio, siéndoles desconocido el atentado del día anterior y la prisión de Emilio.

Mientras que la joven sollozaba aterrorizada ante la idea de que una nueva desgracia se abatía sobre ellos, el marido y la mujer se vestían apresuradamente angustiados por el sentimiento de la situación.

Charrier se aproximó a Rochard, lanzando una mirada de odio a los otros dos agentes que revolvían la habitación en busca de objetos sospechosos.

– ¿Me detiene usted?

Rochard hizo un signo afirmativo.

La mujer, febril, se puso entre ellos.

– ¡Es imposible, exclamó; mi marido no ha hecho nada!...

Con la imaginación de las mujeres del pueblo, ya veía toda una novela complicada, absurda, distante de la verdad.

Charrier la rechazó.

– ¿Crees tú, dijo con repentina violencia, que se necesita haber cometido algún crimen para ser preso por estos pillos?... Lo que persiguen es la pobreza; le caen a uno encima porque es desgraciado. ¡Ah tunantes! ¿por qué no prenden primero a los canallas burgueses?

Rochard mandó con un signo a los agentes que se acercaran.

El obrero dijo con ademán amenazador:

– ¡No me toquen, o los aplasto de un puñetazo!...

El comisario se encogió de hombros y dijo:

– Más cuenta le tendrá a usted callar y obedecer.

La mujer, pálida y temblorosa a la vista de las esposas que los agentes sacaban de sus bolsillos, se pegó contra su marido, diciéndole:

– No resistas, no servirá de nada, querido mío; ellos tienen la fuerza...

Charrier protestó más razonablemente.

– Nada he hecho contra su sociedad... nada tengo que reprocharme... Lo que pienso no les importa... No pueden aprisionarme de cualquier modo; es preciso que yo trabaje para mi familia... Si me encierran en una cárcel, ¿se ha de morir de hambre?

Rochard se impacientó:

– ¡Basta! ¡Andando! dijo.

Y los tres hombres se echaron sobre Charrier, a quien el choque hizo caer de rodillas, y en un instante quedó con las manos sólidamente sujetas; después le dieron un puntapié para que se levantara.

Temblando de cólera y loco de rabia, Charrier vomitaba injurias, mientras que las mujeres, aterrorizadas, lanzaban gritos agudos.

– ¡Si no te callas, te confundo! gritó Dumesnil a Ernestina.

Y como Charrier continuara sus imprecaciones se le amordazó.

Los agentes depositaron al preso en la prevención más próxima, y luego, alcanzados por Veron, se dirigieron al domicilio de Celestino Bergés; General Lagoutte y Bonthoux serían los últimos de la pesca decretada por el juez de instrucción.

El orador popular salió a abrir al primer golpe dado a la puerta, con el pantalón puesto apresuradamente, los ojos hinchados de sueño y la cara abotargada y roja.

– Esperaba esta visita, dijo con dignidad.

Informado la víspera del acto de Lavenir, pesó sus responsabilidades y pronto tomó su resolución: se dejaría prender. Toda vez que no se había pensado en él cuando el atentado de Souvaire, nada tenía que temer por éste, al cual, por lo demás, había permanecido ajeno. Si se le inculpaba, forzosamente sería absuelto, y algunos meses de cárcel serían un excelente reclamo para la *Universal* y para sí mismo, porque favorecería su candidatura, que proyectaba presentar en las próximas elecciones.

En su cuarto y en las tres piezas reservadas a las oficinas del *Reveil*, quedó pronto hecho el registro y produjo un voluminoso resultado: tres grandes paquetes de cartas de compañeros anarquistas, de documentos relativos a las huelgas recientes, de proyectos de discursos, de libros y folletos prohibidos. Por último, el testamento político de Souvaire y una contabilidad muy esmerada que probaba que las convicciones del antiguo cómico de la lengua le producían cantidades de consideración.

El comisario exhibió la orden de prisión de que era portador, y Bergés creyó conveniente indignarse, diciendo:

– ¡Cómo! ¿Me prende usted porque algunos individuos han tenido a bien escribirme cartas violentas, y también porque Lavenir se cuenta entre mis numerosas personas conocidas?... ¡Eso no tiene nombre!

Pero Rochard no estaba de humor de secundar esa comedia.

– Ya explicará usted solo eso al juez de instrucción, entre tanto sígame usted.

El hombre no replicó, acabó de vestirse filosóficamente, y al instalarse en el coche, donde le habían precedido sus papeles, preguntó a Veron, que era el encargado de acompañarle:

– ¿Durará esto hasta mayo?...

– Probablemente, respondió el agente con indiferencia.

En el triste caserón de la calle de Armand-Carrel se verificó sin incidentes la prisión de Bonthoux y de Gerald. Al saber con estupor el acto de su amigo, previeron que serían molestados a causa de sus relaciones frecuentes, y aunque tuvieran confianza en la absolución, se sintieron conmovidos al estrecharse la mano.

– ¡En mal tiempo vivimos, balbuceó el joven boticario!

– ¡Mal tiempo en verdad! replicó Bonthoux con acento sombrío; no puede ser peor aquel en que los hombres honrados y pacíficos pueden ser cogidos en su casa como malhechores!...

Rochard puso término al diálogo con esta indicación.

– ¡El que no quiera polvo, que no vaya a la era! El hombre pacífico que no se enrede con los trastornadores.

Mientras que el grupo iba calle abajo, Clara Bonthoux, situada en medio del arroyo, permanecía inmóvil, aterrada, con las mejillas inundadas de lágrimas.

Hacía años que oía discutir los problemas sociales entre su marido y sus amigos, y veía, acaso con más claridad que ellos, la lucha en el interior de las naciones entre sus diversos individuos.

– ¡Oh! murmuró. ¡Si todos y cada uno no ponen nada de su parte, ricos y pobres... al final de la batalla, el que no haya muerto estará herido de muerte!

## CAPÍTULO IV

Habían transcurrido tres meses, y llegamos al día del juicio oral.

La luz penetraba a raudales por las altas ventanas de la sala de la Audiencia, haciendo resplandecer los ricos dorados del techo. El gran reloj de hierro forjado tocó las doce.

La multitud amontonada en el fondo de la sala produjo un murmullo prolongado; hubo pisotones y apreturas... Se abrió la puerta y entró el grupo de procesados, escoltado por doce gendarmes.

En el banco de la prensa se estrujaban los abogados sin pleitos, los periodistas y los dibujantes en número triple al de los asientos.

Entre los nueve procesados llamaron principalmente la atención dos mujeres: la madre de Lavenir, decentemente vestida de negro, encuadrando su rostro pálido y trágico en una mantilla negra de encaje; Luisa, cuyos enfermizos encantos se discutían, tan delicada, envolvía su enflaquecido y tembloroso cuerpo con un manto gris. Su rostro demacrado y exangüe no era bello; sin embargo, sus ojos ardientes de fiebre atraían; se repetía con lástima que el Tribunal había mandado venir a la joven desde el hospital.

En cuanto a Emilio, tanto se había hablado, y tanto y con tanta frecuencia habían reproducido su retrato los periódicos, que inspiraba menor interés. Sin embargo, se imponía la necesidad de nuevos retratos, y lápices hábilmente manejados trazaron bosquejos rápidos del delicado perfil y de los ojos exaltados del joven anarquista.

Bonthoux, inmóvil, estaba un poco inclinado, con la vista baja, entretenido en amasar su sombrero. Su silueta de hombre tranquilo fue reproducida finalmente en un abrir y cerrar de ojos. Charrier, recto, provocador, con la frente arrugada y la mirada sombría e irritada, dio al dibujante el tipo clásico del revolucionario. La fisonomía inteligente y burlona de Augusto fue más difícil de interpretar: en uno de los bosquejos parecía una mujer, en otro un mono. Las facciones de Gerald Lagoutte derrotaron por completo a todos los artistas; una frente baja, larga melena, bigote negro que cortaba el óvalo prolongado de su cara se reprodujo en seguida; pero ¿cómo reproducir en pocos rasgos la extraña fisonomía del poeta cursante en farmacia... aquella boca de movimientos nerviosos, la expresión de más allá que turbaba su mirada fija y de brillo cristalino?

Cuando tocó el turno a Bergés los lápices corrieron con alegre facilidad, redondeando su caricatura el hombre gordo, empequeñeciendo sus ojos, alargando su cara y prolongando su cabellera echada hacia atrás. Digamos también que el orador popular se ofrecía complaciente como modelo, observando al descuido a los dibujantes, dando con su frente, su perfil y su torso varios aspectos de Celestino Bergés irritado, indignado, bonachón, sereno, familiar, removiendo papeles, atareado, hablando gravemente con su abogado o hablando amistosamente con los gendarmes.

El noveno procesado intrigaba mucho a la concurrencia por la notoriedad que le había dado la prensa antes del proceso.

Alto, delgado, distinguido, hermoso, elegante, Andrés Elkaz se mostraba como alejado de sus compañeros y aun los miraba con cierto desdén. Aquel malhechor, vagamente anarquista, mezclado en el proceso Lavenir por la testarudez de un inepto juez de instrucción, satisfacía el espíritu novelesco y vulgar del público: era el tipo perfecto del protagonista de folletín, del hombre de mundo que se dedica al robo vestido con elegancia, ostentando una fisonomía indescifrable bajo su amable sonrisa y su bigote rubio.

Treinta retratos se habían hecho de él, y se comenzaba de nuevo la tarea con el fin de fijar bien aquellas facciones que debían encantar a las lectoras de procesos de sensación.

En el banco de los abogados atraían particularmente las miradas dos miembros del Colegio de París, Albin, el defensor titular de perdidas, rufianes y demás gente maleante, gracioso y seductor como su cliente Andrés Alkaz; Delesprat, el joven letrado a quien, aunque ligeramente sospechoso, habían dado celebridad sus enérgicas y ya numerosas defensas de anarquistas. Emilio Lavenir, que en un principio se había negado a nombrar defensor, aceptó éste con gratitud, constándole que era amigo de Paul Hem.

El tribunal había entrado. El abogado general Peramy ocupaba el sitio del ministro público; la audiencia estaba presidida por Debruyere, el amigo de Ruth Echeveeren, de figura maliciosa, sardónica y sensual, con un hombro más alto, visible a pesar de los pliegues de su toga.

Se pasó lista a los jurados, se nombraron los suplentes y a continuación se pasó revista de los acusados. Un movimiento compasivo se notó en el público cuando la viuda Lavenir dio su nombre, turbada, mirando angustiosamente a su hijo.

La voz clara y firme del joven anarquista impresionó al auditorio:

– ¡Emilio Lavenir, veintidós años!...

Al volver a su asiento miró a la concurrencia y sus ojos se fijaron un instante sobre Ruth, que se encontraba allí... sentada, muy tranquila, entre dos dibujantes, quienes aprovecharon aquel momento de pausa para tomar un bosquejo de su silueta.

Cumplidos esos preliminares, el relator se levantó y comenzó la lectura del acta de acusación. Ya era la una. El silencio era completo; todos los escuchaban con recogimiento aquella novela que se desarrollaba con sus capítulos sensacionales, sus sangrientos sucesos y sus personajes reales, cuyos rostros estaban allí a la vista y podían examinarse, seguir sus angustias y palpar sus carnes palpitantes...

“El 14 de marzo de 1893, a las once y cuarto, estalló una bomba sobre las gradas del altar, en la iglesia de San Maclou, en Ruán, durante el oficio de matrimonio del señor Queynel, digno industrial, y de la señorita Angeles Viault, hija del respetado comandante de cuerpo señor general Arturo Viault. Esta bomba, cargada de materias explosivas, de clavos y diversos fragmentos de hierro, hirió de muerte al niño Santiago Carlier, de diez años de edad, que desempeñaba en aquel momento las funciones de monaguillo; tocó al clérigo señor Bulot, segundo oficiante, y provocó un síncope al señor cura Perdonnet, que padecía una afección cardíaca que terminó por la muerte pocos días después. El proyectil alcanzó ligeramente a otras ocho personas, especialmente a la señorita Viault, esposa del señor Queynel; a la señora de Armanches, su tía; al consejero de prefectura señor Robaudy, etc. El autor de aquel incalificable atentado fue inmediatamente reconocido, perseguido y capturado después de una lucha sangrienta. Dos nuevas víctimas cayeron bajo sus golpes. El agente Guyon, herido en el pecho

por una bala de revólver, que puso su existencia en peligro; el valeroso Thirion, peluquero, que se lanzó con peligro de su vida para detener al asesino y recibió una grave herida en la pierna, que le produjo una incapacidad de mucho tiempo para el trabajo.

“Emilio Lavenir, que ha de responder ante ustedes la vida de un niño y de un sacerdote y de los sufrimientos de otras personas, se halla presente. No es un criminal vulgar como Chevalier; no es un loco siniestro como Souvaire. Este hombre, aunque joven, está en la plenitud de sus facultades; ha obrado con firmeza y certidumbre, y su acto execrable ha sido ejecutado con razonamiento y premeditación a la vez que con ánimo extraordinario. Este joven, en guerra con la sociedad, no tiene por qué quejarse de ella. La sociedad le ha dado instrucción, porque Lavenir dista mucho de ser un ignorante; le proporcionaba cada día una vida fácil, ya que el procesado ganaba mil ochocientos francos como cortador en casa del dignísimo señor Weil, ¡el sueldo de nuestros modestos y probos empleados del Estado!... Pero lejos de estimarse dichoso, Lavenir se ha dejado invadir por las detestables teorías que flotan en el aire de nuestra época; odia la riqueza, el capital, las clases elevadas; quiere la ruina de nuestras instituciones; atrae fanáticamente el desorden, el caos, la ANARQUÍA. Por otra parte, preciso es reconocerlo, aunque sin querer disminuir en nada la responsabilidad de Emilio Lavenir, se hubiera necesitado una cabeza más fuerte que la suya para resistir a las terribles y poderosas sugerencias del medio especial en que vivía.

“Sobre esos bancos, cerca del culpable, culpables también en grados diversos, se encuentran la madre de Lavenir, sus amigos, sus compañeros, sus educadores, sus cómplices; falta el principal instigador del crimen, que, por una hábil escapatoria, ha huido de nuestra justa reprobación.

“El café que la viuda Lavenir sostiene con una honradez comercial que no queremos negar, servía de refugio a una espantosa banda de conspiradores ligados contra el orden y la paz pública; cada día se pronunciaban allí palabras de sangre; los pensamientos se inflamaban en la discusión de los crímenes más abominables; de aquel lugar partían provocaciones, iniciativas, la organización de la rebeldía contra los patronos, ataques al capital. Uno de los acusados, Celestino Bergés, apóstol furioso de la ANARQUÍA, lleva su palabra culpable a todas las huelgas, envenena las discusiones, interviene en las elecciones tumultuosas; su periódico es un tejido de agresiones contra las leyes; de insultos, de diatribas violentas y mentirosas contra los miembros más respetables del gobierno y de la sociedad. Gerald Lagoutte, redactor principal del *Reveil*, la hoja despreciable dirigida por Bergés, se distingue también por su violencia; Lagoutte es el instigador de reuniones equívocas, creador de ese asilo de escándalo y orgía denominado por él “Casa del Trabajo”. Ese lugar es una especie de teatro grotesco y de sala de conferencias donde impudentemente se predica el desorden ante quinientos obreros arrancados a su trabajo y a sus deberes por medio de un desvergonzado reclamo y el cebo de vinos y licores baratos que facilita la falsa e insinuante cooperativa honrada por Bergés y sus amigos bajo el nombre de la *Universal*, sociedad que disfraza su verdadero objeto bajo un pretexto utilitario, cuando en realidad no es otra cosa que una sociedad de rebeldía y de lucha contra la ley, pues sostiene las huelgas y se propone regimentar los trabajadores contra los patronos. Emilio Bonthoux es uno de los fundadores de esa pérfida asociación, pero más discreto y prudente que sus compañeros no escribe ni perora en público, y su acción, no por oculta es menos eficaz, ni su propaganda menos activa; cada día, en toda ocasión, su palabra anárquica, velada bajo una apariencia razonable, destila veneno al oído de los que se le acercan.

“He aquí ahora Augusto Leon, obrero pintor, cuya infancia abandonada ha sido malvada por la sociedad contra la cual se rebela ahora, olvidando que reemplazó generosamente a sus padres indignos; escupiendo injurias contra su verdadera madre, fomenta los disturbios en todos los talleres que frecuenta. Es concurrente asiduo a la taberna Lavenir, íntimo amigo, quizá un

cómplice del asesinato de San Maclou, porque su presencia fue comprobada en las inmediaciones de la iglesia el día del atentado.

“Luisa Berthier, que entretenía relaciones con Emilio Lavenir, hacía también una ferviente propaganda anarquista en su taller. Se le vio hace dos años a la cabeza de una huelga de mujeres, señalándose por su violencia. A pesar de su exterior endeble y su débil constitución, tiene fuerzas para sembrar el mal, y su energía poco común para lanzar palabras de trastorno y perturbación es reconocida por todos los que la frecuentaban. Está acusada de haber ayudado a su amante en la fabricación del proyectil lanzado el 14 de marzo, y convencida de haber conocido el proyecto y haber guardado los objetos necesarios para su realización.

“A esa banda de anarquistas militantes, cuyo cuartel general residía en la calle de la Verrerie, se une por un lazo misterioso Andrés Elkaz. Este, cosmopolita, procedente de un medio más elevado, aunque anarquista declarado, ha tenido relaciones frecuentes con Lavenir; era también amigo de Souvaire, el siniestro criminal ejecutado ha poco en Besançon. Se le ha visto muchas veces hablando con Lavenir, a quien conocía hacia mucho tiempo, y no hay duda que formaba parte de la asociación de los diez, uno de cuyos miembros más activos es Paul Hem, actualmente fugitivo. Durante una estancia de tres meses que Lavenir pasó en Londres en 1890, conoció a Elkaz, y se supone que los dos amigos son autores de un robo acompañado de violencias, perpetrado a la sazón en casa de una señora llamada Mercier, en las inmediaciones de Bolonia. Se sospecha también que los dos jóvenes se encontraron recientemente, a primeros de marzo, en París, donde, de común acuerdo, efectuaron un robo en una quinta en el Vesinet, en circunstancias excepcionales audaces.

“Tales son, señores jurados, los hechos sobre los cuales están llamados a dar su veredicto, y las personas que la ley pone bajo el peso de su justa aprobación. Un atentado sensible, pero que si hubiera tenido todo el alcance que sus autores querían darle, se hubiera convertido en espantosa catástrofe; hombres extraviados que reniegan de toda moral, que pisotean las leyes más fundamentales y más elementales, y dan, con sus actos y con sus palabras, el ejemplo más pernicioso a las masas, harto fácilmente arrastradas hacia el ideal imposible y los crímenes harto positivos que les proponen esos miserables”.

La voz del relator se extinguió en un silencio solemne: el acta de acusación fue escuchada por los procesados y el público con sentimientos bien diferente; los primeros se miraban estupefactos, sin protesta, anonadados por el giro especial que se daba a sus ideas y a su conducta, y por la mezcla de verdad y de mentira que había en aquella gran obra jurídica; el segundo conocía la causa y a los procesados por los relatos periodísticos publicados en la prensa desde el principio de aquel proceso. La opinión de la concurrencia, del jurado y de cuantos del proceso tenían conocimiento, estaba hecha, era terminante; el acta de acusación y después del juicio no harían más que dar su aprobación oficial.

Se procedió al llamamiento de los testigos; cincuenta y cinco por el fiscal, trece por la defensa, con la rara circunstancia de hallarse entre éstos el clérigo Bulot, que, aunque herido levemente por la bomba, tenía empeño en declarar en favor del asesino.

A continuación comenzó el interrogatorio de los acusados de segundo término, Lavenir y Elkaz se reservaron para lo último.

Bonthoux se levantó el primero. Se desconfiaba de su buen aspecto y de su palabra mesurada, que podía influir en el jurado en favor de los supuestos conspiradores en el momento de los debates serios. Se prefería despacharle al principio.

Como se había previsto, se elevó en la sala un murmullo de simpatía cuando se adelantó el obrero, pálido baja su barba negra, pero de hermosos y francos ojos, fijos resueltamente en el

juez. Se mantenía firme, a pesar de la vergüenza que le causaba comparecer en aquel sitio destinado a los criminales.

Después de algunas preguntas y respuestas entre Debruyere y él, se entró en el verdadero interrogatorio.

– ¿Es usted anarquista?

– No... socialista colectivista.

– Lo mismo da.

– ¡No, señor!... los anarquistas, cuya opinión yo respeto, rechazan toda dirección gubernamental; en tanto que yo creo que la felicidad general no puede obtenerse sino por la reglamentación rigurosa del colectivismo.

El presidente le interrumpió:

– Usted no está aquí para hacer una conferencia. Responda sencillamente a las preguntas. ¿Formaba usted parte de la banda Lavenir?

– No sé que usted quiere decirme... Soy amigo de Lavenir, aunque nuestras ideas hayan sido siempre diferentes... A veces nos encontrábamos entre compañeros...

– Perfectamente; eso es lo que yo decía. Además usted formaba oficialmente parte de la *Universal*, y atraía hacia ella todos sus conocidos, y no me negará que esa asociación era un medio de resistir a las leyes existentes y de preparar la rebeldía.

– Yo estaba unido a la *Universal*, que es útil desde ahora a los trabajadores y que considero como el embrión de la sociedad futura.

– Y para obtener esa organización de sus sueños trataba de arruinar la presente. ¿No era el odio y el desprecio de nuestras leyes lo que usted predicaba a su alrededor? ¿Y para apresurar la era de paz universal a que usted aspira, excita a la lucha, a la batalla sangrienta?

– Yo no soy hombre de acción. Es seguro que cuando se estudia el régimen actual, no puede uno por menos que desear que desaparezca, pero no está en mi naturaleza desear que se emplee la violencia, ni ayudar a emplearla.

– Quizá tema usted manchar sus manos en sangre, lo que no impide que anime a otros a hacerlo.

– ¡No! declaró con energía. Yo no aconsejo a los demás sino lo que estoy dispuesto a hacer yo mismo.

– Sin embargo, ¿aprueba usted el acto de Lavenir?

Bonthoux se recogió un instante.

– No me corresponde aprobarle ni censurarle, dijo con gravedad. Lo que ha hecho es efecto de su convicción... Cada uno tiene sus ideas.

El presidente dijo con irónica sonrisa:

– Según eso, usted vería a uno de sus amigos asesinar a uno de sus semejantes para robarle, y pasaría su camino adelante con toda tranquilidad, pensando que esa acción está conforme sin duda con el orden de ideas del individuo que la ejecuta.

Un destello de indignación brotó de los ojos de Bonthoux. No obstante logró contenerse.

– Eso no tiene relación con el asunto, dijo con calma.

– ¡Sí tiene!... Lavenir ha asesinado un desgraciado niño, ha causado la muerte de un venerable sacerdote, ha llevado el luto a varias familias: eso es, no sólo un atentado contra la sociedad, sino un crimen contra las personas.

Bonthoux no respondió.

– Hable usted, dijo Debruyere imperiosamente.

El obrero le miró con calma.

– Cuando expongo mis ideas usted me manda callar. ¿De qué sirve responder? Todo el mundo sabe que el anarquista que mata no es un asesino... no va directamente contra nadie, no satisface ninguna venganza particular... lanza la muerte a la casualidad, con la idea de apresurar con actos de violencia la destrucción de una sociedad que contenta a un corto número y sacrifica la generalidad.

El presidente comprendió que no sacaría cosa de provecho con aquel obstinado, y continuó el interrogatorio.

– Pero, en fin, ¿usted declara haber tenido relaciones constantes e íntimas con Lavenir?

– Sí, señor.

– Se reunían ustedes regularmente los jueves por la noche en la taberna de la calle de la Verrerie, y usted y sus amigos en su propio domicilio.

– Es verdad.

– ¿Estaba usted en relación con el doctor Paul Hem?

– Le conozco.

– ¿Cuáles eran los estatutos de su asociación?

– No ha habido jamás asociación entre nosotros.

El presidente sonrió.

– No quiero decir que hubiera una convención escrita entre ustedes, sino ¿qué compromisos habían adoptado y cuál era el objeto de su liga?

– No había liga ni compromisos... Ya he dicho que nuestras opiniones eran diferentes...

– Entonces, ¿para que estas reuniones?

– Para hablar entre compañeros, discutir, ilustrarse, orientarse...

– Diga usted la palabra: organizarse.

Bonthoux respondió sin desconfianza:

– Organizarse, sí.

Al llegar aquí se interpuso el abogado del obrero.

– Permítame observar, señor presidente, que mi cliente da un sentido muy general a la palabra organizarse.

El presidente hizo un gesto de desagrado.

– ¡Basta! dijo secamente. El jurado apreciará.

Y dirigiéndose a Bonthoux:

– ¿Reconoce usted a los acusados como sus amigos y como habituales concurrentes a la casa de usted y a la taberna Lavenir?

El obrero inclinó la cabeza.

– Sí. Es decir, recordando y designando a Elkaz, a éste no le conozco ni le he visto nunca, ni entre nosotros ni en parte alguna.

El presidente sonrió de nuevo con incredulidad.

– No obstante, ha sido visto diferentes veces en casa de la viuda Lavenir.

– Es posible, pero yo no le he visto jamás.

– ¿Conocía usted a Souvaire?

– Por haberle visto dos o tres veces.

– ¿Cómo juzga usted su acto?

– Ya he dicho que no me creía con derecho de apreciar lo que los demás hacen por convicción, aunque sus actos no estén conformes con mis ideas.

– Se han encontrado en casa de usted cartas de Souvaire y de otros anarquistas declarados.

– Con frecuencia se me pedían informes acerca de la *Universal*, de la que era yo secretario tesorero.

El presidente cambió una rápida mirada con el fiscal. Decididamente no se sacaría nada interesante de aquel procesado... Tenía casi segura la absolución.

– Basta, dijo con indiferencia. Puede usted sentarse.

Charrier se levantó; su rostro estaba pálido; tenía la barba larga y los ojos brillantes; su traje era pobre y sucio.

– ¿Cómo se llama usted? preguntó el presidente con rudeza.

El acusado se irguió:

– ¡Eugenio Leopoldo Charrier, muerto de hambre, obrero robado, estrangulada hace cerca de cincuenta años por su maldita sociedad!...

¡La cosa prometía!... Hubo un momento de satisfacción. Periodistas y dibujantes prepararon con júbilo plumas y lápices.

– ¿Aprobarás usted sin duda la acción de su amigo Lavenir?... preguntó el presidente con amable sonrisa.

– ¡Ya lo creo!... Hace tanto tiempo que nosotros perecemos sin compasión, que es un gusto ver que ya empieza su turno... Ahora estalla por todas partes: ¡al fin ha llegado!...

– Mire usted, observó Debruyere irónicamente. Su abogado le hace señas desesperadas.

Una carcajada general estalló en la sala: todas las miradas se dirigieron al banco de los abogados. El señor Fourreau, un hombre gordo y fatigoso, de cara apoplética se levantó y saludó:

– Ruego al Tribunal y a los señores jurados tengan presente que mi cliente es un hombre exasperado por la miseria.

Charrier repuso con más calma:

– Señor presidente, no tengo intención de faltar a ninguno de ustedes, que no conozco personalmente...

La concurrencia redobló sus carcajadas. El obrero continuó dirigiendo en derredor una mirada de extrañeza:

– Quiero decir solamente que una sociedad no puede marchar mucho tiempo con las tajadas para unos y los mendrugos para otros... los trabajadores sufren demasiado...

El presidente le cortó la palabra:

– Usted es parroquiano de la taberna Lavenir, donde ahoga sus penas en la bebida...

El rubor enrojeció las mejillas del obrero.

– Nunca me he asustado de un vaso de vino; pero cuando en casa no alcanzaba el pan a la necesidad, hubiera sido una infamia gastar mi jornal en bebida... yo visitaba a Lavenir como amigo...

– ¡Bueno!... Pero si no bebía, ¿qué hacía usted? Yo se lo recordaré a usted... ¡En compañía de los acusados presentes, se llenaban la cabeza recíprocamente de discursos incendiarios; concertaban conferencias y reuniones para fomentar huelgas y unir la masa obrera ruanesa en la *Universal*; se hacía usted, en una palabra, el enérgico propagandista de las doctrinas anárquicas, y preparaba moral y materialmente el acto criminal que Lavenir realizó el 14 de Marzo!...

– No comprendo una sola palabra de todo eso que acaba usted de decirme; declaró bruscamente Charrier, con una convicción que excitó nuevamente la hilaridad del público. Si usted quiere decir que odio a los burgueses y que corría contra ellos con gusto, está en lo

cierto. No he tenido noticia del acto de Lavenir hasta después que se me ha detenido... él no me había dicho nada de su propósito... Sabe que tengo una familia que mantener y no hubiera querido comprometerme en un asunto peligroso... Pero lo declaro francamente, si me lo hubiera propuesto, lo hubiera aceptado y le hubiera ayudado en todo lo que hubiera podido... ¡Y tengan entendido que no hay un obrero que no diga otro tanto! Cuando los diarios refieren los golpes que dan los hombres de temple, los corazones proletarios saltan de alegría, ¡yo lo garantizo! Cada cual bendice a los que se sacrifican por la causa del pueblo, y se dice frotándose las manos: ¡la cosa marcha! pronto se humillarán los burgueses ante el poder de los trabajadores... ¡Ah señores! ¿nos habrían de hacer sufrir durante cientos y cientos de años sin querer abrir los ojos?... ¡Pues justo es que la deuda se pague de una vez!...

Estas palabras impregnadas de odio produjeron gran efecto en la sala. Cesaron las risas anteriores y la concurrencia permaneció sobrecogida y silenciosa.

El presidente dijo con tono severo:

– ¡Muy bien! Estamos suficientemente enterados de los sentimientos que a usted le animan... Usted reconoce que formaba parte de los que reunían periódicamente en las casas de Lavenir y de Bonthoux... Sus palabras exasperadas, de las cuales acaba de darnos una muestra, las llevaba usted a los talleres donde trabajaba... siempre se ha hallado entre los directores de huelgas... ha sido despedido de la más importante fábrica ruanesa por insubordinación. Recientemente usted ha escrito una carta amenazadora a un tal Soudras, inspector en la fábrica Berthaut, quien ha denunciado a la policía los actos y la personalidad de usted.

Charrier se indignó.

– ¡Oh Soudras! hablemos de él... ¿Ha dicho también mis motivos?... ¿Ha hablado de mi hija?...

Pero el presidente le impuso silencio con ademán enérgico.

– ¡Nada tenemos que hacer con sus asuntos personales! Hemos terminado; siéntese usted.

Tocó el turno a Luisa. Apenas podía detenerse en pie. El presidente le habló con dulzura.

– Era usted la amiga de Lavenir. Usted exponía ideas disolventes en el taller, y repetía que sus amigos harían saltar la ciudad si quisieran. En casa de usted se ha encontrado parte de los explosivos de que Lavenir se ha servido para la confección de la bomba, y está fuera de duda que usted conocía su proyecto.

La voz de la joven se elevó débil, pero clara:

– Sí, señor, lo sabía.

– ¿Cuándo lo supo usted?

– Emilio vino una noche a casa, y me dijo que había hecho una caja y que me entregaba unos polvos que había de necesitar, pero que no podía guardar en su casa. Yo los tomé y los puse en el sitio donde han sido encontrados.

– ¿Le ayudó usted en sus preparaciones?

– No, señor, no me pidió ayuda... si me la hubiera pedido lo hubiera hecho... Por lo demás, entré en el hospital al día siguiente, y allí estaba aún cuando se me ha prendido.

– Se presenta a usted bajo un aspecto que la delicadeza y porte decente habitual de usted parecen desmentir. ¿Es verdad que usted ha desempeñado el principal papel de una pieza revolucionaria representada en el teatro del Trabajo, en que tuvo un triste éxito declamando relaciones monstruosas que los autores pusieron en boca de usted?...

– He representado varias veces en el teatro del Trabajo.

– ¿Se daba usted cuenta de que la perfección con que representaba las escenas que le eran confiadas era un peligro para las almas exaltaba falsamente?

Luisa fijó su mirada inteligente sobre el presidente sin responder. Por su parte éste no insistió sobre este punto.

– Usted conocía, según ha declarado, el proyecto de Lavenir... Así pues, mujer y compasiva hacia los dolores ajenos, como se le supone, ¿cómo ha podido usted callar, sabiendo que estaba amenazada la vida de muchas personas inocentes?... ¿Cómo no se ha opuesto usted al criminal designio de su amigo?... ¿Cómo no ha sentido piedad, remordimiento, espanto?...

Un ligero carmín animó las pálidas mejillas de la joven obrera.

– ¿Acaso se ocupan los ricos de las desgracias y de las muertes que causan?...

El presidente se volvió hacia los jurados con expresión afligida:

– ¡He ahí el resultado de las funestas ideas que el socialismo y la ANARQUÍA han infiltrado en los dúctiles cerebros de los ignorantes y de las mujeres!...

Después, dirigiéndose a la joven:

– Hablemos usted de las relaciones de Lavenir con Souvaire y Elkaz.

– Conocía poco a Souvaire; sólo por haberle oído en reuniones públicas y encontrado alguna vez en el *Reveil*.

– ¿Y Elkaz?

– Nunca he visto a ese joven, ni Emilio me habló de él una sola vez.

– ¿Qué sabe usted de la estancia de Lavenir en París poco antes del atentado?

Luisa se turbó visiblemente.

– ¡No sé nada! dijo.

El presidente la estudiaba con atención.

– Tranquílese usted, y declare que sabe o que sospecha algo de particular.

La mirada de Luisa se volvió a pesar suyo hacia la silueta inmóvil de Ruth Etcheveeren, que continuaba sentada en el mismo sitio.

– Nada sé, repitió con obstinación.

El presidente habló con vehemencia:

– Yo debo informar a usted. Lavenir fue a unirse a Elkaz en un hotel de mala fama de Montmartre, y los dos se introdujeron en la quinta habitada por los esposos Roibert, en Vesinet, donde robaron una cantidad y valores de importancia...

Luisa hizo un movimiento de indignación.

– ¡Mentira! prorrumpió con una energía que impresionó al auditorio. ¡Emilio no es ladrón!... ¡Fue a París para adquirir noticias de una querida... de una dama que le había abandonado!...

Emilio se levantó del banquillo de los acusados.

– ¡Luisa! gritó con violencia.

Este incidente produjo desorden. El presidente, contrariado, mandó sentarse al procesado. Los gendarmes se agitaban; los abogados cuchicheaban misteriosamente, y Debruyere terminó el interrogatorio apresuradamente:

– ¿Puede usted probar lo que acaba de decir?

– No, señor, respondió la joven débilmente.

El presidente triunfo.

– ¡Corriente! nos atendremos al primer dato. Puede usted sentarse.

Tocó el turno a Gerald Lagoutte. Su porte descuidado y su elevada estatura alegraron al público.

– Es usted estudiante de farmacia y hace versos anárquicos; se le reconoce como uno de los más fecundos redactores del *Reveil*, periódico imbuido de los más deplorables principios.

– Soy poeta... anarquista de ocasión... cabalista, magista por convicción.

– ¿Cómo dice usted?

– Adepto ferviente de la cábala... me he ocupado especialmente de los estados profundos y superficiales de la hipnosis, como también de los servicios que podría prestar a la humanidad.

– Sírvase usted hablar con más claridad, dijo el presidente.

– Digo que, aunque mezclado voluntariamente en un medio socialista, no participaba en general de las ideas en él dominantes; mis pensamientos se volvían hacia un ideal reservado únicamente a los iniciados escasos y diseminados, pero que pronto, así lo espero, tendrá su compendio en manos de todos...

Una sonrisa desplegó los labios del presidente Debruyere, que se propagó a la sala hasta convertirse en carcajada general. Se formularon después las preguntas acostumbradas, tendiendo a demostrar su supuesta complicidad con el autor del atentado.

El interrogado respondió categóricamente con tal moderación y firmeza, que restableció en seguida la grave solemnidad en la concurrencia.

– Lavenir no me había confiado su proyecto ni solicitado mi concurso; pero declaro que admiro su acto, aunque esta declaración me atraiga el rigor de la ley. Es un valeroso testimonio de

rebeldía que no se repetirá con la frecuencia necesaria para recordar a los sostenedores del régimen actual la desesperación y el odio que se ocultan bajo su sombra.

– Está bien; siéntese usted, dijo con sequedad el presidente.

Celestino Bergés respondió a su llamamiento con desahogo, chupando pastillas, y en seguida dominó la situación, anegando al presidente, aturdido con el torrente de su elocuencia, y transformando el interrogatorio en una conferencia en que se monopolizaba la palabra.

– Las sociedades en que los hombres se encharcan son atroces e idiotas... Esas obras infernales son debidas a la colaboración malvada y secular de ladrones y asesinos... Esos bandidos disfrazados de héroes de la historia, plutócratas y legiferantes hartos, fácilmente concertados entre sí para estrujar la miserable multitud de los proletarios... Para asegurar su férreo yugo han atrofiado la inteligencia de sus víctimas; transmitiendo el error a través de las edades, convirtiendo en artículos de fe sus inmundicias intelectuales, convertidas en estratificaciones de nuestra geología sociológica... El capitalista, que engordo con la podredumbre fecundada por leyes ineptas, la proclama eterna y admirable... Así veremos diariamente vomitar el veneno que contiene la carroña del satisfecho; y, la ceguera de la masa es tal, que con frecuencia aplaude ante los cánceres que roen a los desgraciados sobre quienes se acurrucan.

Al llegar aquí se detuvo, faltó de aliento por aquel primer arranque de su comprimida e inagotable fecundia.

El presidente trató de continuar el interrogatorio.

– Usted estaba unido a Souvaire. Cuando fue detenido, usted huyó al extranjero llevándose todos los papeles.

Celestino Bergés hizo un ademán dramático.

– Fui, en efecto, dijo, a Londres en aquella época, donde me llamaban mis asuntos. Mi vida está dedicada a los pobres, a los débiles, a los oprimidos, a los robados... ¡Yo no reconozco naciones ni divisiones arbitrarias de pueblos, y acudo a todas partes donde existe el feroz combate por la vida o donde se perpetra el asesinato con el libro de la ley en la mano!...

El presidente agitó los brazos desesperadamente y precipitó sus palabras hasta el tartamudeo:

– Esos discursos con que usted nos aturde prueban suficientemente la funesta influencia que puede ejercer sobre la ignorancia de los que le escuchan; pero bajo esas frases confusas se oculta un objeto claro y directo perseguido con habilidad y perseverancia. En todas partes busca usted y encuentra adherentes a la *Universal*, esa sociedad constituida en rebeldía con las leyes del Estado. Usted se propone agrupar en bandas compactas las masas aun divididas para formar un verdadero ejército popular regimentado y armando así los odios populares contra las clases directoras.

Celestino levantó el dedo con actitud profética:

– ¡Pronto sonará el fúnebre tañido anunciador del fin de los acaparadores del poder, de la riqueza y de la dicha!... ¡Pronto la sorda y ciega fuerza del proletariado se lanzará al asalto y derribará todas las barreras en su expansión irresistible!... ¡Esas lúgubres campanadas serán la señal de la extinción de una raza de verdugos, de la liberación de las naciones, del derrumbamiento de las fronteras, de las leyes injustas y criminales, de los gobiernos bárbaros y asesinos!...

– ¡Gendarmes! gritó el presidente exasperado; ¡hagan ustedes sentar al procesado!...

Augusto reemplazó al que acababa de ganar fama de charlatán.

– Usted ha pronunciado discursos incendiarios en varios sitios, especialmente en la taberna que servía de punto de reunión.

El pintor respondió con afectada modestia.

– ¡Yo... no, señor; mis palabras no han incendiado jamás una mala tienda... ni siquiera la trastienda de aquellos que lo merecen...!

– ¡Hable usted respetuosamente! Usted era amigo íntimo de Lavenir, y el día del atentado se le vio a usted en la Iglesia de San Maclou.

Augusto hizo un ademán grotesco.

– ¡Ya lo creo! El general me había invitado a la boda de su hija, y yo estoy lo suficiente bien educado para desairar a persona tan distinguida.

Como la concurrencia soltó alegre carcajada y hasta los gendarmes perdieron por un momento su gravedad, el presidente frunció el ceño y declaró que haría despejar la sala si el público se entregaba a manifestaciones inconvenientes.

– ¿Ha ayudado usted a Lavenir a fabricar el proyectil, y sabe usted dónde se procuró las materias necesarias?

El joven fingió reflexionar durante algunos instantes:

– Espere usía... Sí, recuerdo que una noche entré en su casa y vi algo en un puchero, y dije para mí, de fijo que eso es materia...

Las risas estallaron de nuevo llenando la sala, y redoblaron su intensidad cuando el presidente exclamo furioso:

– ¡Hujieres, despejen la sala!...

La sesión se inclinaba a lo grotesco. Los jurados reían con expresión benévola y dispuestos a la indulgencia. El presidente resumió brevemente el interrogatorio, considerando que era preferible abandonar a aquel estúpido y grosero burlón.

– Usted es anarquista, propagandista desenfrenado, escuchado con preferencia porque con ese humor vulgar se halla perfectamente al alcance de aquellos a quien se dirige; declara que sabía que el crimen se preparaba; es probable que haya usted ayudado a consumar. Esa actitud inconveniente de que usted ha hecho hoy alarde delante del tribunal, que trataba asuntos tan graves, será debidamente apreciada por el jurado.

Todas las miradas se dirigieron hacia la mesa de los cuerpos del delito, donde se hallaban amontonados los objetos más raros y heterogéneos.

– He aquí los vestidos manchados de sangre de un inocente de diez años arrancado a los brazos de su madre por la ceguedad feroz de sus iguales... He aquí el revólver con que el amigo de usted, su cómplice y jefe, se volvió contra honrados padres de familia. He aquí fragmentos de esa maldita bomba que hubiera podido costar la vida a una veintena de señoras

y señoritas y otros tantos hombres dignos y útiles a la sociedad... ¡y delante de todo eso usted ríe y bromea! ¡no hay duda que es cosa divertida!...

Un murmullo de aprobación recorrió las apretadas filas del público; el presidente sonrió, satisfecho de haber reconquistado su sala.

Augusto le miró fijamente, a la sazón verdaderamente serio:

– Señor presidente, la bomba ha tocado por accidente a un niño a quien no se dirigía, en tanto que la sociedad hiere todos los días a miles de seres débiles con conocimiento de causa. ¿Usted encuentra nuestras quejas vagas e injustas?... fácil será precisarlas y demostrar su verdad. Si usted quiere un ejemplo, no lo tiene lejos... pase algunas horas en los talleres de su hermano Darnetal, en la sección de mujeres y niños, y si no tiene bastante, consulte los registros del hospital, y cuente cuantas criaturas humanas, niños u hombres hechos se sacrifican, mueren cada año envenenados por un procedimiento de fabricación que podría sanearse si se consagrara únicamente la décima parte del beneficio que entra en la bolsa de ese patrón a quien nosotros damos el nombre que usted da a los nuestros cuando llegan a la desesperación: ¡asesino!

El presidente, sofocado de rabia, mandó a Augusto sentarse.

Los jurados movían la cabeza y se agitaban en su asiento como si les pinchasen. Algunos eran fabricantes, y pesaban en su justo valor esas perpetuas recriminaciones de los obreros... ¡si se les escuchara, todos los beneficios se convertirían en mejoras para ellos!... ¡Serían capaces de exigir canapés de terciopelo en los talleres!...

Tocó el turno a Arsenia Lavenir, a quien su abogado había recomendado calma y circunspección, si no por ella, al menos para no agravar la situación de su hijo. Su mirada, habitualmente dura, se había apagado; su actitud era torpe. Experimentaba profundos y nuevos sentimientos: cuando su hijo detestaba los actos violentos y rechazaba la venganza que pretendía inculcarle, despreciaba su dulzura y se mostraba incrédula ante los ideales de paz y fraternidad del joven.

Una vez cometido el atentado por aquellas manos que juzgaba débiles, aunque reverenciaba al autor, temblaba por el seguro desenlace del drama: ¡era su hijo, a quien amaba apasionadamente; los verdugos le tenían y no soltarían su presa! ¡Oh! ¡qué importaban ya a aquella madre el pueblo, los indiferentes, los desconocidos, cuando su corazón, su carne, iban a ser martirizados!

Un murmullo de compasión acogió su presencia en la barra. Emilio, con los ojos fijos en la desgraciada mujer, siguió dolorosamente su paso inseguro, sus miradas extraviadas, su labio tembloroso, y observó que había envejecido visiblemente los menos veinte años. Entonces a la vista de aquel desgarrador sufrimiento de madre, sintió el remordimiento abrumador y completo de su acto.

Las formalidades preliminares quedaron pronto despachadas. El presidente en voz baja, atenuada por la compasión, continuó el interrogatorio:

– Es usted viuda de Pablo Lavenir, obrero ebanista, muerto en Parós, en la insurrección de 1871. Usted guarda de aquella triste época un profundo resentimiento contra la sociedad, por eso entretenía usted en su rededor un foco de rebeldía, con sus violentos discursos y con el refugio que en su casa encontraban los descontentos y aun los perturbadores del orden público, convertida en centro de maquinaciones ilegales y amparo de los anarquistas más peligrosos. Además, usted como madre ha cometido el crimen imperdonable de dirigir el alma joven que se

le había confiado en voz de rebelión y de odio... La naturaleza de Emilio Lavenir era dulce, inclinada a las concesiones; sin usted, sin esa influencia funesta que le envolvió desde la cuna, hubiera llevado probablemente una vida honrada y pacífica. Usted, con sus excitaciones directas y con el deplorable ambiente de que le ha rodeado, le ha inculcado la cólera y la rebeldía... ¡Usted ha puesto la bomba homicida en manos de su hijo!... ¿Ha pensado usted en las tremendas responsabilidades que sobre sí pesan?... ¿No siente usted remordimiento por su obra?...

La viuda levantó lentamente la cabeza; su voz resonó con el acento de la suprema desesperación:

– ¡He visto demasiada sangre para olvidar, para perdonar!... ¡Mi marido, mis hermanos, nuestros amigos... todo cayó a mi alrededor!... ¡Ustedes nos han herido... nosotros herimos a nuestra vez!...

El presidente interrumpió con impaciencia:

– ¡Nosotros podemos sentir compasión hacia usted como mujer; ese odio es injusto. La sociedad ha herido a los suyos en virtud de su estricto derecho, defendiendo sus leyes violadas!...

Arsenia se irguió, sus ojos reconquistaron su brillo.

– ¡Qué leyes son esas!... ¡Ustedes las han hecho sin otra mira que ustedes mismos!... A nosotros nos tratan como si perteneciéramos a una raza inferior, y si esto es así, ¿cómo pretenden que aceptemos sus leyes?... Nosotros tenemos las nuestras, y acaso algún día se verán obligados a someterse a ellas.

El fiscal se agitaba impaciente, le parecía excesivamente benévola la actitud del presidente, y ante aquellas demostraciones Debruyere se reintegró en su carácter de juez y repuso con dureza:

– Eso que dice usted sólo sirve para agravar su situación y la de su hijo. Díganos usted ahora lo que sepa acerca del atentado.

La viuda respondió vivamente:

– Nada sé.

– ¿Sospecha usted que le haya ayudado alguien?

– No sospecho de nadie.

– ¿Ha tomado parte usted misma en ese trabajo?

La mujer tardó un instante en contestar, y lo hizo como manifestando una queja.

– ¡No! nunca me habló de ello...

Y volviéndose hacia su hijo le miró con avidez.

– Nada supe hasta el momento en que vinieron a decirme que había habido muertos... y vi que mi hijo tardaba en volver a casa... entonces reflexioné y adiviné... ¡Sí, adiviné!...

Su voz se ahogó en su garganta; todo su valor se desvaneció de repente, y ocultando su rostro con el delantal negro, quedó cubierto con un luto como representando la efigie del dolor...

La sala permaneció muda, herida por aquella desesperada tristeza. El presidente hizo una pausa. De los ojos de Emilio brotaban gruesas lágrimas, que no pensaba en enjugar.

Sin embargo, la mujer se dominó; bajó su delantal, mostró su semblante marcado por el sufrimiento y dijo con dificultad aunque con valor estoico:

– Puede usted continuar... yo responderé.

El presidente hojeó algunos papeles.

– ¿Albergaba usted algún compañero anarquista en el momento del atentado?

La boca de la viuda se crispó con amarga sonrisa.

– La policía debe saberlo.

– ¿Reconoce usted los procesados aquí presentes como clientes de su casa?

Los ojos de Arsenia se volvieron hacia el banco de los procesados, deteniéndose sobre Andrés Elkaz.

– Menos ese, a quien no conozco, todos son amigos.

Elkaz sonrió con ironía y se encogió levemente de hombros:

– ¡Claro está!... Yo no he ido jamás a casa de esa mujer.

– Sin embargo, observó el presidente, se asegura haberle visto en el establecimiento de usted.

– Yo no puedo reconocer a todos mis parroquianos... no puedo afirmar que ese joven no haya entrado nunca en mi casa, lo que sí puedo jurar es que nunca me he fijado en él.

– ¿Recibía si hijo de usted muchas cartas?

– Yo no veía su correspondencia. El cartero la depositaba en una cajita de donde él mismo la tomaba...

– ¿Le acompañaba alguien el día del atentado?

– Emilio salió solo a su hora acostumbrada... Yo creí que iría al taller.

– ¿Notó usted si llevaba algún objeto?

– No, señor.

– El proyectil fue fabricado en el cuarto de su hijo, ¿cómo no lo advirtió usted?

Entraba yo pocas veces a su cuarto, que arreglaba él mismo.

– ¿Quién venía a su casa por entonces?

– No sé. Yo pasaba el día en la sala y en la cocina; mi cuarto está en el piso bajo, no veía lo que pasaba arriba, y los visitantes de Emilio pasaban por el corredor sin que yo pudiera verlos.

El presidente hizo una señal con la mano.

– ¡Gracias! puede usted sentarse.

Arsenia, sin decir una palabra, se acercó a su hijo poseída de brusca emoción; se inclinó hacia él y depositó un beso ardiente sobre la frente del joven... La acción fue tan rápida, que ya estaba sentada en su sitio cuando se pensó en interponerse para evitarlo.

Este incidente impresionó tristemente a la concurrencia. Estableciéndose un penoso silencio cuando se oyó la voz turbada del presidente:

– ¡Andrés Elkaz!

Este saludó sonriendo; delgado y elegante con su traje de hombre de mundo, su ademán era libre y correcto.

– ¿Su padre de usted era rumano; su madre, criolla de la Martinico?

El joven se inclinó.

– Perfectamente.

– Usted ha sido educado en París por un pariente que tenía un gabinete de negocios no lejos de la Bolsa... cuyo tutor ha desaparecido recientemente estafando una centena de mil francos a sus clientes...

Elkaz protestó:

– La reputación de mi tío era inmaculada.

– ¡Usted querrá decir que su truhanería era cierta!... Usted ha sido despedido en todos los colegios donde ha sido colocado. En el colegio de Louis-le-Grand, robó usted el reloj a uno de sus camaradas.

– ¡Eso es una calumnia!

– Por lástima no fue usted procesado por ese hecho desgraciadamente cierto.

– He tenido enemigos desde mi infancia.

– De todas partes los maestros se quejan de la pereza y de los malos instintos que usted ha manifestado siempre.

– ¡He tenido un premio de honor!...

– Usted era temido y detestado de la mayor parte de sus camaradas.

– Sin embargo, me invitaban a pasar las vacaciones en su casa.

– Por desgracia para una familia que no quiero nombrar, porque usted arrastró a su hijo a una vía de desorden en que ya estaba usted hundido a pesar de su juventud.

- Se ha murmurado calumniosamente de mí.
- A los diecisiete años sustrajo usted una cantidad importante de la oficina de su tío; y éste, furioso, no quiso procesar al hijo de su hermana, o acaso poco afecto a que la justicia entrara en su casa, se contentó con despedir a usted. Desde entonces ha vivido usted de expedientes, o, para hablar más claro, del robo.
- Yo he sido secretario de un diputado.

Las risas estallaron de nuevo en el público, pero la mirada severa del presidente las sofocó en seguida.

– Frecuentaba usted sociedades muy diferentes; tan pronto sus compañeros de orgía de usted eran jóvenes ricos, cuyo dinero tomaba prestado o ganaba en el juego; como se le veía en compañía de estafadores y ladrones.

– Todo eso es muy exagerado... Bien nacido yo mismo, mi sociedad ordinaria era naturalmente el gran mundo; pero mis sentimientos humanitarios me inclinaban hacia los pobres.

– Hasta el presente ha sido usted lo suficientemente diestro para escapar a la acción de la justicia.

– Nada he tenido que ver con ella.

– En 1888 el nombre de usted se encuentra entre los de un grupo anarquista que se agitaba mucho. Usted formaba parte de la redacción de un periódico prohibido poco tiempo después de su aparición, titulado *La Revolución*.

– En él publiqué sencillamente artículos literarios.

– En 1890 encontró usted en Londres a Lavenir en una reunión anarquista y trabó conocimiento con él.

– Volvió usted a Francia con su nuevo amigo, se detuvieron en Bolonia con nombres falsos, y en la noche del 27 de septiembre cometieron un robo importante en casa de una señora llamada Mercier, en Amberville.

– ¡Es falso! En Bolonia sólo he estado de paso para ir a Inglaterra.

– Hay testigos que los reconocen.

– ¡Se engañan!

– Cometió usted diversos robos el año siguiente sin que se puedan precisar bien los cargos que resultan contra usted para proceder a su detención. Entre tanto usted ha continuado su existencia de estafas, de jugador tramposo, habiendo sido por este último hecho arrojado de un círculo decente, en el cual había usted logrado hacerse admitir.

Elkaz protestó:

– ¡Eso es un error! yo dejé aquel círculo por mi voluntad, porque mis opiniones políticas se hallaban allí contrariadas.

– De cuando en cuando usted asistía a reuniones ruidosas, colaboraba en periódicos revolucionarios, servía de intermediario entre compañeros anarquistas y estaba en relación con Souvairé, Chevalier y Paul Hem... Por lo demás, es de presumir que los amigos de usted no quedaron satisfechos de su celo, porque muchas denuncias anónimas parecían proceder de usted mismo...

– ¡Yo protesto con todas mis fuerzas contra esas odiosas imputaciones!

– Algunos papeles hallados en su casa dan fe de ello.

– Todo eso es una novela.

– En el mes de marzo de este año habitaba usted en un hotel de la calle Durantin, en París, donde Lavenir venía a visitarle.

– El encuentro fue casual.

– El 2 de marzo se introdujeron ustedes disfrazados y enmascarados en una quinta de Vesinet, mientras sus habitantes dormían, y se apoderaron de una cantidad en metálico y valores que representaban más de 60.000 francos. Al retirarse encontraron al criado Pedro Lestard y le hirieron de una puñalada; pero con la acción se le cayó a usted la careta y fue reconocido por la víctima.

Elkaz se encogió de hombros.

– ¡Todo eso es absurdo!...

– El 14 de marzo estaba usted en la Iglesia de San Maclou.

– Ni siquiera estaba en Ruán.

– ¿Pues dónde estaba usted?

– Tengo razones para no contestar.

Un murmullo de desaprobación resonó en la sala. El presidente sonrió.

– Se detuvo usted en el Havre, en el momento en que se embarcaba para Hamburgo, huyendo de la justicia, una vez ejecutado el crimen.

Elkaz protestó con energía.

– ¡Juro que se engaña usted!... Nada tengo que ver con el atentado de San Maclou, que ignoraba cuando se me detuvo... ¡Verdad es que he tenido intereses en Ruán, pero absolutamente fuera de este asunto... Se necesita estar loco para implicarme en este proceso!

El presidente se obstinó:

– ¿Ha ayudado usted en algo a Lavenir para la fabricación de su proyectil?

– No, señor.

– ¿Estaba usted en su compañía en el momento del atentado?

– No, señor.

– ¿Conocía usted el proyecto de su amigo?

– ¡No! Ni Emilio Lavenir era mi amigo, sino un conocido... Le encontré en Londres, en un medio donde pronto se establece el conocimiento... En Ruán no tuve con él otras relaciones que una visita que le hice para pedirle que me presentara al *Reveil*, donde deseaba colaborar, lo que ni siquiera tuvo efecto.

– ¿Y en París en el hotel de la calle Durantin?

– Nos encontramos algunas veces en la escalera y hablamos algunos instantes de cosas diferentes.

– ¿Y no hubo más?

– No, señor.

El presidente hizo un signo de incredulidad.

– ¡Está bien!... Eso es cuanto tenía que preguntar a usted.

Eran las seis. La luz desaparecía rápidamente de la sala, en la que se sentía un calor sofocante. Se levantó la sesión. La concurrencia, con la cabeza pesada y las piernas encogidas, se apresuró a salir, impaciente, sin embargo, por asistir a la sesión del día siguiente, considerando que el verdadero proceso comenzaría con el interrogatorio de Lavenir.

## CAPÍTULO V

Eran las doce y cuarto, y el público se impacientaba en la amplia sala de la Audiencia. Los periódicos recién impresos pasaban de mano en mano, y la lectura de las diatribas inflamadas por los escritores aumentaban la excitación de los ánimos e irritaban los cerebros.

Cuando se interrogaba a los procesados, cuando se les tenía a la vista, la discordancia de sus doctrinas, la falta de unidad de su esfuerzo se imponía. Aparte de eso, adquirirían una grandeza siniestra; su silueta se afirmaba; la conspiración contra el orden, la burguesía y el capital, se presentaba clara y amenazadora.

Debido a ello, aquel día, cuando Lavenir se presentó entre los gendarmes con su aspecto fatigado, el rostro pálido, enflaquecido y los ojos hundidos en las órbitas, se produjo repentina y espontáneamente un rumor de reprobación, y la palabra ¡asesino! Brotó inconsciente lanzada por veinte voces exasperadas.

El joven levantó la cabeza; súbito rubor enrojeció sus mejillas; pero, encarándose con la multitud, la devolvió su desprecio en una mirada. Después sus ojos se fijaron en Ruth, que en el mismo sitio que el día anterior, inmóvil, observaba el tumulto. La presencia de aquella mujer era para él una herida y una alegría profundas, recordándole sus dolorosas decepciones, el desvanecimiento de su sueño de amor, y, sin embargo, la consideración de que llenaría hasta la última hora el pensamiento de aquella mujer deslizaba en él un sentimiento de dulzura inefable, complaciéndose en la suposición de aquellos supremos instantes en que la vería aún antes de hundirse en la oscuridad de la nada final. Si la crueldad fría de aquella mujer se hubiera

atenuado, si no hubiera tenido valor para asistir a aquella ceremonia ociosa, habría caminado rápidamente el joven hacia la sangre, falto de fuerzas, porque nada le hubiera retenido ya en la tierra.

El tribunal había entrado; se dio pronto curso a las formalidades rutinarias, y el presidente Debruyere y el procesado Lavenir se encontraron frente a frente.

- Ha sido usted educado en el odio a la sociedad.
- Ha abierto los ojos a las miserias que me rodeaban.
- Sin embargo, usted no sentía los efectos de la pobreza; su vida estaba asegurada, era fácil, casi dichosa.
- Si hubiera sufrido personalmente, hubiera sido absorbido por mi propia desgracia y hubiera sentido menos la que pesa sobre los demás.
- ¡El razonamiento es sutil! Entonces, partiendo de ese principio, los ricos serán los más aptos para compadecerse de las desdichas del pueblo...

Un relámpago brilló en los ojos de Emilio al oír la irónica observación del presidente, y respondió con brevedad:

- La experiencia prueba que no es esa la verdad.
- Usted estaba en relación con anarquistas franceses y extranjeros, y el atentado por usted cometido fue largamente meditado entre ustedes... No es sólo su brazo el que arrojó la bomba...
- Si usted quiere decir que alguien me ha aconsejado o ayudado, se engaña. Declaro formalmente que yo solo he concebido y ejecutado mi proyecto, sin dar conocimiento de ello a mis amigos.

Una sonrisa de incredulidad pasó por los labios del presidente.

- ¿Cómo explica usted la partida de su misterioso amigo Paul Hem?
- El doctor no tenía nada de misterioso; su puerta estaba siempre abierta para los pobres. Probablemente se habrá ido de Ruán y aun de Francia, descorazonado por el espectáculo de miseria y de caos que actualmente ofrece la nación.
- Usted formaba con varios individuos una asociación contra la paz y el orden establecido.
- Niego en absoluto toda asociación entre mis amigos, que injustamente se han traído aquí, lo mismo que entre los que se les han escapado. Para mí no son más que compañeros; es verdad que a veces hemos discutido juntos asuntos más importantes para nosotros que nuestra vida misma, pero no ha habido jamás acción común de propósito ni de acción... Deseábamos todos con entusiasmo obtener para nuestros hermanos la felicidad y la libertad, pero cada uno seguía vías diferentes para alcanzar ese fin... En cuanto a mí, lo repito, no he consultado con nadie mi proyecto, ni persona alguna de cuantos me rodean ha tenido conocimiento de él antes de su ejecución.
- Sin embargo, las materias que han servido para la confección de la bomba le han sido a usted facilitadas por Paul Hem.

Emilio quedó silencioso un instante.

– No, dijo al fin; no las he tenido por esa vía.

– ¿Cómo, pues?

– Ese es mi secreto.

– La amiga de usted ocultaba en su casa productos explosivos que usted le había confiado, y ha declarado conocer el propósito que usted abrigaba.

– Eso no es exacto. Luisa sabía que yo había hecho un proyectil; pero ignoraba dónde y cuándo se emplearía; ni siquiera sabía si había de usarle yo u otro.

– Podía sospechar en laguna otra persona de las que rodeaban a usted.

– Estoy seguro que Luisa no sospechaba de nadie. Además, ella no conocía mis amigos ni mis relaciones.

– ¿Pudo ella saber que usted poseía un objeto tan terrible sin preguntar nada sobre el particular?...

Emilio hizo un gesto de indiferencia.

– Sin duda; en nuestro medio, semejante secreto no tiene la importancia que ustedes le atribuyen.

Un murmullo de indignación se elevó sobre la sala. El presidente movió la cabeza.

– Será sin duda porque el atentado nos amenaza.

Y volviendo al interrogatorio:

– Se le ha visto a usted en la iglesia con una mujer. ¿Era su amiga?

– Yo estaba solo.

– Augusto León ha sido visto en la iglesia... Delante del juez de instrucción ha declarado haber penetrado en ella.

– Es posible; después de la explosión, supongo que entraría una multitud de curiosos; pero nadie me acompañaba.

– ¿Quién ha ayudado a usted en la confección de la bomba?... porque esa confección es peligrosa y usted no es químico.

– Yo la hice por medio de una receta.

– En efecto, dijo Debruyere marcando irónicamente las palabras, una receta escrita de puño y letra de Paul Hem...

La sala produjo un murmullo de atención, y en los labios del presidente se dibujó una sonrisa de triunfo.

Emilio respondió lentamente:

- Yo mismo copie la receta, tomando la fórmula de un libro de preparados químicos.
- ¿Dónde está ese libro?
- Me deshice de él.
- ¿Cuál era su título?

Emilio nombró sin vacilar un libro conocido.

- ¿Dónde se lo procuro usted? porque ese libro está prohibido en Francia.
- No puedo responder.
- ¿Se lo dio Celestino Bergés o el profesor de usted en ANARQUÍA, Souvaire?
- Celestino Bergés es de opinión moderada y contraria a todas las demostraciones de violencia directa. Precisamente éramos amigos porque suponíamos posible la concordia con los ricos empleando la dulzura.
- ¡Excelentes medios de dulzura los suyos! exclamó el presidente.
- Hablo de las ideas que sustentaba antes de convencerme de que me engañaba.
- ¿Quién ha producido esa modificación en sus ideas?

Emilio bajó la cabeza para no ceder a la tentación de dirigir sus miradas a Ruth.

- Eso es cosa mía...
- Sin duda los discursos violentos de sus amigos han causado esa rebeldía repentina.

Emilio respondió con un gesto de mal humor:

- ¿Para qué sirven todas esas palabras?... ¿No se sabe ya bastante?... ¡ya he dicho todo! He fabricado solo mi bomba; la he llevado oculta bajo mi americana, la oculté en la iglesia bajo las flores a la izquierda del coro, donde me senté y esperé... Nadie me habló ni miró... me levanté, cogí mi proyectil y lo lancé... Por desgracia, un obstáculo con que no había contado, la desvió, y mató un niño en vez de destrozar diez malhechores... Después tuve la torpeza de dejarme prender; ahora estoy en sus manos, mátenme... puesto que sus leyes, que prohíben el asesinato, les permiten asesinar me... ¿Qué me importa? Yo no tengo empeño en vivir... pero estén seguros de que mi muerte no destruirá el germen de la rebeldía... diez, cien desconocidos me vengarán, y vendrá un día en que sus verdugos, hartos de sangre, se negarán a cumplir su odiosa tarea.

Un corto silencio siguió a la salida vehemente del procesado.

- Así, repuso el presidente, ¿usted quería herir y matar lo más posible?
- Sí.

Un grito de indignación se escapó de todos los pechos. Entonces un jurado, cuyo semblante vulgar de burgués ahíto se manifestaba preocupado por una idea, cosa que debía de ocurrirle pocas veces, preguntó al presidente:

– ¿Se me permite hacer una pregunta al acusado?

– Puede preguntar el jurado.

Todas las miradas se fijaron en el hombre gordo.

El preguntante se tomó el tiempo necesario, al cabo del cual destacó su pregunta sílaba por sílaba.

– ¿Y el edificio? ¿Tenía usted el propósito de destruirlo?

Ante aquella pregunta, importante en derecho, pero extemporánea, Emilio no pudo menos de sonreír.

– ¿El edificio?... ¡Me importa tres cominos!

Estalló una risa general. El presidente dirigió una mirada ceñuda al auditorio y renació la calma. Después dijo con sarcasmo.

– Quería usted matar, y sin embargo temía por la propia existencia... Cumplido el crimen, huyó usted, luchando desesperadamente para sustraerse a la cólera de las gentes honradas.

– Quería vivir para ejecutar un segundo proyecto... Después me hubiera dejado coger.

– ¡Eso hubiera quedado por ver!... Usted y sus iguales tienen miedo a la muerte.

Emilio sonrió con desprecio sin responder.

– Tiene usted veintidós años, la vida hubiera podido ser larga y útil a sus conciudadanos; pero habiéndose usted sustraído siempre al cumplimiento de sus deberes sociales, adoptó otros falsos y criminales.

– Cuestión de apreciación.

– Se sustrajo usted al cumplimiento del servicio militar; es de los que niegan la patria, que desgarran la bandera.

– Sí, execro el oficio de soldado, es cierto, y me aproveché de mi cualidad de hijo de viuda que me eximía de él.

Debruyere movió la cabeza.

– Sí, se declaró usted sostén de viuda, cuando lo contrario, es decir, que su madre atendía al bienestar de usted es lo positivo.

Emilio le miró fijamente.

– Que yo sepa, mi madre está muy distante de poseer las rentas que la señora viuda Girardet, hermana del señor presidente Debruyere. Sin embargo, el hijo de esa señora se eximió del servicio el mismo año que yo, alegando el mismo motivo.

Una risa irresistible estalló extendiéndose hasta el mismo relator. Decididamente el presidente era poco afortunado con su familia, por lo que interrumpió con rabia:

– ¡Otra cosa, Lavenir! ¿Quiere usted aclarar un punto interesante?... ¿Qué hizo usted desde 1º de Julio al 30 de Septiembre de 1890?

El rostro de Emilio se cubrió de vivo sonrojo.

– Fui a Londres, enviado por mi patrón, M. Weil, para perfeccionarme en el corte de ciertos vestidos.

– Usted se ruboriza, Lavenir, observó el magistrado pérfidamente, y yo diré por qué... Lo que usted alega era el objeto aparente del viaje, pero usted no permaneció todo el tiempo en Londres.

Emilio interrumpió con fuego:

– ¡Sé de qué se me acusa!... ¡Protesto! ¡Es falso, archifalso... Yo no soy ladrón!

– ¡Cuidado Lavenir!... Usted ha declarado su crimen, sus sentimientos fuera de la buena vía; ahora le obligaremos a reconocer que esas manos blancas, que yo veo enrojecidas con la sangre de las víctimas, se han tendido para recibir el producto del robo.

El joven se puso pálido.

– ¡Yo no he robado! repetía apretando los dientes, presa de terrible angustia. ¡He matado, sí; pero juro que no he asesinado!...

– En Londres, donde aparentaba usted seguir las instrucciones de su patrón, asistía con asiduidad a las reuniones anarquistas... Se ha visto usted con Souvaire, Grenier, Lazare y Malcotti.

– No lo niego.

– Tres de esos amigos de usted han muerto en el cadalso; eso debiera haberle hecho reflexionar.

En la sala se produjo un murmullo de reprobación contra la cruel observación del presidente. Emilio calló, mientras el presidente, deseoso de reparar su inconveniencia, repuso con vivacidad:

– Una noche habló usted en una de esas reuniones... Poseemos una carta de un compañero elogiando la elocuencia y energía con que, a pesar de su juventud, se expresó usted... y sabido es que en esos medios sólo se considera elocuente y enérgica la apología más o menos violenta del desorden y del crimen...

– Usted se equivoca... sólo hablé de cuestiones obreras.

– ¿Usted vio también en Londres a Andrés Elkaz?

A esta pregunta Emilio manifestó un momento de vacilación, y redobló la atención del público.

– Sí, respondió resuelto a no ocultar nada.

- Se unió usted íntimamente con él.
- No, apenas si le he visto tres veces. Pasaba por rico y no frecuentábamos la misma sociedad.
- El 25 de Septiembre se le vuelve a encontrar a usted en Bolonia en compañía de Elkaz.
- ¡Falso! protestó Emilio enérgicamente.
- Los testigos lo probarán. El 27 cometió usted un importante robo en Londres, cuyo producto partió usted con Elkaz.
- ¡Eso es una abominable novela!... Salí de Londres el 29 o el 30, no recuerdo con exactitud, pera volver a Ruán pasando por Havre... Nunca he estado en Bolonia.
- ¿Puede usted probar su presencia en Londres desde el 25 al 29?

Emilio hizo un gesto desesperado.

- ¡Cómo es posible, después de tres años!...

El presidente continuó tranquilamente:

- De vuelta a Ruán, volvió usted a su vida ordinaria, sin perder de vista, no obstante a Elkaz, que visitó a usted varias veces.
- Le encontré en el muelle el año pasado; por cierto que tuvo que nombrarse, porque no le conocía; hablamos durante diez minutos, nos separamos, y no le he vuelto a ver hasta ahora.
- Él ha ido a la casa de usted.
- No es cierto.
- Usted estaba en correspondencia con él.
- No nos hemos escrito nunca. Repito que apenas nos conocíamos.
- Entonces, ¿por qué fue usted a buscarle a París?

Un carmín de impaciencia volvió a las mejillas de Emilio.

- Fui a París para asuntos personales... Por casualidad nos encontramos en el mismo hotel y hablamos en un pasillo...

Hubo un corto silencio; el presidente sonreía y los jurados se miraban entre sí moviendo la cabeza. El abogado de Lavenir trató de prevenir el mal efecto de la sincera respuesta de su cliente:

- Los señores jurados observarán que Lavenir conocía muy poco París. Paró en un hotel que le habían recomendado unos amigos, casa únicamente frecuentada por anarquistas... Nada tiene de extraño que Elkaz, anarquista también, se encontrara allí.

El presidente, sin añadir nada a la observación, continuó el interrogatorio.

- ¿Estuvo usted en Vesinet el 2 de Marzo en compañía de Elkaz?

- Lo niego.
- Tenemos testigos.

Emilio tuvo un arranque de indignación.

- ¿Para qué había de mentir en estas circunstancias?... ¡Qué me importa un cargo más o menos!... ¡De todos modos estoy seguro de mi condenación!

El presidente sonrió con malicia.

- Usted olvida ahora la vanidad... ¡La vanidad, que es el móvil poderoso que impulsa a los anarquistas!... ¡Usted pretende un lugar en el martirologio que los suyos han erigido a sus antecesores... Acaba usted de manifestarlo, poniendo el orgullo en haber matado y rechazando la degradante acusación de robo y asesinato... Como si una bomba lanzada sobre personas indefensas no fuera el crimen más cobarde que puede concebirse!...

Emilio tembló de cólera:

- Señor presidente, no sé qué dirán testigos imbéciles, prevenidos y pagados, pero ¡protesto con todas mis fuerzas! ¡Nunca he estado en Bolonia, ni en Vesinet, ni he visto a Elkaz en otras circunstancias que las referidas; ni nunca, jamás, he poseído otro dinero que el producido por mi trabajo!...

Todos los presentes se mostraban visiblemente fatigados de aquel debate en que el acusado se mostraba firme. Los jurados disimulaban los bostezos o bostezaban francamente. El presidente concedió un descanso.

Durante la suspensión, Emilio permaneció sentado con la cabeza entre sus manos, desalentado, cansadísimo de aquella lucha encarnizada que había de sostener, no para defender su vida, sino contra la deshonra con que se pretendía mancillar sus ideas, contra el envilecimiento de su personalidad. Aquello era una batalla enervante que no pudo prever durante las horas solitarias de su prisión, en que se representaba el día del juicio oral casi con júbilo, como la ocasión de lanzar su pensamiento a los ecos del mundo.

A la continuación de una audiencia, se procedió a la audición de testigos. Aquello fue un interminable desfile, un recuelo fastidioso de los mismos hechos repetidos, anonadados o desnaturalizados.

Comparecieron los primeros un tío y una tía del monacillo muerto, en sustitución de la madre, que por hallarse enferma no pudo presentarse. El hombre con cara embrutecida de consumidor de agua bendita; la mujer, flaca, negra y de aspecto hipócrita. Sus quejas lloronas, sus reclamaciones de mendigos, carecieron de importancia; la acusación se arrepintió de haberlos llamado; se les despidió en seguida. Vinieron luego el agente Guyon y el peluquero Thirion, ambos radiantes: el primero ostentando la cruz que le había ganado su herida; el segundo, orgulloso de la fama que alcanzó en el barrio por su conducta heroica con la detención de Lavenir.

Ocuparon mucho tiempo al tribunal con detalles pueriles de la persecución y captura del reo, repitiendo sin compasión un relato que todo el mundo había leído y releído hasta la saciedad. Los jurados dormitaban; el presidente interponía a veces nimiedades; los abogados hablaban entre sí. Llamaba la atención Ruth Etcheveeren, y comenzaba a murmurarse acerca de su capricho por el joven anarquista.

El químico Gerard, con sus lentes y su gran bigote que le cubría la boca, explicó minuciosamente la naturaleza, la forma y los efectos del proyectil, despertando un poco la atención con sus detalles técnicos.

– ¿Conque, preguntó el presidente, a juicio de usted, si la bomba no hubiera sido providencialmente desviada, hubiera podido matar más de veinte personas?

– Seguramente.

Un estremecimiento de horror recorrió la sala. Parecía que se contaran los cadáveres.

El presidente se mostró satisfecho por el efecto a tan poca costa obtenido; en seguida puso término a la declaración por entretenerse demasiado sobre el valor de que había dado prueba Lavenir efectuando una preparación tan peligrosa como delicada.

Después de la audición del director del laboratorio, aquello fue el caos: testigos torpes y contradictorios y una concurrencia distraída, hundían el interesante proceso en las sombras de la pequeñez.

Renació el interés cuando se presentó la gerente del hotelillo de Bolonia donde se suponía que Lavenir había parado en compañía de Elkaz tres años antes.

Puesta en presencia de Elkaz le reconoció sin vacilación y dio detalles precisos sobre su estancia en su casa, pero delante de Emilio se turbó.

– ¿Reconoce usted al procesado?

– El otro tenía un compañero...

– ¿Era Lavenir?

– Creo...

Emilio, que escuchaba con las mejillas encendidas y los ojos chispeantes, exclamó indignado:

– ¿Qué cree usted?... ¿Me reconoce, si o no?...

La mujer perdió toda seguridad.

– Encuentro semejanza en la estatura, el ademán... Pero me parece que no son los ojos del otro... y luego que era más moreno...

– Quizá se teñiría los cabellos, insinuó el fiscal.

Emilio le lanzó una mirada de indignación.

El guarda rural de Amberville, la localidad inmediata de Bolonia, donde el robo se efectuó tres años antes, declaró a su vez. La víspera del atentado encontró dos hombres en un camino de travesía, a poca distancia del pueblo, y como no eran del país, le llamaron la atención. Cuando fue llamado al lugar del crimen, designó inmediatamente los autores, declarando que guardaba tan exacto recuerdo de ellos “que podría hacer su fotografía”.

Delante de Elkaz, el guarda le reconoce inmediatamente; pero respecto de Lavenir, dice sacudiendo la cabeza:

– Este no es mi otro hombre. El que yo vi era más bajo, más bien grueso y con cabellos castaños.

No se insistió más, y se presentó la criada que, habiendo oído ruido en el piso bajo, se levantó, acudió y fue pegada, amordazada y herida en el pecho con un cuchillo, que, aunque designó a Elkaz con seguridad, incurrió en contradicciones y dudas que quitaban todo valor a su deposición.

El agente Dumesnil hizo su declaración. Frecuentaba hacia tiempo la taberna Lavenir bajo falso nombre, y observó que allí se celebraban reuniones clandestinas, donde se hablaba siempre con la mayor violencia y se albergaban los anarquistas de paso. El doctor Paul Hem se presentó allí alguna vez; los otros procesados eran concurrentes asiduos. En cuanto a Elkaz, certificaba haberle visto una sola vez en la calle de la Verrerie.

– En la instrucción ha dicho varias veces...

– No pienso haber dicho eso, mi presidente, y si acaso me equivocaría.

– Diga usted cuándo y cómo vio a Andrés Elkaz.

– Fue en el mes de agosto del año pasado... Fui a hacer una partida al café Lavenir, con el propósito de tener noticias de tres compañeros que se habían señalado en camino hacia Ruán, cuando Elkaz, que reconozco perfectamente, entró y preguntó a la patrona: “¿Han llegado ya los compañeros?” Ella respondió que no, y, después de una corta vacilación, salió. Salí yo también con un pretexto, y le seguí, porque el sujeto me pareció un tipo interesante, pero caminaba deprisa y se me descabulló. No insistí en su busca, porque no tenía orden particular de seguirle.

Elkaz protestó:

– ¿Cómo puede usted afirmar que reconoce al cabo de seis meses a un hombre que ha entrevistado durante cinco minutos...

El agente ofendido se intrincó en explicaciones confusas; pero el presidente le impuso silencio, descontento del efecto de aquella deposición.

Con Pedro Lestard, el criado de la quinta robada en Vesinet, comenzó de nuevo el interés del debate. También éste había visto a los ladrones enmascarados, y designaba a Elkaz con seguridad.

– ¡Estoy seguro que uno de los dos era este hombre!... Había traído una lámpara y había suficiente claridad en la pieza... Cuando este miserable se arrojó sobre mí, cayeron su antifaz y su barba, y distinguí perfectamente su cara... ¡Es él, juro que es él!...

– ¡Esto es infame!... ¡este hombre miente!... balbuceó Elkaz muy pálido.

– ¡No miento ni me equivoco! exclamó el doméstico con energía; ¡cuando se ha visto a uno inclinado sobre sí, amenazándole con un puñal, y después ha sentido uno penetrar el hierro bajo la piel no se olvida la cabeza del individuo!... ¡No es que lo haya soñado una noche! ¡Estoy bien seguro de que es usted aquel infame!...

– No se permite injuriar, dijo afectuosamente el presidente. Háblenos usted del otro procesado.

El hombre pareció indeciso.

– ¡Oh! con este ya es otra cosa... El otro malhechor no se acercó a mí y conservó su careta y su barba... Sin embargo, tal vez le reconozca.

Emilio se acercó con calma.

El criado le examinó en el silencio ansioso de la concurrencia.

– No puedo asegurarlo, tal como está ahora, declaró al fin.

A un signo del presidente un ujier presentó una careta y una barba postiza que mandó poner a Emilio.

– ¡Señor presidente, exclamó el joven angustiado, disfrazado así, todo el mundo tiene la misma apariencia!...

Pero el magistrado repitió la orden imperiosamente, y hubo de obedecer, temblando de fiebre.

Pedro le miró detenidamente.

– No, declaró decididamente; no es él; el otro era más bajo y más grueso.

Un suspiro de satisfacción fue lanzado por la concurrencia, y aun resonaron algunos comprimidos aplausos.

Emilio se sentó, enjugándose con su pañuelo el sudor que bañaba sus sienes. Se sentía empequeñecido por aquellos debates ridículos.

Sucedió después una procesión insípida de vecinos, de capataces, etc., que atestiguaban la propaganda anarquista de los procesados. Una tahonera aseguraba por Charrier le había amenazado con incendiar la casa si no le fiaba a más largo plazo. Murmuraciones, frases acogidas al vuelo, la mayor parte inoportunas, así pasaba el tiempo, y entretanto el calor aumentaba, la respiración se hacía imposible, hasta que se dio orden de abrir las ventanas.

Comenzaban a desfilar los testigos de descargo. El clérigo Bulot, que se presentó el primero, no alcanzó el efecto de enternecer al auditorio con una pesada homilía en que se comparaba con Cristo perdonando a sus atormentadores. Se le escuchó por deferencia, pero se retiró en medio del más mortificante silencio.

El señor Weil, patrón de Lavenir, hizo una declaración breve y sólida. Lavenir era su mejor empleado; de instrucción superior, de carácter dulce y de sentimientos elevados. Juzgaba que alguien hubiera ejercido un imperio funesto sobre él para llevarle a la realización de un acto contrario a su modo de ser.

– ¿Se refiere usted a Paul Hem? preguntó el presidente.

– Influencia de mujer; repuso brevemente el industrial.

Debruyere pareció muy contrariado por esta respuesta que no esperaba. Alrededor de Ruth Etcheveeren se produjo un movimiento de ávida atención.

– Explíquese usted, dijo el presidente por pura fórmula.

– Es asunto privado, contestó el señor Weil. Podría probar que tiene derecho a circunstancias atenuantes que la opinión pública no podría concederle... Por lo tanto, es inútil sondear indiscretamente en su vida privada.

Una desilusión se manifestó en el público. Emilio recompensó a su patrón con una mirada de gratitud.

Al tratar de los supuestos robos del joven, Weil protestó con indignación.

– ¡Lavenir es un anarquista; pero un ladrón, imposible! ¡Yo le envié a Londres en 1890, pagué su viaje y le subvencioné con largueza; no tenía necesidad de robar!... ¡Es un joven honrado que no tiene vicios, que carece de gustos dispendiosos y que, lo repito bien alto, es incapaz de ninguna indelicadeza!...

Un gran rumor se levantó en la sala.

– Ya lo ve usted, observó el presidente; se protesta ante la apología de semejante culpable.

Pero Weil se mantuvo firme:

– ¡Sé lo que me digo!... Lavenir ha podido cometer un crimen que reprueba tanto como el que más, pero que para los anarquistas es un título de gloria... Es un espíritu falseado, desviado si se quiere, pero no es un vulgar malhechor... Le conozco desde su infancia y puedo hablar de él con conocimiento de causa.

Cuando se retiró cambió un riguroso apretón de manos con Emilio, cuyos ojos se velaron de emoción.

Los patronos de Bonthoux y de Augusto no se mostraron tan favorables; pero ambos atestiguaron la conducta regular y el trabajo excelente de los dos obreros.

La señora Brunet depuso en favor de Luisa Berthier, manifestando con su aspecto tranquilo la lucha sostenida contra la miseria de aquella triste vivienda de los Lenoelle, donde se cebaba la desgracia. Seguramente que la sociedad que frecuentaba Luisa le volvía el juicio, pero no podía ponerse en duda su buen corazón. Respecto a Lavenir, siempre le había visto complaciente y dulce. Había consultado muchas veces a Paul Hem, elogiando mucho su bondad hacia los desgraciados, y declaró que nunca le había oído hablar de política.

Unos amigos de Charrier atestiguaron su falta de trabajo, que desesperaba al obrero. Era un buen trabajador y excelente compañero, no más anarquista que tantos otros.

La entrada del Dr. Broliet, encargado de examinar el estado mental de Lavenir fijó la atención del público.

El doctor había estudiado al procesado detenidamente en su célula; le representó como nervioso, impresionable, neurótico, llegando hasta invocar la irresponsabilidad. Los jurados escuchaban seducidos por tanta ciencia. Emilio se levantó bruscamente, y dijo:

– ¿Trata usted de hacerme pasar por loco? ¡Qué disparate! Interrogue usted a mis amigos, a mis patronos, hasta los empleados de la cárcel, y todos atestiguarán que no he cometido la menor excentricidad. Si he parecido a usted nervioso es porque me impacientaba con sus visitas y con sus peticiones... ¡No, no se hable aquí de locuras!... ¡Yo estoy sano de espíritu y reclamo la responsabilidad de mis actos!

A tan brava declaración, estallaron los aplausos; el doctor se embrolló en explicaciones ininteligibles y se retiró.

Agotada la lista de los testigos, se levantó la sesión quedando para la siguiente los discursos de acusación y defensa y probablemente el veredicto.

## CAPÍTULO VI

La multitud, a pesar de la lluvia que desde primera hora de la mañana batía sin cesar, se apiñaba alrededor del Palacio de Justicia. Se sabía que la sesión comenzaría a las diez, con suspensión de una hora al medio día, porque el Tribunal estaba decidido a terminar pronto aquel proceso.

El cielo estaba sombrío, el aire era frío y húmedo; pero la multitud sufría y esperaba con paciencia, con los vestidos calados, los pies en el agua, exhalando fuerte olor de suciedad y miseria.

Tocando a las puertas se hallaban las figuras repugnantes de los concurrentes asiduos a los juicios de procesos ruidosos, que se empeñaban en abrir paso hasta la sala de audiencia, aunque sabían que no podían entrar, toda vez que las invitaciones sobran para llenarla. Después seguían los grupos de obreros sin trabajo o que perdían aquel día, ávidos de conocer la marcha del proceso y la sentencia. Las conversaciones eran tranquilas y sostenidas en voz baja, porque los policías surcaban la concurrencia en todos sentidos, acompañados de numerosos agentes sin uniforme, que se reconocían fácilmente por su mirada penetrante e inquisitiva, ligeramente inquieta, y por la facilidad con que se abrían paso entre los grupos más compactos.

Sin embargo, a pesar de la prudencia observada, existía un estado febril latente; había entusiasmos comprimidos. Los cuerpos se erguían; los ojos brillaban; una chispa hubiera bastado para encender aquel gran foco de rebeldía.

La sala se hallaba tan oscura, que fue necesario encender el gas. El fiscal Peramy, con su fisonomía obstinada, sus rasgos salientes y su mirada fría e intolerante comenzó la lectura de la acusación, con voz clara y con inflexiones convenientes y aun artísticamente apropiadas a las ideas.

– «Señores: Si existe un deber penoso, frecuentemente repetido en nuestra época perturbada, es el que me obliga a reclamar su justo rigor contre un hombre, cuyo crimen ha sido resultado, menos de instintos perversos, de un objeto de lucro o de una bestialidad casi irresponsable, que de un deplorable fanatismo.

»Esa exaltación funesta que causa tantos crímenes, que ha causado el que nos reúne hoy, ha contribuido algo a disminuir la desigualdad fatal de las situaciones, los rigores que la existencia reserva para algunos; pero se nos presenta también como obra de tantos hombres políticos, que, imprudentes y culpables, han fundado su fortuna sobre odios hábilmente fomentados. Es igualmente obra de escritores, algunos eminentes, que, por ambición unas veces, por mal entendido amor de la humanidad otras, han caldeado los espíritus, abierto los escapes y dado forma tangible a las locas y vagas reivindicaciones de la multitud. Sobre todo es resultado de la educación que se ha querido dar al pueblo, la consecuencia, el fruto natural de nuestra sociedad democrática, de ese estado en que nos hallamos sumidos en que, no sólo no existe ya unidad de creencias, sino que todo se ha roto, desmenuzado y cernido por el cedazo de la

revolución y del libre examen, en que diariamente el periódico, el libro y la palabra discuten todo: la fe religiosa y la fe política, las convicciones antiguas y las ideas modernas, los hombres y las instituciones. ¡Tiempos de duda, de negación y de incertidumbre espantosa para las almas!... Tiempo en que los hombres van errantes, inciertos acerca del Mal y del Bien, cogiéndose a sombras engañosas, extraviados, huyendo como insensatos de la resplandeciente luz de la fe que iluminó los siglos pasados, que luce aún, siempre intensa, aunque velada tras nubes oscuras manchadas de sangre acumuladas ante ella por una horda de demoniacos.

»Miremos al criminal que se ofrece a nuestras miradas; él y sus iguales son bien desgraciados; la censura se remonta más alta que ellos, ya que no son sino la consecuencia de la marcha de la sociedad hacia la irreligión, hacia un fin de desorden organizado, en el que ni las personas, ni las conciencias, ni las propiedades tendrán apoyo ni defensa.

»Lavenir no es un malhechor vulgar; su atentado no se funda en un motivo innoble. Ha defendido su vida con vigor, a pesar que desde la preparación de su bomba se hallaba de hecho destinada al sacrificio. Este hombre ha obrado bajo el impulso de una fuerza irresistible, la del fanatismo. Su alma, encauzada por la religión, hubiera podido ser un foco luminoso que resplandeciera en la modesta esfera en que la colocó el destino; entregada a sí misma, a los funestos errores que la rodeaban, se ha convertido en la tea siniestra que incendia y destruye. Lavenir es menos culpable que aquellos, desconocidos para él mismo, que desviaron su espíritu, cegaron sus ojos, armaron su brazo y le precipitaron contra la sociedad, como una locomotora lanzada a gran velocidad que destroza a su paso, terriblemente inconsciente, cuanto le sirve de obstáculo.

»¡No nos rebajemos injuriando a ese infeliz, pero permanezcamos fuertes y severos para el castigo de su acto, porque no es él solo a quien perseguimos, sino a sus discípulos, a sus imitadores y sobre todo a sus maestros!

»¿Qué se proponía? ¿qué se proponen todos? ¡la ruina de nuestra sociedad!... ¿Lo hemos de tolerar en silencio? ¿Bajaremos débilmente la cabeza? ¿Cederemos a la ola creciente y amenazadora?... ¡Ellos van a un ideal vago, complejo, esperando que la felicidad universal nazca de los mares de sangre que habrán derramado, de los escombros que en su estúpido furor hayan esparcido!... ¿Les dejaremos cumplir su tarea? ¿Nos dejaremos asesinar cobardemente?

»No, señores; levantemos nuestra cabeza y nos defenderemos contra esos dementes, contra esos ignorantes, lo mismo que contra aquellos otros más conscientes que los impulsan. ¡Sí, nos levantaremos engrandecidos por nuestra indignación; no permitiremos que se destruyan unas instituciones que, como nuestras creencias, son la base de la sociedad. No permitiremos que la tiranía despótica, jacobina y revolucionaria grave sobre nosotros y extienda su férrea mano sobre nuestras personas, sobre nuestros corazones!

»No hemos de ocultárnoslo, nos hallamos en un recodo del camino de la vida social. Pronto, si no damos un empuje vigoroso, desaparecerá a nuestra vista el glorioso pasado, y nos encontraremos en medio de aquellos tiempos nuevos que atraen los clamores anarquistas. Sin Dios, sin amos, sin leyes, que ese es el desideratum de esos desalmados. He ahí el resultado que han dado de sí los dogmas de impiedad, el espiritualismo insuficiente, el positivismo despojado de ideal, el brutal materialismo y la quimérica filosofía socialista propagada por la escuela sin Dios.

»Porque, en efecto, en la escuela es donde se construye la inteligencia de un pueblo; de labios del maestro recibe el niño la palabra, el precepto, el hilo conductor que ha de guiarle durante toda su existencia. Y ¡qué moral enseñará quien ignore a Dios!... ¿qué respeto a la ley

preconizará el que admite la soberanía de la razón individual, el que reclama el derecho absoluto de libre examen, el que no sabe ni quiere demostrar la necesidad de inclinarse bajo la autoridad, puesto que empieza por sustraerse él mismo a lo que viene de lo alto?

»Como tantos otros, por desgracia, Lavenir es hijo de la división, del caos que reina actualmente en las ideas de la masa lo mismo que en los medios intelectuales; es deplorable discípulo de aquellos que se han dedicado a arrancar del alma popular los últimos vestigios del cristianismo.

»Pero hoy, que su atentado le ha traído ante ustedes, señores, sus maestros reniegan de él, vuelven la cabeza y no quieren conocer sus detestables teorías que han fructificado en un terreno fértil... Se infiltraron en él todos los gérmenes del crimen, y éste, desarrollándose, brota al exterior, y los verdaderos instigadores se apartan con estupor, se le rechaza, se le reniega y por último se les entrega para que le hagan expiar el crimen de tantos otros!...

»¡Su deber es penoso, porque les obliga a olvidar la juventud del culpable, su casi inconsciencia, y les fuerza a castigar, no como hombres compasivos, sino como ministros supremos de la justicia de Dios, que es ciega e inexorable!... ¡Han de herir, no a uno de sus semejantes, sino la idea que representa; castigar, no un individuo, sino la multitud de las almas rebeldas, de los pensamientos rebeldes, de los seres escapados de la servidumbre del Bien, de lo Bello, de la Divinidad suprema!...

»No obstante, no se debilitaran ante la grandeza de su misión; se despojaron de sus preocupaciones humanitarias y se elevaron a la altura del acto que se exige de ustedes. ¡Pronunciaron la sentencia de muerte sin vacilar y entregaron en seguida en sus hogares con el corazón ligero y la conciencia pura, seguros de haber contribuido a salvar la patria amenazada, el orden atacado, el equilibrio del universo conmovido, como quienes han realizado un acto justo, un acto grandioso, un acto de cristiano!...»

Durante largos minutos la palabra del fiscal reinó sobre el silencio completo, solemne, del auditorio, tocando levemente a cada uno de los asistentes e insistiendo con encarnizamiento contra la personalidad de Lavenir, sobre el crimen del anarquista, volviendo pesadamente a recomendar la necesidad de castigar sin compasión, de aniquilar esa explosión de rebeldía que se sentía brotar por todas partes y que se percibía de tiempo en tiempo por manifestaciones terribles.

Era como el grito de la burguesía, que después de algunos años de goce completo y confianza en su omnipotencia, se despojaba de su máscara de ironía y de desdén y miraba hacia un porvenir con presagios de tempestad.

Cuando el fiscal terminó, los jurados, todos los burgueses, tenderos o patronos, cambiaron una mirada preocupada y suspiraron. Uno soltó, de modo que pudo ser oída en la sala, esta frase impregnada de odio «¡Oh! ¡Si la ANARQUÍA tuviera una sola cabeza!...»

Pasó el efecto momentáneo, volvió la calma, y pronto se oyeron risas, conversaciones extrañas al asunto, y por último dominó el rumor propio de la multitud desatenta, mezclado con blandas llamadas al orden pronunciadas por el presidente, que bostezaba y distraía su fastidio y su indiferencia pasando entre sus dedos los anillos de su cadena de oro a guisa de cuentas de rosario. Muchos abogados y periodistas salieron a beber, esperando el momento en que Delesprat, abogado de Lavenir, hiciera uso de la palabra.

Sentado en su banco, Emilio, con el busto recto y los brazos cruzados, no había fijado su atención en aquel discurso que le pareció un tejido fastidioso de lugares comunes; a la sazón examinaba las fisonomías, algo más espaciadas por los sitios desocupados, hasta que, fijos sus

ojos en Ruth, se extasiaron en la contemplación de aquellos rasgos queridos, preciosos... únicos.

Iba a morir y ella viviría; desaparecía bruscamente, segado por la voluntad de algunos, y ella quedaría en tierra... amaría a otros hombres, entregaría su cuerpo a otros besos, acercaría sus ardientes e imperiosos labios a otras bocas... y eso hasta su vejez y su muerte... ¡porque también ella había de morir! Y en tanto que la idea de la propia muerte le dejaba tranquilo, la idea de la desaparición de Ruth le horrorizaba... ¡Ella, anciana y vacilante bajo el peso de los años acumulados, se encorvaría... perdería uno a uno sus encantos... se disgregaría por momentos para volver al inmundo polvo final!... ¡Ella, su sueño ideal... había de desvanecerse y entrar en la nada como todo ser y todas las cosas!...

Inclinó su cabeza, ocultó su rostro entre sus manos, ocultando gruesas y ardientes lágrimas que desbordaban de sus párpados.

Pasó una hora sin conciencia de ello, sin percibir el ruido del público que volvía a ocupar sus sitios después del receso de la sesión. Una mano le tocó en el hombro.

– Escuche usted, Lavenir; va a hablar su abogado.

Su absorción era tal que no comprendió por el momento.

Habiéndose colocado cada cual como pudo, los ojos se fijaron en el joven abogado, que en pie, esperaba que se restableciera el silencio.

Era de mediana estatura, grueso, de amplio pecho; usaba barba cortada en punta, que prolongaba un rostro harto cuadrado; tenía ojos pequeños, pero extraordinariamente expresivos, ardientes, trágicos o cariñosos, llenos de cólera o de inefable amor; su palabra era fácil, pero brusca y sin arte; su elocuencia no se servía de la literatura y no era más que el reflejo a veces rudo del encadenamiento lógico de una serie de ideas seguidas con energía y pasión. Sus colegas efectuaban desdén al hablar de sus defensas, pero en secreto le envidiaban. Su poder indiscutible procedía principalmente de la sinceridad de su juicio, y después, del encanto de su voz, alternativamente incisiva, clara, impregnada de dolor o soberbia, de indignación y de amenaza.

Hablaba sin accionar, con sus dos manos fijas en la barra, donde se apoyaban o se crispaban. Despreciaba los efectos de relumbrón y componía sus discursos en contra de todas las reglas establecidas.

Desdeñando entrar en la discusión pueril del atentado, comenzó casi en voz baja, pero clara, penetrando resueltamente en el fondo de la cuestión:

– «Lavenir ha rechazado la alegación de un supuesto nerviosismo atenuante de su responsabilidad... Yo rechazo igualmente la influencia presumida de instigadores de todo género... Lavenir obró conscientemente el 14 de marzo, sin más consejo que el de sí propio. Mató... quiso matar, y no les pido circunstancias atenuantes de piedad mezquina... ¡Yo quiero su vida!... ¡yo quiero su aprobación para su acto... su amplia compasión, no ya para él, sino para la clase que representa... para la multitud innumerable que sufre, que muere desconocida... que sin tregua, pero siempre inútilmente, levanta los brazos, lanza su plañidero grito de agonía que se pierde en la oscuridad de la noche, en la soledad del desierto.

»Poco me importa la personalidad de Lavenir; hace poco no le conocía; el estudio de su vida me dio a conocer algunos detalles, me probó lo único que buscaba en él, su sinceridad, su inmenso, irresistible impulso hacia un objeto de fraternidad, único que hace de la bestia humana

un hombre... Lo que veo en él, lo que quiero hacerles ver, es el hecho... es el brazo que agita la señal, que trata de detener el tren locamente lanzado sobre una vía obstruida por la multitud... tren que atropella miles de vidas y se estrellará sobre ellas... ¡Deténganse, respeten esa bandera sangrienta que agita desesperantemente ante ustedes!... ¡Opriman los frenos, suelten el vapor... ahorren las víctimas!... ¡Por ellos, por el pueblo, por el hormiguero anónimo y también por ustedes mismos, porque si algunos miembros rotos ensangrientan la Bestia inconsciente sin oponerse a su marcha, el montón siempre creciente de cadáveres acabará por vencerla!... ¡Sí, bruscamente descarrilará un día y se precipitará en el abismo!...

»Cuando en una sociedad se producen actos como el de Lavenir, es insensato continuar el camino sin considerar al que le ha ejecutado, sin estudiar sus móviles ni examinar las reivindicaciones ni los clamores que encarna.

»¿Acaso no disminuye prudentemente la rapidez de su marcha el buque más orgulloso, al oír entre la espesura de la niebla el grito estridente de la sirena?... ¿No ven como al menor signo precursor de las cosas, al primer síntoma entre los seres, se despierta la curiosidad y la aprensión lo mismo del sabio que del ignorante?... ¿Cómo, pues, esta previsión que se revela siempre y con cualquier motivo, falta cuando se trata del fenómeno más grandioso y más palpitante que puede existir: el movimiento de la multitud que, consciente al fin de sus derechos, se vuelve hacia la Justicia, la Fraternidad, la Igualdad?... Estas palabras las conocemos todos, por haberlas visto grabadas, como un sarcasmo, sobre la fría e inerte piedra. Pero ¿quién las comprende?... ¿quién las lleva impresas en sí? ¡Y sin embargo, esas palabras han de ser la base del catecismo nuevo; la del Código social lo mismo que del jurídico!... ¡Esas palabras de que tanto se ha abusado, porque son sonoras, se han vuelto huecas y elásticas y no sirven ya más que para disfrazar los peores egoísmos y las más repugnantes iniquidades.

»Hace cien años que una revolución desgarró las sombras que cubrían la nación, y mostrando radiantes claridades, dio entrada a locas esperanzas... Después, de día en día, las aberturas se cerraron, los resplandores se extinguieron... y el pueblo recayó en las tinieblas de otros tiempos. Un yugo nuevo reemplazaba al antiguo; después el feudalismo industrial apesó la masa entre sus uñas... El siervo, manumitido en apariencia, se convirtió en obrero. El hambre le atenaceaba antes cuando se curvaba sobre la gleba, el hambre le atenaceaba hoy igualmente inclinado sobre la máquina.

»Hace cien años se derribó la monarquía, se destruyeron los privilegios, se anonadó la aristocracia; hubo aplausos, abrazos, todos fraternizaban y hubo corazones sinceros que creyeron en el principio de una nueva era. Simbólica y puerilmente se estableció un calendario, pero únicamente los labios pronunciaban aquellas palabras desconocidas, las antiguas permanecían en el fondo de las memorias... Pronto se levantó un imperio, renacieron los privilegios bajo la cubierta hipócrita de las leyes. El nombre generalizado de señor sustituyó al título aristocrático, tan cruel, pero más mezquino, más irritado que su antecesor. Las repúblicas se sucedieron más engañosas las unas que las otras, y los proletarios, defraudados en sus esperanzas, vieron, impotentes, desfilar delante de sí la procesión de los chirimbolos autoritarios y oyeron con el corazón entristecido resonar las grandes frases vacías...

»Pesó durante cierto tiempo un silencio de indiferencia, de imbecilidad y de torpeza; era que, lleno de habilidad, el poder había recurrido a la religión para domar las almas a quienes el hambre y el trabajo no lograban reducir. El clericalismo cubrió los campos y llenó las ciudades con sus escuelas, donde se daba una educación calculada: al hijo del burgués le enseñaba el cura que la humanidad se dividía en dos partes desiguales: una mayoría destinada a la obediencia, al trabajo, a los sufrimientos; una minoría a quien corresponde el poder y los goces; enseñaba además a ésta, que todo individuo a ella perteneciente debe llevar en sí el sentimiento de la autoridad y el de la libertad, exigiendo la libertad para sí, e imponiendo su autoridad y la de sus iguales sobre la masa. Al hijo del campesino y al del obrero, enseñaba el

hermanuco que el proletario ha sido fabricado por Dios para someterse respetuosamente a la autoridad de los poderosos, para sufrir sobre la tierra y no reclamar justicia ni paz sino en un mundo imaginario. El cura exaltó las vanidades y las medianías, el hermanuco tuvo por misión extinguir los orgullos, sofocar los genios, enterrar las rebeliones y los impulsos bajo el polvo, de los viejos dogmas, de pervertir las inteligencias con locos terrores sobrenaturales, de prohibir al raciocinio los claros y fértiles senderos de la ciencia...

»Un día, un esfuerzo sobrehumano rompió la costra que rodeaba los seres y las almas. Se declaró laica la enseñanza, y poco a poco un resplandor, aunque débil e insuficiente, penetró y caldeó los cerebros helados... Se despertó la reflexión del proletario, sus ojos se abrieron, su epidermis se hizo sensible... contó los golpes recibidos sobre su carne martirizada a través de los siglos y elevó su grito... pero no fue oído, porque aquel que llama su hermano es su tirano, y permanece bajo la influencia de las ideas y de los principios que le inculcó el cura, y lo peor es que se ha deslizado hasta en la Universidad. Esta, aunque desprendida del clericalismo, conserva las mismas divisiones de la antigua escuela religiosa... la ridícula gravedad de sus antepasados, las demarcaciones, las puerilidades, las prohibiciones, las inutilidades arcaicas, sus trasnochadas preocupaciones. Como la escuela clerical, la Universidad decreta que el pobre y el rico, hijos de tal o cual casta, deben recibir una instrucción, no más o menos elevada, sino enteramente diferente en cuanto al espíritu... Instituye la escuela primaria y la secundaria, no como escalones graduados para la elevación de todos hasta las alturas del saber, sino como establecimientos cerrados, como línea divisoria infranqueable para los que han de quedar abajo, como puntos desde los cuales ha de cultivarse la especialidad de la envidia o del desprecio, remachando la desigualdad social con la pasión. Somete a los jóvenes ciudadanos que se entregan a su dirección a una obediencia degradante; los encierra entre cuatro antipáticas paredes; los condena a una disciplina arbitraria; no excita jamás la dignidad, el honor, el sentimiento de iniciativa, de individualidad, de responsabilidad... Facilita al egoísmo culpable de los padres el internado de la infancia, fatalmente productor del vicio, de aberraciones, de monstruosidades, de todo lo malo que el régimen de la prisión desarrolla en el ser humano. Por último, en el dominio del espíritu, salvo excepciones individuales, es casi tan retrógrada como su rival, la escuela clerical. Sin duda mira el pasado desde un punto de vista más amplio, menos engañoso, pero ¿cómo mira el presente? ¿cómo dirige sus miradas a lo porvenir?... Aplauda la Revolución, pero declara la evolución rigurosamente cerrada... Habla de libertad y acumula las sujeciones; afecta sentimientos de fraternidad y de igualdad y se esfuerza en hacer cada vez más visible el surco a los autores de los atentados anarquistas; canta el hosanna ante la caída de toda una casta, y grita a continuación: «¡Ahora no se toque ya a nadie!» En los bancos de los liceos se estudia minuciosamente la historia política; pero se ignora la historia social. En todas las escuelas se deletrea una moral cívica grotesca, pueril, casi tan nefasta como el catecismo clerical; afortunadamente, pasa sobre el espíritu de los escolares como una nube de fastidio que procuran olvidar cuanto antes. En ninguna parte se trata de desarrollar en el niño el amor de la humanidad, de la tierra, la conciencia de sus deberes sociales, la dulzura de la vida, el encanto apasionado de la ciencia, de la acción, de la lucha; la alegría, la facilidad del deber cumplido; la cómoda necesidad del bien; la necesidad de respetar el perpetuo contrato del hombre con su semejante, con toda la tierra. No se enseña en parte alguna a comprender la correlación inmediata de los actos de uno con los de otro... No hay donde se trate de aumentar la salud y el vigor del cuerpo y del alma, de producir ese equilibrio moral y físico, sin el cual el hombre no pasa de ser una criatura perjudicial a sí mismo y a sus semejantes... En tanto que la escuela clerical enseña al proletario a someterse en nombre de Dios, la escuela laica se esfuerza en obtener el mismo resultado en nombre de un razonamiento que se guarda bien de detallar... Las dos demuestran al hijo del rico que tiene el poder en sus manos por derecho de nacimiento, y trabajan por anonadar en él lo que pueda tener de sentimiento innato, de bondad, de justicia, de amor y de fraternidad...»

Al llegar aquí el joven abogado hizo una breve pausa, que el presidente aprovechó para dirigirle una pregunta irónica:

– ¿Defiende usted la causa de Emilio Lavenir?

No obstante, Debruyere escuchaba con curiosidad las teorías subversivas, y, claro está, absurdas – ¿dónde iríamos a parar si no? del abogado parisién, defensor titular de los proletarios; en tanto que el fiscal Peramy botaba de impaciencia en su asiento y echaba fuego por los ojos.

Delesprat hizo un signo de fría aquiescencia.

«La causa de Lavenir es menos individual que universal; para juzgarla es necesario comprenderle; yo trato de explicarla, y por eso me veo obligado a hablar de aquello y de aquellos que causaron su acto de rebeldía. Ustedes todos, señores, como todos los burgueses, como todos los patronos, como todo lo que no es pueblo, creen ver en Lavenir un malhechor, un rencoroso, un loco o un relajado, cuando en realidad es un agente valeroso y sublime del progreso... Por una aberración inaudita, se niegan a considerar su acción en su aspecto real, y se niegan a aplicarle una de esas leyes de excepción que abundan en todos los países y en todas las épocas... En efecto, ¿no se nos impone cien veces una admiración sin examen por tal o cual héroe que, por salvar sus conciudadanos, su patria, causó el exterminio de cierto número de hombres que no habían cometido otro delito que haber nacido en una comarca diferente o pertenecer a otro partido?... ¿Acaso es otra cosa la historia que la relación de los homicidios individuales o colectivos? ¿Acaso el fin no justifica los medios más bárbaros y repugnantes en los héroes consagrados por la traición? ¿Desde cuándo se aprecia la vida de uno o muchos hombres cuando se trata de una idea que interesa o apasiona a la generalidad? Lavenir no ha hecho más que lo que hicieron muchos héroes... ha sacrificado algunos para salvar muchos... Habiendo saturado sus ojos del espectáculo de esclavitud de miles de existencias, fija su mirada sobre la indiferencia inhumana de una clase diez veces más enemiga del pueblo que una raza lo es de otra raza... Se lanza, arroja la muerte entre aquellos hombres, no por mezquina venganza, sino como atrevido soldado que se precipita impetuosamente solo en medio de los enemigos, animando a los suyos, arrastrándoles tras de sí, estableciendo el terror, causando a veces la victoria sólo porque su voz enérgica tuvo la osadía de proclamarla. ¿Cómo le condenaran?... ¿Cómo le negaran su indulgencia... la admiración que conceden a tantos otros... a San Luis, por ejemplo, que exterminó tantos paganos; a Juana de Arco, que con sus manos delicadas de mujer mató más de treinta ingleses; a Napoleón, que sacrificó la juventud de Europa durante los diez años de su sangriento reinado?...

»Y no sólo esto, ¿con qué derecho califican de crimen la violencia cuando todo la ensalza, lo mismo en la práctica social que en la enseñanza?... Su orden social está basado sobre la fuerza, sobre la represión brutal, y ambas traen consigo las represalias... Por otra parte, adiestran al hombre en el oficio de soldado, exaltan el homicidio, embriagan la juventud en nombre de la patria con vapores de sangre, ¿y se extrañan de que se mate? son ilógicos, porque preconizan la matanza y el saqueo titulándole guerra, arguyendo que se tiene el derecho de matar hombres de otra nación... y no admiten que el pobre vaya contra el rico... ¿Quién, pues, lleva la ironía y la audacia hasta llamar conciudadanos al proletario y al burgués?... ¿En qué son hermanos? ¿No son los unos el eterno rebaño que se lleva a la fábrica o a la batalla para enriquecer o arreglar los intereses o las querellas de los otros?...

El presidente dio un golpe sobre los legajos que tenía delante.

– Recuerde usted, señor Delesprat, dijo secamente, que no está haciendo una conferencia.

Delesprat continuó:

– «Emilio Lavenir no es un culpable, es un emancipador; no sólo su persona, sino su acto no es censurable, si no en sí, al menos en cuanto al objeto que se proponía. Cada vez que un partido

ha querido emanciparse, ha recurrido necesariamente a la violencia; asesinato directo o legal, homicidio declarado o astutamente disimulado; esa es la base de todo cambio de régimen, de toda evolución social... Hoy el pueblo tiene conciencia del mal que se le ha hecho, de la injusticia que reglamenta su situación en el mundo... y no quiere soportar más un sufrimiento que reconoce ser inmerecido... He ahí lo que trata de demostrarnos... Escuchen su voz... sobre todo no intenten el disparate de restablecer el equilibrio, lo que por equilibrio entienden ustedes, suprimiendo la idea, empleando contra ella la autoridad, la represión... porque hará su camino contra todo, a pesar suyo y de sus esfuerzos, y les vencerá y les anonadará si se niegan ciegamente a acogerla mientras aún sea tiempo. Acaba de decírsenos que el pueblo marchaba hacia un ideal vago... ¿Quién tiene la culpa de ello?... Ustedes, los poderosos, los sabios, no se han dedicado a resolver un problema ante el cual declaran al proletariado inepto e incapaz, pero no dan prueba de mayor saber. ¿Por qué prolongan la usurpación de la riqueza social y retienen con manos ávidas y crispadas unos privilegios que a pesar de todo les serán arrancados?... ¡Aun es tiempo!... ¡Todavía pueden dar a la civilización un paso inmenso... Cesen de ser una justicia quisquillosa, estrecha, de vanos rigores, que condena con rabia, con rencor, aterrorizada ante lo futuro. Miren frente a frente a ese hombre... ese niño despeñado por el precipicio, encarnando en su persona la desesperación de muchos miles de individuos, y sin debilidad y sin indignación, díganle: «¡Vete, eres libre; sigue tu camino y no mates más, porque hemos oído tus clamores, y en lo sucesivo te ayudaremos en tu obra!» Y no se atengan a palabras, a promesas. Marchen resueltamente en esa vía en que su orgullo padecerá a veces, en que sus pies se desgarrarán acaso por agudos guijarros, pero en que su corazón se regocijará deliciosamente por los clamores de alegría que llegarán hasta ustedes. ¡Oh! ¡entonces, desechando las vagas visiones de dioses imaginarios de empires imposibles, gozaran del amor de la tierra, de los hombres y de las cosas!... ¡Entonces les parecerán inmensas, profundas, inconmensurables las palabras, sacrificio, bondad, compasión, adhesión, fraternidad!... ¡Hasta entonces no mediten la fragilidad y la vanidad de los sentimientos que les enseñaba una religión que jamás fue causa de un impulso verdaderamente bello y no servía más que para disimular los egoísmos y las imperfecciones humanas!... ¿Acaso es la idea de Dios lo que inclina a la madre palpitante, desgarrada de dolor ante la cuna de su hijo enfermo?... ¿la que nos hace llorar ante una tumba?... ¿la que hace florecer espontáneamente un sacrificio?... ¡No; esa idea no es más que una carga pesada o una máscara para ocultarse!... ¡Los bellos, los generosos, los grandes sentimientos son puramente humanos!»

Cuando calló el joven abogado, los vibrantes acentos de su voz se perdieron en un silencio glacial. Enjugó su frente sudorosa con breve ademán y se acercó a Emilio, cuya mano estrechó enérgicamente.

– Temo haberle defendido mal, murmuró con pena. Quizá hubiera sido mejor para usted el empleo de las frases rutinarias... excitar la compasión.

Lavenir respondió con una expresiva mirada y una comprensión de su mano:

– Gracias por haberme comprendido.

Pero como el jurado se levantaba para deliberar, y el fiscal había anunciado, a ruego del presidente, a la respuesta que había pedido, se oyó un grito de angustia que sorprendió y detuvo a todos, causando un estremecimiento general.

– ¡En nombre del cielo, permítanme hablar!, exclamó Luisa en pié, pálida como una muerta y con los ojos brillantes de desesperación. ¡Les suplico que me escuchen!... ¡Emilio no es culpable!...

Todos se sentaron, a un signo del presidente.

– ¿Qué tienes que decir, hija mía? preguntó dudoso Debruyere.

La joven se adelantó.

– De todo eso, de todo lo que se ha dicho, nada hay de verdad... ¡Sí Emilio perdió la esperanza, el valor y la paciencia, es porque amaba y ha sido engañado!... Una mujer ha sido causa de todo, una mujer debe sufrir la pena si ha de haber un castigo!...

Emilio se levantó con el rostro encendido y el ademán imperioso:

– ¡Calla!

Y mientras que la joven retrocedía, una vez más dominada, a pesar de su angustia, Emilio habló con los ojos fijos en el vacío y la voz temblorosa pero segura:

– ¡Se engaña... no me ha comprendido jamás... creía ella que se trataba de una criatura humana, viviente... cuando en mí sólo existía un mito, un sueño!... ¡Mi querida fue la riqueza... tan bella, tan grande, tan tentadora... con labios púrpura... corazón de oro... besos que daban la suprema embriaguez!... ¡A esa, la adoraba... oh, sí, con locura, en tanto que creí que bajo su carne de mármol corría sangre semejante a la que alimenta las venas del pobre!... ¡Imaginé que mis brazos la atraían, que sus oídos percibían mis palabras!... ¡Creí que venía hacia mí, hacia mis hermanos... que después de haberme otorgado sus miradas, las fijaría también sobre la masa aun más compasiva que yo mismo!... ¡He soñado que sus manos se tendían, que sus ojos vertían lágrimas!... ¡Después, súbitamente, vi que me había engañado, que el oro y los diamantes eran su carne y su sangre... sentí el frío mortal del mármol y retrocedí, rechazando por todo lo que me había atraído! ¡No, no, no he amado mujer!... ¡No he encontrado mujer alguna!...

Estas palabras extrañas, ese inesperado incidente, suscitaron un rumor de curiosidad, y Debruyere dirigió una mirada inquieta a Ruth Etcheveeren, que permanecía impassible en su sitio, envuelta en la sombra que gradualmente invadía la sala.

– ¡Basta! declaró solemnemente.

Y volviendo sobre su resolución anterior concedió la palabra al fiscal para refutar ante el jurado, las teorías criminales expuestas por Delesprat.

Pasó una hora en medio de la inatención más completa.

Por último, se reunió el jurado para pronunciar su veredicto. Cuando se presentó nuevamente en la sala era completamente de noche y fue necesario encender todas las lámparas.

El público escuchaba en pié, febril, ansioso, las conclusiones.

Los periodistas escribían con velocidad, teniendo preparados los nombres de los acusados en sus cuadernos.

Arsenia Lavenir, Bonthoux, Augusto León, Luisa Berthier, absueltos. – Celestino Bergés, Charrier, dos años de prisión. – Andrés Elkaz, veinte años de trabajos forzados. – Emilio Lavenir, ¡la muerte!

Un murmullo de aprobación acogió la sentencia; las miradas se fijaron ávidamente en los actores del drama que se desenlazaba. Elkaz permanecía derecho, lívido; Bergés se sentó anonadado; Charrier gruñía injurias, con cara de rabia, en tanto que Lavenir, que esperaba ese

juicio, permanecía indiferente en apariencia, y sus amigos inclinaban la cabeza aterrados por su condenación.

Por una ventana abierta a causa del calor, llegó a la sala la ola creciente de la multitud agolpada en la plaza, impaciente por tanto esperar.

– ¡Esos continuaran mi obra! dijo con voz clara.

## CAPÍTULO VII

Cuando al anochecer del octavo día después del juicio fue conducido Emilio sin explicaciones, a través del laberinto de la cárcel vieja, al gabinete del director, miró con desconfianza a su alrededor pensando en qué nuevos tormentos se le querrían imponer aún.

Tembló de repente. En el fondo de la pieza se había movido algo... una silueta se destacó en la oscuridad.

Retrocedió con un gemido de emoción, de dolor y de triunfo.

– ¡Ruth!...

Sus labios se juntaron en la oscuridad; ella le atrajo hacia el canapé donde antes esperaba al condenado. La complacencia poderosa de Debruyere le permitió verle por última vez.

Con sus manos temblorosas tocó el cuerpo de la joven, tibio bajo sus tenues vestidos de seda, ansioso como si no pudiera creer en la realidad de aquella presencia.

– ¡Usted, usted! ¿es posible? balbuceaba temiendo soñar, dudando de su debilitada cabeza, poblada de fantasmas por los días y las noches interminables en la celda.

Y pidió luz para atarse de mirarla y de tocarla. Ella se levantó, se acercó a la chimenea y encendió dos bujías que lanzaron una luz confusa y vacilante en las tinieblas.

El aire pesado encerrado en la pieza les oprimía. La joven se acercó a la ventana, la abrió y dijo a Emilio:

– Ven.

Los dos se apoyaron, enlazados, en el alféizar, levantando maquinalmente la cabeza hacia el cielo estrellado, en tanto que el perfume de las flores de un jardín próximo llegaba hasta ellos.

Pero la frente de Emilio se inclinó, buscando el apoyo del hombro de Ruth; la joven le oyó sollozar.

– ¿Por qué lloras? le preguntó cariñosamente con su voz grave y sonora.

El joven respondió débilmente:

– Amo y voy a morir.

Un temblor sacudió a la joven. Le cogió y le acercó a las bujías, mirando fijamente su rostro.

¿Conque aquella muchacha decía verdad? preguntó refiriéndose a la intervención de Luisa al final del proceso.

¿Conque ese acto le has cometido por desesperación más que por convicción... más por odio y rencor contra mí que contra la sociedad?...

Emilio la miró con ojos extraviados, y dijo:

– ¿Lo sé yo acaso? Hoy mi vida se me presenta perturbada y confusa... me parece que ya no existo... que vivo en la existencia de otro... de un desconocido...

Ella insistió:

– ¿Te arrepientes de tu acto?... esa intención que has tenido...

El joven hizo un ademán brusco y enjugó su frente sudorosa.

– No, dijo con resolución y claridad, pareciendo adquirir el dominio de sí mismo. Quizá ha guiado mi brazo un dolor más que una voluntad reflexionada... pero no importa, mi acto es bueno y serviría a la causa...

Luego, como ella iba a interrogarle aún, retrocedió; la contempló con espanto súbito, y exclamó:

– ¿A qué ha venido usted aquí?... ¿Qué quiere de mí?

Ella le tomó las manos.

– ¿Qué tienes?... ¿no me amas ya?

Emilio resistió primero, después cedió, y los dos cayeron enlazados en el canapé.

– Pero ¿quién es usted y qué misterio contiene en sí, que voy a morir sin haberlo sabido?...

Sus bustos se separaron, Ruth le estudiaba.

– ¿Qué quieres saber?

El joven hizo un ademán de dolor, y preguntó con voz sorda:

– ¿Me ama usted?... ¿me ha amado un solo instante?... ¡Mil y mil veces me lo he preguntado y no he podido responderme! Me ha cogido usted y me ha tratado unas veces como amigo, otras como un lacayo... como un juguete... Después me ha arrojado a la puerta como un perro. Sin embargo, la he visto volver... ¿Por qué ha asistido usted al juicio?... ¿A qué ha venido aquí esta noche?

Y como ella callaba, sintió una desesperación.

– ¿No quiere responderme?

La joven habló con calma.

– ¿No te basta mi presencia?... Tienes mis labios, ¿qué más necesitas? ¿no te doy lo mejor y lo más positivo?...

El joven se irguió; un fuego de indignación y de rebeldía incendiaba sus pupilas, y dijo tuteándola por primera vez:

– ¡No, no es bastante... o es demasiado!... ¡Si me amas, quiero tus besos, te quiero toda... pero si no me amas, vete!... ¡Si has venido por curiosidad, para espiar mis turbaciones, mis debilidades, mis alucinaciones; para acechar los sobresaltos y los terrores de un hombre a quien se va a guillotinar quizá mañana, vete; vete!... ¡Te odio! ¡Me horrorizas!...

Ruth le tendió los brazos.

– ¡Emilio!

Este retrocedió con espanto.

– ¡Déjame!...

Ella dio un grito de sinceridad.

– ¡Te diré la verdad! ¡No te amo como tú me amas... como querrías que te amara... eso no me es posible... pero te juro que en mí, a pesar mío, hay algo desconocido que no he sentido jamás! ¡Te juro que al venir aquí esta noche no te insulto!...

El joven se dejó caer en una silla ocultando su frente en sus manos.

– ¡Entonces, habla! suplicó.

Ruth dijo con acento de sincera piedad:

– Temo hacerte mal...

Emilio interrumpió:

– ¡Acaso no me has hecho sufrir todos los tormentos!

La joven le abrazó cariñosamente.

– Por eso quería adormecer hoy tu sufrimiento.

Con la boca apoyada en el cuello de la joven, respirando su perfume habitual, murmuró ardientemente:

– Tu pensamiento... tú... lo que eres... dímelo ¿quieres?

Ella se encogió ligeramente de hombros.

– Necesitaría exponerte toda mi vida... más aún... la de los míos... la de los que me rodean... de toda esta ascendencia, de ese ambiente de egoísmo, de perspicacias, de inteligencias aguzadas, de espíritus roídos por la necesidad de análisis que domina y penetra nuestro ser... es decir, de esos que ustedes llaman los burgueses...

El joven escuchaba con ávido silencio, ella continuó:

– Entre las gentes de mi mundo paso por viciosa, relajada y hastiada. Soy como todos ellos... con la diferencia de que me repugna la mentira hipócrita con que cubren su perversión, de que

rechazo la grasa con que untan los ejes y engranajes de su ser gastado sin haber hecho ningún trabajo... desdeño revestirme con sentimientos de encargo que sirven para disfrazar su alma desengañada, no por experiencia personal, sino por la serie de sus antepasados...

Y su voz lenta, imperturbable, expresando de manera conmovedora el vacío de su alma, resonó dolorosamente en el corazón de Emilio.

– ¡Hastada!... No puedo serlo, como no sea inconscientemente y desde antes de nacer, puesto que en realidad no he amado, ni sufrido, ni vivido... Quien dice cansancio supone previo goce, abuso... Pues yo no he experimentado decepciones ni desilusiones, toda vez que no he sentido jamás ideal, ni arranques, ni aspiraciones... Fuera de la sensualidad y de la cerebralidad artística, perturbación breve de los sentidos, concepción sutil del arte; fuera de esas dos zonas restringidas, nada hay en mí... nada ha vibrado jamás... No soy dura ni mala... soy sencillamente indiferente, insensible...

Emilio se estremeció ligeramente en silencio, y ella le estrechó más contra sí.

– Cuando te vi, aquel impulso sincero que adiviné en ti me inspiró curiosidad, me atrajo... En el fondo, lo que me acercó a ti fue la necesidad inconsciente de dominar, de sujetar esa fuerza, ese entusiasmo que no puede ya germinar en nosotros, que ustedes poseen y que les envidiamos... Después preparé tu debilidad positiva de los hermosos brotes de tu fe... y te desprecié al mismo tiempo que te tuve lástima. ¿Amarte?... sin duda te he amado... tanto como mi ser puede amar... puesto que tengo compasión de tus dolores... aunque mi espíritu se burle de ellos, a pesar mío, percibiendo los lados mezquinos, su futilidad...

Con un ademán rápido, Emilio cubrió con la mano la boca de la mujer.

– ¡Oh! ¡cállate! dijo angustiosamente.

Y, abandonándola, se levantó con paso vacilante.

– ¡Harto lo veo!, dijo con voz soñadora. No me he engañado... Entre ellos y nosotros... entre los burgueses y el pueblo... sucede lo que entre tú y yo... no puede haber más que una conciliación falsa, mentida o ilusoria.

Ruth hizo un signo afirmativo, añadiendo:

– Jamás nuestros nervios afinados, nuestros cerebros complicados se mezclarían sincera y completamente con sus cerebros y sus corazones primitivos... que sienten, que sufren, que esperan, aman y odian... que nosotros no podemos más que observar estérilmente, percibir, analizar... sonreír. No es tanto la cultura de nuestras individualidades, lo que nos separa de las tuyas como la que se remonta a los siglos más remotos de nuestra raza de privilegiados, de vencidos por la civilización.

Él la miraba fijamente.

– ¿A qué has venido? repitió el joven con suprema angustia.

Ruth le rodeó con sus brazos.

Porque tú me amas a pesar de todo, y porque quiero hacerte dulce esta hora...

Emilio intentó rechazarla.

– ¡No quiero esa limosna!... ¡no quiero esa caridad con que se insulta nuestra miseria!...

Sin embargo, se sentía desfallecer bajo los besos ardientes de Ruth...

Una hora después sonó un golpe en la puerta.

El joven se levantó estremeciéndose.

– ¿La muerte? preguntó casi con alegría.

La triste, la desgarradora realidad se imponía; la separación de Ruth, la vuelta a su celda, la perspectiva de arrastrar días interminables antes de la ejecución... fatal e inevitable, porque había rechazado la apelación.

## CAPÍTULO VIII

La ejecución debía tener lugar a las dos de la madrugada para evitar las manifestaciones. Sin embargo, la estrecha plaza que se halla delante de la cárcel, donde se elevaba la siniestra armadura de la guillotina se hallaba a las once de la noche materialmente cuajada de gente. A la débil luz de los reverberos se veía un movimiento de cuerpos sombríos dirigiéndose con ávida curiosidad hacia el cadalso, que custodiaba rigurosamente una cincuentena de gendarmes a caballo. Poco a poco se iluminaron las ventanas de las casas inmediatas, viéndose siluetas humanas que se asomaban y se agolpaban. De todas partes se elevaba un rumor de conversaciones en voz baja, ruido sordo, monótono y confuso, semejante al de las ráfagas que corren sobre el mar al aproximarse las tempestades, largo espacio de tiempo antes que los primeros signos del huracán se manifiesten.

De repente, en el cielo tenebroso se separaron dos nubes y apareció la luna ancha y redonda, lanzando sus pálidos rayos sobre la multitud, haciendo relucir las armas de los gendarmes y las vidrieras de las casas, y arrojando por contraste sombras más negras a los sitios donde no llegaba su luz.

En una de las ventanas más próximas al cadalso, en el primer piso de una pobre habitación, apareció Ruth Etcheveeren; su rostro se hallaba iluminado por la luz lunar; detrás de ella, procurando no ser visto, alargaba el cuello el presidente Debruyere. La joven miraba aquella multitud amontonada a sus pies, y recogía la nota magistral formada por el duro contraste de la noche y la luna, en la cual sobresalía en rápido movimiento, ora un brazo levantado, ora un detalle de una fisonomía, cuando un torso, cuando un grupo de figuras expresivas entre la vaguedad de cuanto le rodeaba.

– ¡Cuántas mujeres! murmuró asombrada.

Después, retirándose un poco, se sentó quedando envuelta en la oscuridad de la pieza donde se hallaba sola con el magistrado.

– ¡Vamos, dijo éste con una curiosidad disimulando mal el temor de desagradar a su amiga; declare usted que ha amado a ese desgraciado!...

Ruth se volvió para responder, porque sintió muy cerca su voz.

– ¿Qué quiere usted decir? dijo con lenta gravedad. Si se propone oír de mis labios la declaración de que hemos sido carnalmente amantes, déla por hecha... Usted sabe que jamás oculto mis acciones.

No satisfecho, interrogó aún:

– Pero ¿el corazón?... ese corazón de mármol cuya fría dureza deploramos todos... ¿se ha conmovido?...

La joven se inclinó hacia la ventana, con la mano apoyada sobre el alféizar, quedando iluminado una parte de su rostro, y no contestó. Debruyere se adelantó vivamente porque creyó ver que brillaba una lágrima sobre la mejilla de la joven, después, fijando ésta una mirada sobre su interlocutor, dijo, adivinando su pensamiento.

– No lloro. Muerto él, no estaremos más separados que lo que estábamos... al contrario, su recuerdo influirá más sobre mí que lo que hubiera podido influir su presencia. Su ideal era hermoso: libertar del yugo de la explotación a la clase agotada y esterilizada, por el exceso de civilización, susceptible aún a sentir, amar y obrar...

Debruyere murmuró:

– Decididamente Lavenir ha conquistado a usted para sus doctrinas...

– No negaré que ha despertado en mí reflexiones que dormían.

El otro se impacientó:

– ¿Cree usted que el proletario, además de su animalidad, no tiene también sus egoísmos y sus vanidades?... ¡No seré yo quien elogie al hombre de nuestra clase, pero, créame usted, el de abajo no vale más!

– Tiene al menos la inconsciencia de sus defectos, mientras que nosotros estudiamos, tocamos los nuestros...

El magistrado iba a replicar, pero Ruth le impuso silencio:

– ¡Chist!... ¡Mire usted!...

Se produjo gran movimiento en la multitud de la plaza, rechazada por los gendarmes que ensanchaban el espacio libre alrededor de la guillotina; se oyeron gritos e injurias dominadas por un gran rumor formado por la misma palabra repetida por miles y miles de labios: «¡Ahora!... ¡Ahora!»

La puerta de la cárcel, cerca de la cual se hallaba el cadalso, se había abierto y aparecía un grupo de hombres entre los cuales no se destacaba silueta alguna por hallarse en la sombra.

La ola ruidosa subía; una fiebre ardiente se extendía hasta dominar la totalidad de los asistentes; se presentaba la gente hasta aplastarse y sofocarse. Una voz gritó: «¡Ahí está Lavenir!» y muchos miles de voces lo repitieron.

De repente se produjo un silencio terrible. Una ráfaga intensa de luz, primero vacilante, firme después, dirigida por un fotógrafo, envolvió por algunos segundos aquel funesto escenario. Por un momento el verdugo, sus ayudantes, el cura, Emilio mismo con el cuello desnudo, el pecho descubierto, afeitado, pálido, tranquilo y además infantil, permanecieron inmóviles,

deslumbrados. Adquirido el dominio de sí mismo, el cura se dirigió torpe y aceleradamente a aplicar un crucifijo sobre la boca de Emilio. Este se estremeció y retrocedió, y antes que pudiera decir una palabra, le cogieron tres hombres, le empujaron... todo quedó sumido en la mayor oscuridad. El sacrificio quedó consumado.

Debruyere se echó hacia atrás con repugnancia.

– ¡Oh, qué repugnante es eso! dijo con voz insegura.

Más de veinte hombres había condenado a muerte durante su carrera de magistrado, pero era la primera vez que asistía a una ejecución.

Ruth estaba de pie.

– ¡Oh, la multitud!... ¡Oiga la multitud!

La tempestad se había desencadenado: se oían gritos agudos de histéricas, voces de reprobación, silbidos estridentes, y por último estallaron sostenidos, delirantes, unísonos de hombres y mujeres los gritos de «¿Gloria a Lavenir! ¡Viva la ANARQUÍA! ¡Mueran los explotadores!»

Se produjo una confusión formidable; la multitud se dirigió hacia el patíbulo; a la luz de la luna, cada vez más brillante, se movían las manos y las cabezas semejantes a las crestas espumosas de las olas.

Una corneta dio un agudo toque de atención; los caballos de los gendarmes piafaron, y a continuación sobrevino una carga acompañada de gritos y lamentos de los que caían atropellados. Entre tanto, en un momento se hizo un gran despejo en la plaza.

Siguió una calma; se percibieron voces aisladas, ráfagas injuriosas, frases sueltas de frenéticas arengas. Una misma conmoción gritó simultáneamente al presidente Debruyere y a Ruth Etcheveeren... una voz viril, pero joven y pura entonó la canción triste y sublime del *Anarquista*.

La multitud vaciló por un momento, después se unieron algunas voces a la primera, hasta que por último el himno subió soberbio de dolor, de rebeldía... pero también de esperanza.

Debruyere se asomó a la ventana.

– Es el joven pintor... Augusto...

Ruth cogió su mano, dominada por su admiración de artista, quizá por otra emoción más profunda.

– ¡Oh! y con su brazo extendido mostraba el espectáculo que se ofrecía a su vista.

Vueltas hacia el cadalso, todas las cabezas se habían descubierto... y de todas partes surgieron niños levantados en alto para que vieran la sangre derramada, para que se acordaran... criaturillas que formaban un pueblo nuevo, que aparecía en plena luz lunar sobre la miseria de los padres confundidos en un rebaño estrecho y confuso...

Debruyere movió tristemente la cabeza y dijo:

– ¡Sí, sí; esos serán verdaderamente temibles!